AUTORA BESTSELLER DEL NEW YORK TIMES

# LISA GARDNER



# EL PRÓXIMO ACCIDENTE

UN ASESINO INTELIGENTE CON UN PLAN ESCALOFRIANTE.

SOLO HAY UNA FORMA DE DETENERLO ...



JENTAS


AUTORA BESTSELLER DEL NEW YORK TIMES
LISA GARDNER
EL PRÓXIMO ACCIDENTE
UN ASESINO INTELIGENTE CON UN PLAN ESCALOFRIANTE.
SOLO HAY UNA FORMA DE DETENERLO ...
JENTAS


AUTORA BESTSELLER DEL NEW YORK TIMES
LISA GARDNER
EL PRÓXIMO ACCIDENTE
UN ASESINO INTELIGENTE CON UN PLAN ESCALOFRIANTE.
SOLO HAY UNA FORMA DE DETENERLO ...
JENTAS

# El próximo accidente

El próximo accidente

Título original: The Next Accident

© 2001 by Lisa Gardner Inc. Reservados todos los derechos.

© 2024 Jentas A/S. Reservados todos los derechos.

ePub: Jentas A/S

Traducción: Ana Lydia García del Valle, © Jentas A/S

ISBN: 978-87-428-1336-2

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Esta es una historia ficticia. Los nombres, personajes, lugares e incidentes se deben a la imaginación de la autora. Cualquier semejanza con hechos, lugares o personas vivas o muertas es mera coincidencia.

This edition is published by arrangement with Jane Rotrosen Agency, LLC., through International Editors & Yáñez Co’ S.L.

# AGRADECIMIENTOS

Durante la mayor parte de mi carrera como escritora de novelas de suspense, en numerosas ocasiones me han hecho el comentario: «Vaya, pareces muy agradable para ser alguien que escribe unos libros tan retorcidos». Por una vez, me gustaría estar de acuerdo. En realidad, soy una persona aburrida y corriente que lleva una vida aburrida y corriente. La única formación verdadera que he recibido es la de consultoría de negocios, y aunque supongo que un personaje podría morir a causa de unos esfuerzos de reestructuración de procesos con un horrible final, no estoy segura de que nadie, aparte de los entusiastas de Dilbert, el famoso oficinista de las tiras cómicas, lo apreciase.

Así pues, he recurrido a la ayuda de los siguientes expertos para darle a mi trama giros bien enrevesados y a mis personajes, muertes horribles. Hay que recordar que estas personas respondieron con paciencia y precisión a todas mis preguntas, aunque eso no significa que haya utilizado su información de forma paciente o precisa. Soy una férrea defensora de las licencias artísticas, además de poseer una mente retorcida. Todos tenemos nuestros talentos.

Dicho esto, debo mi más profunda gratitud y reconocimiento a:

Doctor Greg Moffatt, catedrático de Psicología de la universidad Atlanta Christian College, por responder con generosidad a mi incesante flujo de preguntas y ofrecerme unas perspectivas fabulosas de la mente criminal.

Phil Agrue, investigador privado, de Agrue & Associates, en Portland, Oregón, que en tres horas me convenció de que quiero ser investigadora de la defensa cuando sea mayor.

Gary Vencill, consultor de Investigación Jurídica de la corporación Johnson, Clifton, Larson & Corson. Su placer al crear un escenario de accidente o asesinato automovilístico solo se equiparaba a su diligencia en mostrarme en persona cómo manipular los cinturones de seguridad.

Doctor Stan Stojkovic, catedrático de Justicia Penal de la Universidad de Wisconsin-Milwaukee, por sus ideas sobre el protocolo y la comunicación en las cárceles.

Doctor Robert Johnson, de la American University, que tuvo la amabilidad de permitirme utilizar su dedicado estudio académico como modelo para llevar a cabo diversas formas de caos criminal.

Larry Jachrimo, armero experto en personalización de pistolas, cuya continua ayuda con los detalles de las armas de fuego y las técnicas balísticas me ha permitido ser más diabólica de lo que jamás hubiera esperado. Me ha proporcionado una información maravillosa, aunque cometo algunos errores.

Mark Bouton, antiguo instructor de armas de fuego del FBI y colega escritor, por ayudar a mis agentes del FBI a entrar en el nuevo milenio.

Celia MacDonell y Margaret Charpentier, farmacéuticas extraordinarias, que también tienen un futuro muy prometedor como envenenadoras. No es nada personal, pero, de ahora en adelante, me llevaré mi propia comida.

Mark Smerznak, ingeniero químico, gran amigo y extraordinario cocinero.

*Heather Sharer, amiga maravillosa, entusiasta del jazz y hombro en el que llorar en general.*

Rob, Julie y mamá, por la visita al barrio de Pearl District y el constante flujo de cafés moca.

Kate Miciak, extraordinaria editora, que sin duda ha hecho de este un libro mejor.

Damaris Rowland y Steve Axelrod, agentes extraordinarios, que me animan a escribir siempre el libro de mis sueños, y aún mejor, me permiten pagar mi hipoteca mientras lo hago.

*Y, por último, a mi marido, Anthony, por el suministro de trufas caseras de chocolate con champán y tarta de mousse de chocolate. Sabes cómo mantener motivada a una escritora, y te quiero.*

# El próximo accidente

## Plan A

# PRÓLOGO

## Virginia

Su boca rozaba un lado del cuello de ella. Le gustaba la sensación de su beso, susurrante y juguetón. Echó la cabeza hacia atrás y se oyó a sí misma soltar una risa tonta. Él atrapó el lóbulo de la oreja de ella entre sus labios y esa risa se convirtió en gemido.

¡Dios!, le encantaba cuando la tocaba.

Los dedos de él levantaron su pesado cabello, bailaron por su nuca y se deslizaron por sus hombros desnudos.

—Preciosa Mandy —susurró—. Sexi, sexi Mandy.

Volvió a soltar una risa tonta. Después de reírse, percibió un regusto a sal en los labios y supo que había llorado. Él la puso bocabajo en la cama. Ella no protestó.

Las manos de él recorrieron la línea de su columna antes de posarse en su cintura.

—Me gusta esta curva de aquí —murmuró, hundiendo un dedo en el hueco de la parte baja de su espalda—. Es perfecta para beber champán. Hay otros hombres que pueden preferir los pechos y los muslos. Yo solo quiero este punto. ¿Me lo das, Mandy? ¿Me lo das?

Tal vez dijo que sí, tal vez solo gimió. Ya no tenía nada claro. Había una botella de champán vacía sobre la cama, otra a medias. El sabor prohibido le producía un cosquilleo en la boca y se repetía a sí misma que todo saldría bien. Solo era champán, y lo estaban celebrando, ¿no? Él tenía un nuevo trabajo, el GRAN trabajo y, ¡vaya!, estaba lejos. Pero habría visitas de fin de semana, tal vez algunas cartas, llamadas de teléfono…

Estaban de fiesta, estaban de luto. Era un polvo de despedida, y de cualquier forma el sexo con champán no debía contar para la buena gente de Alcohólicos Anónimos.

Inclinó la botella de vino espumoso abierta sobre los hombros de ella. Un líquido frío y brillante le cayó en cascada por el cuello y se acumuló en la sábana de satén blanco. Ella lo bebió sin poder evitarlo.

—Esa es mi chica —susurró—. Mi dulce, sexi chica… Ábrete para mí, nena. Déjame entrar.

Sus piernas se abrieron. Ella arqueó la espalda, concentrándose por completo hacia abajo, abajo y más abajo, hasta el punto entre sus piernas donde el dolor había aumentado. Y solo él podía aliviarlo. Solo él podía salvarla.

«Llénаme. Haz que me sienta completa».

—Hermosa Mandy. Sexi, sexi Mandy.

—P… p… por favor…

La penetró. Sus caderas retrocedieron, su columna pareció derretirse y se entregó a él.

«Llénаme. Haz que me sienta completa».

Sintió regusto a sal en las mejillas y a champán en la lengua. ¿Por qué no podía dejar de llorar? Inclinó la cabeza hacia las sábanas y bebió un sorbo de champán mientras la habitación daba vueltas de forma enfermiza.

De repente, la cama había desaparecido. Estaban fuera, en la entrada, con la ropa puesta y las mejillas secas. El champán se había acabado, pero no la sed. Llevaba seis meses sobria. En ese momento tenía un terrible deseo de tomarse otra copa. Quedaba una botella de champán sin abrir. Tal vez podría conseguir que él se la diera para el viaje de vuelta a casa. Una para el camino.

«No te vayas…».

—¿Estás bien, cariño?

—Estoy bien —murmuró ella.

—Quizá no deberías conducir. Tal vez deberías pasar la noche…

—Estoy bien —volvió a murmurar. No podía quedarse, y ambos lo sabían. Las cosas hermosas venían, las cosas hermosas se iban. Si intentaba aferrarse a ese momento, solo lo empeoraría.

Sin embargo, él estaba dudando. La miraba con esos ojos profundos y preocupados que se arrugaban en las comisuras. A ella le encantó eso cuando lo conoció, la forma en que sus ojos se arrugaban como si estuviera estudiándola con atención, mirándola de verdad. Una fracción de segundo después sonrió, como si el mero hecho de haberla conocido le hubiera hecho muy feliz.

Nunca le había sonreído así un hombre. Como si fuera alguien especial.

«¡Oh, Dios!, no te vayas…».

Y luego: «Tercera botella de champán, entera. Una más por los viejos tiempos. Una más para el camino».

Su amante le cogió el rostro entre las manos y le acarició las mejillas con los pulgares.

—Mandy… —susurró con ternura—. La parte baja de tu espalda…

Ella ya no podía contestar. El llanto la ahogaba.

—Espera, cariño —dijo él de repente—. Tengo una idea.

Iban en el coche muy concentrados porque la angosta carretera se curvaba como una serpiente, y estaba oscuro, y era muy extraño lo pronto que podía venirle a ella un pensamiento y lo tarde que su cuerpo respondía. Él iba sentado a su lado en el asiento del copiloto. Quería asegurarse de que llegaba a casa sana y salva; luego cogería un taxi. «Quizá debería coger un taxi. Tal vez no estoy en condiciones de conducir. Y si él me acompaña, ¿por qué voy yo al volante?».

No pudo retener ese pensamiento el tiempo suficiente para hacer algo al respecto.

—Ve más despacio —le advirtió él—. La carretera es peligrosa por aquí.

Ella asintió, frunciendo el ceño y esforzándose por concentrarse. «Qué extraño siento el volante en las manos, muy redondo. Eh…». Fue a presionar el freno, pero, en su lugar, pisó el acelerador. El vehículo se lanzó hacia delante.

—Lo siento —murmuró ella. El mundo empezaba a girar de nuevo. No se sentía bien. Como si fuera a vomitar o a desmayarse. Tal vez las dos cosas. «Si pudiera cerrar los ojos…».

La carretera volvió a moverse ante ella. El vehículo pegó una sacudida.

«El cinturón de seguridad. Necesito el cinturón de seguridad». Buscó a tientas la correa, cogió el cierre y tiró. El cinturón de seguridad salió sin agarre. «Es verdad, estaba estropeado. Tengo que arreglarlo algún día. Hoy… un día de mayo… Las estrellas se alejan, el cielo empieza a aclararse. Va a salir el sol. Ahora solo necesito una niña cantando: «Mañana, mañana, te quiero mañana…»».

—Más despacio —repitió él desde el asiento del copiloto—. Hay una curva cerrada más adelante.

Lo miró aturdida. Él tenía un extraño brillo en los ojos, de emoción, que ella no entendía.

—Te quiero —se oyó a sí misma decir.

—Lo sé —respondió él. Extendió la mano hacia ella con dulzura y puso la mano en el volante—. Dulce, sexi Mandy. Nunca vas a olvidarme.

Ella asintió. El dique se rompió y las lágrimas empezaron a derramarse por sus mejillas. Sollozaba desesperada mientras el Ford Explorer daba un volantazo atravesando la carretera y el brillo aumentaba en los ojos de él.

—No hay otro mejor que yo —continuó él, implacable—. Sin mí, Mandy, estarás perdida.

—Lo sé, lo sé.

—Tu propio padre te abandonó. Yo estoy haciendo lo mismo ahora. Las visitas de fin de semana cesarán, luego las llamadas telefónicas. Y entonces solo estarás tú, Mandy, sola noche tras noche tras noche.

Sollozó con más fuerza. Sintió regusto a sal en las mejillas y a champán en los labios. «Estoy sola. Hay un abismo negro. Sola, sola, sola».

—Afróntalo, Mandy —añadió el con voz suave—. No eres lo bastante buena para mantener el interés de un hombre. No eres más que una borracha. ¡Por Dios!, estoy rompiendo contigo, y todo en lo que puedes pensar es en esa tercera botella de champán. Esa es la verdad, ¿no es así? ¿No es así?

Ella intentó sacudir la cabeza, pero acabó asintiendo.

—Mandy —susurró—, acelera.

«¿Por qué no ha venido papá a casa por mi cumpleaños? ¡Quiero que venga papá!».

—Dulce y sexi Mandy.

«Llename. Haz que me sienta completa. Estoy tan sola…».

—Sufres, Mandy. Sé que sufres. Pero te ayudaré, cariño. Acelera.

Sintió regusto a sal en las mejillas y a champán en los labios. Su pie se posó en el pedal…

—Dale un pequeño empujón al acelerador y nunca volverás a sentirte sola. Nunca tendrás que echarme de menos.

Su pie… La curva que se aproximaba en la carretera…

«Estoy tan sola. ¡Dios!, estoy cansada».

—Vamos, Mandy. Acelera.

Su pie empezó a presionar… En el último instante, lo vio. Había un hombre en el estrecho arcén de la carretera comarcal. Estaba paseando a su perro, pareció sobresaltarse al ver un vehículo a esa hora de la mañana, y aún más sorprendido al ver que se le echaba encima.

«¡Gira! ¡Gira! ¡Tienes que girar!».

Amanda Jane Quincy dio un frenético giro al volante… Pero seguía dirigiéndose hacia el frente. Su amante continuaba agarrándolo, y lo sujetaba con fuerza.

El tiempo se detuvo. Mandy miró sin comprender el rostro que había llegado a amar. Vio la oscuridad que se precipitaba a través de la ventana que estaba detrás de él. Vio el cinturón de seguridad bien ajustado en el pecho fuerte y ancho de él, y lo oyó decir:

—Adiós, dulce Mandy. Cuando llegues al infierno, no olvides darle a tu padre recuerdos de mi parte.

El Explorer impactó contra el hombre. Después del ruido del golpe, se oyó un grito interrumpido de forma repentina. El vehículo siguió avanzando, y justo cuando pensaba que todo acabaría

bien, que ella seguía entera, que los dos seguían enteros, el poste telefónico emergió de la oscuridad.

Mandy no tuvo tiempo de gritar. El Explorer chocó contra el grueso poste de madera a sesenta kilómetros por hora. El parachoques delantero se hundió, la parte trasera se levantó. Y su cuerpo desprotegido saltó del asiento del conductor al parabrisas, donde el duro marco metálico le aplastó la parte superior del cráneo.

El copiloto no tuvo esos problemas, el cinturón de seguridad le sujetó el pecho y lo empujó hacia el asiento mientras la parte delantera del Explorer se abollaba. El cuello se le fue hacia delante y los órganos internos se le agolparon en el pecho, cortándole por un instante la respiración. Jadeó, parpadeó y, segundos después, la presión había desaparecido. El vehículo se estabilizó, él se estabilizó. Estaba ileso.

Se desabrochó el cinturón de seguridad con sus manos desnudas. Había hecho los deberes y no le preocupaban las huellas. Tampoco le preocupaba el tiempo. Una carretera rural en las primeras horas del alba. Pasarían diez, veinte, treinta minutos antes de que alguien pasara por allí.

Inspeccionó a la preciosa y sexi Mandy. Todavía tenía un pulso débil, pero le faltaba casi toda la parte superior de la cabeza. Aunque su cuerpo estuviera luchando hasta el último aliento, su cerebro nunca se recuperaría.

Un año y medio de planificación después, estaba satisfecho. Amanda Jane Quincy había muerto asustada, confusa y con el corazón roto.

Él y Pierce Quincy aún no estaban en paz, pensó el hombre, pero era un comienzo.

# 1

*Catorce meses después*

**Portland, Oregón**

El lunes por la tarde, la investigadora privada Lorraine Conner se encontraba sentada, inclinada sobre su escritorio inundado de papeles. Tecleó unos cuantos números más en su viejo pero eficaz ordenador portátil y luego frunció el ceño al ver los resultados que aparecieron en la pantalla. Volvió a comprobar los números, obtuvo los mismos pésimos resultados y les dedicó la misma mirada sombría. Sin embargo, el presupuesto generado por el programa Quicken se negaba a dejarse intimidar.

«Maldito archivo —pensó—. Maldito presupuesto, maldito calor…». Y maldito ventilador, que había comprado una semana antes y ya se negaba a funcionar a menos que le diera dos golpes. Se detuvo un instante para darle el doble golpe necesario y por fin fue recompensada con una débil brisa. ¡Dios!, ese tiempo estaba matándola.

Eran las tres de la tarde del lunes. Fuera brillaba el sol y el calor estaba a punto de alcanzar su punto álgido en otro día de temperatura récord de julio en el centro de Portland. Técnicamente hablando, en Oregón no hacía tanto calor como en la costa este. En teoría, tampoco era tan húmedo como el sur, pero, por desgracia, esos días el clima no parecía darse cuenta de ello. Hacía tiempo que Rainie había cambiado la camiseta normal por una de tirantes de algodón blanco. En ese momento la tenía pegada a la piel mientras los codos dejaban anillos de condensación en el único lugar despejado de su escritorio. Si la temperatura seguía subiendo, se llevaría el portátil a la ducha.

El loft de Rainie disponía de aire acondicionado central, pero como parte de su programa de «apretarse el cinturón», refrescaba su enorme apartamento de una sola estancia a la antigua usanza: abría las ventanas y encendía un pequeño ventilador de mesa. Por desgracia, ese pequeño problema del aumento del calor conspiraba contra ella. No solo no estaba produciéndose ningún enfriamiento milagroso en la vivienda del octavo piso, sino que la polución del aire se había multiplicado por diez.

*Era un mal día para ajustarse el cinturón. Sobre todo en el moderno barrio de Pearl District de Portland, donde vendían café helado casi en cada esquina y todas las cafeterías se enorgullecían de sus helados gourmet. Dios sabía que, con toda probabilidad, la mayoría de sus vecinos de clase acomodada estarían sentados en Starbucks en ese mismo momento, disfrutando de la gloria del aire acondicionado mientras intentaban elegir entre un té Chai helado o un moca latte desnatado.*

Pero no Rainie. No, la nueva y mejorada Lorraine Conner estaba sentada en su moderno loft de

ese pequeño barrio de moda, intentando decidir qué era más importante: el dinero para la lavandería o un nuevo carburador para su tartana de quince años. Por un lado, la ropa limpia siempre causaba una buena impresión al conocer a un nuevo cliente. Por otra parte, no le servía de nada conseguir nuevos casos si no tenía medios para llevarlos a cabo. Eran detalles y más detalles.

Probó una nueva ronda de cifras en su archivo de Quicken. Demostrando una gran falta de imaginación, el archivo devolvió los mismos resultados en rojo. Rainie suspiró. Acababa de aprobar el examen de la Junta de Investigadores de Oregón para conseguir su licencia. La buena noticia era que podría empezar a trabajar para abogados como investigadora de la defensa, a lo Paul Drake para su Perry Mason. La mala era que esa licencia de dos años le había costado setecientos pavos. Luego llegaron los cien dólares de la fianza estándar de cinco mil dólares para protegerla contra denuncias. Por último, tuvo que desembolsar otros ochocientos por un seguro de un millón de dólares contra errores y omisiones, más infraestructura para cubrirse la espaldas. Con todo, Conner Investigations estaba avanzando, pero en ese momento tenía que abonar mil seiscientos dólares y estaba pasando apuros.

—Pero me gusta comer —trató de decirles a sus registros comerciales informatizados. No parecía importarles.

Sonó un timbre. Rainie se incorporó y se pasó una mano por el pelo, desalentada, mientras parpadeaba sorprendida. Ese día no esperaba ningún cliente. Se asomó a la sala de estar, donde su televisor estaba sintonizado con las cámaras de seguridad del edificio y transmitía la vista desde la entrada principal. Un hombre bien vestido y con cabello oscuro salpicado de canas esperaba de forma paciente ante las puertas cerradas. Mientras ella miraba, él volvió a llamar a su loft y luego dirigió la vista a la cámara.

Rainie no pudo evitarlo. Se le cortó la respiración. Tal vez hasta se le paró el corazón. Lo miró, era la última persona a la que esperaba ver esos días, y todo en su interior se puso patas arriba.

Volvió a pasarse una mano por su pelo recién rapado. Aún estaba acostumbrándose a su aspecto, y el calor hacía que se le pusiera de punta como a un cepillo friegaplatos castaño oscuro. Luego estaba su camiseta de tirantes, vieja y empapada de sudor. Sus pantalones vaqueros cortos, rasgados, deshilachados y poco profesionales. Ese día solo estaba haciendo papeleo, no necesitaba arreglarse, y, ¡oh, Dios!, se preguntó si se había puesto desodorante esa mañana, porque ahí hacía mucho calor y ya no recordaba si lo había hecho.

El agente especial de supervisión Pierce Quincy seguía mirando a la cámara de seguridad, e incluso a través de la imagen granulada, ella pudo ver la mirada intensa en sus profundos ojos azules.

Los pensamientos dispersos de Rainie se ralentizaron. Se llevó la mano al hueco del cuello y estudió a Quincy, casi ocho meses después de la última vez que lo vio y seis desde que cesaron incluso las llamadas telefónicas.

Seguía teniendo esas arrugas en las comisuras de los ojos. Su frente aún mostraba profundas líneas de expresión. Tenía los rasgos duros y delgados de un hombre que había pasado demasiado tiempo lidiando con la muerte, y, ¡diablos!, cómo le había atraído eso de él. Llevaba

el mismo traje de impecable corte a medida, el mismo rostro difícil de leer. No había nadie como el agente especial de supervisión, el AES, Quincy.

Pulsó el timbre por tercera vez. No se iba. Una vez que se decidía por algo, Quincy rara vez lo dejaba pasar. Excepto a ella…

Rainie sacudió la cabeza con disgusto. No quería pensar así. Lo habían intentado y habían fracasado. Esas cosas pasaban. Quisiera lo que quisiera Quincy en ese momento, ella dudaba que fuera algo personal. Lo dejó entrar, y ocho pisos más tarde, estaba llamando a su puerta. A ella le dio tiempo a ponerse desodorante, pero no había nada que pudiera salvarle el pelo. Abrió la puerta, apoyó una mano en la cadera enfundada en unos vaqueros y saludó:

—¡Qué hay!

—Hola, Rainie.

Ella esperó. La pausa se alargó y, para su satisfacción, Quincy rompió el silencio primero.

—Empezaba a preocuparme que estuvieras fuera trabajando en algún caso —comentó.

—Sí, ya…, ni siquiera los buenos pueden estar trabajando todo el tiempo.

Quincy enarcó una ceja. Su tono seco la inundó de una positiva nostalgia al replicar:

—Yo de eso no sé nada.

Ella sonrió a su pesar. Entonces abrió la puerta un poco más y lo dejó entrar de verdad.

Quincy no habló de inmediato. Se paseó por su loft con indiferencia, pero Rainie no se dejó engañar. Había gastado la mayor parte de sus ahorros en la vivienda hacía solo cuatro meses y sabía la impresión que causaba. Esos techos de tres metros de un almacén reconvertido, y la distribución, abierta y soleada, con solo una encimera de cocina y ocho gigantescas columnas de soporte que creaban cuatro sencillos espacios: cocina, dormitorio, sala de estar y estudio. La enorme extensión de las ventanas, que llenaban toda la pared exterior con cristales originales de 1925.

La propietaria anterior a Rainie había acabado la entrada con ladrillo de color rojo cálido y pintado el salón con tonos rústicos de adobe y canela. El resultado era ese aspecto desgastado pero elegante que Rainie había visto en revistas, pero que no se habría atrevido a probar por su cuenta.

El loft casi la había llevado a la quiebra, pero, en cuanto lo vio, no pudo dejarlo pasar. Era moderno, era exclusivo y era precioso. Y tal vez, si la nueva y mejorada Lorraine Conner vivía en un lugar así, podría ser una persona así.

—Es bonito —elogió Quincy al final.

Rainie escrutó su rostro. Parecía sincero. Ella dio un gruñido como respuesta.

—No sabía que pintaras con esponja —comentó Quincy.

—Y no lo hago. Fue la propietaria anterior.

—¡Ah!, hizo un buen trabajo. ¿Nuevo peinado?

—Me lo corté todo y lo vendí para comprar el loft, claro.

—Siempre fuiste lista. No organizada, según puedo ver al observar el escritorio, pero sí lista.

—¿Por qué has venido?

Quincy hizo una pausa y sonrió de mala gana.

—Veo que aún sabes ir al grano.

—Y tú todavía sabes cómo esquivar una pregunta.

—¡Touché!

Ella arqueó una ceja, indicando que eso tampoco era una respuesta. Luego apoyó la cadera en el borde del escritorio y, conociendo a Quincy tan bien como lo conocía, esperó.

El agente especial de supervisión Pierce Quincy empezó su carrera como perfilador del FBI en los tiempos en que esa división se llamaba Unidad de Apoyo a la Investigación, y era conocido como uno de los mejores entre los mejores. Seis años atrás, después de un caso especialmente cruel, se había trasladado a la Unidad de Ciencias del Comportamiento, donde se dedicaba a investigar futuras prácticas homicidas y a impartir clases en Quantico. Rainie lo había conocido hacía un año, en su ciudad natal de Bakersville, Oregón, cuando un asesinato en masa asoló su pintoresca comunidad y atrajo la atención de Quincy. Como agente principal, recorrió con él aquella escena del crimen, habiéndole conocido apenas una hora antes y ya impresionada por lo impasible que podía mantener el rostro, incluso al contemplar el contorno en tiza del cadáver de unas niñas.

Al principio, ella no tenía la misma compostura que él. Se ganó la suya a pulso, en los días siguientes a la investigación, cuando las cosas en su pueblo fueron de mal en peor y se dio cuenta de lo mucho que tenía que temer. Quincy comenzó como su aliado y se convirtió en su ancla. Al final del caso, hubo una insinuación de algo más.

Entonces Rainie perdió su trabajo en el departamento del sheriff. Luego el fiscal la acusó de homicidio en primer grado por un asesinato ocurrido catorce años atrás, y pasó cuatro meses esperando a que la juzgaran. Hacía ocho meses, sin aviso ni explicación, se retiraron los cargos contra ella. Todo había acabado.

El abogado de Rainie tenía la impresión de que alguien podría haber intervenido en su favor. Alguien con influencia. Rainie nunca sacó el tema, pero siempre sospechó que esa persona fue Quincy. Y, lejos de unirlos, era una cosa más que desordenaba el espacio entre ellos.

Él era el agente especial de supervisión Pierce Quincy, el hombre que atrapó a Jim Beckett, el hombre que descubrió a Henry Hawkins, el hombre que probablemente incluso sabía lo que le había ocurrido a Jimmy Hoffa.

Ella era solo Lorraine Conner, y aún le quedaba mucho por hacer para encauzar su vida.

—Tengo un trabajo para ti —anunció Quincy.

Rainie casi resopló.

—¿Qué? ¿El Buró ya no te resulta suficiente?

—Es… personal —respondió, vacilante.

—El Buró es tu vida, Quincy. Todo es personal para ti.

—Pero esto lo es mucho más. ¿Podrías darme un vaso de agua?

Rainie frunció el entrecejo. Quincy con una misión personal. Sintió una irremediable intriga.

Fue a la cocina, preparó dos vasos de agua con abundante hielo y volvió junto a él al salón. Quincy ya se había sentado en su mullido sofá de rayas azules, que estaba viejo y raído. Era uno de los pocos vestigios de su vida en Bakersville. Allí vivía en una pequeña casa tipo rancho con una terraza trasera rodeada de altos pinos donde el aire se llenaba del sombrío ulular de los búhos. No había sonidos de sirenas ni de trasnochadores juerguistas, solo tardes interminables llenas de recuerdos: su madre borracha, su madre levantando el puño, su madre sin gran parte de la cabeza…

No todos los cambios recientes en la vida de Rainie habían sido malos.

Quincy bebió un largo sorbo de agua. Luego se quitó la chaqueta y la colocó con cuidado sobre el brazo del sofá. La pistolera que llevaba en el hombro resaltaba oscura sobre su camisa blanca.

—Mi hija… Enterramos a Mandy el mes pasado.

—¡Oh!, Quincy, lo siento —respondió Rainie de forma instintiva, y luego apretó las manos antes de hacer algo torpe como acercarse a él. Conocía la historia del accidente de coche de Mandy. El pasado abril, la hija de veintitrés años de Quincy chocó de frente contra un poste telefónico en Virginia, lo que le causó lesiones cerebrales permanentes y le destrozó la cara. En el hospital, la conectaron de inmediato a un respirador, cuyo único propósito fue el de salvaguardar sus órganos el tiempo suficiente para obtener el permiso para la donación. Por desgracia, Bethie, la exmujer de Quincy, confundió ese soporte vital con la vida y se negó a que desconectaran las máquinas. Quincy y Bethie discutieron. Al final, Quincy abandonó la vigilia junto al lecho para volver al trabajo, una decisión que alejo aún más a su exmujer.

—Bethie por fin concedió el permiso —dedujo Rainie.

Quincy asintió con la cabeza.

—No creí… En mi cabeza, Mandy lleva muerta más de un año. No imaginé que fuera a resultarme tan duro.

—Era tu hija. Sería extraño que fuera fácil.

—Rainie… —Dio la impresión de estar a punto de decir algo más, tal vez atrapado en ese momento en el que parecían viejos amigos de nuevo. Pero el momento pasó, sacudió la cabeza y especificó—: Quiero contratarte.

—¿Por qué?

—Quiero que investigues el accidente de mi hija. Quiero que te asegures de que fue un accidente.

Rainie se quedó demasiado atónita para hablar. Quincy se percató de que dudaba y prosiguió con firmeza:

—Han surgido algunos detalles. Quiero que los investigues.

—Creía que iba borracha —comentó Rainie, tratando todavía de recobrar la compostura—. Borracha, atropelló a un hombre, a un perro y un poste telefónico. Fin de la historia.

—Iba borracha. El hospital confirmó que tenía una tasa de alcoholemia dos veces superior al límite legal, pero lo que me preocupa es cómo se emborrachó. Hablé con algunas de sus amigas en el funeral, y una de ellas, Mary Olsen, afirma que Amanda pasó la mayor parte de la tarde en casa de ella, jugando a las cartas y bebiendo Coca-Cola Light. Hacía tiempo que yo no hablaba con Mandy. Tú… ya sabes que no tenía una relación muy estrecha con ella. Pero, al parecer, Amanda se había apuntado a Alcohólicos Anónimos seis meses antes de su accidente y le iba muy bien. Sus amigas estaban muy orgullosas de ella.

A su pesar, Rainie frunció el ceño.

—¿Pasó algo durante la partida de cartas? ¿Algo que la molestó, que hizo que se fuera directa a un bar?

—No según Mary Olsen. Y Amanda no se fue hasta casi las dos y media de la mañana, después de la hora de cierre de los bares.

—¿Estaba sola?

—Sí.

—Tal vez se fue a casa a emborracharse.

—¿Y luego volvió a coger su coche para ir a dónde?

Rainie se mordió el labio inferior.

—Vale, quizá tenía alcohol escondido en el coche y empezó a beber en cuanto salió de la fiesta.

—No se encontraron envases en su vehículo ni en su apartamento. Además, las tiendas de alcohol estarían todas cerradas, así que no pudo haberlo comprado esa misma noche.

—Tal vez lo compró antes de llegar a casa de su amiga y luego tiró los envases vacíos de camino a casa. Ya sabes, para no dejar huella.

—Amanda se estrelló a veinticinco kilómetros de su apartamento, en una carretera secundaria que no tiene relación directa con la casa de Mary Olsen ni con la suya.

—Como si hubiera estado conduciendo sin rumbo…

—Borracha, a las cinco y media de la mañana, sin suministro evidente de alcohol —terminó Quincy por ella—. Rainie, estoy preocupado.

Ella no contestó de inmediato. Seguía dándoles vueltas a los hechos en su cabeza, intentando que las piezas encajaran.

—Pudo haber ido a casa de otra persona después de dejar la de Mary.

—Es posible. Mary dijo que Amanda había conocido a un hombre unos meses antes. Ninguna de las amigas de Amanda lo había visto todavía, pero se suponía que era un tipo muy agradable, muy comprensivo. Mi hija… Amanda le dijo a Mary que creía que estaba enamorada.

—Pero ¿tú nunca viste a ese chico?

—No.

Ella ladeó la cabeza.

—¿Y en el funeral? Seguro que asistió al funeral.

—No asistió al funeral. Nadie sabía su nombre ni cómo contactar con él.

Rainie miró a Quincy.

—Si es tan estupendo, ya te habría encontrado él a ti. Seguro que Mandy le mencionó a su padre, y dada la cantidad de atención mediática que has recibido en varios casos…

—Ya he pensado en eso.

—Pero ni rastro del señor Maravilloso.

—No.

Rainie por fin comprendió.

—No crees que fuera un accidente, ¿verdad? Crees que es culpa del señor Maravilloso. Emborrachó a tu pequeña y dejó que se fuera conduciendo a casa.

—No sé lo que hizo —respondió Quincy en voz baja—, pero, de alguna manera, Amanda tuvo acceso a alcohol entre las dos y media y las cinco y media de la mañana, y eso le costó la vida. Tenía problemas. Tenía un historial de alcoholismo… Sí, me gustaría oír la versión de los hechos que él tiene.

—Quincy, esto no es un caso. Esta es una de las cinco etapas del duelo. Ya sabes… negación.

Rainie intentó pronunciar las palabras con suavidad, pero le salieron directas y, casi de inmediato, Quincy se enfadó. Apretó los labios, se le oscurecieron los ojos y sus rasgos se endurecieron. En su mayor parte, Quincy era un académico, propenso a enfocar el mundo como un rompecabezas que había que analizar y resolver. Pero además era cazador; Rainie también había visto esa faceta suya. Una vez, su última noche juntos, ella le tocó las cicatrices del pecho.

—Quiero saber qué pasó la última noche de la vida de mi hija —pronunció Quincy con firmeza y precisión—. Te pido que lo investigues. Estoy dispuesto a pagar tus honorarios. Ahora, ¿aceptarás el caso o no?

—¡Oh, por el amor de Dios! —Rainie se levantó de la silla. Se paseó por la habitación un par de veces para que él no viera lo enfadada que acababa de ponerla, y luego añadió con tono amargo —: Sabes que te ayudaré, y sabes que no aceptaré tu maldito dinero.

—Es un caso, Rainie. Un simple caso, y no me debes nada.

—¡Mentira! Es otra migaja de pan que estás tirándome, y ambos lo sabemos. Eres agente del FBI. Tienes acceso a tu propio laboratorio criminalístico, tienes cien veces más contactos que yo.

—Todos querrían saber por qué hago preguntas y todos husmearían en la vida de mi familia y se sentarían a juzgar mis preocupaciones, aunque sean demasiado educados para acusarme de negación.

—Solo digo…

—¡Sé que estoy en fase de negación! Soy su padre, por el amor de Dios. Pues claro que me niego a aceptarlo. Pero también soy un investigador entrenado, como tú, Rainie, y algo en esto apesta. Mírame a los ojos y dime que no apesta.

Rainie se detuvo y lo miró a los ojos con gesto desafiante. Luego deseó no haberlo hecho, porque vio que tenía la mandíbula tensa y las manos cerradas en puños, y ¡maldita sea!, le gustaba cuando se ponía así. El resto del mundo podría tener a un Pierce Quincy sereno y profesional. Ella quería a ese hombre. Al menos lo había hecho.

—¿Le pediste al fiscal que retirara los cargos contra mí? —preguntó ella.

—¿Qué?

—¿Le pediste al fiscal que retirara los cargos contra mí?

—No. —Sacudió la cabeza, desconcertado—. Rainie, fui yo quien te dijo que siguieras adelante

con el juicio, que tal vez era la mejor manera de dejar atrás el pasado. ¿Por qué iba entonces a interferir?

—Bien, me ocuparé de tu caso.

—¿Qué?

—¡Que me ocuparé de tu caso! Cuatrocientos dólares al día, más gastos. Y no sé nada de Virginia ni de investigación de accidentes de tráfico, así que no me acuses luego de no poseer suficiente experiencia. Te lo digo ahora, no tengo experiencia, y aun así va a costarte cuatrocientos dólares al día.

—Ya estás otra vez con ese encanto.

—Aprendo rápido. Ambos sabemos que aprendo rápido —añadió con un tono más salvaje de lo que pretendía. El rostro de Quincy casi se suavizó, pero luego se contuvo.

—Bien —respondió de forma tajante. Cogió su chaqueta, sacó un sobre de papel de estraza y lo dejó caer sobre la mesita de cristal—. Aquí tienes el informe del accidente. Incluye el nombre del investigador responsable. Estoy seguro de que querrás empezar con él.

—¡Jesús!, Quincy, no deberías estar leyendo eso.

—Es mi hija, Rainie. Es lo único que puedo seguir haciendo por ella. Ahora, vamos, yo invito.

—¿Invitas a qué?

—A cenar. ¡Maldita sea!, aquí hace demasiado calor, y deberías ponerte algo de ropa.

—Solo por eso, voy a llevar la camiseta de tirantes para cenar. Y, si tú pagas, vamos a Oba›s.

# 2

**Barrio de Pearl District, Portland**

Solo salieron una noche y ya fue fácil caer en los viejos roles. Quincy llegó a la ciudad y la llevó a un restaurante sofisticado a comer comida estupenda: ceviche de gambas tropicales, tataki de atún de aleta amarilla y enchiladas de calabaza. Él se tomó dos mundialmente famosos daiquiris de zarzamora, servidos en copas de martini bien frías. Rainie se limitó a beber agua, porque en un lugar como Oba›s le daba demasiada vergüenza llevar a cabo su pequeño ritual de pedir una Bud Light y no tomársela.

Empezaron hablando un poco y acabaron hablando un montón. ¡Dios!, cuánto se alegraba de volver a verlo.

—¿Y qué tal va el negocio de la investigación? —preguntó Quincy a mitad del postre, cuando ya habían agotado la conversación trivial y estaban relajados.

—Bien. Acabo de recibir mi licencia. La número quinientos veintiuno, esa soy yo.

—¿Estás haciendo trabajos privados?

—Algo. Me puse en contacto con unos abogados defensores, que fueron los que me convencieron para que sacase la licencia. Ahora puedo hacer más cosas para ellos: comprobar antecedentes de testigos, reconstruir escenas de crímenes y analizar informes policiales. Sigo pasando mucho tiempo sentada delante de mi escritorio, pero es mejor que perseguir a maridos o esposas infieles.

—Suena interesante.

Rainie se rio.

—¡Suena aburrido! Paso mi tiempo conectada a la Red de Información Judicial de Oregón. Los días más emocionantes puede que acceda a mi cuenta de la Policía Estatal de Oregón para consultar antecedentes penales. Requiere inteligencia, pero no estamos hablando de un subidón de adrenalina.

—Yo también leo muchos informes —agregó Quincy, sonando un poco a la defensiva.

—Tú vuelas a sitios, hablas con gente y llegas a la escena cuando la sangre todavía está fresca.

—¿Tanto lo echas de menos, Rainie?

Evitó su mirada para no contestar, deseó tener una botella de Bud Light y cambió de tema.

—¿Cómo está Kimberly?

—No lo sé.

—Pensé que era la hija a la que le gustabas —agregó Rainie, arqueando una ceja.

—Tacto, Rainie, tacto —replicó él con una mueca.

—Me esfuerzo por ser coherente.

—Kimberly necesita algo de espacio. Creo que el accidente de su hermana la afectó más que al resto de nosotros. Está resentida, y no creo que se sienta cómoda con la situación todavía.

—¿Resentida con Amanda o resentida contigo y Bethie?

—Para ser sincero, no estoy seguro.

Rainie asintió con la cabeza.

—Siempre quise tener una hermana. Pensé que debía ser algo especial tener una aliada genética en el mundo. Alguien con quien jugar, alguien con quien luchar, alguien que tuviera los mismos padres, que pudiera decirte si tu madre estaba loca de verdad o si todo estaba en tu cabeza. Pero no parece que Mandy haya sido una gran aliada para Kimberly. En cambio, ha sido la mayor fuente de estrés familiar.

—Era la hermana mayor rebelde, la que acaparó toda la atención —coincidió él.

—Mientras Kimberly se comporta como la niña modelo, la diplomática nata.

—Bethie odia que lo diga, pero Kim será una estupenda agente algún día.

—¿Sigue interesada en criminología?

—En psicología para su licenciatura, pero ahora está pensando en matricularse en un máster de criminología. —Las líneas de la frente de Quincy se suavizaron por un instante. Estaba muy orgulloso de su hija pequeña, y se le notaba en el rostro—. ¿Cómo va Bakersville? —preguntó enseguida.

—Bien. Todos siguen adelante lo mejor que pueden después de lo sucedido.

—¿Y Shep y Sandy?

—Están todavía juntos. —Rainie sacudió la cabeza como diciendo: «¿Quién lo entiende?»—. Shep trabaja para una empresa de seguridad en Salem y Sandy está muy activa en la revisión de la ley de menores.

—Bien por ella. ¿Y Luke Hayes?

—Está convirtiéndose en un buen sheriff, o eso me dice. Lo visité hace cinco o seis meses. El municipio está en buenas manos.

—Me sorprende que hayas vuelto.

—Luke tenía algunos asuntos para mí.

Quincy la miró con curiosidad; al final, proporcionó la información encogiéndose de hombros.

—Han estado haciéndole preguntas sobre mi madre.

—¿Sobre tu madre? —cuestionó Quincy sorprendido. La madre de Rainie llevaba muerta quince años, asesinada de un escopetazo en la cabeza. La mayoría de la gente de Bakersville pensó que fue Rainie fue quien apretó el gatillo. Eso era lo que pasaba cuando salías de casa con los sesos chorreándote por el pelo.

—Un tipo andaba indagando por la localidad, tratando de encontrarla. Luke pensó que yo debía saberlo.

—¿Por qué después de todo este tiempo?

Rainie sonrió sin poder evitarlo.

—El tipo acababa de salir de prisión. Lo pusieron en libertad después de cumplir treinta años por asesinato con agravantes. Sí, mi madre sabía cómo elegirlos.

—Y, por lo visto, sabía cómo causar impresión —añadió Quincy con desgana—, si el hombre sigue pensando en ella treinta años después.

—Luke lo informó de la situación. Comprobó los antecedentes para asegurarse de que no había nada raro y me lo pasó. Eso es todo.

Quincy volvía a tener esa expresión extraña en el rostro. Rainie pensó que iba a decir algo más, pero al parecer cambió de opinión.

El camarero llegó con la cuenta, que Quincy pagó. Y, como en los viejos tiempos, Rainie fingió que no le importaba.

Lo más sensato habría sido terminar la noche en ese momento. Quincy había volado hasta allí, le pasó un trabajo que necesitaba con desesperación y la llevó de paseo por la ciudad. Rainie debía retirarse mientras se encontraba en situación favorable, pero solo eran las siete, la temperatura por fin empezaba a refrescar y ella todavía sentía su ego agitado.

Paseó a Quincy por el barrio de Pearl District. Vieron una preciosa tienda de antigüedades, con un Porsche aparcado delante de forma ilegal, pasaron por una cafetería, una galería de arte, una exposición de muebles únicos hechos a mano… Lo llevó junto a hileras de almacenes recién transformados, cuyas fachadas renovadas en amarillo crema y rojo cálido constituían modestos

exteriores para apartamentos de medio millón de dólares y lujosos áticos. Había gente sentaba en pequeños jardines cuadrados que salpicaban todas las entradas, y más de una pareja ataviada con ropa de J. Crew paseaba a sus preciados labradores negros por las calles bien cuidadas.

«Mira este lugar —pensó Rainie—. Mírame a mí. No está mal para una chica de Bakersville».

Luego bajó la mirada a sus pantalones cortos rotos y su camiseta de tirantes raída, y la euforia la abandonó de inmediato. Le gustaba ese mundo, con tantas cosas bonitas; odiaba ese mundo, con tantas cosas bonitas. Tenía treinta y dos años y aún no sabía quién era ni qué quería de la vida. Eso la enfadaba, sobre todo consigo misma.

Dio un giro brusco y se encaminó hacia las colinas. Tras un momento de confusión, Quincy la siguió.

Touché era un establecimiento de barrio. Se mantuvo en pie cuando los estudiantes universitarios pobres eran los únicos que encontraban habitable el decadente barrio de almacenes, y se mantuvo en pie mucho después de que los propietarios de deportivos se cansaran de esos lofts enormes y huyeran hacia pastos más verdes. La planta baja del edificio era un restaurante que no estaba mal. El piso de arriba era una sala de billar, mucho mejor.

Rainie entregó su carné de conducir y un fajo de billetes en el bar. A cambio, recibió un triángulo de bolas de billar, dos tacos y dos Bud Lights. Quincy arqueó una ceja y se quitó la chaqueta. Era el único que llevaba traje en la poco iluminada sala llena de media docena de moteros y dos docenas de universitarios. En ese momento era el pez fuera del agua, y lo sabía.

—Bola ocho —anunció Rainie—. Las bolas incorrectas cuentan lo mismo que una falta de bola blanca. Si le das a la ocho primero, mueres.

—Conozco el juego —respondió en tono inexpresivo.

—Apuesto a que sí. —Colocó las bolas y le dio el taco para que rompiera. Él le dio la primera sorpresa agradable haciendo rodar el taco sobre la mesa para comprobar si estaba recto.

—No está mal —comentó.

—Aquí hay siempre buenas partidas. Ahora deja de perder el tiempo y rompe.

Se le daba bien. Ella ya se lo había imaginado. En el tiempo que habían pasado juntos, aún no había encontrado su punto débil, algo que la irritaba y le llamaba la atención a la vez. Pero Rainie llevaba ya cuatro meses viviendo en el barrio de Pearl District, y Touché seguía siendo el único lugar donde se sentía como en casa. Las mesas estaban arañadas por el uso, la moqueta, muy gastada y la barra, destartalada. El lugar había recibido unos cuantos golpes, al igual que ella.

Quincy metió dos bolas en la apertura y continuó con una racha de seis antes de fallar. Leonard, el camarero, se detuvo el tiempo suficiente para mirar y luego se encogió de hombros con indiferencia. Touché atraía a un buen número de experimentados jugadores de billar y él había visto cosas mejores.

Ella tomó el relevo con fanfarronería. Ya estaba de buen humor, con adrenalina en las venas y un zumbido agradable en los oídos. Estaba sonriendo, podía notarlo en la cara. Una luz empezaba a arder en los ojos de Quincy. Rainie pudo sentirla sobre sus propios brazos desnudos al inclinarse sobre la mesa. Él llevaba la camisa remangada y con el cuello abierto. Tenía tiza en las manos y otra mancha azul claro en la mejilla. Estaban en terreno peligroso, y ella lo disfrutaba.

—¡Tronera de la esquina! —proclamó ella, y el juego comenzó de verdad.

Jugaron durante tres horas. Él ganó la primera partida cuando ella se puso tonta e intentó saltar la bola blanca por encima de la ocho, pero falló. Él ganó el segundo juego cuando ella se puso agresiva e intentó hacer un tiro a tres bandas para cerrar la mesa. Volvió a fallar. Luego ganó ella la tercera, cuarta y quinta jugadas clavando esos mismos tiros y dando qué pensar a la meticulosa naturaleza de Quincy.

—¿Ya te has rendido? —le preguntó ella.

—Solo estaba calentando, Rainie. Solo calentando.

Ella le dedicó una enorme sonrisa y volvió a la mesa. En la sexta partida, la sorprendió cambiando parte de su delicadeza por potencia. Así que le había estado ocultando algo. Eso solo ponía las cosas más interesantes.

Él se hizo con el sexto juego; se prepararon para el séptimo.

—Has estado jugando mucho —observó Quincy a mitad de un golpe de cuatro bolas. Su tono era suave, pero tenía la frente cubierta de sudor y se tomaba más tiempo que al principio para alinear los tiros.

—Me encuentro a gusto aquí.

—Es un sitio agradable —coincidió él—. Pero, para jugar al billar de verdad, tienes que ir a Chicago.

Él fue a por la bola ocho y falló. Rainie le quitó el taco.

—A la mierda Chicago —contestó ella, dejando limpia la mesa forrada de fieltro.

—¿Y ahora qué? —preguntó Quincy. Respiraba con dificultad. Ella también. La sala se había caldeado y era tarde. No era tan ingenua como para no captar los matices de su pregunta. Echó un vistazo al interior, a la pobre y destartalada estancia. Miró al exterior, donde las farolas brillaban con encanto. Pensó en su precioso y carísimo loft. Pensó en su viejo rancho de los años cincuenta de Bakersville y en los altísimos pinos que aún echaba de menos. Entonces miró a Quincy y…

—Ahora debería irme a casa —respondió.

—Ya me lo imaginaba.

—Mañana por la mañana tengo un trabajo importante.

—Rainie…

—Nada ha cambiado en realidad, ¿no? Podemos engañarnos un poco, pero no ha cambiado nada.

—No sé si algo ha cambiado, Rainie. Para empezar, nunca supe qué era lo que estaba mal.

—Aquí no.

—¡Sí, aquí sí! Entiendo lo que pasó aquella última anoche. Sé que no lo gestioné tan bien como podría haberlo hecho, pero estaba dispuesto a intentarlo de nuevo. Salvo que lo siguiente que supe es que estabas demasiado ocupada para verme cuando venía a la ciudad, y luego estabas tan ocupada que ni siquiera podías devolverme una llamada. ¡Por el amor de Dios!, sé por lo que estás pasando, Rainie. Sé que no es fácil…

—Ya estamos otra vez con tu lástima.

—¡La comprensión no es compasión!

—¡Está bastante cerca!

Él cerró los ojos. Ella se dio cuenta de que estaba contando hasta diez para no ceder al impulso de estrangularla. Había ironía en ello, porque el maltrato físico era algo que ella habría entendido mejor, y ambos lo sabían.

—Te echo de menos —reconoció él al fin, en voz baja—. Ocho meses después, todavía te echo de menos. Y sí, tal vez he venido hasta aquí y te he ofrecido un trabajo por esa razón tanto como por cualquier otra…

—¡Lo sabía!

—Rainie, no te voy a echar de menos para siempre.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire. Ella no pretendía malinterpretarlas. Volvió a pensar en Bakersville, en la casa en la que había crecido, en la gran terraza trasera y en los imponentes pinos. Pensó en aquel día de hacía quince años, y luego en aquella noche de hacía quince años, y sabía que él también debía estar pensando en ello. Quincy le dijo una vez que sacar la verdad la haría libre. Un año después, ya no estaba tan segura. En ese momento vivía con la verdad, y lo único en lo que podía pensar era que aún quedaban muchas cosas que alteraban el espacio entre unas y otras.

—Debería irme ya a casa —volvió a decir.

—Ya me lo imaginaba —repitió él también.

Rainie volvió a casa caminando sola. Encendió sola las luces de su enorme loft. Se dio una ducha fría, se lavó los dientes y se metió sola en la cama.

Tuvo una pesadilla. Estaba en un desierto de África. Conocía el lugar por un programa sobre la vida salvaje que había visto una noche en Discovery Channel. En su sueño, medio reconoció las escenas como parte de ese programa de televisión, y medio sintió que se desarrollaban en tiempo real frente a ella. Vio esas llanuras desérticas, una sequía horrible, un bebé elefante nacido de una madre enferma y agotada que se levantó tembloroso y cubierto de mucosidad. Su madre suspiró y falleció.

Sentada demasiado lejos para ayudar, Rainie se oyó a sí misma gritar: «Corre, pequeño, corre». Aunque aún no sabía por qué tenía miedo.

El bebé de una hora estaba apoyado en su madre, intentando mamar del cadáver. Al final, se alejó tambaleándose.

Rainie lo siguió por el desierto. El aire reverberaba por el calor, la tierra dura se resquebrajaba bajo sus pies. El elefante huérfano emitía pequeños gemidos mientras buscaba comida y compañía. Llegó a un soto de árboles caídos y frotó su cuerpo contra los gruesos troncos.

*—El paquidermo recién nacido confunde los troncos de los árboles con las piernas de su madre —oyó Rainie comentar a un narrador invisible—. Se frota contra ellos para anunciar su presencia y buscar consuelo. Cuando no llega ninguno, la exhausta criatura continúa su búsqueda del agua que tanto necesita en medio de esta salvaje sequía.*

—Corre, pequeño, corre —volvió a susurrar Rainie.

La cría se tambaleó hacia delante. Pasaron las horas y empezó a tropezar más, desplomándose en el suelo implacable. Se levantó y continuó.

*—Tiene que encontrar agua —prosiguió el narrador—. En la vida del desierto, el agua es la diferencia entre la vida y la muerte.*

De repente, una manada de elefantes apareció en el horizonte. A medida que se acercaban, Rainie pudo ver a otras crías que corrían para protegerse a la sombra del bulto de sus madres. Cuando la manada se detuvo, las crías se pararon a mamar y las madres las acariciaban con la trompa.

Se sintió aliviada. Habían llegado otros elefantes, el huérfano se salvaría.

La manada se acercó. El bebé corrió hacia ellos, barritando de alegría. El elefante macho se adelantó, cogió al pequeño con la trompa y lo arrojó lejos. El bebé de nueve horas aterrizó con fuerza y no se movió.

*—No es raro que una manada de elefantes adopte a un huérfano en su seno —volvió a comentar el narrador—. El comportamiento agresivo que se observa aquí es indicativo de la gravedad de la sequía. La manada ya está estresada intentando mantener a sus propios miembros y, por tanto, no está dispuesta a aumentar su grupo. De hecho, el elefante macho ve al recién nacido como una amenaza para la supervivencia de su manada y actúa en consecuencia.*

Rainie intentaba correr hacia la cría caída. El desierto iba haciéndose más ancho, más vasto. No

podía llegar.

—Corre, pequeño, corre.

Por fin el bebé se movió, sacudió la cabeza y se puso en pie de manera inestable. Le temblaban las piernas. Ella pensó que iba a caerse de nuevo, pero entonces él inclinó la cabeza, se recompuso y el temblor cesó.

Todavía podía verse a la manada que había pasado. El bebé corrió tras ellos. Un elefante macho más joven se dio la vuelta, se detuvo y luego golpeó al pequeño animal en la cabeza. El bebé retrocedió y lloró, pero lo intentó de nuevo. Otros dos elefantes macho se giraron. Corrió hacia ellos. Lo tiraron al suelo. Volvió a levantarse tambaleándose. Volvieron a derribarlo. El bebé seguía avanzando, llorando, llorando y llorando. Y lo golpearon contra la tierra dura y agrietada, luego se dieron la vuelta y continuaron su pesado caminar.

—Corre, pequeño, corre —susurró Rainie con lágrimas en las mejillas.

La cría se arrastró cansada hasta ponerse de pie. Sangraba por la cabeza. Las moscas zumbaban alrededor de la carne desgarrada. Uno de los ojos se le había cerrado por la hinchazón. Nueve horas de vida, todas crueles, y aun así luchaba por vivir otra.

Dio un paso y después otro más. Uno tras otro, siguió a la manada principal de elefantes, sin molestarse ya en llorar y sin acercarse lo suficiente como para ser embestido.

Tres horas más tarde, el sol se puso y la manada encontró una charca poco profunda. Uno a uno, los elefantes fueron entrando en el agua. Según el narrador, el huérfano recién nacido estaba esperando a que terminaran, entonces le tocaría a él.

Rainie respiró por fin más tranquila. Ya todo saldría bien. Los animales habían encontrado agua, se sentirían menos amenazados y ayudarían al huérfano. Había insistido y todo iría bien. Así era como funcionaba. Si soportabas lo insoportable, te ganabas el «felices para siempre».

Lo pensó hasta el momento en que aparecieron los chacales y, frente a los indiferentes elefantes machos, saltaron sobre el abrumado recién nacido y lo despedazaron de forma metódica.

Rainie se despertó sobresaltada. Los sonidos lastimeros de los llantos de la cría moribunda seguían resonando en sus oídos. Las lágrimas le corrían por las mejillas.

Se levantó de la cama con inestabilidad y atravesó el oscuro loft hasta la cocina, donde se sirvió un vaso de agua y bebió un largo trago.

No se oía nada en la vivienda. Eran las tres de la madrugada, todo estaba tranquilo, oscuro y vacío. Le temblaban las manos. Parecía como si su cuerpo no le perteneciese.

Y deseaba… Deseaba que Quincy estuviera ahí.

# 3

*South Street, Filadelfia*

Elizabeth Ann Quincy había envejecido bien.

La habían educado diciéndole que una mujer siempre debía cuidar de sí misma. Había que depilarse las cejas, peinarse el cabello e hidratarse el rostro, y luego pasarse el hilo dental dos veces al día. Nada envejecía tan rápido como las bacterias atrapadas en las encías.

Elizabeth hacía lo que le habían enseñado. Se depilaba, se peinaba y se hidrataba. Para ir a hacer recados se ponía vestido. Fuera de la pista, nunca llevaba zapatillas de tenis.

*Elizabeth se enorgullecía de respetar las normas. Había crecido en una familia acomodada de las afueras de Pittsburgh, montando al estilo inglés todos los fines de semana y practicando sus saltos. A los dieciocho años ya sabía bailar El lago de los cisnes y tejer un cubreteteras a ganchillo. También sabía cómo utilizar la cerveza para fijar su pelo castaño oscuro en rulos y cómo usar una plancha para volver a alisarlo. Las chicas de hoy consideraban que su generación era frívola. Que pusieran la cabeza sobre la tabla de planchar cada mañana a primera hora, a ver si seguían pensando lo mismo.*

Tenía un carácter duro que la llevó a la universidad cuando su madre lo desaprobaba. Mientras estudió allí, se sintió atraída por un hombre ajeno a la experiencia de su familia: el enigmático Pierce Quincy. Era originario de Nueva Inglaterra. A su madre le gustó eso. (¿Descendía de los peregrinos del Mayflower quizá? ¿Seguía vinculado a la madre patria? No lo estaba. Su padre dirigía una granja en Rhode Island, poseía cientos de acres de tierra y, al parecer, pocas palabras y sentimientos). Quincy estaba haciendo un doctorado en Psicología. Eso también le gustó a su madre. (Era un académico, entonces, eso no tenía nada de malo. «El doctor Quincy», sí, muy bien. Se asentaría y abriría una consulta privada. Podía ganarse mucho dinero con las mentes perturbadas).

Quincy se sentía atraído por esas mentes perturbadas. De hecho, fueron sus años en el cuerpo de policía de Chicago los que lo convencieron para cursar una doble licenciatura en Criminología y Psicología. Al parecer, más que las armas y la testosterona inherentes al trabajo policial, le fascinaba la mente criminal. ¿Qué era una personalidad desviada? ¿Cuándo mataría esa persona por primera vez? ¿Cómo podría detenerse?

Ella y Pierce habían tenido largas conversaciones sobre el tema. Elizabeth quedó hipnotizada por la claridad de sus pensamientos y la pasión de su voz. Era un hombre tranquilo, culto y de una positividad impactante por su capacidad para meterse en la piel de un asesino y asumir su trayectoria.

A ella la oscuridad de su trabajo le producía una emoción secreta. Le observaba las manos mientras él hablaba de psicópatas y sádicos e imaginaba sus dedos sosteniendo una pistola… Era un pensador, pero también un hacedor, y eso a ella le encantaba de forma genuina.

Eso era al principio, cuando aún pensaba en que se casarían, sentarían la cabeza y llevarían una vida normal; al principio, antes de darse cuenta de que para un hombre como Pierce no existía la normalidad. Él necesitaba su trabajo, respiraba su trabajo, y ella y las dos niñas eran las que quedaban fuera de lugar en su mundo.

Elizabeth era la única de su familia que se había divorciado, que había sido madre soltera. A su madre no le gustó, le dijo que aguantara, pero Elizabeth había vuelto a encontrar su vena dura. Tenía que pensar en Amanda y Kimberly, y sus hijas necesitaban estabilidad, algún tipo de vida sana en las afueras en la que su padre no saliera zumbando de los partidos de fútbol para ir a ver cadáveres. Amanda, en especial, tuvo dificultades con la carrera de su padre. Nunca entendió por qué solo veía a su padre cuando los maníacos homicidas terminaban su jornada.

Elizabeth había hecho lo correcto por sus hijas. Últimamente, solía repetírselo a sí misma. Había hecho lo correcto por sus hijas.

«¿Incluso al tomar la decisión de poner fin al matrimonio?».

A los cuarenta y siete años, Elizabeth Ann Quincy era una mujer hermosa. Culta, sofisticada y solitaria.

*Ese lunes, a última hora de la tarde iba caminando por South Street, en Filadelfia, ignorando a las multitudes que se reían y disfrutaban de la estrafalaria mezcla de boutiques de lujo y tiendas de juguetes sexuales. Pasó por delante de tres adolescentes muy tatuados y luego esquivó una larga limusina negra. Esa noche, había coches de caballos por todas partes, que añadían la fuerte pestilencia del estiércol al ya característico olor a sudor humano y comida frita de South Street.*

Bethie ignoró con decisión el hedor, al tiempo que se negaba a establecer contacto visual con ninguno de sus compatriotas de Filadelfia. Solo quería volver a su casa de Society Hill, donde podría refugiarse en un reconfortante caparazón de paredes color crudo y sofás forrados de seda. Pasaría otra noche a solas con la televisión por cable, intentando no mirar el teléfono. Intentando no desear demasiado que sonase.

*Chocó con un hombre de manera inesperada. Él salía de la tienda de alimentación gourmet en el mismo instante en que ella pasaba, y la golpeó justo en el hombro. En un momento estaba avanzando a grandes zancadas y al siguiente se caía hacia un lado.*

Él la agarró del brazo justo antes de que aterrizara en la calle salpicada de estiércol.

—Oh, lo siento mucho. ¡Qué torpe soy! Permítame ayudarla a levantarse. Fresca como una rosa. Está bien, ¿verdad? Odiaría pensar que se ha hecho daño por mi culpa.

Elizabeth sacudió la cabeza, aturdida. Empezó a pronunciar el obligado «Estoy bien» cuando vio al hombre que había chocado con ella y sintió que las palabras se le quedaron atascadas en la

garganta. Su rostro… Tenía unos fuertes rasgos europeos con alegres ojos azules, mientras que un generoso mechón de canas cubría el oscuro cabello de sus sienes. Era mayor, cuarenta o cincuenta, supuso ella. Parecía bien acomodado. Llevaba una camisa de lino fino, desabrochada lo suficiente para revelar la distintiva columna de su cuello y una ligera mancha de vello canoso en el pecho. El pantalón era de color canela, bien entallado, con cinturón de Gucci y rematado con mocasines de Armani. Parecía… Era guapísimo.

De repente, ella fue mucho más consciente de que la mano de él seguía en su brazo. Empezó a balbucear.

—No iba mirando… Estaba perdida en mi pequeño mundo… Me choqué con usted. No es culpa suya, no necesita disculparse.

—¡Elizabeth! Elizabeth Quincy.

—¿Qué? —Ella volvió a mirarlo, sintiéndose aún más nerviosa y muy distinta a como solía ser. Era alto, muy alto, con hombros anchos y apuesto. Y era un perfecto desconocido. Estaba segura de ello.

—Lo siento —añadió de inmediato—. Ya he vuelto a hacerlo, liarlo todo. Yo la conozco, pero usted a mí no.

—No lo conozco —manifestó Bethie con sinceridad. Su mirada se posó en la mano de él, que seguía en su brazo. Entonces él la soltó y, para sorpresa de ella, se sonrojó.

—Qué… Qué embarazoso es esto —tartamudeó, con clara incomodidad y en cierto modo aún más encantador por ello—. No sé muy bien qué decir. Tal vez nunca debería haber mencionado su nombre, no haberlo sacado. Bueno, de perdidos al río. La he visto antes, ¿sabe? Me dijeron quién era… el mes pasado, en Virginia, en el hospital.

Elizabeth tardó un momento en enlazar esos datos. Cuando lo hizo, se le paralizó todo el cuerpo y su rostro empalideció. Se rodeó la cintura con los brazos con gesto defensivo. Si había estado en el hospital y le habían dicho quién era ella… Creyó saber a dónde conduciría todo eso, y algo en su interior se heló. Cerró los ojos y tragó saliva.

—Tal vez, tal vez sea mejor que me diga su nombre —solicitó ella.

—Tristan. Tristan Shandling.

—¿Y de qué me conoce, señor Shandling?

Su respuesta fue la que ella temía. Él no dijo ni una palabra. Se limitó a sacarse la camisa de fino tejido de la cintura de sus pantalones y descubrió su costado derecho ante ella.

La cicatriz no era muy grande, apenas unos centímetros. Todavía estaba en carne viva y muy roja, recién salida de la operación. Sin embargo, con uno o dos meses más, se atenuaría y la hinchazón bajaría. Se convertiría en una fina línea blanca sobre un torso ancho y bronceado.

Ella extendió una mano temblorosa sin darse cuenta de lo que hacía y tocó la incisión.

Un fuerte jadeo la devolvió a la realidad. Parpadeó y se dio cuenta de que tenía la mano en el vientre de un desconocido, que él continuaba con la camisa levantada para que ella viera y que la gente empezaba a pararse a mirar. Y estaba llorando. No se había dado cuenta, pero tenía lágrimas en las mejillas.

—Su hija me salvó la vida —declaró Tristan Shandling en voz baja.

Elizabeth Quincy se derrumbó. Le rodeó la cintura con sus brazos; se apretó contra el hombre que llevaba el riñón de Mandy. Y lo abrazó tan fuerte como nunca había abrazado a su hija, lo abrazó como si encontrarlo le devolviera a Mandy. Una madre nunca debería tener que enterrar a su propio hijo, y ella la había desconectado. ¡Oh, Dios!, ella dio permiso y le quitaron a su pequeña.…

Los brazos de Tristan Shandling la rodearon. En medio de la bulliciosa South Street, le dio primero unas palmaditas en los hombros con torpeza, y luego con más seguridad. La dejó llorar contra su pecho y le dijo:

—Shhh, no pasa nada. Ya estoy aquí, Bethie, y cuidaré de ti. Te lo prometo.

# 4

**Barrio de Pearl District, Portland**

Rainie salió a rastras de la cama a las cinco de la mañana. Era martes. Para satisfacer su vena masoquista del día, corrió diez kilómetros con una humedad del noventa por ciento. Por raro que pareciera, no murió.

Al volver a casa cuarenta minutos después, fue directa a darse una ducha helada y se preguntó sin pensar demasiado cómo sería Virginia.

*Nunca había salido del estado de Oregón. De vez en cuando pensaba en viajar a Seattle, pero nunca lo había hecho, así que en ese momento, a sus treinta y dos años, era una auténtica novata en el resto de Estados Unidos. Tampoco era la única oregoniana igual. El suyo era un estado grande que ofrecía playas, montañas, desiertos, lagos, ciudades de lujo y pequeños pueblos fronterizos. Podías dedicarte al juego, a hacer windsurf, escalar, esquiar, hacer senderismo, tomar el sol, ir de compras, jugar al golf, navegar, pescar, competir, hacer rafting y montar a caballo, y a veces casi todo dentro de un mismo complejo turístico. Y claro que podías visitar otros estados, pero ¿qué sentido tendría?*

Se secó con la toalla, eligió ropa holgada de algodón para el avión y, después, dio el pistoletazo de salida oficial a su nueva misión desembolsando dos mil dólares para atravesar el país en un vuelo de última hora. La agencia de alquiler de coches disfrutó aún más de su tarjeta de crédito. Dio gracias a Dios por tener una American Express.

Su siguiente problema era cómo gestionar su negocio fuera del estado. Como investigadora privada, técnicamente hablando no tenía límites jurisdiccionales. Sin embargo, la mayoría de las agencias estatales exigían un número de licencia de investigador privado local siempre que se solicitaba alguna información. Por lo tanto, si quisiera consultar los registros de Tráfico, realizar una búsqueda de títulos o cualquier cosa en Virginia, no tendría suerte. Por otra parte, no se trataba de un problema nuevo en el sector, y los investigadores privados habían encontrado la manera de resolverlo.

Rainie sacó su Directorio de Investigadores Privados, localizó a un investigador privado en Virginia y llamó al tipo. Quince minutos después, tras facilitar su número de licencia de Oregón para dar credibilidad y explicar su misión, Rainie tenía un pseudocompañero. Transmitiría sus solicitudes de información a Phil de Beers, investigador privado de Virginia, que obtendría los registros a cambio de una tarifa simbólica. Los mil seiscientos dólares que le había costado sacarse la licencia se habían amortizado.

Rainie preparó la maleta con ropa para tres días y, dado su último caso con Quincy, metió su pistola Glock. Salió por la puerta y tres horas más tarde, en el aire, y por fin lo bastante relajada

como para soltarse de los reposabrazos, Rainie leyó el informe oficial de la muerte de Amanda Jane Quincy.

El primer agente que acudió al lugar de los hechos fue un policía del estado de Virginia, que respondió a una llamada efectuada desde el teléfono móvil de un camionero que pasó por allí. La llamada se registró a las cinco y cincuenta y dos de la madrugada, y la persona que llamó, que estaba muy conmocionada, informó haber visto un cuerpo a un lado de la carretera. Cuando se detuvo, encontró a un hombre mayor que creyó muerto, un perro pequeño que, sin lugar a duda, estaba muerto y, más adentro en la maleza, un Ford Explorer aplastado contra un poste telefónico. Todavía salía vapor del capó destrozado. La persona que avisó dijo que había intentado despertar a la conductora llamándola, aunque no lo consiguió. Pero no intentó tocarla ni moverla, ya que creía que no debía hacerlo cuando había ocurrido un accidente de coche, porque podría causar más lesiones.

El camionero seguía en el lugar cuando llegó la policía estatal. Condujo al agente hasta el peatón, y el policía confirmó su fallecimiento. Se dirigieron al Explorer, donde el agente pudo forzar la puerta del conductor y comprobar si la conductora tenía pulso. Encontró signos de vida, lo que transmitió a la central mientras el camionero, al ver por fin el alcance de los daños en la cabeza de la mujer, se daba la vuelta y vomitaba.

La buena noticia era que el informe proporcionaba un gran número de detalles, sobre todo gracias a que el policía estatal llegó al lugar de los hechos antes que los servicios de emergencia. Como Rainie sabía por experiencia propia, nadie estropeaba una escena del crimen más rápido que los técnicos en emergencias sanitarias, salvo quizá los bomberos.

Estudió las fotos Polaroid, así como un pequeño diagrama en el que se indicaba dónde se encontraban el peatón y el perro, y luego la posición del vehículo contra el poste. Los registros mostraban que el vehículo era un Ford Explorer verde de 1994, matriculado a nombre de Amanda Jane Quincy y comprado de segunda mano tres años atrás. Era un modelo sin florituras, sin transmisión automática y, por desgracia para Mandy, sin airbag en el lado del conductor.

En el momento del accidente, la conductora no llevaba puesto el cinturón de seguridad. Según una nota hecha por el policía, vio que estaba «inoperativo». Rainie no sabía a qué se refería con eso y, cuando hojeó las páginas, no encontró ninguna nota de seguimiento.

No llamaron a ningún investigador de accidentes de tráfico, lo que la decepcionó. En Oregón, la policía estatal disponía de una unidad especializada en el análisis y la reconstrucción de accidentes de tráfico. O Virginia no la tenía, o no la consideró necesaria en ese caso. Al menos, el agente había repasado lo básico. No había señales de marcas de derrape al entrar en la curva, lo que indica que la conductora nunca intentó frenar. No había signos de daños ni pintura en la parte trasera ni en el lateral del Explorer, lo que habría señalado la implicación de otro vehículo. No había señales de otras huellas de neumáticos o impresiones en la escena.

La conclusión del policía fue contundente: accidente de un solo coche, la conductora culpable perdió el control del vehículo, se realizó control de drogas y alcohol.

En la sala de urgencias, el policía pudo ampliar su sumario: los análisis de sangre confirmaban una tasa de alcoholemia de 0,20. La conductora culpable había sufrido un traumatismo

craneoencefálico grave y no se esperaba que sobreviviera.

El expediente no contenía más notas. La conductora nunca recuperó la consciencia para presentársele cargos penales. Más de un año después, falleció. Caso cerrado.

Rainie sintió un escalofrío. Guardó las notas, aunque las fotos seguían en sus manos. Fotos de ese pobre hombre paseando a su perro, fotos del pobre fox terrier que no tenía una correa lo bastante larga, imágenes de la parte delantera retorcida de un enorme vehículo, que se había arrugado como el papel tras el impacto.

Los técnicos sanitarios se llevaron a Mandy a urgencias, lo que evitó a todos esas imágenes. Sin embargo, el policía estatal capturó el parabrisas delantero, incluido el cuadrante superior izquierdo destrozado, en el que había un macabro molde del rostro de Amanda.

Quincy había estudiado esas fotos. Rainie se preguntó cuánto tiempo tardó en apartar la mirada.

Suspiró. El informe no le daba muchas esperanzas. No había indicios de otros vehículos implicados. La falta de frenado, que podría preocupar a un investigador inexperto, también era coherente con incidentes de conducción bajo los efectos del alcohol. Además, no había evidencias de que hubiera nadie más en la escena. El policía estatal había redactado un informe sencillo y, en eso, Rainie tuvo que darle la razón.

Pero estaba la cuestión de cómo se emborrachó Mandy a las cinco y media de la mañana cuando sus amigas la habían visto sobria apenas tres horas antes. Y también estaba el cinturón de seguridad «inoperativo», que convirtió en tragedia lo que debió ser un accidente con posibilidad de sobrevivir. Por último, estaba el hombre misterioso, el supuesto amor de la vida de Amanda Quincy, a quien nadie había visto nunca.

—Todavía no veo un verdadero caso —murmuró. Pero Quincy debía estar haciendo mella en Rainie, porque ya no parecía convencida.

**Barrio de Greenwich Village, Nueva York**

Kimberly August Quincy volvía a tener una de esas rachas. Se encontraba en la esquina de la plaza Washington Square, en el corazón del campus de la Universidad de Nueva York. El sol brillaba con fuerza, el cielo resplandecía con un azul profundo y el césped que rodeaba el característico arco de la plaza estaba de un verde intenso. Los residentes paseaban ataviados con trajes a la última moda y diminutas gafas de sol al estilo John Lennon. Los estudiantes de verano, vestidos con vaqueros cortos rotos y camisetas ajustadas sin mangas, estaban tumbados en el césped, supuestamente haciendo los deberes, aunque la mitad de ellos estaban bien dormidos.

Era una agradable tarde de julio, un lugar seguro y encantador, incluso para los estándares de Nueva York.

Kimberly respiraba muy fuerte, jadeando. Llevaba una bolsa, antes colgada del hombro y en ese momento agarrada con fuerza en las manos. Iba de camino a alguna parte, pero no recordaba a

dónde. El sudor le caía por la cara.

Un hombre de traje caminaba a paso ligero por la acera. La miró de forma casual y luego se detuvo de golpe.

—¿Está usted bien?

—Váya…se

—Señorita...

—¡Váyase!

El hombre se alejó a toda prisa, sacudiendo la cabeza, sin duda arrepentido de haber intentado hacer una buena obra en Nueva York cuando todo el mundo sabía que la ciudad estaba llena de chiflados.

Kimberly no estaba chiflada. Al menos, no todavía. La parte lógica de su mente, que había recibido suficientes clases de psicología como para saberlo, lo entendía. Estaba sufriendo un ataque de ansiedad. De hecho, llevaba meses teniéndolos.

Pasaba días, incluso semanas, en los que todo era del todo normal. Acababa de terminar su tercer año en la Universidad de Nueva York y, con dos cursos de verano, unas prácticas con su profesor de criminología y trabajo voluntario en un albergue para personas sin hogar, tenía sitios a los que ir y gente a la que ver. Salía por la puerta a las seis y cuarenta y cinco de la mañana y rara vez llegaba a casa antes de las diez de la noche. Le gustaban las cosas así.

Y entonces… sentía una sensación extraña al principio, un cosquilleo que le recorría su espina dorsal y una punzada en la nuca. Se veía interrumpiendo de pronto el paso a mitad de una calle o dando vueltas de repente en medio de un metro abarrotado. Buscaba… No sabía lo que buscaba. Solo sufría la aguda sensación de que alguien la observaba. Alguien a quien no podía ver.

Luego desaparecía tan rápido como había llegado. Su pulso se calmaba y su respiración se aliviaba. Volvía a estar bien durante unos días, unas semanas, y luego…

Había empeorado desde el funeral. A veces casi cada hora, y luego tenía dos o tres días para recuperar el aliento hasta que, ¡zas!, pisaba el metro y el mundo volvía a acorralarla.

Como era lógico, ella suponía que tenía sentido. Había perdido a su hermana, estaba peleada con su madre y Dios sabía qué pasaba con su padre. Lo había consultado con el doctor Marcus Andrews, su profesor de criminología, quien le aseguró que era muy probable que estuviera relacionado con el estrés.

—Afloja un poco —le aconsejó—. Date tiempo para descansar. Lo que no consigas a los veintiuno, siempre podrás conseguirlo a los veintidós.

Sin embargo, ambos sabían que no bajaría el ritmo. No era su estilo. Como a su madre le encantaba decirle, Kimberly se parecía demasiado a su padre. Y en muchos sentidos eso

empeoraba aún más los ataques de ansiedad, porque al igual que su padre, Kimberly nunca había temido a nada.

Recordaba haber ido con ocho años a alguna feria local con su padre y su hermana mayor. Ella y Mandy estaban muy emocionadas. Toda una tarde a solas con papá, además de algodón de azúcar y atracciones. Apenas podían contenerse.

Se subieron al carrusel, a la araña y a la noria. Comieron manzanas de caramelo y dos bolsas de palomitas que acompañaron con Coca-Cola bien fría. Después, llenas de azúcar y cafeína, volvieron con su padre para continuar la aventura.

Salvo que su padre ya no les prestaba atención. Estaba estudiando a un hombre que se hallaba de pie junto a las atracciones infantiles. El hombre llevaba un abrigo largo y mugriento y Kimberly recordaba con claridad a Mandy arrugando la nariz y diciendo: «¡Puaj!, ¿a qué huele?».

Su padre les hizo un gesto para que se callaran. Observaron la expresión determinada de su rostro y no se atrevieron a desobedecer.

El extraño hombre llevaba una cámara colgada del cuello. Mientras todos miraban, él tomaba una foto tras otra de los niños en las atracciones.

—Es un pedófilo —murmuró su padre—. Así es como empieza, con fotos, muchas fotos de lo que quiere pero no puede tener. Sigue luchando contra ello, de lo contrario, ya tendría su propia reserva de pornografía y no le interesarían los objetivos vestidos por completo. Está luchando, pero está perdiendo la batalla. Así que está preparándose para ser un agresor circunstancial y acude a lugares donde hay muchos niños. Luego, cuando por fin ceda a su depravación, se dirá a sí mismo que fue culpa de ellos. Los niños lo obligaron a hacerlo.

De pie junto a Kimberly, Mandy vaciló. Miró al extraño hombre, que disparaba fotos de forma frenética, y su labio inferior empezó a temblar.

Su padre continuó:

—Niñas, si alguna vez veis a alguien como él, no tengáis miedo de abandonar la zona. Confiad siempre en vuestro instinto. Dirigíos a la cabina de seguridad más cercana o, si os parece que está demasiado lejos, escondeos detrás de alguna mujer que pasee con niños. Él asumirá que también es vuestra madre y abandonará la persecución.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó Kimberly sin aliento.

—Voy a pasar su descripción a seguridad. Luego volveré aquí mañana y pasado mañana y al día siguiente. Si sigue viniendo, encontraremos una excusa para arrestarlo. Eso al menos lo hará detenerse.

—¡Quiero irme a casa! —gimió Mandy, y empezó a llorar.

Kimberly miró a su hermana mayor sin comprender. Luego se volvió hacia su padre, que suspiraba por haber vuelto a provocar a la buena de Mandy. Kimmy no lo culpó, Mandy siempre

se disgustaba, Mandy siempre lloraba, pero Kimberly no.

Ella miró a su padre con orgullo y, en septiembre, cuando la nueva profesora preguntó a cada alumno a qué se dedicaban sus padres, Kimberly declaró que su papá era Superman. Los otros niños se burlaron de ella durante meses, pero ella nunca se retractó.

Su padre protegía a los niños felices de horribles hombres extraños. Algún día, ella también quería hacerlo.

Salvo esa tarde, en la que solo quería que su pulso se ralentizara, su respiración se calmara y los puntos brillantes que tenía ante sus ojos desaparecieran. El doctor Andrews le había sugerido que probase la retroalimentación biológica. En ese momento estaba haciéndolo, concentrándose en sus manos e imaginándolas cada vez más calientes.

El mundo fue abriéndose poco a poco. El cielo volvió a ser azul, la hierba verde y las calles bulliciosas. El pelo de la nuca ya no se le erizaba y el sudor de la frente empezaba a enfriarse.

Al final Kimberly aflojó el agarre de su mochila. Se permitió realizar un barrido lento y amplio de todo lo que la rodeaba.

—Mira ahora —murmuró para sí misma—. Todo el mundo va a lo suyo, tiene un día muy normal. No hay nadie vigilando, no hay nada que temer. Está todo en tu cabeza, Kimmy. Todo está en tu cabeza.

Reanudó la marcha, pero en el cruce volvió a dudar. Hizo una pausa y se giró. Sintió ese escalofrío. Y, aunque era un caluroso día de julio, aunque ella era inteligente y racional y el miembro fuerte de la familia Quincy, empezó a correr y no paró durante un larguísimo rato.

# 5

**Quantico, Virginia**

Conduciendo por Quantico, Quincy se acercó al puesto de guardia de la Academia del FBI, situado detrás de las instalaciones de los marines, y por fin disminuyó la velocidad de su coche. Esperó a que el joven agente de seguridad viera su pegatina identificativa en la ventanilla y asintió cuando el agente le hizo una señal para que prosiguiera. Quincy hizo un gesto de agradecimiento con la mano, pero no se tomó como algo personal que el agente de seguridad permaneciera serio. Sabía que el trabajo del guardia consistía en parecer amenazador en todo momento. Por otro lado, eso hacía interesante el comienzo de la jornada laboral.

Quincy, que no era de dormir mucho, se había levantado a las tres de la madrugada para conducir hasta Seattle y coger un vuelo directo a Washington. Llevaba tantos años volando por todo el país que las escalas se le habían hecho insoportables y hacía cualquier cosa por acelerar el viaje. Le gustaban los coches y su nueva costumbre era evitar los aviones y conducir. Creyó que eso podría cambiar después del accidente de Mandy, pero no fue así.

Al llegar al aparcamiento al aire libre junto a los campos de tiro, Quincy estacionó su coche y luego cruzó la calle hacia la entrada trasera del edificio. Agitó su tarjeta de identificación ante el escáner de seguridad, que le permitió el acceso sin problemas.

Al bajar los dos pisos que conducían a las oficinas de la UCC, la Unidad de Ciencias de la Conducta, se cruzó con otro agente. Quincy asintió a modo de saludo. El agente especial Deacon le devolvió el saludo con la cabeza al mismo tiempo que eludía prudente su mirada. Así había sido durante las últimas cuatro semanas; Quincy ya apenas se daba cuenta. Su hija había fallecido de forma trágica, lo que resultaba incómodo en el mejor de los casos, y mucho más cuando trabajabas con personas que se ganaban la vida intentando evitar, y por tanto controlar, la muerte prematura. En ese momento, Quincy era un recordatorio de que las cosas malas podían ocurrir cerca de casa, de que las fotos de la escena del crimen no siempre eran de la hija de un desconocido. Qué grosero por su parte asomarse a la oficina y hacer tambalear sus mundos compartimentados con sumo cuidado. Quincy incluso había oído murmullos de que había actuado mal al acudir al trabajo directamente desde el funeral de Mandy. ¿Qué clase de padre podía ser tan frío?

No se molestó en responder a tales comentarios. Cuando los hijos de esas personas murieran, podrían resolverlo por sí mismos.

Quincy abrió la puerta metálica a prueba de incendios y entró en las oficinas de la UCC.

Al contrario que en las imágenes que Hollywood mostraba, las oficinas de la Academia del FBI eran demasiado funcionales, y las de la UCC aún más que la mayoría. Situadas en el segundo

subsuelo, debajo del campo de tiro cubierto de la instalación, las paredes estaban formadas por bloques de hormigón pintados de un apropiado color hueso. Como las oficinas estaban a gran profundidad bajo tierra, no había ventanas.

La oficina del agente especial encargado se encontraba en el centro y los demás despachos formaban un perímetro cuadrado a su alrededor. A Quincy, el plano de la planta baja le recordaba a la mayoría de las prisiones principales: una oficina de control central rodeada de celdas de máxima seguridad. Quizá los poderes fácticos creían que ese ambiente los ayudaría a entrar en la mente criminal.

La UCC tenía una característica impresionante: su sala de tecnología punta, muy parecida a un estudio de televisión, permitía a los agentes llevar a cabo teleconferencias y grandes presentaciones con todos los extras que un agente pudiera imaginar. A Quincy siempre le hacía gracia que su espacio de trabajo fuera tan aburrido y el de conferencias, tan elegante. El Buró tenía sus prioridades.

Quincy no siempre había trabajado con la UCC. Era uno de los pocos agentes que habían cruzado una línea tácita al pasar de la Unidad de Secuestros de Menores y Asesinos en Serie a la UCC hacía años. Eso lo convirtió en una especie de novedad en ambos mundos. De un académico que había entrado en el glamuroso mundo de la elaboración de perfiles a un glamuroso elaborador de perfiles que había entrado en el mundo académico de las ciencias del comportamiento. Ambos bandos utilizaban el trabajo que él realizaba, pero ninguna de las partes sabía qué hacer con él.

Aún no se lo había dicho a nadie, ni siquiera a Rainie, pero estaba considerando la posibilidad de volver a agitar las aguas. Hacía un mes, le habían propuesto cambiar de nuevo. Se incorporaría como perfilador a lo que en la actualidad se denominaba Centro Nacional para el Análisis del Crimen Violento, CNACV. Casi a los cincuenta años, reanudaría su actividad y volvería a trabajar sobre el terreno.

Para ser sincero, lo había echado de menos.

Cuando Quincy se unió al FBI, se dijo a sí mismo que lo hacía por un bien mayor. Trabajó dos años como psicólogo privado y, aunque ganaba bien —algo que preocupaba a Bethie— y las tareas eran interesantes —lo que le preocupaba a él—, se quedaba con sensación de inquietud. Había dejado la policía para cursar estudios superiores porque creía que lo que más le interesaba era la psicología. Pero luego se dio cuenta de que lo que de verdad echaba de menos eran las labores de detective. La emoción de la persecución, la camaradería de los compañeros policías, el peso reconfortante de su pistola. Cuando un amigo del Buró se puso en contacto con él ese mismo año, no le resultó difícil convencerlo.

Lo siguiente que supo Quincy era que trabajaba en ciento veinte casos al año, viajaba de forma rutinaria a cuatro ciudades en cinco días y llevaba un maletín lleno de fotografías de los crímenes más salvajes que podían imaginarse. Daba consejos que salvaban vidas y, otras veces, pasaba por alto pistas que costaban vidas.

Mientras, sus hijas crecieron y su matrimonio se desmoronó. Y el hombre que una vez testificó en audiencias de custodia estaba tan inmerso en casos de muertes que fue el último en verlo

venir.

Cuando Jim Beckett se fugó de una prisión de Massachusetts asesinando de forma brutal a dos guardias, Quincy ya era un anuncio ambulante del agotamiento. Al final del caso, cuando terminó de enterrar los cadáveres de varios agentes del orden que había conocido y respetado, supo que había llegado el momento de cambiar.

Se trasladó a la Unidad de Ciencias de la Conducta, donde pudo reducir su agenda de viajes y dedicar más tiempo a sus hijas. Se había perdido su infancia. Después, con retraso, trató de recuperar sus años de instituto.

Diseñó e impartió clases en Quantico mientras veía partidos de fútbol y obras de teatro escolares. Se dedicó a investigar casos anteriores, entre ellos el del famoso asesino infantil Russell Lee Holmes, para introducirlos en la base de datos del FBI. Asistió a la graduación de Mandy en el instituto. Volvió a revisar los archivos de casos sin resolver, examinando los registros de asesinos en serie que nunca habían sido capturados. Ayudó a Kimberly a elegir la universidad adecuada. Creó una lista de comprobación para identificar a posibles asesinos en masa. Recibió una llamada para acudir a un hospital de Virginia, donde vio morir a su hija mayor.

El tiempo le había dejado a Quincy remordimientos. También le había enseñado honradez. Comprendió que ya no hacía lo que hacía para salvar al mundo. Trabajaba como agente por la misma razón que la gente trabajaba como contable, abogado o empleado de empresa, porque se le daba bien, porque le gustaba el desafío y porque cuando el trabajo estaba bien hecho, se sentía bien consigo mismo.

No fue el marido que le habría gustado ser. No fue el padre que habría deseado ser. El año anterior, sin embargo, había relacionado tres asesinatos en masa que las autoridades locales habían considerado delitos aislados.

Era un agente muy bueno, y año tras año, se esforzaba por ser mejor persona. Había intentado con sinceridad conectar con Mandy poco antes del accidente. Sin duda, estaba tratando de conectar con Kimberly, aunque ella parecía empeñada en ignorar sus llamadas. El mes anterior, incluso fue a la residencia de ancianos de Rhode Island a pasar una tarde con su padre, de ochenta años, que estaba tan enfermo de Alzheimer que ya no reconocía a Quincy y empezó la visita ordenándole que se fuera. Quincy se quedó, y al final, Abraham Quincy dejó de gritar. Luego, se sentaron en silencio, y Quincy se esforzó en recordar los otros momentos que habían compartido, porque sabía que su padre no podía.

Quincy estaba aprendiendo por las malas que el aislamiento no era protección, que ninguna escena del crimen te preparaba para la muerte de tu propia hija y que, por muchas noches que pasaran, nunca resultaba más fácil dormir solo.

Rainie le acusó una vez de ser demasiado educado. Él le respondió que ya había suficiente fealdad en el mundo como para que él tuviera que añadir más, y lo dijo en serio.

Quiso de verdad a Mandy, y ahora lamentaba mucho que ella nunca hubiera llegado a saberlo.

## Virginia

Cuando el avión de Rainie aterrizó en el Aeropuerto Nacional Ronald Reagan, ella sintió un poco de vértigo. Bajó su bolsa del compartimento superior, cogió la pequeña maleta que contenía su Glock del 40 de la zona de recogida de equipajes y se dirigió directamente a la agencia de alquiler de vehículos, donde consiguió sin problemas el coche económico más pequeño del mundo. No estaba mal para ser su primer viaje… «¡Harry el Sucio, chúpate esa!».

El estómago le rugía. No se había fiado de la carne misteriosa que intentaron servirle en el avión. Pero ya eran las cuatro, la hora punta de tráfico sería un suplicio, y no quería perderse el cambio de turno en el cuartel de la policía estatal. La comida tendría que esperar.

Fue directa a la comisaría de Virginia que se había ocupado del caso de Mandy, con la esperanza de tener suerte.

Una hora y media después de maldecir y soltar improperios, encontró al policía estatal Vince Amity saliendo por la puerta.

—¡¿Agente Amity?! —gritó ella cuando el sargento que estaba en la recepción le hizo un gesto vago con la mano señalándolo y volvió a su lectura de la última edición del Boletín de Aplicación de la Ley del FBI.

El agente en cuestión se paró, y al darse cuenta de que lo saludaba una atractiva joven, se detuvo con más interés.

Rainie aprovechó la oportunidad para dedicarle su sonrisa más encantadora. No practicaba la sonrisa con frecuencia, pero debió ser bastante buena porque el agente Amity caminó hacia ella. Con su más de un metro noventa, era un chico grande, de hombros anchos, cuello grueso y una mandíbula que solo Jay Leno adoraría. Rainie suponía que tenía antepasados suecos y jugaba al fútbol, mucho fútbol.

—¿Puedo ayudarla, señora? —El grandullón tenía acento sureño. ¡Demonios!, eso le gustó. Sin embargo, antes de que las cosas se pusieran cálidas y afectuosas, Rainie enseñó su carné de investigadora privada. La cara del agente Amity se desencajó de inmediato. Otro bonito romance cortado de raíz.

—Tengo algunas preguntas sobre un homicidio con vehículo de motor —empezó—. Trabajó en el caso hace un año.

No hubo respuesta.

—El caso ya está cerrado —prosiguió—: la conductora murió en el hospital, pero estoy aclarando algunos detalles para la familia.

—Tengo que salir a patrullar ahora —informó el agente Amity.

—Estupendo. Iré con usted.

—No, señora. Los civiles no pueden acompañar a un policía de patrulla. Es demasiada responsabilidad.

—No lo denunciaré.

—Señora…

—Agente, mire, he cogido un avión desde Portland, Oregón, para obtener respuestas a mis preguntas. Cuanto antes empiece a hablar, antes podremos seguir con nuestras vidas.

El agente Amity frunció el ceño. Dado su tamaño, esa mirada le funcionaba de veras. Rainie supuso que en cuanto él salía del coche patrulla, la mayoría de los delincuentes caían de forma obediente al suelo y extendían las muñecas para que les pusiera las esposas. Como mujer, ella nunca había tenido esa ventaja. Siempre había tenido que derribar a la mayoría de sus adversarios. Sin embargo, eso significaba que había edificado su carrera estando siempre preparada para la lucha.

El agente Amity seguía con el ceño fruncido. Ella se cruzó de brazos, esperó y esperó. El grandullón cedió con un suspiro.

—Déjeme comprobarlo con la central —comunicó—. Nos vemos en mi mesa después.

Rainie asintió. Como no era tonta, lo siguió hasta la central, porque las comisarías tenían puertas traseras. Cinco minutos después, se sentaron frente a frente en un escritorio destartalado, ambos armados con tazas de café caliente, y comenzaron a hablar sobre el tema.

—Ocurrió el veintiocho de abril —señaló Rainie—. El año pasado. Fue un accidente de un solo vehículo. Un Ford Explorer chocó con un hombre que paseaba a un perro y luego contra un poste telefónico. El vehículo atropelló al hombre y al perro, y frenó con el poste telefónico.

—¿Conducía una mujer?

—Sí, Amanda Jane Quincy. El accidente la dejó en coma. El mes pasado, su familia la desconectó. Tengo una copia del informe policial aquí mismo.

El agente Amity cerró los ojos.

—Su padre es ese federal, ¿verdad?

—En efecto.

—Debería haberlo sabido —murmuró, y volvió a suspirar con un sonido que retumbó en lo más profundo de su pecho. Abrió su escritorio, sacó un cuaderno de espiral con la fecha del año anterior y empezó a hojear las páginas.

Rainie esperó a que refrescara la memoria con sus anotaciones personales y se lanzó al ataque.

—¿Fue usted el único policía presente en la escena?

—Sí, señora.

—¿Por qué?

—Todos estaban prácticamente muertos. No había mucho que unos policías pudieran hacer al respecto.

—La conductora seguía con vida. Además, tenían al menos una víctima mortal e indicios preliminares de que la mujer conducía un vehículo en estado de embriaguez. En Oregón, eso ya constituye un caso de homicidio por negligencia, si no de homicidio imprudente. Seguro que eso habría justificado llamar a un equipo de investigación de tráfico.

El agente Amity negó con la cabeza.

—Señora, con el debido respeto, la conductora no llevaba puesto el cinturón de seguridad. Se golpeó con el borde del parabrisas y perdió la mitad del cerebro. Aunque no se hubiera declarado el fallecimiento, hasta yo me di cuenta de que era cuestión de tiempo. No sé cómo es en Oregón, pero en Virginia no nos sirve de nada construir un caso cuando no queda nadie vivo a quien acusar del crimen.

Rainie lo miró con sagacidad y pronunció dos palabras:

—Recortes presupuestarios.

Amity abrió los ojos, sorprendido. Asintió despacio, estudiándola con nuevo interés. En la mayoría de los estados, en el momento en que se producía un accidente mortal, en particular si se trataba de un peatón, se llamaba a un equipo de investigación de accidentes, sin importar el estado del conductor. Pero en el maravilloso mundo de la policía, los equipos de investigación de accidentes habían sido los primeros en sentir el aguijón de los recortes presupuestarios, a pesar de que los agentes de policía dedicaban la mayor parte de su tiempo a ocuparse de accidentes de tráfico y no de homicidios. Al parecer, la sociedad no soportaba la idea de morir a manos de un desconocido, pero la defunción causada por un vehículo se aceptaba. Solo era el coste de la vida en la época moderna.

—Háblame del cinturón de seguridad. —Rainie cambió de marcha.

—No lo llevaba.

—En el informe dice que la correa estaba «inoperativa». ¿Qué significa eso?

Amity frunció el ceño, se rascó la cabeza y hojeó sus notas.

—Cuando estaba comprobando si tenía pulso, rocé el cinturón de seguridad y se desparramó por el suelo. No tenía tensión. Es posible que los engranajes estuvieran rotos.

—¿El cinturón de seguridad estaba defectuoso?

—Estaba inoperativo.

—No me diga. —La voz de Rainie adquirió un tono cortante—. ¿Por qué estaba inoperativo?

—No tengo ni la menor idea —respondió Amity.

—¿No lo examinó, no lo desmontó? Vamos, agente, si ese cinturón de seguridad hubiera funcionado, podría haber salvado la vida de la conductora. Eso debió hacer que valiera la pena prestarle atención.

—Un cinturón de seguridad defectuoso es un asunto civil, no penal, señora. Siendo policías con poco trabajo y un presupuesto ilimitado, nos encantaría centrarnos en cosas que están fuera de nuestra jurisdicción, por supuesto, pero eso supondría escupir en la cara de los procedimientos habituales de investigación.

Rainie parpadeó dos veces sorprendida y frunció el ceño cuando por fin detectó el sarcasmo que subyacía en su amable voz. «Aquí está la diferencia entre las prácticas policiales formales e informales», pensó no por primera vez. Si se hubiera encontrado con un accidente como el de Mandy cuando era policía de pueblo, habría comprobado el cinturón de seguridad. Pero los pequeños departamentos del sheriff no seguían de manera estricta cosas como los procedimientos habituales de investigación. Diablos, la mitad de su personal voluntario tal vez ni siquiera sabría deletrear «investigación», y mucho menos «procedimientos».

—Hice una llamada —reveló con brusquedad el agente Amity. Su rostro permaneció inexpresivo, pero su voz bajó, como si estuviera a punto de confesar un pecado.

—¿Por el cinturón de seguridad? —Mientras fueran cómplices, Rainie bajaría la voz también.

—No me gustó el hecho de que el no llevar el cinturón de seguridad lo hubiera convertido en una fatalidad —prosiguió Amity—, y daba la casualidad de que el cinturón de seguridad estaba roto. Así que llamé al taller de servicio del Explorer. Parece que lo del cinturón de seguridad roto no era reciente; había ocurrido hacía un mes. La conductora llamó para que se lo cambiaran. Incluso pidió una cita, pero nunca acudió.

—¿Cuándo tenía la cita?

—Una semana antes del accidente.

—¿Sabía el taller por qué canceló?

—Llamó para decir que le había surgido algo, que volvería a pedir una nueva cita en breve. —Se encogió de hombros—. Entonces, ahora tenemos una conductora que va durante cuatro semanas sin un sistema de arnés adecuado, y luego se arrastra detrás del volante borracha como una cuba. No sé si es sospechoso, señora, pero en mi libro el accidente parece cada vez más estúpido.

Rainie se mordió el labio inferior.

—Sigue sin gustarme lo del cinturón de seguridad inoperativo.

—Hace que papá se ponga nervioso —supuso con astucia el agente Amity.

—Algo así. ¿Qué hay de la víctima peatonal, el anciano?

—Se llamaba Oliver Jenkins. Vivía a algo más de un kilómetro del lugar del accidente. Según su esposa, siempre paseaba a su perro por la carretera y ella siempre le decía que era peligroso.

—¿Alguna posibilidad de que esto tenga algo que ver con él?

—El señor Jenkins era un veterano retirado de la guerra de Corea. Vivía de una pequeña pensión del Estado y le encantaba el helado de nueces pecanas con mantequilla. No, no creo que hiciera nada para merecer ser atropellado por un Ford Explorer. El perro, en cambio, tenía un largo historial de destrozar zapatos.

El rostro del grandullón permaneció tan impasible que Rainie casi volvió a perderse el sarcasmo. ¿Eran todos los chicos sureños tan encantadores o estaba tratándola de manera especial?

—No había señales de que hubiera frenado —intentó ella, manteniendo el enfoque sospechoso.

—Nunca he visto un borracho que lo haya hecho.

—Podría haber recibido un golpe de un segundo vehículo —replicó.

—El Explorer no tenía arañazos recientes, abolladuras ni desconchones de pintura. No había marcas a los lados de los neumáticos. No había otras huellas de neumáticos. Mire sus fotos, señora.

Rainie frunció el ceño. Los policías competentes podían ser un como un grano en el culo.

—¿Y qué hay de una segunda persona en el vehículo? ¿Algún pasajero?

—No vi ninguno.

—¿Miró?

—Miré en el asiento del pasajero. No había nadie.

—¿Buscó huellas?

Amity puso los ojos en blanco.

—¿Qué demonios se ganaría con sacar las huellas de un coche? En primer lugar, los salpicaderos y la mayoría de los paneles laterales son demasiado rugosos para mostrar huellas. En segundo lugar, las superficies lisas que podrían servir, como los cierres de los cinturones de seguridad, los tiradores de las puertas o los volantes, han sido manipulados por tantos Toms, Dicks y Harrys que nunca se conseguirían crestas nítidas. De nuevo, la remito a los procedimientos habituales de investigación…

—Entiendo lo que quiere decir. Es el mejor oficial de policía que ha existido y no hay indicios de una segunda persona en la escena.

—Pues sí, señora, creo que por fin estamos de acuerdo.

Rainie le dedicó una leve sonrisa y luego se inclinó hacia delante.

—¿Por casualidad probó la puerta del lado del copiloto?

Amity entrecerró los ojos. Ella se dio cuenta de que él había captado en qué estaba pensando, porque empezó a asentir.

—De hecho…

—La puerta estaba operativa, ¿no?

—Sí, señora.

—¿Y buscó huellas de pisadas?

—Había demasiada maleza. No pude conseguir ninguna señal de nada.

—Pero estuvo mirando, agente. ¿Por qué miró?

El agente Amity guardó silencio.

—No lo sé —reconoció al final.

—De manera extraoficial.

—No sé.

—De manera extraoficial. Agente, usted siguió investigando este caso incluso después de saber que la conductora estaba muriéndose. Como ha señalado con amabilidad, ustedes los de la estatal están demasiado sobrecargados de trabajo como para hacer algo así al azar. Algo lo preocupó. Algo lo sigue preocupando. Incluso estoy dispuesta a apostar a que no le sorprende que yo esté aquí.

El agente Amity permaneció en silencio. Justo cuando ella pensaba que iba a seguir haciéndose el duro, reveló de repente:

—Creí que no estaba solo.

—¿Qué?

Él apretó los labios, y continuó de forma apresurada:

—Estaba de pie junto al vehículo mirando a esa pobre chica, y con ese tipo echando las entrañas detrás de mí, y juré…. juré por Dios que oí a alguien reírse.

—¡¿Qué?!

—Tal vez todo estuviera en mi cabeza. ¡Cielo santo!, el sol aún no había salido por completo y, en esas rutas rurales, todo parece extraño, con todos aquellos árboles y maleza. La mitad no se ha desbrozado en los últimos cincuenta años. Hay millón y medio de lugares para que alguien se esconda, si tuviera intención de hacerlo. Miré a mi alrededor, comprobé todo. No vi nada. Es probable que solo estuviera en mi cabeza, y tener al samaritano ahí vomitando tampoco ayudaba mucho. Casi me alcanzó la pierna.

—Quiero ver el coche.

—¡Buena suerte!

—Venga, solo un vistazo rápido en el depósito municipal.

Amity negó con la cabeza.

—Han pasado catorce meses. Es verdad que el vehículo fue primero a nuestro depósito, pero solo hasta que la compañía de seguros llegó a un acuerdo. Lo retiraron hace meses, seguro que lo remolcaron a algún desguace donde ya lo habrán desmontado para vender piezas.

—¡Joder! —murmuró Rainie. Volvió a morderse el labio inferior, no se lo esperaba e intentó pensar en más opciones—. Creía que había alguna norma que prohibía revender como piezas los cinturones de seguridad de un vehículo siniestrado. Ya no tienen garantía después del primer accidente.

—Sí, señora.

—Así que, en teoría, el desguace debería tener todavía al menos los cinturones de seguridad.

—Si es que no los han tirado ya a un contenedor —respondió él, encogiéndose de hombros.

—Me arriesgaré. ¿Nombre del desguace?

—Como si yo lo supiera. La compañía de seguros se encarga de todo eso.

—Agente…

Le dirigió una mirada intensa. Él suspiró hondo.

—Supongo que podría hacer una llamada…

Rainie volvió a esbozar su encantadora sonrisa. Pero el agente Amity era un chico listo, porque esa vez se limitó a gruñir y a sacudir la cabeza.

—Debería haber empezado con eso —le dijo a Rainie.

—¿Con qué?

—Diciendo que había sido policía.

—Solo fui agente local. Me sorprende que se haya dado cuenta.

—Tengo buena vista para estas cosas.

—Sí, eso es lo que me temo —respondió ella asintiendo con gesto adusto.

# 6

**Society Hill, Filadelfia**

Bethie estaba nerviosa. No debía estar haciendo eso. Le gustaba su estilo de vida solitario; se sentía cómoda pasando las tardes sola. ¿En qué estaba pensando? ¿Y los pendientes combinaban con ese vestido? Quizá, esos pendientes eran demasiado bonitos. Quizá, el vestido era demasiado bonito. ¡Oh, Dios!, iba a tener que empezar de nuevo y ya llevaba cinco minutos de retraso.

Cambió el vestido corto negro por una falda negra que le llegaba por debajo de la rodilla y un top de satén azul eléctrico. Iba más cubierta, eso le gustaba. Pero se quedó con las mismas sandalias de tacón alto con tiras. A su edad, estaba orgullosa de sus piernas y pensó que no estaba de más mostrarlas. Dios sabía que tenía unos cuantos kilos de más metidos en otros sitios, por no hablar de lo que la gravedad había hecho con su trasero. Había envejecido bien, pero, en vísperas de su primera cita en más de dos años, aún se sentía amargada por el paso del tiempo. ¿Cómo es que los hombres se rellenaban con la edad, mientras que a las mujeres se les caía todo?

Pendientes. ¿Qué par de pendientes? Vamos, Bethie, es solo una cita. Cogió el primer par dorado que encontró, se dijo con firmeza que eran perfectos y fue hacia a la puerta.

No se había imaginado que acabaría cenando con el señor Shandling. Empezó con un café la tarde anterior. A él le preocupaba haberla molestado, y ella estaba demasiado alterada para resistirse, así que la llevó a uno de los pequeños cafés de South Street, la agasajó con capuchino y le contó historias hasta que las lágrimas de sus mejillas se secaron y empezó a sonreír.

Ella dejó de mirar tanto su físico y empezó a escuchar más sus palabras: relatos de viajes a Irlanda, Inglaterra y Austria, viajes para bucear en los arrecifes de coral de Australia o para comprar piedras preciosas en Hong Kong. Tenía una potente voz de barítono, perfecta para hilar historias fabulosas y, al final, aunque ella no estaba segura de que un solo hombre pudiera haber hecho de verdad todas esas cosas, descubrió que no le importaba. Le gustaba escucharlo hablar. Le gustaba ver el rabillo de sus ojos azules cada vez que sonreía. Le gustaba cómo la miraba, como si su único propósito en la vida fuese hacerla feliz.

La invitó a cenar la noche siguiente. Ella carraspeó y vaciló. Avanzaba tan rápido que, en realidad, no sabía…

*Él solo iba a estar en la ciudad una semana. Seguro que una cena no le haría ningún daño… Cedió con un sí, y él eligió Zanzibar Blue, un conocido club de jazz y uno de sus restaurantes favoritos. Le había prometido reunirse con él allí.*

Bethie no era una completa novata en temas de citas, leía Cosmo. En una primera cita, tenías que llegar siempre por tu cuenta, así podrías marcharte cuando quisieras. No había que dar de buenas

a primeras demasiada información personal, como tu dirección. Había que conocer primero a la persona. Solo porque un hombre fuese bien vestido y fuera encantador no significaba que fuese seguro. No había más que preguntarle a su exmarido, Pierce.

Bethie paró un taxi e hizo el corto trayecto hasta el Zanzíbar.

Tristan Shandling estaba esperándola delante del club. Esa noche vestía pantalón negro plisado con camisa color ciruela y corbata de llamativos estampados de color plateado y turquesa. En deferencia al caluroso y húmedo clima, se había abstenido de llevar chaqueta. Con las manos cómodamente metidas en los bolsillos y un pie cruzado sobre el otro, parecía digno, apuesto y con todo bajo control. Bethie le echó un vistazo y enseguida deseó haber optado por el vestido negro corto. Ese hombre no debería tener una cita con una madre de mediana edad. Un hombre como él tenía que salir con una rubia platino, un bomboncito.

Salió del taxi y se recolocó nerviosa su conservadora falda. Tristan se giró, la vio y enseguida sonrió.

—¡Elizabeth! Me alegro mucho de que hayas podido venir.

Por más que lo intentara, a ella no se le ocurría qué decir. Se quedó en silencio, agarrando su pequeño bolso negro mientras él entornaba los ojos y le tendía el brazo. A Bethie se le había cortado la respiración.

Él seguía sonriendo, con esos ojos azules pacientes y amables. Ella se dio cuenta enseguida de que él lo sabía. Sabía que estaba nerviosa y, al sonreír de forma tan efusiva, intentaba facilitarle las cosas.

—Siento llegar tarde —logró pronunciar.

Él rechazó sus disculpas, le cogió la mano y se la metió en el pliegue del codo. Le acarició los dedos, que ella sabía que debían estar helados.

*—El jazz es mi música favorita —señalo con amabilidad mientras la llevaba hacia la puerta y las primeras notas de blues de los instrumentos de viento los envolvían—. Espero que no te importe.*

*—Me encanta el jazz —apuntó ella—. También ha sido siempre mi música favorita.*

—¡¿En serio?! ¿Davis o Coltrane?

—Davis.

*—¿Round Midnight o Kind of Blue?*

—Round Midnight, por supuesto.

—Ah, desde el primer momento en que te vi supe que eras una mujer de gusto impecable. Claro que luego aceptaste salir conmigo y pusiste en duda toda mi teoría. —Le guiñó un ojo.

Por fin se encontró a sí misma devolviéndole la sonrisa.

—Bueno, no hay ninguna regla que diga que no puede disfrutarse tanto del agua como del vino —agregó, más alegre.

—¡Santo cielo!, ¿me acabas de insultar?

—No sé. Depende de si eres agua o vino. Supongo que tengo toda la noche para averiguarlo.

—Elizabeth —manifestó con entusiasmo—, ¡vamos a pasar una velada estupenda!

—Francamente, me gustaría —contestó ella, con la primera emoción real que había sentido en meses.

Más tarde, ante platos de mejillones humeantes y pasta vegetariana, y una botella de un burdeos muy fino, Bethie le hizo la pregunta que ardía en su cabeza.

—¿Te duele? —Sus ojos se desviaron hacia su lado derecho. No tuvo que decir nada más para que él lo entendiera.

Despacio, asintió con la cabeza.

—Aunque no tanto como al principio. Eso sí, nada de dar saltos por un tiempo.

—Pero ¿te encuentras mejor?

Él le sonrió.

—Nací con dos riñones enfermos, cielo. El primero falló cuando tenía dieciocho años. El segundo empezó a hacerlo el año pasado. Pasé dieciséis largos meses yendo a diálisis. Me sentía mal. Ahora, por lo que a mí respecta, las cosas solo pueden ir a mejor.

—¿Hay… hay todavía alguna posibilidad de rechazo?

—En la vida, el amor y en los trasplantes de órganos. Pero me tomo mi cargamento de medicinas como un chico obediente y rezo mis oraciones por la noche. No sé por qué Dios da segundas oportunidades a viejos granujas como yo, pero, mientras tenga una, odio quejarme.

—Tu familia debe estar muy aliviada.

Volvió a sonreír, pero esa vez ella percibió un rastro de tristeza en su mirada.

—No tengo mucha familia, Bethie, solo un hermano mayor. Se marchó hace mucho y no lo he vuelto a ver. Hubo una mujer una vez. Me anunció que estaba esperando un hijo mío. Pero yo era joven y me temo que no me lo tomé demasiado bien. Cuando supe que necesitaba un riñón, no me pareció el momento de llamar. No me gustan los amigos de conveniencia, y mucho menos, los padres de conveniencia.

—Lo siento —expresó ella con sinceridad—. No pretendía desenterrar los malos recuerdos.

—No te preocupes. He cometido mis errores y me he tomado mis licencias, y sigo pensando que una vida tranquila está sobrevalorada. Voy a morir con las botas puestas. —Hizo una mueca—. Quizá, enganchado de nuevo a una máquina de diálisis.

—No digas eso. Has llegado hasta aquí. Además, aún tienes muchas cosas que hacer. Como encontrar a tu hijo.

—¿Crees que voy a encontrar a mi hijo perdido desde hace tanto tiempo?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque lo has mencionado en una conversación con una mujer que acabas de conocer, así que sin duda has estado pensando en ello.

Él guardó silencio y golpeó con los dedos el borde de su copa de vino.

—Elizabeth Quincy, eres una mujer muy astuta —señaló con seriedad.

—No, es solo que yo también soy madre.

—Ah, no sé… —Se apartó de la conversación, cogió su copa y bebió un sorbo—. Ni siquiera sé si es chico o chica, y mucho menos si es mío. Y, además, a mi edad… Estoy viajando por todo el mundo la mayor parte del tiempo. A duras penas soy material para convertirme en padre del año.

—¿A qué te dedicas?

—Soy especialista en cachivaches.

—¿Cachivaches?

—Cachivaches —repitió riéndose entre dientes—. Recorro el mundo en busca de lo bonito, lo extraño, lo interesante y, sobre todo, lo barato. Cajas de madera de Tailandia, laca negra de Singapur, cometas de papel de China. Entras en una tienda de regalos, te enamoras de una burda figurita tallada y desesperadamente cara, y ese soy yo, Bethie. La encontré solo para ti. Con un sobreprecio del cien por cien, por supuesto.

Ella sacudió la cabeza en señal de protesta.

—¿Y puedes ganarte la vida con esto?

—Me gano muy bien la vida con esto. Traigo cosas por contenedores. La clave está en el volumen.

—Debes tener buen ojo.

—No, solo mucha experiencia como comprador impulsivo —contestó sonriéndole—. ¿Y tú?

Quiso formular la pregunta con amabilidad. Acababa de ofrecer algo más de información sobre sí mismo. Aun así, ella se estremeció, y en el instante en que lo hizo, la sonrisa desapareció del rostro de él.

—Te pido disculpas —declaró de inmediato—. Lo siento, Bethie. Tengo la costumbre de hablar antes de pensar. Te juro que tengo la intención de dejar de…

—No, no. Es una pregunta lógica y has sido muy generoso compartiendo tu vida…

—Pero las cosas son difíciles para ti ahora. Lo sé y no debería haberme entrometido.

—No es… No es eso —aventuró.

Él asintió para que continuara, con expresión paciente y unos entornados y sinceros ojos azules. Descubrió que era fácil hablar con él. Mucho más fácil de lo que ella habría imaginado.

—Me educaron para ser esposa —le contó—. Una esposa de la alta sociedad. Para crear un hogar hermoso, organizar fiestas encantadoras y lucir siempre una sonrisa cuando mi marido está a mi lado Y ser una buena madre, por supuesto, criando a la próxima generación de mujeres de la alta sociedad.

Tristan asintió con gravedad.

—Pero luego… Luego me divorcié. Es curioso, no me di cuenta de inmediato. Tenía que pensar en Kimberly y Amanda y, para ser sincera, las cosas habían resultado difíciles para ellas. Ellas necesitaban atención y yo necesitaba prestarla. Supongo que pasé de ser una extensión de mi marido a ser una extensión de mis hijas. Parecía natural en aquel momento.

—Salvo que las niñas no son niñas para siempre —añadió Tristan.

—Kimberly se fue a la universidad hace tres años —comentó Bethie en voz baja—. Las cosas no han sido iguales desde entonces.

*Miró hacia su regazo. No pudo evitarlo. Esa noche sonaba jazz blues, y una mujer mayor entonaba los melancólicos acordes de At Last, My Love Has Come Along… y Bethie sintió la congoja hasta los huesos.*

Recordó su hermosa casa de ladrillo vacía, con una habitación tras otra de profundo silencio. Cuatro teléfonos distintos que rara vez sonaban. Pasillos llenos de fotografías enmarcadas que eran todo lo que le quedaba de la gente a la que quería.

Y recordó estar en pie en aquella ladera hacía un mes, contemplando la tumba negra recién excavada, abierta de par en par. «Polvo eres y en polvo te convertirás».

Tenía cuarenta y siete años, y ya no sabía quién era. Tenía cuarenta y siete años, ya no era esposa ni madre de Mandy, y no sabía cuál era su lugar.

La mano de Tristan se acercó y se entrelazó con la suya. Él atrajo su mirada y ella vio que ya no sonreía. En su lugar, mostraba una expresión sombría, no muy distinta de la suya. Por un momento tuvo una imagen de él, despertándose en el hospital tras la operación de trasplante y sin descubrir a nadie a su lado. Sin mujer ni hijos que le cogieran la mano. Él lo sabía, pensó ella. Lo sabía.

*Sus dedos se enroscaron en los de él. La mujer continuaba cantando: «My love has come along…» y el momento siguió y siguió.*

—Bethie —pronunció con suavidad—, vamos a dar un paseo.

Fuera, el aire era pesado y caluroso, pero el sol empezaba a ponerse y a Bethie siempre le había gustado ese momento del día. El mundo se tornaba opaco, aterciopelado, ofreciendo menos color, pero también menos líneas nítidas y objetos duros. Eso la reconfortaba.

Caminaron en silencio, sin dirigirse a ningún sitio en particular, pero con un conocimiento mutuo de la ciudad, abriéndose paso hacia Rittenhouse Square.

—Me toca hacer una pregunta —anunció Tristan de repente. Se había aflojado la corbata y arremangado la camisa en deferencia a la humedad del aire. Seguía estando elegante, y Bethie era consciente de que otras personas les lanzaban miradas disimuladas.

—Pregunta —insistió, dándose cuenta de que Tristan seguía estudiándola.

—¿Me prometes no sentirte insultada?

—Después de dos copas de vino, tienes que esforzarte mucho para hacerme sentir así.

Se detuvo en mitad de la manzana y la giró para que estuviera de frente a él.

—No es solo por el riñón, ¿verdad?

—¿Qué?

—Esto. No se trata solo de que yo tenga el riñón de tu hija, ¿no? Sé que es una pregunta grosera, y no quiero disgustarte, pero esta noche está yendo incluso mejor de lo que imaginaba y, bueno, necesito saberlo. Algunas personas creen que, cuando consigues el órgano de alguien, consigues también un trozo de su alma. ¿De eso se trata esta noche? ¿Soy solo una extensión de tu hija? —añadió de forma apresurada—. Porque estoy considerando de veras besarte, Elizabeth Quincy, y no creo que una extensión de tu hija deba hacerlo.

Bethie se sintió aturdida. Su mano se soltó de la de él, revoloteó en la base de su garganta, jugueteó con el cuello de su blusa de satén.

—Yo no… ¡Claro que no! Eso es… Eso es una tontería. Un cuento de viejas, una superstición tonta.

Tristan asintió satisfecho. Parecía dispuesto a reanudar la marcha, cuando ella arruinó su propio argumento diciendo:

—Tú no… No sientes nada distinto, ¿verdad?

—¿Perdón?

—Nos encontramos por casualidad —se apresuró a decir—, y sin embargo supiste quién era yo de inmediato, a pesar de que solo te habían hablado de mí una vez. Es un poco extraño, ¿no crees? Dios sabe que cuando voy a fiestas tengo que ver a alguien tres o cuatro veces antes de poder ponerle nombre a una cara.

—Me ayudaste a salvar la vida. Eso es un poco más significativo que algún trajeado en una fiesta elegante.

—Hay algo más.

—¿Qué? —Ya parecía preocupado de veras.

La noche había sido preciosa. A ella le dolía decir lo que tenía que decir a continuación.

—Sabes cómo me llaman —susurró.

—¿Que sé cómo te llaman?

—Bethie. Me has llamado Bethie. Muchas veces. Siempre Bethie, nunca Liz o Beth. Nunca te dije que solían llamarme así, Tristan. ¿Y cuántas Elizabeths conoces a las que llamen Bethie?

El rostro de él se quedó lívido. Sus ojos se abrieron de par en par y, por un momento, pareció tan horrorizado que ella deseó poder recordar sus palabras. A la vez, sus miradas se deslizaron hacia su costado, donde la cicatriz seguía rosada y en carne viva bajo la protección de la camisa.

—¡Caray! —respiró.

A Bethie le entró un escalofrío. La noche era calurosa, la humedad opresiva, y aun así se frotó los brazos en busca de calor.

—Ha sido una mala idea —añadió con brusquedad.

—No…

—¡Sí!

—¡Maldita sea, no! —Él le agarró el brazo con firmeza, pero sin dolor—. No soy tu hija.

—¡Ya lo sé!

—Tengo cincuenta y dos años, Bethie… Elizabeth. Mi comida favorita es la carne, mi bebida favorita, Glenfiddich solo. Dirijo mi propio negocio. Me gustan los coches y los barcos rápidos.

Alabado sea el Señor, tengo un amor profundo y duradero por Playboy, y no es por sus artículos. ¿Algo de eso te suena a chica de veintitrés años?

—¿Cómo sabías la edad de Amanda?

—¡Porque me lo dijeron los médicos!

—¿Hiciste preguntas sobre ella?

—Bethie…, cielo, por supuesto que hice preguntas. Alguien tuvo que morir para que yo viviera. Pienso en ello. Demonios, me paso en vela la mitad de mis noches pensando solo en eso. No soy tu hija; te juro que ni siquiera soy el fantasma de tu hija. Pero soy un hombre agradecido.

Bethie guardó silencio. Necesitaba pensar en ello. Luego, asintió.

—Es posible —reconoció— que alguien se refiriera a mí como Bethie. Ya sabes, en el hospital.

Él le soltó el brazo.

—Sí, es probable que así fuera como ocurrió.

—¿Te contaron lo del accidente? —Tenía que saberlo.

—Sé que iba borracha, si te refieres a eso.

—Estaba llevándolo muy bien —continuó Bethie en voz baja—. Se había apuntado a Alcohólicos Anónimos solo seis meses antes del accidente. Tenía muchas esperanzas puestas en ella.

Él no dijo nada, pero su expresión se suavizó, le pasó a ella un mechón de pelo por detrás de la oreja y le acarició la mejilla. Su pulgar le acarició la mandíbula.

—Era tan sensible —murmuró Bethie—. Incluso de pequeña. Nada perturbaba a Kimberly, nada asustaba a Kimberly, pero mi Mandy siempre fue diferente. Era vergonzosa y tímida. Los bichos la asustaban. Gracias a Hitchcock, los pájaros la asustaban. Un año, le dio muchísimo miedo el tobogán del patio del colegio. Nunca supimos por qué. Durmió con una luz de noche encendida hasta los doce años.

—Debes haberte preocupado mucho por ella.

—Quería que se sintiera segura. Quería que se viera a sí misma fuerte, independiente y capaz. Quería que pudiera soñar con algo más grande de lo que yo nunca lo hice.

—Lo que le pasó no fue culpa tuya —la consoló Tristan.

—Eso es lo que intento decirme a mí misma. —Le dedicó una media sonrisa—. En cambio, culpo a mi exmarido.

—¿Por qué?

—Por su trabajo. Se unió al FBI cuando las niñas eran pequeñas, se hizo perfilador y, a todos los efectos, desapareció. Es cierto que hizo un trabajo importante, pero siempre he sido un poco parcial: pensaba que nuestras hijas debían ser lo primero. Tonta de mí. —Oyó la amargura en su voz e hizo una mueca—. Lo siento. No tenías por qué oír todo eso.

—¿Oír qué?

Ella volvió a sonreír sin la alegría de antes, al comienzo de la velada, pero era una sonrisa al fin y al cabo.

—Eres muy amable por escucharme —murmuró.

—¡Ah!, Bethie, mantengo lo que dije antes. Esta es la noche más agradable que he pasado en años. De lo malo pueden salir cosas buenas. Me ha costado cincuenta y dos años y una intervención quirúrgica muy peligrosa aprenderlo, pero lo he hecho.

—¿De verdad solo vas a estar aquí una semana?

—Esta vez. Pero podría arreglarlo para volver.

—¿Por negocios?

—Si quieres llamarlo así.

Ella agachó la cabeza y un lento rubor le subió por las mejillas. El evidente calor la delató, y él le levantó la barbilla despacio con el pulgar. Se había acercado más a ella, que podía sentir el calor de su cuerpo a solo unos centímetros. Se dio cuenta de que iba a besarla. Iba a besarla. Ella se inclinó hacia delante.

—Bethie —murmuró él justo antes de que sus labios rozaran los de ella—, deja que te lleve a dar una vuelta.

# 7

**Casa de Quincy, Virginia**

Eran más de las diez de la noche cuando Quincy regresó por fin a su oscura residencia. Hacía malabarismos con su maletín de ordenador en cuero negro, una caja de cartón con carpetas de cartulina y su teléfono móvil mientras luchaba con su llave. En cuanto abrió la puerta, su sistema de seguridad empezó a emitir pitidos de advertencia.

Cruzó el umbral deprisa y, con movimientos adquiridos tras años de costumbre, introdujo el código de acceso sin necesidad de mirar las teclas. Un minuto después, cuando la puerta principal estuvo cerrada y bloqueada de nuevo, volvió a activar los sensores exteriores dejando desactivados los detectores de movimiento del interior. Bienvenido a casa.

Quincy apreciaba su sistema de seguridad. Irónicamente, era tal vez el único objeto de su casa que valía mucho dinero.

Se dirigió a la cocina, dejó caer el maletín del ordenador y la caja con archivos sobre la encimera, y luego abrió el frigorífico sin ninguna razón. Seguía vacío, no había crecido ningún alimento por arte de magia desde la última vez que lo comprobó. Cerró la puerta, se sirvió un vaso de agua del grifo y se apoyó en la encimera.

La cocina era amplia y moderna. Tenía suelos de madera y una enorme cocina con una impresionante campana, ambas de acero inoxidable. El frigorífico era de tamaño industrial, también de acero inoxidable. Los armarios eran de madera de cerezo y las encimeras, de granito negro. Cinco años atrás, el agente inmobiliario le aseguró que se trataba de una cocina adaptada por completo para recibir invitados. Después, Quincy miró hacia los ventanales del rincón de desayuno vacío, que aún no tenía mesa de cocina.

Viajaba mucho, y se notaba en su casa.

Se apartó de la encimera y recorrió inquieto el espacio. Otro largo día finalizado, otro regreso al hogar, a… ¿qué?

Quizá debía tener una mascota. Peces, periquitos, gatos, algo que no requiriera demasiados cuidados pero que al menos lo recibiese al final del día con sonidos alegres o incluso un aullido ensordecedor. No era alguien que necesitara muchas comodidades. Podía soportar la ausencia de muebles o la falta de obras de arte en sus paredes. Su madre murió cuando era muy pequeño, y la mayor parte de su vida había carecido de toques más delicados. Pero el silencio… El silencio seguía afectándolo.

Se encontró pensando en las cenas con su padre: dos personas sentadas en una mesa de pino

arañada, compartiendo una comida sencilla sin mediar palabra. La granja requería mucho esfuerzo físico. Abraham se levantaba y salía al amanecer, volvía al atardecer, cenaban, veían un poco la tele y leían. Todas las noches, cada uno en su sillón reclinable parcheado, se abrían camino a través de su novela.

Quincy sacudió la cabeza. Su padre crio a su único hijo como mejor supo. Abraham trabajó duro, puso comida en la mesa y enseñó a su hijo a apreciar la palabra escrita. Quincy podía respetar eso en la actualidad. Consideraba que estaba en paz con las cosas. O al menos lo había hecho hasta hacía un mes. El dolor jugaba malas pasadas a la mente, y ni siquiera él sabía qué tipo de demonios iban a salir de su subconsciente después.

Esos días se sentía inquieto, con dudas sobre sí mismo alimentadas por horas de almuerzo no compartidas con nadie y viajes a Arlington, donde permanecía junto a la tumba de su hija, con las terminaciones nerviosas erosionadas por semanas de trabajo con personas que ya no lo miraban a los ojos.

No estaba acostumbrado a sentirse así, como si el mundo fuera un lugar incierto y tuviera que tantear el terreno con cuidado o correr el riesgo de precipitarse a un abismo desconocido. Algunas noches se despertaba sobresaltado, con el corazón martilleándole en el pecho por la frenética necesidad de llamar a Kimberly y asegurarse de que estaba bien, de que aún le quedaba una hija. Aunque pareciera irónico, algunas noches le consumía el deseo de llamar a Bethie, porque aunque su exmujer lo odiaba a muerte, era alguien que había amado a Mandy. Ella era una conexión con su hija, y cada día que pasaba quedaban menos de esas conexiones.

Quincy no se imaginó que fuera a resultar tan difícil. Era un académico, un doctor que había estudiado las cinco etapas del duelo y la agitación física y emocional resultante. Había que comer mucha fruta y verdura fresca, practicar algún tipo de ejercicio vigoroso y evitar el alcohol, que nunca ayudaba. Era un profesional, un agente del FBI que había estado presente en numerosas ocasiones en las que llegaba la noticia de que alguna esposa, esposo, hermano, hermana, hijo o hija no volvería a casa. Había que mantener la concentración, revisar los últimos días de la vida del ser querido de la forma más objetiva posible y evitar la histeria, que nunca ayudaba.

Después de todo, era un hombre, un padre arrogante que había asumido que la tragedia golpearía a la familia de otro y nunca a la suya. No comía mucha fruta ni verdura. No tenía una visión objetiva de las últimas jornadas de la vida de Mandy. Algunos días ansiaba con desesperación el alcohol. Y algunas noches sabía que se acercaba de forma peligrosa a la histeria.

Y luego estaba el agente especial de supervisión Pierce Quincy, el mejor de los mejores de Quantico. «Qué bajo han caído los poderosos», pensó, y le perturbó encontrarse todavía tan egocéntrico, incluso al lidiar con la muerte de su hija.

Deseaba que Rainie llamase. Había creído que para entonces ya habría tenido noticias suyas, y le preocupaba no haber sabido nada. Se frotó las sienes con cansancio, sintiendo el latido sordo de un dolor de cabeza que nunca desaparecía por completo esos días. Y, como si hubiera sido una señal, el teléfono inalámbrico de la encimera de la cocina empezó a sonar.

—Por fin —murmuró Quincy, y contestó—. ¿Diga?

Silencio. Se oían extraños ruidos de fondo, como metal chocando contra metal.

—Vaya, vaya, vaya —dijo una voz—. ¡Pero si es él en carne y hueso!

Quincy frunció el ceño. La voz despertó recuerdos, algo en un recóndito lugar de su mente.

—¿Quién es?

—¿No te acuerdas de mí? ¡Ay!, y yo que pensaba que era tu loco simpático. Vosotros los federales me rompéis el corazón.

De repente, identificó la voz.

—¿Cómo has conseguido este número? —preguntó Quincy con severidad, mientras empezaban a sudarle las palmas de las manos y su mirada volaba hacia su sistema de seguridad para asegurarse de que seguía activado.

—¿Quieres decir que aún no lo sabes?

—¿Cómo has conseguido este número?

—Amigo, relájate. Solo quiero hablar. Revivir viejos tiempos en esta bonita tarde de martes.

—¡Que te jodan! —soltó Quincy sin pensar. Casi nunca decía palabrotas, y un momento después deseó no haberlo hecho en ese momento, porque el interlocutor se limitó a reírse.

—¡Ah!, Quincy, amigo, hasta dices palabrotas como un trajeado. Mierda, tío, aquí somos criminales curtidos, tienes que hacerlo mejor. «Que se joda tu madre», tal vez. «Fóllate a tu madre por el puto culo». Sí, esa es buena. O tal vez —la voz se volvió sedosa—, «Fóllate a tu hija muerta en su puta tumba con una puta cruz blanca». Sí, eso me gustaría.

Quincy agarró el teléfono con más fuerza cuando las palabras penetraron en él, y la primera oleada de ira lo inundó como un maremoto. Quería romper el teléfono. Quería aplastarlo contra su suelo de madera desnuda o su encimera de granito negro. Quería destrozarlo una y otra vez, y luego quería volar a California solo para poder darle una paliza a Miguel Sánchez, de treinta y cuatro años y ya condenado a muerte, y nunca se había sentido tan enfadado, con la rabia palpitándole en las sienes y todo el cuerpo rígido por la necesidad de atacar.

Entonces vio su contestador automático. La luz roja parpadeaba indicando que había mensajes y la pantalla digital roja mostraba el recuento de nuevos mensajes: 56. Cincuenta y seis nuevos mensajes en lo que debería haber sido su línea telefónica privada.

Se sorprendió de lo tranquila que podía mantener la voz.

—Una llamada mía, Sánchez, y te enviarán directo a aislamiento. Y recuerda: soy yo quien sabe cuánto odias estar solo.

—¿Eso significa que no te gusta hablar de tu hija? Una chica muy muy guapa, Quincy. Qué bien que le pusieras mi nombre favorito.

—… semanas en el agujero. Nadie con quien presumir, nadie que te aumente el ego, nadie a quien violar cuando te das cuenta de que nunca jamás vas a volver a tocar a una mujer.

—Hazme un favor, «fede», la próxima vez que escuches mi grabación, imagínate el rostro de tu hija por mí. Ah, y dale un beso a tu segunda hija. Porque algún día encontraré una manera de salir de este antro, y me hace muy feliz saber que todavía te queda una hija.

—Por última vez —repitió Quincy con firmeza, con la mirada clavada en su parpadeante sistema de seguridad—, ¿cómo has conseguido mi número privado?

—¿Privado? Ya no —contestó Sánchez arrastrando las palabras.

En cuanto Quincy colgó, el teléfono volvió a sonar. Contestó de nuevo.

—¡¿Qué?! —demandó con dureza.

Hubo un momento de silencio y luego la voz insegura de su exmujer.

—¿Pierce?

Quincy cerró los ojos. Estaba derrumbándose. No se vendría abajo, no se permitiría tal cosa.

—Elizabeth.

—Me preguntaba si podrías hacerme un pequeño favor —murmuró Bethie—. Nada importante. Solo comprobar unos antecedentes. Ya sabes, como hacías antes.

—¿Tu padre está empleando a más contratistas? —Quincy se esforzó por aflojar el agarre del teléfono y respirar hondo. Su suegro había realizado una ampliación en su casa el año anterior. Hizo que su única hija llamara a su exmarido para pedir que se comprobaran los antecedentes de toda la plantilla. Según su exsuegro, era lo menos que Quincy podía hacer.

—El nombre es Shandling, Tristan Shandling.

Quincy encontró un trozo de papel y anotó el nombre. Su corazón por fin empezaba a ralentizarse y la sensación de oscuridad, a disminuir. Cada vez se sentía más como antes, y no como una bestia a punto de romper sus cadenas. El contador digital rojo seguía brillando en su contestador automático. Cincuenta y seis mensajes. Algo no iba bien, pero se enfrentaría a ello como se había enfrentado a todo antes. Todo a su tiempo.

—¿Marco temporal? —le preguntó a su exmujer.

—Mmm, no hay prisa, aunque pronto. Creo que tiene una vivienda en Virginia, si eso ayuda.

—Está bien, Bethie. Dame unos días.

—Gracias, Pierce —expresó, y por una vez sonó como si lo dijera en serio.

Quincy no colgó el teléfono enseguida, y ella tampoco.

—¿Has… has sabido algo de Kimberly últimamente? —se encontró preguntando.

Bethie parecía sorprendida.

—No, pero me había imaginado que tú sí.

—¡Ah!, así que nos rechaza por igual.

—Tal vez trató de llamarte cuando estabas de viaje… —A Bethie se le cortó la voz. Pareció darse cuenta de cómo sonaba y añadió enseguida—: Intenté localizarte a principios de semana, pero no estabas en casa y no me apetecía dejarte un mensaje.

—Estaba en Portland visitando a alguien, a una vieja amiga. —No estaba seguro de por qué había aportado esa información y, en cuanto lo hizo, deseó poder retractarse. ¿Una vieja amiga? ¿A quién intentaba engañar? Sin embargo, cuando Bethie habló, no pareció enfadada ni tensa, lo que le sorprendió.

—Tal vez debería hacerle una visita a Kimberly —comentó—. Está a una hora de aquí, podría decirle que estaba por la zona. Ya ha pasado un mes.

Quincy estuvo a punto de decir que no, pero se contuvo. Una vez, Rainie le acusó de llevar su trabajo demasiado lejos. Incluso en su vida personal, aparecía, daba su opinión de experto y se marchaba.

—Quizá Kimberly solo necesite algo de espacio —trató de expresar con neutralidad.

—No sé por qué. Somos la única familia que le queda. Para ser franca, creí que se esforzaría por acercarse más a nosotros, no por alejarse más.

Quincy se frotó las sienes.

—Bethie, sé que estás triste. Yo también lo estoy.

—Pierce, me hablas como si tuviera cinco años.

—Hicimos todo lo posible por ella. Sé que no siempre estamos de acuerdo en el papel del otro como padre o madre, pero los dos queríamos a Mandy. Queríamos lo mejor para ella. Le habríamos… Le habríamos dado el mundo si hubiera sido posible. En lugar de eso, se emborrachó, se arrastró hasta el volante de su vehículo y mató a una persona. La quiero y la echo de menos. Y algunos días… Algunos días, estoy muy enfadado.

Volvió a pensar en la llamada de Sánchez y en la forma en que sus puños se habían apretado y su cuerpo se había puesto rígido. Se dio cuenta de que seguía enfadado. Su furia se alojaba muy hondo en su interior; tardaría años en eliminarla del todo y empezar a sentirse normal de nuevo.

—Bethie —intentó una última vez—, ¿no te enfadas tú también?

Su exmujer no habló enseguida, y luego preguntó en voz baja, en un tono extraño:

—Pierce, ¿crees que si alguien recibe un trasplante de órganos, tal vez reciba algo más que el tejido de la otra persona? Tal vez… Tal vez también reciba parte del ser de la otra persona, alguna parte de su alma.

—Un trasplante de órganos es un procedimiento médico, nada más.

—Me había imaginado que dirías eso.

—Volviendo a Kimberly por un momento…

—Está enfadada, necesita espacio. Lo he comprendido, Pierce. No soy tan tonta como crees.

—Bethie…

El teléfono hizo clic. Su exmujer le había colgado.

Quincy volvió a colocar despacio el teléfono inalámbrico en la base. Y así, pensó cansado, concluía una de las conversaciones más civilizadas de su jornada.

Cinco minutos después, Quincy se sentó en la encimera de la cocina. Había apartado a un lado el pedazo de papel con el nombre de Tristan Shandling. Entonces sacó un cuaderno de espiral nuevo y tres bolígrafos de tinta negra. Pulsó el botón de reproducción de su contestador automático.

Luego empezó la lista de dos páginas de todos los simpáticos delincuentes que habían llamado a su número de teléfono privado solo para desearle la muerte.

La luz de su panel de seguridad indicaba que su sistema se encontraba del todo operativo y activado. Se quedó contemplándolo durante mucho tiempo, pensando en Kimberly y recordando a Mandy.

Poco después, entró en la habitación delantera que utilizaba como despacho. Rebuscó en una pila de cajas de cartón marcadas como «Criminología: teorías básicas», hasta que encontró una pequeña cinta de casete con la etiqueta «Miguel Sánchez: víctima ocho». La cinta original se hallaba en un almacén de pruebas, en California. Esa era la copia personal de Quincy, que había utilizado en varias de sus clases.

Colocó la cinta en un viejo reproductor de casetes y lo puso en marcha. Se sentó solo en la oscuridad mientras en su despacho se oían los lamentos suplicantes de una niña.

Era Amanda Johnson, de quince años, que estaba a ocho largas horas de su muerte.

—Noooooooooo —gritaba—. ¡Oh, Dios!, noooooooooo.

Quincy apoyó la cabeza en las manos, y se dio cuenta de que tenía problemas, porque un mes

después del funeral de su hija, seguía sin poder llorar.

# 8

**Motel 6, Virginia**

—¿Quién es Miguel Sánchez? —preguntó Rainie una hora después. Estaba apoyada en el cabecero de la cama de su habitación de motel y acababa de cenar gofres con nueces en el restaurante Waffle House cercano. El Motel 6 era muy visible desde la autopista y parecía tan buen sitio para detenerse como cualquier otro. Además, a cincuenta dólares la noche, nadie podría cuestionar su cuenta de gastos.

Había encontrado el motel y había encontrado el vecino Waffle House. Se comió sus gofres sola, pensando en la opinión del agente Amity sobre la escena del accidente y deseando no tener escalofríos. Luego perdió diez minutos observando a otros comensales, hombres fornidos de clase trabajadora acompañados de sus chicas. En algunos casos, las mesas estaban abarrotadas de familias enteras. Se encontraba a casi cinco mil kilómetros de casa, y resultaba curioso que nada pareciera muy diferente.

Regresó al motel sabiendo que debía llamar a Quincy y entregarle un informe sobre su día. En lugar de eso, encendió la televisión y echó un vistazo a ese moderno milagro de cincuenta y siete canales, y aun así no había nada que ver. Se dijo a sí misma que, de todas formas, no tenía mucho para informar. Además, no quería parecer ansiosa por escuchar la voz de Quincy. Quería asegurarse de que estaba tratando el asunto como un negocio, un mero negocio. Quincy era el cliente.

No había nada bueno en la televisión. Se había pasado el día en un estado extraño pensando, «Aquí es donde vive Quincy», y estaba ansiosa por escuchar su voz. Lo llamó, y tardó un segundo en darse cuenta de que debía haber llamado antes. Quincy sonaba cansado, casi plano, como si no le quedaran emociones. Nunca lo había oído hablar así.

—Miguel Sánchez fue mi primer caso —le contó después—. Trabajaba desde California a mediados de los ochenta, con su primo, Richie Millos. Se especializaban en asesinatos sádicos con violación de jóvenes prostitutas. Ocho en total. A Sánchez le gustaba grabar su trabajo.

—¡Qué tipo más agradable! —comentó Rainie. Apagó el televisor y dejó el mando a distancia—. ¿Así que fuiste decisivo en la captura de Sánchez?

—Desarrollé la estrategia que utilizó la policía para su detención. Un testigo declaró haber visto a dos hombres arrastrando a la octava víctima hasta una furgoneta blanca veinticuatro horas antes de que su cadáver apareciera mutilado junto a la I-5. En ese momento, ya sabíamos que estábamos tratando con un asesino organizado. Como le expliqué a la policía de Los Ángeles, las asociaciones entre psicópatas son poco frecuentes, pero en las pocas ocasiones en que nos hemos topado con ellas, por lo general, el compañero ha sido servil, un compinche débil que se limita a

satisfacer el deseo de audiencia del psicópata. Mi consejo, por tanto, una vez que la policía hubo identificado a dos probables sospechosos, fue que centraran su atención en el miembro más débil de la pareja. Que Richie delatara a Miguel, que era el verdadero instigador y la amenaza.

—Supongo que resultó más fácil decirlo que hacerlo.

—Sí. Richie idolatraba a su primo mayor. También le aterrorizaba, y con mucha razón. Seis meses después de que Richie entregara a Miguel a cambio de una reducción de condena, lo encontraron en las duchas de la cárcel con el pene cortado e introducido en la garganta. A Miguel nunca le gustó ser sutil.

—¡Ah! ¿Así que este magnífico espécimen humano te ha llamado a tu número privado esta tarde?

—Él, y cuarenta y siete de sus pervertidos compañeros. Luego tenía ocho mensajes de varios funcionarios de prisiones, que creían que debía saber que mi número de teléfono privado circula actualmente por los patios de las cárceles escrito sobre todo tipo de cosas, desde trozos de papel hasta paquetes de cigarrillos. Ah, y en una prisión, mi número está ahora grabado en la pared de una ducha.

—Quincy…

—Según mis cuentas, los cuarenta y ocho reclusos representan veintiún centros penitenciarios diferentes, así que imagino que tendré noticias de más funcionarios de prisiones por la mañana.

—Quincy…

—Pero no te preocupes —continuó, su voz ya no era plana, sino que había adquirido un tono más afilado—, la mayoría de los departamentos penitenciarios tienen derecho a controlar las llamadas de los reclusos, así que estoy seguro de que los nuevos miembros de mi club de fans serán castigados como es debido. Quizá se les ponga una multa disciplinaria o se les imponga aislamiento. Ya sabes, penas que seguro que compensan con creces la pura emoción que un puñado de psicópatas de cadena perpetua pueden sentir al jugar con un agente federal.

—Cambia tu número.

—Todavía no.

—¡Quincy, no seas estúpido!

—No lo soy. Estoy siendo paciente.

Rainie se quedó en silencio, y entonces lo comprendió.

—Quieres que todos sigan llamando por si puedes engañar a alguno para que revele la fuente original de tu número de teléfono.

—Por la mañana, informaré del incidente a mi agente especial a cargo. El Buró se toma muy en

serio la protección de sus agentes. Estoy seguro de que mi línea estará intervenida y vigilada en un abrir y cerrar de ojos y se enviarán llamadas a las distintas prisiones. Quizá incluso le hagan una visita personal a un tal Miguel Sánchez. Me encantaría.

—¿Tienes alguna teoría de quién lo ha hecho? Tiene que ser alguien que te conoce.

—Tal vez. Por otra parte, podría ser algún universitario aburrido que ha pirateado los registros de la compañía telefónica para divertirse un poco.

—Pero tú no lo crees.

—No, creo que es algo personal. Y creo que el misterioso bromista proporcionó algo más que mi número privado, Rainie. Piensa en lo que dijo el señor Sánchez, que quería follarse a mi hija en su puta tumba con una puta cruz blanca. ¿Por qué una cruz blanca? ¿Qué es lo primero que piensas cuando te imaginas una cruz blanca?

Rainie cerró los ojos. Se imaginó una cruz blanca y se le hundió el estómago. Se dio cuenta de que no debía estar en ese estúpido motel. No debía estar ahí sentada fingiendo que los negocios eran solo negocios. Debía estar en casa de Quincy. Debía abrazarlo como él la abrazó con ternura una vez. Y debía taparse los oídos con las manos para evitar escuchar lo que sabía que él iba a decir a continuación. Siempre había tenido una inteligencia demasiado feroz.

—Arlington —continuó implacable Quincy—. El instigador no solo facilitó el número de teléfono de mi casa. Le dijo al menos a un sádico convicto dónde encontrar la tumba de mi hija. Ese hijo de puta regaló a Mandy. —Por fin se le quebró la voz.

Rainie esperó. Al otro lado del teléfono, el sonido de la respiración de Quincy se tornó menos agitado. Podía sentir cómo se recomponía y volvía a ser el agente federal tranquilo y sereno del que tanto se enorgullecía. Pensó en que él necesitaba sus máscaras igual que ella necesitaba las suyas. A ella le sorprendió lo mucho que le dolía darse cuenta de ello.

Sin motivo alguno, le volvió a la cabeza la cría de elefante, en su desesperada carrera por el desierto, golpeada, volviendo a levantarse. Y aun así los chacales la destrozaron al final.

—¿Crees que están relacionados? —le preguntó ella con brevedad.

—¿Qué?

—Las llamadas telefónicas y el accidente de Mandy. Parece bastante interesante que, nada más contratar a alguien para investigar la muerte de Mandy, recibas un montón de llamadas amenazadoras.

—No lo sé, Rainie. Podría ser solo una cuestión de oportunidad. Ya hay bastante gente que no tiene nada mejor que hacer que odiarme. Quizá se enteraron del funeral de mi hija y decidieron que era su ocasión de divertirse. En el pasado hemos tenido incidentes en los que alguien ha conseguido información personal de un agente. Nada de esta magnitud, pero estamos en la era informática.

—No me gusta —replicó Rainie con rotundidad—. Además, el hecho de que Sánchez evocara a Mandy en la llamada… Parece un mensaje bastante punzante.

—Yo… no lo sé. —Quincy volvía a sonar cansado—. Creo que deben estar conectados, luego pienso que estoy paranoico, después pienso que solo estoy siendo diligente. Yo no… no soy yo mismo en este momento.

Rainie se quedó callada. Seguía pensando en que debía decir algo reconfortante. No había crecido en una casa en la que hubiera abundado el consuelo. Tenía treinta y dos años, pero era curioso que hubiera tantas cosas que no sabía hacer.

—Hablé con el agente que realizó la investigación —comentó, ya que, al igual que Quincy, el trabajo era lo que mejor manejaba—. Hizo un buen trabajo en la escena. No pude encontrar nada que hubiera pasado por alto.

—¿Y el cinturón de seguridad?

—La conductora… —tartamudeó de inmediato, escandalizada por su frialdad al utilizar una palabra tan impersonal.

Quincy no dijo nada y el silencio se hizo enorme esa vez, un gigantesco vacío negro entre ellos. De repente, con desesperación, Rainie pensó que no iban a poder manejarlo bien. Aunque estaban intentándolo, no podían manejarlo bien.

—Mandy notificó la rotura del cinturón de seguridad un mes antes del accidente —volvió a intentar ella, con voz mansa ahora, humillada por su error—. Concertó una cita con el taller que revisaba su vehículo y la canceló en el último momento.

—¿Llevaba un mes conduciendo sin cinturón de seguridad?

—Eso parece.

—¿Por qué nadie la detuvo? Creía que en este estado había leyes sobre el cinturón de seguridad.

Rainie no respondió a su arrebato, y sabía que él no esperaba que lo hiciera.

—¿Qué le había ocurrido al cinturón de seguridad? —preguntó, redirigiendo su línea de interrogatorio—. ¿Cómo se rompió?

—Aún no lo sabemos. El agente Amity está ayudándome a localizar el vehículo para que pueda examinarlo, pero el hecho de que hayan pasado catorce meses dificulta las cosas. Lo más probable es que el Explorer ya haya sido desmontado por piezas en algún desguace.

—Quiero saber qué pasó con el cinturón de seguridad.

—Lo averiguaré, Quincy. Sabes que lo averiguaré.

—¿Y el hombre, ese con el que se suponía que estaba saliendo?

—Mañana a primera hora me reuniré con Mary Olsen. Espero que pueda indicarme su dirección. También hablaré con el grupo local de Alcohólicos Anónimos de Mandy. Es probable que sepan más sobre su vida personal.

—Alcohólicos Anónimos tiene políticas sobre divulgación de información.

—Entonces, tendré que volver a activar mis encantos.

—Rainie…

—Estoy en ello detrás del caso, Quincy. Están empezando a pasar cosas y sé que necesitas respuestas. Las conseguiré.

Su silencio era ahora tenue, un largo y suave hechizo en el que ambos estaban sentados a no demasiados kilómetros de distancia y, sin embargo, aún demasiado lejos. Rainie se preguntó si estaría sentado en una habitación a oscuras. Se preguntó si habría vuelto a saltarse la cena, como seguro había hecho con el almuerzo antes, y con el desayuno primero. Se preguntó cuántas horas pasaría antes de que él cayera por fin en un sueño inquieto y exhausto. Y entonces se preguntó cómo podían conocerse tan bien, y aun así tener ese abismo entre ellos.

—Tengo que dejarte —señaló Quincy—. Quiero hablar con Everett a primera hora de la mañana.

—¿Everett?

—Es el agente especial a cargo. Querrá saber lo de las llamadas, suponiendo que no lo sepa ya. Además, necesito pasar al ordenador esta lista de nombres.

Rainie miró el reloj. Ya era más de medianoche.

—Quincy… —comenzó.

—Estoy bien.

—No estoy tan lejos. En una hora máximo puedo estar en la puerta de tu casa.

—¿Y entonces qué, Rainie? ¿Entonces todo estará bien, porque ahora soy tu caso de caridad?

—¡Eh, no es así en absoluto!

—¿De veras? ¿Y qué crees que es lo que he estado tratando de decirte? La comprensión no es compasión. ¡Ah!, pero discúlpame, en tu mundo sí lo es.

—Quincy…

—Gracias por la actualización, investigadora Conner. Buenas noches.

El teléfono subrayó su aguda frase con un clic. Rainie frunció los labios, sacudió la cabeza y colgó su auricular mucho más despacio.

—Pero mi caso era diferente —murmuró.

La habitación del motel permaneció en silencio. Pensó que era una respuesta bastante apropiada.

Seis horas más tarde, el despertador del motel volvió a sonar y Rainie se levantó adormilada de la cama. La diferencia horaria la había afectado. Se bebió una lata de Coca-Cola para desayunar y siguió sintiéndose medio muerta.

Llegó a la calle de cuatro carriles y corrió durante treinta minutos por el laberinto de hormigón de un centro comercial que parecía interminable, situado de forma conveniente junto a la interestatal 95. Del motel salían hombres de mediana edad con trajes desaliñados. Una fila de coches esperaba impaciente para pedir en el servicio por ventanilla de McDonald›s.

Rainie corrió de aparcamiento en aparcamiento, esquivando coches temerarios y gente ya harta de sus desplazamientos matutinos. Altos arces y magnolias oscuras y cerosas atraían de manera exuberante en la distancia. La madreselva silvestre se aferraba a las barreras de cemento que bordeaban los aparcamientos como si la enredadera fuera a reclamar la jungla urbana como propia. Rainie empezó a toser a causa de los humos de gasóleo que despedían los camiones y luchó por regresar al Motel 6, deseando que el verde paisaje no la hiciera pensar de nuevo en Bakersville y añorar la sensación del aire salado del océano en el rostro.

Se dio una ducha de cinco minutos, se secó el pelo con una toalla y se echó espuma. Como esperaba otro largo día, se puso unos vaqueros desgastados y una camiseta blanca limpia, el uniforme oficial de la aspirante a investigadora privada. Consultó los mensajes del contestador automático de su casa mientras se abrochaba los zapatos. Fuera, el calor era ya abrasador. ¡Lo que habría dado por poder llevar sandalias y pantalones cortos!

Dejó de lado el pensamiento al oír que tenía seis mensajes nuevos, un récord personal. Cogió el bolígrafo y el bloc de papel del motel.

Los dos primeros mensajes eran de clientes que querían información actualizada. Eso era algo que de verdad tenía que hacer. En los tres mensajes siguientes, recibidos con intervalos de una hora, habían colgado. Consideró que, si la persona no podía molestarse en dejar un mensaje, ella tampoco se molestaría en preguntarse quién era. El último mensaje era de un abogado del que nunca había oído hablar, solicitando un paquete de información básica.

Miró el reloj y vio que eran las cuatro de la madrugada en la costa del Pacífico, y, con astucia, volvió a llamar al bufete para decirle al abogado que su secretaria le enviaría algo por correo. Luego dejó su número del Motel 6, por si el abogado quería una respuesta más inmediata. Ya se sentía productiva y bien inteligente, y ni siquiera era mediodía.

Rainie terminó de atarse los zapatos. Tras un momento de vacilación, deslizó su Glock del 40 en la pistolera de hombro. Una sencilla chaqueta negra cubría el bulto.

Eran las siete de la mañana, recogió sus notas y salió por la puerta. El sol brillaba con un blanco intenso que la hizo parpadear. El interior de su pequeño coche de alquiler parecía estar casi a

cien grados. «¡Maldita sea!», pensó. Iba a ser un día de muerte.

# 9

**Quantico, Virginia**

—Recibí la primera llamada a las dos y treinta y dos de la tarde del martes. —De vuelta en las entrañas de la tierra, Quincy informó de los acontecimientos de la noche anterior con su voz más nítida al agente especial a cargo Chad Everett, que asentía con atención mientras un tubo fluorescente zumbaba amenazador sobre su cabeza—. A las diez y dieciocho de la noche, yo mismo atendí una llamada de Miguel Sánchez. Ha habido más llamadas desde entonces; dadas las circunstancias, he dejado que saltara el contestador automático.

Quincy entregó copias recién hechas del expediente del caso a los agentes reunidos, que aceptaron la información sin dejar de mirarlo con gravedad.

—Adjunto encontrarán una lista completa de la actividad de las llamadas y los departamentos penitenciarios implicados en este momento en la situación —continuó—. Ocho funcionarios se pusieron en contacto conmigo, lo que verán anotado. En algunos casos, informaron de que mis datos personales pasaban de recluso a recluso en el patio. Más interesantes, sin embargo, son los dos últimos funcionarios, que identificaron la fuente de la información como un anuncio publicado en los boletines de sus prisiones locales. Uno de los boletines dice que soy un productor que quiere entrevistar a presos para un documental sobre la vida penitenciaria. Se anima a los interesados a ponerse en contacto conmigo directamente en el número que figura más abajo. En otro boletín se lee que estoy ansioso buscando un amigo por correspondencia en la prisión, y, de nuevo, «por favor, póngase en contacto conmigo en el número que aparece a continuación».

*«Todavía estoy esperando respuesta de algunas fuentes —Quincy esbozó una tensa sonrisa—, pero parece que acaban de publicarse anuncios similares en al menos otros seis boletines, entre ellos Amigos de celda, Libertad ya y mi favorito, Noticias legales penitenciarias, que tiene una tirada mensual de más de tres mil ejemplares. Luego están los sitios web, como Escribeaunpreso.com, al que al parecer se ha pagado para que envíe mi anuncio por correo electrónico a docenas de presos «en busca de un nuevo amigo». Mírenme, soy un groupie.*

Quincy cerró el expediente y se sentó con gesto adusto. Todos los ojos seguían clavados en él, pero no tenía nada más que añadir. Esa era su vida. En ese momento había sido violada. Llamada tras llamada, mensaje tras mensaje, prometiendo una muerte lenta y tortuosa. No recordaba la última vez que había dormido.

Por lo menos el FBI estaba tomándose la situación en serio. Se había formado un pequeño equipo de investigación en la oficina de Everett. Un hombre más joven con una mata de pelo castaño claro, el agente especial Randy Jackson, representaba a la División de Servicios

Técnicos, encargada de las escuchas telefónicas. Del CNACV estaban la agente especial Glenda Rodman, una mujer mayor con predilección por severos trajes grises, y el agente especial Albert Montgomery, cuyos ojos inyectados en sangre y cara de perro sabueso ya incomodaban a Quincy. El agente había tomado un vuelo esa misma noche anterior o había bebido bastante. Quizá ambas cosas. Por otra parte, ¿quién era Quincy, con su propio semblante demacrado, para juzgar?

—Para que conste, ¿quién tiene acceso a su número de teléfono privado? —preguntó Everett, mientras la agente especial Rodman se sentaba más erguida y colocaba su bolígrafo sobre su bloc de notas amarillo pautado.

—Mi familia —respondió Quincy de inmediato—. Algunos profesionales, incluidos compañeros agentes y miembros de las fuerzas del orden. Algunos amigos. He incluido una lista lo más completa posible en mis notas. Para ser sincero, he tenido ese número durante los últimos cinco años, e incluso a mí me ha sorprendido cuánta gente lo tiene ahora.

—Ha trabajado en más de doscientos noventa y seis casos activos —intervino Glenda.

Quincy asintió con la cabeza. En realidad, le sorprendió que la cifra no fuera mayor. Como los perfiladores desempeñaban una función consultiva, cada uno de ellos hacía malabarismos rutinarios con más de cien casos a la vez.

—Son muchas las personas que pueden sentirse con derecho a estar descontentas con usted.

—Suponiendo que hubieran llegado a saber que yo estaba involucrado. —Quincy se encogió de hombros—. Sea sincera, Glenda. En muchos de nuestros casos, recibimos una solicitud por teléfono, recibimos el expediente por correo y devolvemos nuestro informe por fax o mensajero. En esos incidentes, me cuesta creer que el foco de atención del autor se desvíe alguna vez de los detectives de homicidios locales que trabajan de forma activa en el caso.

—Así que eliminando esos casos… —insistió ella.

—Tal vez cincuenta y seis reclusos condenados —respondió Quincy después de calcularlo mentalmente.

—¿Y casos abiertos?

Quincy sacudió la cabeza.

—No he trabajado en ningún caso activo en seis años.

—El año pasado… —empezó Glenda.

—Henry Hawkins está muerto —replicó en voz baja.

Montgomery se inclinó hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas de sus pantalones arrugados. La luz fluorescente parpadeó, volviendo amarillentas sus mejillas, y Quincy se encontró reflexionando sobre la presencia del agente una vez más. La expresión de Montgomery

era hosca, casi como si estuviera ahí en contra de su voluntad y, sin embargo, ¿qué clase de agente ayudaría de mala gana a un compañero en apuros? Eso no presagiaba nada bueno.

—¿No estamos poniendo el carro delante de los bueyes? —refunfuñó Montgomery—. Ha recibido un montón de llamadas. ¡Vaya novedad!

El agente especial a cargo Everett respondió con severidad:

—El hecho de que el número de teléfono privado de un agente se haya difundido a más de veinte centros penitenciarios es una novedad. No necesitamos más novedades como esa.

Montgomery se volvió hacia el agente especial a cargo. Quincy creyó que el desaliñado agente abandonaría antes de que las cosas empeorasen, pero se equivocaba.

—¡Tonterías! —espetó Montgomery, haciendo que todos parpadearan sorprendidos—. Si se tratara de algo personal, si fuera alguien serio, el instigador haría algo más que pasar un número privado a un puñado de imbéciles entre rejas. Visitaría la casa. O se las arreglaría para que otra persona visitase la casa. ¿Llamadas telefónicas? Esto es un puto juego de niños.

El rostro de Everett se ensombreció. Él, veterano del Buró desde hacía treinta años, era un vivo recuerdo de los tiempos en que un agente del FBI vestía, hablaba y se comportaba de una determinada manera. Los agentes eran los buenos, el último bastión de protección contra gánsteres, atracadores de bancos y pederastas. Los agentes no llegaban al trabajo con trajes arrugados ni iban por ahí diciendo cosas como «puto juego de niños».

—Agente especial Montgomery…

—Un momento. —Quincy los sorprendió a todos levantando la mano y salvando a Montgomery de un sermón que no le serviría para hacer carrera—. Dígalo una vez más.

—Llamadas telefónicas —repitió Montgomery arrastrando las palabras como si todos fueran bobos—. La cuestión no es quién, sino por qué llama por teléfono.

Glenda Rodman se recostó y luego asintió con la cabeza. Randy Jackson bostezó.

—Montgomery tiene razón —coincidió el técnico—. Si se tratase de un pirata informático, el tipo podría obtener la dirección de su casa de la compañía telefónica con la misma facilidad que su número privado. Si fuera una persona que ha conseguido su número por casualidad, podría llamar a información y conseguir la dirección en una guía telefónica inversa. En cualquier caso, número de teléfono equivale a dirección.

—Estupendo —soltó Quincy. De algún modo, no había atado cabos, otra señal inequívoca de que últimamente no era él mismo. El dolor sordo le había vuelto a las sienes, mañana, tarde y noche. La pena era como una resaca de la que no podía librarse.

«¿Por qué llamadas telefónicas?» La respuesta obvia era que alguien iba a por él. Tal vez alguien de un antiguo caso. Los psicópatas eran como tiburones. Quizá veían la muerte de su hija como sangre en el agua y ya estaban avanzando para el ataque final. ¿Por qué no hacerlo de forma

simple? Avanzar, atacar y acabar con él. ¡Mierda!, desde luego que no estaba en forma para una pelea.

¿Era por eso por lo que había acudido a Rainie? ¿Porque sabía que estaba aislándose demasiado? ¿O porque quería recordar cómo librar una buena batalla? Rainie nunca cedía ni un ápice, ni siquiera cuando se veía acorralada. Ni siquiera cuando debía.

«Concéntrate, Quincy. ¿Por qué llamadas telefónicas?».

—Esto es serio —pronunció Everett—. Quiero que se haga un seguimiento inmediato de los boletines y sitios web implicados para determinar el origen de estos anuncios. Además, tenemos que averiguar cuántos reclusos tienen ahora esta información. Deberíamos poder rastrear algo.

Quincy cerró los ojos.

—Hay muchos boletines de base —murmuró—. De mayor o menor alcance, y por lo que sabemos, puso anuncios en todos ellos, lo cual es mucho trabajo. Entonces, ¿por qué…? —Sus ojos se abrieron de golpe. Lo tenía. Maldita sea, debía haber pensado en eso la noche anterior—. Es una tapadera —señaló.

—¿A qué se refiere, agente?

—A una tapadera —le repitió Montgomery, y luego gruñó. Se quedó mirando a Quincy con ojos enrojecidos, mostrando una impresión que parecía surgir a regañadientes—. Sí, es probable. Supongamos que este tipo tiene la dirección de su casa ahora mismo, lo cual, por cierto, es muy probable. Si va a por usted mañana, podemos cazarlo por eliminación. Pero difunde esa información a docenas de prisiones donde los reclusos la transmitirán a más docenas… Ahora tenemos que investigar a los superdelincuentes A, B y C, a sus amigos de fuera y a los amigos de sus amigos de fuera. Es como una puta telaraña criminal. Estaremos rastreando a cerdos durante años después de su funeral.

—Hombre, gracias —expresó Quincy con tono inexpresivo.

—Es cierto —intervino Glenda, aunque tuvo la cortesía de mirarlo con más preocupación que Montgomery—. Si le hubiera ocurrido algo ayer, el procedimiento estándar habría sido investigar a conocidos, así como a personas implicadas en casos anteriores. No es una tarea fácil, pero sí manejable. En este momento, sin embargo, poblaciones penitenciarias enteras tienen su información personal. Podría ser el objetivo de cualquier neonazi que odie a los agentes federales, de cualquier gánster que busque hacerse un nombre o de cualquier psicópata que simplemente se aburra. Si algo le pasara ahora… El campo de juego está bien abierto. No importaría cuántos agentes se asignasen a la misión, nunca podríamos abarcar una lista de sospechosos tan grande. A decir verdad, es una estrategia brillante.

—Esto es serio —volvió a pronunciar Everett.

Quincy, al ser el blanco de un acosador desconocido, pensó que ya lo sabía.

Glenda hojeó el expediente que Quincy había elaborado.

—La buena noticia —informó— es que algunos de estos boletines son más reputados que otros. Si publican un anuncio, es porque han recibido las especificaciones y el pago por correo. Si han conservado la carta y el sobre originales, estamos de suerte. Podemos rastrear el matasellos hasta la ciudad de origen, analizar el sobre en busca de ADN y huellas dactilares, además de analizar todo el paquete en busca de residuos químicos, suciedad, escombros. Por otro lado… —Vaciló y miró a Quincy disculpándose—. Los boletines de prisiones son sobre todo periodismo de base. Nos llevaría semanas localizar todas las publicaciones que divulgan el anuncio. E incluso entonces…

No hizo falta decir el resto. Todos lo sabían. No todos los boletines de prisiones eran verdadero periodismo y no todos gozaban de buena reputación. En los años sesenta, la información se introducía de contrabando en las cárceles en paquetes de cigarrillos. Sin embargo, cuando el problema de las drogas creció demasiado, los departamentos penitenciarios de todo el país tomaron medidas enérgicas contra todo tipo de contrabando prohibiendo de forma universal los paquetes exteriores, incluidos los que contenían productos relacionados con el tabaco. A los presos solo se les permitía recibir dinero, que podían utilizar para comprar cigarrillos en el economato de la prisión. Aunque se desconocía si esta política limitaba de verdad el problema de las drogas, sí cortaba el flujo de información.

Eso llevó a la red de información clandestina a los años noventa y a los milagros de la libertad de expresión protegida por la Constitución. Las cárceles consiguieron ordenadores, con programas de autoedición instalados, y aparecieron boletines de prisiones por todo el país. Aunque algunas eran de poca tirada, muchos obtuvieron distribución nacional. Y nació el anuncio codificado. ¿Tienes alguna información que quieras difundir? Disfrázala como una petición de un amigo por correspondencia y paga cinco, diez, cien dólares para hacer llegar tu mensaje a las masas. ¿Problemas económicos? Algunos sitios web publican ahora anuncios de amigos por correspondencia e incluso crean páginas personales para reclusos de forma gratuita. Que hayas asesinado a ocho personas no significa que no debas tener voz en la sociedad, o una amiga por carta guapa y rubia llamada Candi.

—Es probable que muchos de estos boletines no requirieran mucho en cuanto a pago —intervino Quincy en lugar de Glenda—. Y es posible que la mayoría de ellos destruyeran la carta de solicitud original, por cuestión de protocolo.

—Noticias legales penitenciarias es bueno —agregó ella—. Ahí podemos centrar nuestros esfuerzos.

—Bien. —Everett asintió con aprobación.

—Puedo llamar a la compañía telefónica —se ofreció Jackson—. Voy a comprobar si Verizon ha tenido alguna brecha de seguridad últimamente. Bueno, que estén dispuestos a reconocer.

Everett volvió a asentir con cara de satisfacción. Quincy, sin embargo, se frotó las sienes.

—Dudo que encontremos la carta y el sobre originales —opinó en voz baja—. E incluso si lo hacemos, no habrá ninguna prueba de ADN. No habrá huellas dactilares. Nadie se toma el tiempo de pensar en una treta tan elaborada y luego olvida algo tan simple como las huellas dactilares en el sobre y la saliva en el sello. Quienquiera que estemos buscando, es más listo que

eso.

—Usted cree que es personal —añadió Glenda.

—¿Qué clase de desconocido se molestaría si no? —cuestionó Quincy mirándola.

—Tenemos otra estrategia. —Montgomery tomó la palabra y lanzó sin rodeos—: Vigilar la tumba.

—¡No! —Quincy se levantó de inmediato de su silla.

—Es el procedimiento estándar… —comenzó Montgomery.

—¡A la mierda el procedimiento! —replicó Quincy con frialdad. Era la segunda vez en otros tantos días que se había visto obligado a soltar palabrotas—. Es mi hija. ¡No van a utilizar a mi hija!

Montgomery se levantó tambaleándose. Sus ojos se veían diminutos y oscuros entre los pliegues de su rostro. A Quincy le recordaron a los ojos de un pájaro, y de pronto se preguntó si así era como lo veían también a él las familias de las víctimas. No como un hombre, sino como un ave de rapiña que se abalanza tras la presa.

—Ha dicho que Sánchez insinuó que sabía dónde estaba enterrada su hija —puntualizó Montgomery con rotundidad.

—Me equivoqué.

—Que se equivocó, ¡una mierda! Él lo sabía. Esto significa que el sudes ha pensado en buscar dónde está enterrada su hija, lo que quiere decir que ha estado cavilando sobre la ubicación de su tumba durante bastante tiempo. A estas alturas, el tipo debe saber que estaremos vigilando su casa, así que si él quiere sentirse cerca de usted… divertirse un poco…

—No quiero cámaras en la tumba de mi hija. ¡No lo autorizo!

Pero Glenda ya estaba asintiendo y Jackson también. Quincy se volvió despacio hacia Everett. El rostro del agente especial a cargo mostraba sutileza y comprensión, pero él también asentía.

A Quincy se le escapaba el tiempo. Recordó una tarde en la que hacía años que no pensaba. Estaba en la feria estatal con Mandy y Kimberly. Les había prometido un día de padre e hijas, y las llevó a montarse en tantas atracciones como sus jóvenes estómagos aguantaran. Justo después de comprarles algodón de azúcar, se giró y vio a un hombre haciendo una foto tras otra a los niños que estaban en las atracciones infantiles.

Recordó que la sonrisa se le borró de la cara y que un escalofrío le recorrió el cuerpo. Vio cómo un pedófilo capturaba carretes enteros de fotos de niños pequeños riendo y lo único en lo que pudo pensar era que, a solo unos metros, estaban sus hijas, sus dulces, hermosas y sanas niñas, con ese llamativo cabello rubio oscuro de su madre. Les habló con urgencia, con rabia:

—Mirad a ese hombre —les indicó, con el corazón martilleándole de forma salvaje en el pecho —. Tenéis que saber lo que es —les dijo—. Y no tengáis miedo de correr.

Kimberly asintió con solemnidad, absorbiendo sus palabras con feroz concentración. Mandy, sin embargo, empezó a llorar. Semanas después, seguía teniendo pesadillas con un hombre con abrigo maloliente que iba tras ella con una cámara para raptarla.

—¡No! —manifestó con voz ronca—. No permitiré que haya cámaras. Inténtenlo y les juro que trasladaré la tumba de Mandy.

Los demás agentes lo miraron con curiosidad.

—Tal vez es hora de pensar en tomarse unos días de baja por enfermedad… —insinuó Everett.

—¡Estoy bien! —intentó Quincy de nuevo, pero su voz seguía sonando extraña, no era él. Se dio cuenta de que sonaba desesperado, de que sonaba como un padre desesperado. Y entonces tuvo un pensamiento extraño que le vino como por instinto, algo que entendió mejor que la verdad. «Esto es lo que el acosador quería». El sudes había preparado esa primera oleada de ataques no solo para dificultar la localización de su identidad, sino para divertirse un poco, identificar la herida más profunda de Quincy y desgarrarla de forma salvaje.

Quincy se lamió los labios y buscó una vez más el control.

—Escúchenme. No se trata de mi hija. Al sudes le importa un bledo mi hija. Aportó esa información solo para conseguir una emoción barata.

—Entonces, ¿sabe quién es? —Glenda Rodman parecía decidida a acorralarlo.

—No, no sé quién es. Solo estoy teorizando, basándome en las personas con las que interactúo.

—En otras palabras, no sabe una mierda —declaró Montgomery.

—Agente, no va a convertir la tumba de mi hija en una obscena vigilancia.

—¿Por qué? —presionó Montgomery—. No es algo que no haya pedido usted a otras familias.

—¡Hijo de puta…!

—¡Quincy! —interrumpió Everett con brusquedad. Quincy se quedó quieto cuando todos se detuvieron en seco. Se sorprendió un poco al ver que tenía la mano levantada en el aire, con el dedo índice apuntando hacia Montgomery como si fuera a hacerle daño.

—Sé que esto es difícil —apuntó el agente especial a cargo en voz baja—, pero sigue siendo un agente federal, Quincy, y las brechas de seguridad son una amenaza para todos nosotros. Tómese unos días. El equipo del caso vigilará su casa y lo informará de cualquier novedad. Mientras tanto, puede instalarse en un hotel cercano o quizá hacer una visita para ver a la familia.

—Señor, escúcheme…

—Agente, ¿cuánto hace que no duerme?

Quincy guardó silencio. Sabía que tenía ojeras, sabía que había perdido peso. Cuando Mandy murió, se dijo a sí mismo que era demasiado listo para dejar que eso lo carcomiera, pero mintió.

Los demás agentes seguían mirándolos. Podía leer sus juicios en los rostros: «Quincy está volviéndose loco». «Quincy está demasiado tenso». «Te dije que no debería haber vuelto al trabajo tan pronto después del funeral…».

«El FBI y los animales salvajes —pensó—: todos sacrifican a los débiles de su rebaño».

—Yo… Me buscaré un hotel —accedió de repente—. Solo necesito llevarme algunas cosas.

—Excelente. Glenda, usted y Albert se encargarán de establecer la vigilancia de la casa de Quincy.

Glenda asintió.

—Le enviaré informes diarios —ofreció ella a Quincy con tono uniforme, pero ojos amables.

—Se lo agradecería —respondió con rigidez

—Estaremos al tanto de todo —concluyó Everett con firmeza, y asintió al grupo—. Ya verá, Quincy. Todo saldrá bien.

Quincy se limitó a sacudir la cabeza y volvió a su despacho en silencio. Observó el juego de luces fluorescentes sobre bloques de hormigón de color crema industrial. Volvió a preguntarse qué clase de hombre elegía un trabajo que le negaba la luz del día.

Una vez dentro de su despacho, cerró la puerta. Luego llamó a la única persona que podría ayudarlo en ese momento, que aún podría proteger la tumba de Mandy.

Llamó a Bethie, pero en algún lugar de Filadelfia el teléfono no hizo más que sonar y sonar y sonar.

# 10

**Barrio de Greenwich Village, Nueva York**

Kimberly salió de su apartamento caminando deprisa. Se había levantado temprano porque el miércoles tenía su clase semanal de tiro, y últimamente necesitaba de veras su tiempo en el campo. Se había puesto unos vaqueros y una camiseta informal, se había recogido su cabello largo y fino en una coleta y había salido para coger el tren a Jersey.

—Como un reloj —se dijo a sí misma—. Es una mañana de miércoles como otra cualquiera. Respira hondo e inhala la polución.

No era como cualquier otra mañana de miércoles. Para empezar, ya no tenía que presentarse a trabajar. Estaba tan pálida y nerviosa la tarde anterior que el doctor Andrews le ordenó de mal humor que se tomara el resto de la semana libre, sus primeras vacaciones desde el funeral de Mandy. Ese día podía tomarse su tiempo, detenerse a oler las rosas y relajarse un poco, como le había indicado su profesor.

Sus pasos seguían siendo rápidos de forma compulsiva, era más una carrera que un paseo. Miraba por encima del hombro hacia atrás más de lo normal. Y, aunque sabía bien que no debía hacerlo, llevaba su Glock del 40 cargada y con la primera bala ya en la recámara.

—No seas tan rara —se repetía a sí misma. Pero seguía comportándose así de todos modos.

Lo curioso era que ni siquiera se sentía tan mal en ese momento. No se le erizaba el vello de la nuca, ningún escalofrío le recorría la espalda y no tenía ninguna sensación de fatalidad, que casi siempre precedía a los ataques de ansiedad. Hacía buen tiempo. En las calles había suficiente gente como para no estar aislada, pero también lo bastante poca como para poder mantener una amplia zona de seguridad a su alrededor. Y pensó que incluso si alguien intentaba atacarla, estaba entrenada en defensa propia y bien armada. ¿Kimberly Quincy una víctima? No parecía probable.

Sin embargo, agradeció llegar a Penn Station. Tomó asiento en el tren de cercanías, escrutó a sus compañeros y al final llegó a la conclusión de que ninguno de ellos aparentaba mostrar el más mínimo interés en ella. La gente leía revistas, la gente contemplaba el paisaje, la gente la ignoraba en favor de sus propias vidas. Quién lo hubiera dicho.

—Eres una puta psicópata —murmuró, lo que al final le valió una mirada del chico que iba sentado a su lado. Pensó en decirle que llevaba un arma cargada, pero, dado que se dirigía a Jersey, seguro que él también llevaba una. Como al doctor Andrews le gustaba decir, la normalidad era un término relativo.

El tren aminoró la marcha hasta su parada. Solo por diversión, le dedicó una enorme sonrisa al chico de al lado. Él apartó de inmediato la mirada y adoptó una posición sumisa. Eso la hizo sentirse mejor por primera vez en días.

Bajó del tren con paso ligero y enseguida la asaltó una humedad del cien por cien. Otro bonito día en Jersey.

Se echó el bolso al hombro y empezó a caminar a un ritmo mucho más normal. Nueva York quedaba atrás. El campo de tiro estaba solo a unas manzanas. Nueva Jersey no era más seguro que Greenwich Village, pero se sentía mejor ahí. Más ligera, libre de alguna carga que no podía nombrar.

A Kimberly le había encantado disparar desde el primer momento en que logró convencer a sus padres para que la dejaran ir. Empezó a pedirlo a los ocho años. Su padre hizo lo esperado y le contestó que hablara con su madre. Su madre hizo lo esperado y le contestó que en absoluto. Sin embargo, Kimberly estaba como poseída. Cada vez que su padre se dirigía al campo de prácticas, ella empezaba a acosarlo. Cuatro años más tarde, el día de su duodécimo cumpleaños, su madre cedió por fin.

—Las armas son ruidosas, las armas son violentas y las armas son malas. Pero si no quieres creerme, ¡está bien! Vete a pegarte un tiro, tonta.

Mandy también quiso ir, pero, para variar, sus padres estuvieron de acuerdo en que manejar armas no sería lo mejor para ella. Eso era más para Kimberly. Mandy lloró y Mandy se enfadó. Mandy era una bebé grande, y Kimberly estaba más que encantada de tener una tarde con su padre para ella sola.

No estaba segura de lo que pensaba su padre. Siempre resultaba difícil saberlo.

En el campo de tiro, él le explicó con detenimiento las normas básicas de manejo y seguridad de las armas de fuego. Aprendió a desmontar una Chief›s Special del 38, a nombrar todas las piezas, limpiarlas y volver a montarlas. Luego llegaron los sermones sobre la importancia de mantener siempre el arma apuntando hacia un blanco seguro, mantener siempre el arma descargada hasta el momento del disparo, mantener siempre puesto el seguro hasta que estuviera lista para disparar, utilizar siempre tapones para los oídos y protección ocular, obedecer siempre al responsable del campo de tiro, cargar cuando él dijera que cargase, disparar cuando él dijera que disparase y parar de disparar cuando él dijera que parase.

Entonces, por fin, su padre la dejó apuntar con la Chief›s Special del 38 a una diana de papel y practicar el tiro en seco mientras él se colocaba detrás de ella y ajustaba su puntería. Ella recordó el sonido apagado de su voz junto a su oído, más parecido a un profundo rumor que a palabras. Recordaba estar ansiosa por llegar a la munición real después de dos horas seguidas de sermones y a su padre, exhibiendo su típica calma enloquecedora.

—Una pistola no es un juguete. Por sí sola, una pistola ni siquiera es un arma. Es un objeto inanimado. De ti depende darle vida y utilizarla de forma responsable. ¿De quién es la tarea de utilizarla con responsabilidad?

—¡Mía!

—Muy bien. Ahora, vamos a repasarlo una vez más…

Tuvieron que pasar cuatro veces por el campo de tiro antes de que la dejara disparar. Colocó la diana a cuatro metros. Hizo unos respetables seis tiros, cuatro agrupados en el centro. De inmediato soltó la pistola, se quitó las gafas de golpe y echó los brazos al cuello de su padre.

—¡Lo he conseguido, lo he conseguido, lo he conseguido! ¡Papi, lo he conseguido!

—¡Nunca tires así tu arma de fuego! —le ordenó su padre—. Podría dispararse y darle a alguien. Primero pon el seguro, luego deja la pistola y aléjate de la línea de tiro. Recuerda que debes tratar tu pistola con responsabilidad.

Ella se desinfló. Puede que incluso las lágrimas inundaran sus ojos. Ya no se acordaba. Solo recordaba el curioso cambio que se produjo en el rostro de su padre. Él observó su expresión desalentada y tal vez al final escuchó sus propias palabras, porque sus rasgos cambiaron de repente.

—¿Sabes qué, Kimmy? Han sido unos disparos geniales —elogió en voz baja—. Has hecho un trabajo maravilloso. Y a veces… a veces tu padre es un verdadero imbécil.

Nunca había oído a su padre llamarse a sí mismo imbécil antes. Estaba bastante segura de que esa era una de las palabras que se suponía que nunca debía repetir. Y eso le gustó. Eso hizo que fuera especial. Fue su primer momento padre-hija verdadero. Ella sabía disparar un arma. Y a veces su padre era un verdadero imbécil.

A partir de entonces fue con él al campo de tiro y, bajo su paciente tutela, pasó de una Chief›s Special del 38 a una Magnum 357 y a una semiautomática de 9 milímetros. Como forma de protesta silenciosa, su madre la inscribió en ballet. Kimberly asistió a dos clases antes de llegar a casa y anunciar:

—¡A la mierda el ballet! Quiero un rifle.

Eso hizo que le lavaran la boca con jabón y que no viera la tele durante una semana, pero aun así valió la pena cada sílaba. Incluso Mandy se quedó impresionada. En una rara muestra de apoyo, se pasó las semanas siguientes mandando todo a la mierda, y juntas gastaron dos pastillas de jabón Palmolive. Un mes curioso, delirante, en aquellos días en los que los cuatro eran una familia.

Era curioso en cuántas cosas hacía tiempo que no pensaba. Era curioso cómo el recuerdo le hacía respirar en ese momento con dificultad, como si alguien le hubiera dado un puñetazo en el estómago, como si alguien estuviera presionándole el pecho despacio.

«¡Joder, Mandy! ¿No pudiste mantenerte alejada del asiento del conductor? Claro que dejar de beber es difícil, ¡pero al menos podrías haberte mantenido alejada de las carreteras!».

Se acabó el puto ballet. Se acabó todo. Solo quedaba una cruz blanca en el bello y prestigioso

cementerio de Arlington, porque la familia de su madre estaba cargada de conexiones militares y de algún modo Bethie y sus hijas se habían ganado ese honor. Mandy y los héroes de guerra. Quién lo hubiera dicho.

Kimberly casi no pudo aguantar el funeral. Creyó que la ironía iba a volverla loca, y no creyó que su madre hubiera soportado que se hubiera echado a reír de forma histérica, así que se pasó todo el servicio con los labios apretados en una línea inexpresiva. ¿Y su padre? Una vez más, era muy difícil saber qué pensaba su padre.

La había estado llamando últimamente y le dejaba mensajes preguntando de manera suave por qué no cogía el teléfono. Ella no le devolvía las llamadas. Ni las suyas ni las de su madre ni las de nadie. En ese momento no. Todavía no, y no sabía cuándo. ¿Quizá pronto?

No le gustaban los ataques de ansiedad. La avergonzaban y no quería hablar con su padre, que era demasiado perspicaz, cuando él pudiera percibir el miedo en su voz.

«¿Adivina qué, papá? No pude enseñarle a Mandy a ser fuerte, pero al parecer ella me ha inspirado a ser un bicho raro. ¡Genial! Qué suerte tienes, dos hijas jodidas».

Llegó al club de tiro. Atravesó la puerta de madera, entró en el sala poco iluminada y el aire fresco la envolvió como una brisa acogedora. El club contaba con una pequeña sala multiusos, que se encontraba vacía a esas horas de la mañana, y después estaba la puerta que daba al vasto campo de tiro. Kimberly no miró el sofá raído ni la alta vitrina llena de medallas de tiro ni la hilera de trofeos con cabezas de animales montados en la pared. Estaba buscándolo a él. Aunque se decía a sí misma que no era por eso por lo que le había hecho tanta ilusión llegar ahí a primera hora de la mañana, estaba buscando al nuevo profesional de las armas, Doug James.

Tenía un espeso cabello castaño salpicado de canas en las sienes, unos ojos azules y profundos, arrugados, con líneas de expresión en las comisuras, un cuerpo alto y bien tonificado y un ancho pecho musculoso. Doug James había empezado en la asociación del rifle hacía seis meses, y Kimberly no era la única mujer que de repente estaba muy interesada en las clases.

No es que pensara en él de esa manera. Ella no era como Mandy, siempre en busca de un hombre. No era como su madre, incapaz de definirse si no era a través de los ojos de un hombre. De todos modos, Doug James era casi tan mayor como su padre. Además, era un hombre felizmente casado. Y era un tirador excelente, por supuesto. Había ganado muchas competiciones de tiro, o eso decían los rumores.

En definitiva, era un instructor muy capaz, que hacía maravillas con su postura, y un hombre paciente y amable. La miraba como si estuviera de verdad interesado en lo que decía. La saludaba como si le hiciera más feliz el simple hecho de que ella entrara en la habitación. Le hablaba como si entendiera todas las cosas que ella no decía: esas pesadillas que aún tenía en las que iba en el coche con Mandy, agarrándose con desesperación al volante; esa sensación de aislamiento que se abatía sobre ella de repente, con su hermana desaparecida y sus padres deshechos, hasta que se sentía como una mota de arena en un universo vasto e indiferente…

Ese día sentía la necesidad de ir allí a disparar un arma de fuego descomunal contra un objetivo de papel insignificante, como si eso fuera a volver a unir su mundo, como si eso la hiciera fuerte.

Se acercó al mostrador, donde el jefe de la asociación del rifle, Fred Eagen, se encontraba inclinado sobre una pila de papeles.

—Estoy lista para Doug —anunció ella.

—Doug no ha venido hoy. Ha llamado para decir que estaba enfermo —la informó Fred mientras pasaba al siguiente documento y firmaba en la parte inferior—. He intentado localizarte en tu apartamento. Tal vez habías salido ya.

Kimberly parpadeó sorprendida.

—Pero… pero…

—Supongo que se puso enfermo de repente.

—Pero… —Sonaba como una idiota.

Fred levantó la vista por fin.

—Si un tipo se pone enfermo, se pone enfermo. Te verá la semana que viene.

—La semana que viene. Por supuesto, la semana que viene —murmuró, y se esforzó por recuperar la orientación. Estaba enfermo, esas cosas pasaban. ¿Por qué iba a sentirse tan desamparada? Solo era un instructor de tiro, por el amor de Dios. Ella no lo necesitaba. No necesitaba a nadie. ¿Por qué le temblaban de repente tanto las manos? ¿Y por qué se sentía de pronto tan desesperada, tan profundamente sola?

Cogió su arma, salió al campo de tiro y se preparó. Se puso los tapones para los oídos y las gafas de protección, y cogió la caja de munición. Sintió el olor a cordita en el aire, la fragancia de su juventud, y el reconfortante el peso de su Glock, suelto en su mano.

Colocó dianas a quince metros. Aniquiló corazones de papel, trituró cabezas de papel, pero en ese momento ya sabía que no sería suficiente. No había ido hasta allí para practicar, había ido por un hombre.

Y más que cualquier otra cosa que hubiera ocurrido en el último mes, eso le demostró que algo ya no iba bien. Kimberly, fuerte y lógica, no era la persona que siempre había pensado que era.

Cuando salió, volvía a caminar demasiado deprisa y, aunque fuera hacía treinta y cinco grados, luchó contra un escalofrío.

## Society Hill, Filadelfia

Bethie estaba nerviosa. No, estaba mareada. No, estaba nerviosa. Bien, las dos cosas.

Era un soleado miércoles por la mañana y se encontraba delante de su majestuosa casa de ladrillo de Society Hill. Se pasó una mano por su vestido de verano y quitó pelusas imaginarias de las diminutas flores violetas que decoraban la seda dorada. A continuación, se inspeccionó las uñas de los pies, recién pintadas de rojo Winsome Wine, significara lo que significara eso, que asomaban por unas sandalias de tiras doradas. No detectó signos de manchas. Se miró las manos, y también estaban bien.

Se había levantado a las cinco de la mañana. Por primera vez en meses, la anticipación de cosas buenas la despertó al instante y la puso ansiosa por empezar el día. Como Tristan no llegaría hasta dos horas más tarde, disfrutó de la mañana con un baño de burbujas y una pedicura improvisada. Incluso se había hecho la manicura, y aún le sorprendía mirar hacia abajo y ver dos manos bien cuidadas. Había pasado mucho tiempo desde la última vez, más del que quería pensar.

*Llevaba una gran cesta de pícnic de mimbre colgada del brazo izquierdo. La había comprado hacía años por capricho, una de esas compras impulsivas basadas más en la vida que deseaba llevar que en la que de verdad llevaba. Se acordó de ella de inmediato cuando Tristan le propuso que dieran un paseo en coche, y dedicó veinte minutos de su mañana a localizar la cesta en el fondo de la despensa de su cocina. Luego la llenó de galletas saladas y queso brie, uvas y caviar, una baguette francesa recién hecha y una botella de champán La Grande Dame. Tristan le pareció un hombre de gustos refinados, y sí, sin lugar a duda, estaba tratando de impresionarlo.*

Luego miró el reloj. Eran las siete y diez. Volvió a ponerse nerviosa. ¿Y si no aparecía? Estaba sacando conclusiones precipitadas. Después de todo, la noche anterior ella llegó casi veinte minutos tarde, pero acudió de todas formas.

Quería que llegara ya, quería dar un paseo en coche, lejos de esa casa, que era demasiado grande, y de esa ciudad, que guardaba demasiados recuerdos. Quería una tarde en la que pudiera salir de la piel de una mujer divorciada de mediana edad y vivir con el sol en la cara.

La noche anterior, al volver a casa tras su primera cita en años, se dio cuenta de que era momento de avanzar. No sería fácil, pero ya era hora.

Un breve sonido de claxon irrumpió en sus pensamientos. Bethie miró hacia la estrecha calle y vio cómo un pequeño descapotable rojo con matrícula de Nueva York doblaba la esquina y bajaba volando por el carril.

—¡Dios mío!, ¿qué es esto? —preguntó cuando Tristan se detuvo en seco, se pasó una mano por el pelo y sonrió.

—Su carruaje, mi señora.

—Sí, pero ¿qué es?

—El Audi TT Roadster 225 Quattro —anunció con orgullo—, inspirado con libertad en el Porsche Boxter de los años cincuenta. Bonito, ¿verdad?

Abrió la puerta del conductor y rodeó a saltos la parte delantera, con un aspecto ruborizado, alborotado y elegante a la vez.

Bethie extendió su cesta, pensando que sería un buen momento para decir algo ingenioso, pero se distrajo con la luz brillante y ardiente de sus ojos y el impacto de su sonrisa.

—He preparado un pícnic —notificó al instante, y se sintió tonta por el comentario tan obvio.

—¡Maravilloso!

Ella asintió, sintiéndose aún cohibida. Volvió a centrar su atención en la cesta.

—Champán, caviar, brie… No sabía lo que te gustaba.

—Me gustan el champán, el caviar y el brie.

Él extendió la mano hacia la cesta y sus manos se detuvieron en las de Bethie. Estaba muy cerca de ella y se veía muy guapo esa mañana, con pantalones de color canela y un jersey de punto azul oscuro. «Huele a sándalo y limón», pensó ella, y se preguntó si se habría delatado al inhalar demasiado hondo.

—¿Has dormido bien? —le preguntó, rozando ligeramente con sus dedos los de Bethie.

—Sí. ¿Y tú?

—No he pegado ojo. Estaba demasiado ansioso por verte.

Ella se ruborizó, pero no pudo reprimir la sonrisa.

—¡Qué sutil! —concedió.

—¿Lo es? He venido practicando todo el camino —respondió él sonriendo. Entonces, sin previo aviso, se inclinó hacia ella y la besó en los labios.

Ella seguía tambaleándose cuando él se enderezó de nuevo y le quitó la cesta de pícnic del brazo.

—Hablando en serio —prosiguió mientras abría el maletero—, hacía mucho tiempo que no esperaba un día con tantas ganas como este. Vamos a ir a un lugar maravilloso, Bethie. Vamos a divertirnos como nunca. ¿Estás lista?

—Podría divertirme sin parar.

—¡Perfecto!

Cerró el maletero y volvió para abrirle la puerta. El pequeño convertible rojo era de veras imponente, con unas bonitas líneas redondeadas en el exterior y una llamativa combinación de colores negro y cromo en el interior. Parecía el tipo de coche que debería conducir una estrella de cine, como Marilyn Monroe o James Dean. A Bethie casi le daba miedo tocarlo. Sin embargo, Tristan la cogió de la mano y, sin dudarlo, la ayudó a sentarse en el asiento de cuero negro.

—¿Sabes qué? —dijo él de repente—. Deberías conducir tú.

—Oh, no. No podría…

—Sí, sí, por supuesto. Todo el mundo necesita conducir un deportivo alguna vez en su vida, y hoy es tu turno.

La ayudó a salir del coche. Todavía estaba protestando cuando se encontró en el asiento del conductor, con un pequeño llavero rectangular en la mano y una sonrisa muy tonta. Los elegantes indicadores de marcos cromados le guiñaron un ojo. Sintió la redondeada palanca de cambios cálida y suave bajo su palma. Tristan subió al asiento del copiloto. Ella apenas lo miró. Ni siquiera se había alejado del bordillo y ya estaba enamorada de ese coche.

—¿Ves el botoncito plateado? —Señaló un pequeño botón en la esquina del llavero que tenía en la mano—. Apriétalo.

Lo hizo y la pequeña llave plateada salió disparada del lateral de la caja como una navaja. Se sobresaltó, casi dejó caer la llave y luego se echó a reír.

—Dios mío, ¿a quién se le ha ocurrido esto?

—Seguro que a alguien de marketing. Pura estrategia, pero muy eficaz. Ahora, cielo, métela en el bombín de encendido tradicional. Aquí están las luces, aquí los limpiaparabrisas y aquí el freno de mano. Dale una vuelta.

Paró el coche en primera, luego puso la segunda mientras intentaba familiarizarse con el embrague y por fin arrancó a trompicones. Hacía años que no conducía un coche no automático, desde sus tiempos de universitaria. Pero pronto descubrió que una parte de ella había echado de menos el tacto de la palanca de cambios en la mano, la sensación de controlar el vehículo como si fuera un caballo brioso, la oleada de potencia al sentir la respuesta del veloz coche. Dio una vuelta a la manzana con un doloroso chirrido de marchas, pero a Tristan no pareció importarle y ella se encontró riendo sin control. Le gustaba ese coche, le gustaba ese hombre. Podría acostumbrarse a ello.

—Escucha esto, Bethie —declaró Tristan—, lo he comprado solo para ti.

*Pulsó un panel plateado del salpicadero, que se elevó para revelar múltiples botones de audio. Dos golpecitos más con el dedo, y la canción Round Midnight, de Miles Davis, emanó de los discretos altavoces Bose y fluyó a su alrededor.*

—¡Te has acordado!

—Por supuesto, Bethie.

La trompeta de Miles Davis empezó a gemir. Encontró el ritmo adecuado para las marchas y el descapotable empezó a deslizarse. «Tristan tenía razón —pensó—. Todo el mundo debería conducir un pequeño deportivo rojo alguna vez en su vida, y este coche se conduce como un sueño».

Tomó la rampa de entrada a la I-76, sintiendo cómo el descapotable aceleraba bajo sus pies. De primera, a segunda y a tercera, llevó el tacómetro hasta la zona roja. El segundo turbo entró en acción y le presionó la espalda contra el asiento. Treinta, sesenta, ciento veinte kilómetros por hora, y seguía tan suave como la seda.

—Ya lo tienes —manifestó Tristan con aprobación—. Así es como se conduce, Bethie. Avanza por la carretera como un corredor, no dejes que nada te detenga.

Ella sonrió y pisó el acelerador. Se puso a ciento sesenta kilómetros por hora y dejó que el viento recogiera su cabello rubio oscuro y el sol brillase sobre su rostro levantado.

—¡Vamos como una manada de tortugas! —gritó Tristan por encima del rumor del aire.

Ella se rio, condujo más rápido y no se molestó en mencionar que esa era una de las expresiones favoritas de Mandy. «Te quiero —pensó—. ¡Dios, soy tan feliz!».

Tristan seguía observándola con esa mirada atenta. Se había puesto un par de guantes de cuero negro para conducir. Le pasó un dedo enguantado por la mejilla.

—Bethie —pronunció al cabo de un momento—. Háblame de tu segunda hija. Háblame de Kimberly.

# 11

**Residencia Olsen, Virginia**

Rainie lo intentó cuatro veces antes de encontrar la casa de Mary Olsen. La primera vez, ni siquiera se fijó en el estrecho camino de entrada que salía de la carretera densamente arbolada. La segunda, divisó el camino de entrada, pero no pudo ver ningún indicio de que hubiera una casa entre los árboles. Al tercer intento, sabiendo que tenía que estar cerca, condujo hasta la mitad del camino de entrada, vio una extraña mansión encaramada en lo alto de un camino circular y se apresuró a retroceder antes de que algún mayordomo soltara a los dóberman sobre ella. La cuarta vez, aparcó junto a la carretera, salió del coche y se acercó al discreto buzón negro sobre su ornamentado poste de hierro forjado para leer el número de la casa.

—¡Me tomas el pelo! —le dijo a nadie en particular, y luego abrió el archivo con la información que había recopilado sobre Mary Olsen y escrutó el material por última vez—. ¿Eh? ¿Con quién demonios se acuesta una camarera desempleada de veinticinco años para tener una casa así? ¿Y querrá él una amante?

El tal quién resultó ser un neurocirujano, según supo Rainie al volver a conducir por el camino de entrada y llegar a la puerta principal. El doctor Olsen ya se había marchado, pero un retrato al óleo de su abuelo fue lo primero que le mostraron cuando el mayordomo —sí, el mayordomo— la condujo al amplio vestíbulo de mármol. La dejó contemplando todo mientras iba a buscar a la señora Olsen.

Rainie se entretuvo comprobando el valor del interior. Había una gigantesca mesa redonda de cristal, centrada en medio del vestíbulo, con un sello de Lalique, que calculó que valdría unos veinte mil dólares; una mesa auxiliar muy pulida, construida con madera de arce de ojo de pájaro, con ribetes de nogal negro y patas sacadas de un sueño húmedo de Luis XIV, tal vez quince mil dólares; cortinas de casi cinco metros de terciopelo melocotón con forro de satén dorado y kilómetros de cordón dorado, unos veinte mil o quizá incluso treinta, el diseño de cortinas a medida no era su punto fuerte.

En cualquier caso, la habitación parecía tener un precio de unos cuantos miles de dólares, lo que dejaba a Rainie en otra liga, ya que lo último que sabía era que todo su cuerpo valía la friolera de ochenta y dos dólares, o algo así.

—¿Quiere un café?

Mary Olsen se hallaba en lo alto de la escalera circular, mirando hacia el vestíbulo. Como a esas alturas Rainie ya esperaba a Scarlett O›Hara, la primera impresión que tuvo de Mary fue decepcionante. No llevaba miriñaque ni un gran recogido. Era solo una chica de aspecto espantosamente joven con un vestido de flores azules y amarillas de estilo Laura Ashley,

inclinada sobre la barandilla dorada y mirando a Rainie con expectación.

—Podría tomarme un café —respondió al final Rainie, con la voz retumbando en el mármol.

—¿Descafeinado o normal?

—Nunca le he visto el sentido al descafeinado.

Mary Olsen sonrió. A Rainie le pareció que su rostro mostraba una expresión tensa. Se dio cuenta de que estaba nerviosa. La joven esposa del doctor Olsen le tenía miedo. ¡Vaya!, por primera vez en días se sintió bien.

Mary bajó las escaleras. Se agarró a la barandilla con ambas manos, lo que a Rainie le pareció interesante. Así que la antigua camarera residía ahora en una mansión, pero sin duda no se sentía cómoda con ello todavía. Cuando Mary llegó abajo, Rainie se llevó su segunda sorpresa. La mujer era cinco centímetros más alta que ella y tenía los ojos oscuros y los rasgos sensuales de una supermodelo. Eso explicaba el interés del doctor Olsen, aunque la llevaba muy mal vestida. ¡Que le dieran a Laura Ashley! Mary tenía que ir por ahí con vestidos de escote en V de un profundo color rojo pecador. Por otra parte, de esa manera, seguro que los Olsen tendrían que cambiar de mayordomo con mucha más frecuencia.

—Iremos al salón principal —informó Mary, con las facciones inexpresivas de forma deliberada —. Venga conmigo.

Rainie la siguió obediente. El salón principal resultó ser más grande que todo su loft y estaba repleto de antigüedades francesas pintadas de blanco y decorado con más colores pálidos, esta vez azul y crema. Cuando Mary se sentó en el delicado sofá, su vestido se fundió con los cojines forrados de seda. Un instante Rainie estaba con una persona y al siguiente parecía que estaba entrevistando a un sofá con cabeza.

—Como le mencioné por teléfono —comenzó Rainie—, tengo unas preguntas sobre Amanda Quincy.

Mary levantó una mano.

—El café, por favor.

Rainie parpadeó, sintiéndose cohibida. Entonces se dio cuenta de que el bueno de Sebastián revoloteaba con una bandeja de plata con una antigua cafetera y dos tacitas de porcelana. Dejó la bandeja en una mesa auxiliar e hizo los honores de servir la primera taza. Rainie aceptó la suya con auténtica inquietud. La porcelana, fina como el papel, parecía antigua, poco común y muy frágil. Calculaba que cabían unos tres sorbos de café, momento en el que se vería obligada a rellenar la taza ella misma con la pesada jarra de plata. Tal vez solo saborearía esa ronda.

—Bonito lugar —intentó Rainie—, tratando de equilibrar la taza sobre su rodilla mientras seguía intentando entender por qué la mejor amiga de Mandy parecía tan nerviosa.

—Ha pertenecido a la familia de mi marido durante generaciones.

—¿Es médico?

—Sí.

—¿Trabaja muchas horas?

—Por supuesto. Es uno de los mejores neurocirujanos del país, y sus pacientes lo necesitan.

Rainie ya empezaba a comprender algunas cosas.

—¿Es mayor?

—Cuarenta y tantos años.

—Lo conoció en el lugar de trabajo, ¿no? Pasó de ser el que daba mejor propina a ser el sustento permanente. No está mal.

Mary se ruborizó.

—Supongo que podría verse así.

—¡Ah, no!, créame, la admiro. A mí tampoco me importaría conocer a un neurocirujano.

—Mark es un marido maravilloso —replicó Mary, todavía a la defensiva.

—Mark y Mary. ¡Oh, sí!, enviar todas esas tarjetas de Navidad debe ser agotador.

—Creí que había dicho que estaba trabajando en el accidente de Mandy.

—Tiene razón, estoy desviándome del tema. Entonces, sobre la noche en cuestión…

—¿Qué pasa con esa noche? —interrumpió Mary—. Me temo que no entiendo el motivo de esta entrevista. El accidente ocurrió hace más de un año. Mandy se emborrachó y cogió el coche. Lo hacía a veces, ¿sabe? No le veo ningún sentido a su visita.

—Bueno, me enteré de lo del café, y pensé en pasarme. —Rainie suspiró ante la cara de confusión de Mary. Estaba claro que la mujer no había captado el sarcasmo—. Bien, acerca de esa noche… Le comentó al padre de Mandy que estuvo aquí jugando a las cartas.

—Así es. Siempre jugábamos a las cartas los miércoles por la noche. Al menos solíamos hacerlo.

—¿Quiénes?

—Mandy, Tommy, Sue y yo.

—Y se conocían de…

—Trabajábamos juntos, en el restaurante, antes de que yo conociera a Mark. ¿Por qué es relevante todo esto? —Mary tenía de nuevo esa mirada tensa.

—Solo preguntaba —respondió Rainie con ligereza—. Así que los cuatro jugaban a las cartas.

—Al Pitch —puntualizó Mary.

—Estupendo, al Pitch. La fiesta empezó a las…

—Yo no lo llamaría fiesta —puntualizó de inmediato Mary—. Estuvimos bebiendo refrescos. Le conté al señor Quincy que bebimos Coca-Cola.

—Entiendo, estuvieron jugando a las cartas y bebiendo Coca-Cola. ¿Empezaron a las…?

—Nueve, tal vez diez. Sue sigue siendo camarera y tenía el turno de la cena.

—¿Comenzaron tan tarde en una noche entre semana?

—Sue y Mandy trabajaban de camareras y Tommy de barman, así que no tenían que estar en el trabajo hasta el mediodía como muy pronto. Y yo… Bueno, los horarios ya no me importan mucho.

Rainie creyó detectar un rastro de amargura. No todo iba bien entre Cenicienta y el Príncipe Azul.

—¿Hasta qué hora estuvieron jugando a las cartas?

—Dos y media.

—Bebiendo gaseosa todo el tiempo.

—Sí —respondió Mary con rapidez. Con demasiada rapidez. Bajó la vista a su regazo, donde en ese momento tenía los dedos entrelazados. «Allá vamos», pensó Rainie.

—Le dijo al padre de Mandy que ella no bebió nada más que Coca-Cola Light.

—Dije que no la vi beber nada más que Coca-Cola Light.

—¿Que no la vio?

—No la vi.

Rainie se levantó. Volvió a poner su taza en la bandeja de plata, contenta de haberse librado de objetos rompibles. Luego se volvió hacia Mary, y esa vez su mirada era dura.

—¿No la vio, Mary? ¿No la vio? Bien, ¿por qué me da la impresión de que eso implica que Mandy pudo haber estado bebiendo después de todo, pero que no quiere admitirlo?

Mary se había quedado con la mirada clavada en su regazo. Desenredó los dedos, giró el diamante de tres quilates de su mano izquierda y luego volvió a entrelazar los dedos.

—Le juro que no lo sabía —susurró.

—Háganos un favor a las dos, Mary. Escúpalo.

Mary levantó la cabeza. Sus ojos estaban oscureciéndose; tal vez la esposa del doctor Olsen tenía algo de pasión después de todo.

—Llevaba la lata de Coca-Cola Light con ella a todas partes, ¿vale? No le di mayor importancia en ese momento, pero Mandy llevaba la lata con ella a todas partes. Ya sabe, incluso cuando iba al baño.

—Entonces, cree que podría haber estado mezclando su propia bebida a escondidas. Parece Coca-Cola Light, huele a Coca-Cola Light, y ¡vaya! le he añadido un poco de ron.

—No habría sido la primera vez.

—Los alcohólicos aprenden buenos trucos —coincidió Rainie, aunque a ella nunca le habían gustado los combinados. Para ella, siempre fue la cerveza.

—Bueno, vamos a pensar en esto, Mary. Amanda estuvo preparándose unas copas por su cuenta. Dice que llegó como muy tarde a las diez y no se fue hasta las dos y media. Eso son al menos cuatro horas y media de Coca-Cola Light. ¿No se dio cuenta?

—No —respondió Mary enseguida. Su voz era ya más clara, tenía una certeza de la que antes carecía. Resultaba interesante—. Eso era lo que ocurría con Mandy —continuó con seriedad—. No importaba cuánto bebía, siempre parecía estar bien, funcional. Cuando trabajábamos, solía presumir de su tolerancia. Todos la creíamos. Nunca pensamos… Nunca habríamos imaginado que tenía un problema.

—¿Así que su ingreso en Alcohólicos Anónimos les resultó algo nuevo?

—Sí. Aunque más tarde, cuando recordamos cosas, todo cobró sentido. Algunas noches, después de cerrar, se sentaba en el bar y se tomaba ocho copas antes de irse a casa. Aunque pareciera estar bien, ¿cómo podía estarlo? No era mucho más corpulenta que yo y, no es que el alcohol se evapore del torrente sanguíneo.

—¿Así que podría haber estado tomando copas a escondidas esa noche y no se habrían enterado?

—Sí —respondió Mary, asintiendo con la cabeza de manera enfática—. Es verdad.

—¿Qué me dice de ese hombre misterioso?

—¿Hombre misterioso? —Mary parpadeó extrañada.

—En el funeral, le insinuó a Quincy que Mandy había conocido a alguien, el nuevo amor de su vida.

—No, no lo hice.

—¿No lo hizo?

—No. No sé de dónde puede haber sacado el señor Quincy esa idea. No recuerdo haber dicho algo así. ¿Por qué iba a decir yo eso? —cuestionó Mary de forma apresurada.

Rainie ladeó la cabeza y la miró con atención.

—Tal vez, Quincy la malinterpretó.

—Tal vez —respondió asintiendo con energía—. Era un funeral, y él no estaba en su mejor momento. Ninguno de nosotros… —Su voz se le quebró por primera vez y volvió a bajar la cabeza—. Ninguno de nosotros lo estaba.

—Mary, ¿está segura de que quiere mantenerse firme en esta historia? ¿De que su mejor amiga se emborrachó sola, se fue conduciendo a casa sola y atropelló a un peatón anciano ella sola?

—Le estoy contando lo que sé lo mejor que puedo…

—No es lo que dijo hace cuatro semanas en el funeral.

—¡También lo es! ¡El señor Quincy se equivocó! No sé, a lo mejor está más apesadumbrado de lo que pensábamos y ahora se agarra a un clavo ardiendo y tergiversa lo que he dicho. Quién sabe lo que hace un padre loco de dolor.

—¡¿Loco de dolor?! —exclamó Rainie haciendo eco escéptico.

Al final, Mary se sonrojó y desvió la mirada. En su regazo, sin embargo, sus dedos se enredaban y desenredaban de forma frenética. Rainie pensó que sería un milagro que no acabaran desencajados. Respiró hondo y asintió pensativa hacia ella. Se tomó su tiempo y se paseó por la habitación.

—Bonitos muebles —comentó.

Mary no dijo nada. Parecía que iba a ponerse a llorar.

—Deben haberle costado mucho dinero a su marido.

—Mark heredó la mayor parte —murmuró.

—Aun así, causan una gran impresión. Debió quedarse boquiabierta la primera vez que vio todo esto, como Cenicienta, entrando en el castillo.

—Por favor, estoy diciéndole la verdad sobre Mandy.

—Bien, de acuerdo, está diciendo la verdad. No lo he negado. Quiero decir, yo no estaba por aquí hace un año. ¿Cómo puedo saber lo que bebió su mejor amiga la última noche que estuvieron juntas? ¿Cómo puedo saber si estuvo riéndose con honestidad mientras jugaba a las cartas con usted o si era algún tipo de estupor etílico? Oiga, ni siquiera sé si la abrazó antes de irse, le dio las gracias por una velada estupenda y por mantenerla ocupada en las largas noches en las que hacía todo lo posible por no beber. Dejarlo de golpe es duro, yo he pasado por eso. Es duro y los buenos amigos marcan la diferencia.

Mary volvió a inclinar la cabeza. Sus hombros habían empezado a temblar.

—Se siente muy sola, ¿verdad, Mary? —preguntó Rainie sin rodeos—. Vive en la casa que siempre pensó que quería, y es como la celda de una prisión. La proverbial jaula de oro.

—Creo que ya no quiero seguir hablando con usted.

—Su mejor amiga está muerta y su marido trabaja todo el tiempo. Sí, si yo fuera usted y conociera al hombre adecuado, alguien que me dijera que soy guapa, alguien que halagara mi sonrisa, haría prácticamente lo que él quisiera.

—¡Esto es una locura! No sé qué es lo que cree que está haciendo, pero hemos terminado. Lo digo en serio. —Levantó la cabeza y ordenó con severidad—: ¡Fuera!

—¿Quiere decir que no está buscando una nueva mejor amiga, Mary? —respondió Rainie con la misma ligereza que Mary había empleado antes—. ¿No está buscando a nadie nuevo a quien traicionar?

—¡Maldita sea! —Mary se levantó de un salto—.¡Harold! —gritó—. ¡Harold!

El mayordomo entró corriendo en la habitación, con los ojos muy abiertos ante la histeria que se desprendía de la llamada de su ama. Rainie fingió un bostezo mientras Mary clavaba un dedo tembloroso en su dirección y gritaba:

—Sáquela de aquí. ¡Fuera, fuera, fuera!

El mayordomo miró a Rainie. Era de mediana edad, y su calva y sus rasgos demacrados no lo hacían parecer muy intimidante. Rainie, por su parte, se recostó contra otra mesa auxiliar con la mano derecha colocada de forma estratégica sobre un pesado candelabro dorado. El pobre Harold no sabía qué hacer.

—¿La echa de menos? —le preguntó Rainie a Mary—. Cuando llega el miércoles por la noche, ¿echa de menos a Mandy?

—¡Váyase!

—La ironía es —insistió Rainie en voz baja— que Mandy era la alcohólica, pero estoy dispuesta a apostar que ella la habría echado de menos. Si sus posiciones hubieran sido al contrario, la habría echado mucho de menos.

—¡Haaaaarooooold!

Al final, el mayordomo se acercó a Rainie y le puso una mano en el brazo. Su tacto era ligero pero firme, y ella le dio crédito. Harold consiguió mantener una dignidad regia, cuando Dios sabía que el resto de la situación sin duda había ido más allá.

Rainie cedió al ligero tirón de su mano y dejó que la condujera de nuevo al vestíbulo, hacia la puerta.

Por extraño que pareciera, Mary los siguió por detrás, con sus rasgos aún distorsionados y su mano derecha presionada contra su vientre de forma protectora.

—Gracias por el café —manifestó Rainie con amabilidad a Harold—. Estoy segura de que me pondré en contacto con usted —añadió dirigiéndose a Mary, antes de bajar la amplia escalinata.

Su última visión, al abrir la puerta de su coche de alquiler, fue Mary Olsen de pie en la magnífica entrada de su enorme mansión, gritando:

—¡No tiene ni idea de lo que está diciendo, señora! ¡No tiene ni puta idea!

A tres kilómetros de la residencia de los Olsen, Rainie detuvo su coche y apagó el motor. A pesar de su compostura anterior, sus manos habían empezado a temblar. La adrenalina iba desapareciendo de su torrente sanguíneo y estaba dejándola mareada.

—Bueno —murmuró sola en su pequeño coche—, esto no era lo que esperaba.

Pensó en las furiosas facciones de Mary Olsen y en su último comentario provocativo. Pensó en Quincy y en la cantidad de llamadas que había recibido la noche anterior. Oyó un pitido demasiado familiar en sus oídos.

Rainie se inclinó hacia delante y apoyó la frente en el volante. De repente, se sintió muy cansada. La última vez que oyó zumbidos en los oídos, habían muerto unas niñas pequeñas, y las cosas empeoraron aún más a partir de entonces.

Se tomó un instante, luego dos y tres. Bien, tenía un plan. Volvió a la carretera comarcal azotada por el viento y, como todavía no tenía dinero para comprar un móvil, condujo hasta encontrar una gasolinera con teléfono público. Desde allí, llamó a su nuevo compañero de fechorías, el detective privado de Virginia Phil de Beers. Tuvo suerte de que estuviera en la oficina y aún más suerte de que estuviera libre entre unos casos y otros, y si ella estaba dispuesta a pagar su tarifa por vigilar a Mary Olsen, él estaba más que dispuesto a realizar el trabajo. Eso resolvía el asunto de la alegre Mary por un rato.

Con la esperanza de seguir en su racha de suerte, Rainie probó con el oficial Amity. El agente de guardia le informó de que el grandullón estaba patrullando. Rainie pidió que pasaran su llamada a la central, y ahí utilizó sus encantos para que la transfirieran al coche de Amity. En la central hicieron el honor de presentarla, y el agente Amity descolgó el receptor de radio ya con cierto descontento.

—¿Qué desea?

—¡Oficial Amity! ¿Cómo está mi policía estatal favorito?

—¿Qué desea?

—¡Ah!, solo quería ver si había tenido suerte con la localización del vehículo del que hablamos.

—¿Quiere decir en las doce horas que han transcurrido desde que hablamos?

—A eso me refiero.

—Tengo un trabajo, señora.

—¿Así que la respuesta es no? Agente, está rompiéndome el corazón.

—Lo dudo mucho —respondió Amity con sequedad.

—¿Qué posibilidades hay de conseguir esa información en algún momento del día de hoy?

—No lo sé. Pregúnteselo a la comunidad civil y criminal en general. Si hay suficientes conductores que prometan no andar chocando unos con otros por detrás y suficientes depravados que dejen de allanar moradas, quizá tenga una oportunidad.

—Entonces, si rocío con Valium todo el estado…

—Me gusta cómo piensa.

Rainie suspiró hondo. Al parecer, era la táctica correcta; el agente Amity también suspiró hondo.

—El jueves es mi día libre —señaló él—. Si no lo consigo hoy, me aseguraré de ocuparme de ello mañana.

—Agente Amity, ¡es usted genial!

—Maravilloso —refunfuñó—. Por fin impresiono a una mujer y vive a casi cinco mil kilómetros de distancia. Hablamos más tarde, señora.

Se desconectó antes de que Rainie pudiera replicar, lo que también le evitó tener que enfrentarse a esa última afirmación.

Volvió a su coche y sacó los informes policiales del accidente de Mandy. Después cogió su recién comprado mapa del estado de Virginia.

Cuarenta minutos más tarde, encontró la curva de la carretera donde se había producido el accidente. Quincy tenía razón. Eso no estaba en ninguna ruta directa desde la mansión de Mary Olsen y no estaba en ninguna ruta directa desde el apartamento de Mandy. De hecho, ese lugar no era ninguna ruta directa a ninguna parte. Era una estrecha carretera rural que salía de ninguna parte y llegaba a ninguna parte, con muchas curvas y giros intermedios.

La curva en cuestión era profunda y arqueada, formaba un giro de sesenta grados rodeado de matorrales densos, árboles gruesos y un solo poste de teléfono. A un lado había una pequeña cruz sin pintar recién decorada con unas flores de plástico, tal vez por la viuda de Oliver Jenkins.

Rainie aparcó su coche. Se bajó y durante un buen rato se quedó allí de pie, sintiendo el viento en la cara. La carretera estaba tranquila, no había otros coches a la vista. Los árboles crujían en lo alto y, en su estado de ánimo actual, el sonido le recordaba al chasquido de huesos.

Tuvo que caminar dieciocho metros hasta el poste de teléfono. Una distancia suficiente para

detener un coche, pensó, o al menos empezar a frenar. Puso la mano en el poste y luego pasó los dedos por la violenta marca del impacto abierta en la madera. Las astillas sobresalían y la madera en bruto del corte estaba todavía más clara que el exterior desgastado por el clima. Presionó con suavidad los trozos de madera para que volvieran a su sitio, como si eso fuera a arreglar las cosas.

Se levantó viento, la floresta crepitó y, por un momento, fue muy fácil creer que acababa de oír reír a alguien.

El corazón de Rainie latía con fuerza. De repente, se dio cuenta de lo sola que se encontraba en aquel lugar, de cuán espesa era la maleza y cuán oscuras las profundidades del bosque.

A las cinco de la mañana, Mandy chocó con ese poste. A las cinco de la mañana, el sol apenas había besado los árboles y el viento todavía era fresco. A las cinco de la mañana, todo estaba oscuro, aislado y del todo, del todo desierto.

Rainie tenía que volver a su coche. Subió al lado del conductor y, con manos temblorosas, cerró las puertas con seguro. Tenía los hombros encogidos y podía sentir su corazón fuerte e insistente en el pecho.

Se quedó ahí sentada. Se preguntó cuántas veces habría ido Quincy a ese tenebroso lugar. Y entonces empezó a conducir, porque no le importaba lo que dijera nadie. De pie junto a aquel poste de teléfono, había estado segura de que no se encontraba sola.

# 12

*Dutch Country, Pensilvania*

Bethie estaba pasándolo de maravilla. El sol brillaba, el cielo era azul, el viento le refrescaba el cuello. Le encantaba sentir el volante bajo las manos. Le encantaba el sonido de la voz de Tristan cuando la entretenía con una historia tras otra. Y le gustaba contarle sus historias, de su madre, de su hija, incluso de su exmarido, Pierce, de quien ahora sospechaba que tenía una novia en Portland, Oregón.

El tiempo pasaba con tanta facilidad como los kilómetros. Al principio se dirigieron hacia el oeste, sin ningún lugar en mente, y luego, por capricho, cambiaron hacia el sur y condujeron hacia la zona meridional de Pensilvania, con su exuberante extensión de campos verdes y esas hermosas granjas antiguas. Divisaron a mujeres caminando por polvorientos caminos, luciendo pintorescos gorros blancos, y pasaron junto a coches de caballos. Vieron a un hombre en su granero de piedra, inclinado sobre un montón de leña, levantando un hacha sin filo.

Tristan le contó las historias de los distintos grupos religiosos germánicos que se habían asentado ahí. Ella asentía con la cabeza, aspirando el aroma del heno recién segado y pensando que era lo más viva que se había sentido en años.

Llegaron a una carretera estrecha y sinuosa que se adentraba en los campos.

—¡Sigámosla! —declaró Tristan. Y así lo hizo ella.

El camino se convirtió en grava y, luego, en tierra. Se estrechó y el cultivo creció. Un kilómetro y medio después, las gavillas de trigo fluían por el lateral del coche rojo brillante como un río dorado.

—Continúa —la instó Tristan con entusiasmo. Y así lo hizo ella.

La marea de trigo se disipó. Salieron a la hierba baja de la orilla de un río y Bethie pisó el freno justo antes de llegar al agua, riéndose sin aliento. Tristan salió del coche.

—Sal —le dijo. Y así lo hizo ella.

—Venga, vamos a hacer nuestro pícnic —le informó—. Mira, también he traído champán.

Bebieron champán, comieron caviar y devoraron el sabroso queso añejo. Bethie estaba sentada en la curva del cuerpo de él, con el brazo presionado contra su costado derecho y la cicatriz en la que pensaba de forma muy protectora. Él le quitó las migas de pan de la rodilla, luego la bajó a la hierba perfumada y le tapó la boca con la suya mientras sus dedos le tocaban el pecho.

Después, ella le acarició el costado derecho con ternura. Entonces ambos se levantaron y, sin hablar, se vistieron.

—¿No es maravilloso todo esto? —murmuró ella—. Tan tranquilo y aislado. Me pregunto cuántos coches pasarán zumbando por la autopista sin pensar en tomar esta curva. Seguro que no hay nadie en kilómetros a la redonda. Si lo piensas, es nuestro pequeño lugar especial.

Tristan se volvió hacia ella. Después de hacer el amor, en sus ojos azules se percibía una fiereza especial.

—Vamos a dar un paseo —propuso él. Y así lo hizo ella.

# 13

**Virginia**

Rainie tenía un problema, estaba maquinando ideas peligrosas. Y estaba a punto de hacer algo muy arriesgado. No conducía de vuelta al Motel 6, sino que se dirigía a ver a Quincy.

Él querría un informe completo de su investigación, y ella tenía noticias en ese momento, o quizá no verdaderas noticias, más bien un presentimiento que no quería transmitir por teléfono. Él querría analizarlo todo. Así era él, y ella no quería imaginárselo de nuevo sentado en la oscuridad, contemplando a solas cosas horribles, como el asesinato de su hija.

Luego estaban todas las preguntas. Tal vez Mary Olsen estaba solo un poco chiflada y era una cazafortunas desesperada por llamar la atención. Quizá el torrente de llamadas telefónicas a casa de Quincy fuera pura coincidencia, un grupo de delincuentes aburridos en busca de un entretenimiento enfermizo. Y tal vez el accidente de Mandy seguía siendo un accidente, y todos los demás estaban solo aprovechando esa oportunidad para meterse con la mente de un agente del FBI de buena reputación.

O era posible que hubiera un hombre misterioso, que quizá ayudó a Mandy a emborracharse esa noche, adivinando por su comportamiento anterior a dónde llevaría eso. Y que tal vez se imaginó lo que la posterior muerte de Mandy le supondría a Quincy. Lo dejaría desequilibrado, distraído y solo. Lo dejaría vulnerable mientras el verdadero plan comenzaba a desplegarse y la verdadera amenaza emergía…

Hubo un tiempo en que Rainie habría descartado tal teoría por descabellada. Era demasiado fría, demasiado insensible para ser posible. Pero eso era antes de lo ocurrido en Bakersville el año anterior. Ya tenía la misma formación fundamental que Quincy. Comprendía lo peor que podían hacer los hombres, y ya no concebía que hubiera algo que fuera demasiado cruel como para suceder. La mayoría de la gente pensaba que los asesinos mataban por necesidad. Esos eran los casos fáciles. Mucho peores eran los psicópatas que consideraban el asesinato no solo un pasatiempo, sino un deporte recreativo.

Quincy la ayudó una vez y ella pensaba devolverle el favor.

Rainie volvió a consultar su mapa, pasó de largo su desvío y, después de treinta y seis horas de práctica, ejecutó un giro en U magnífico y muy ilegal. Bajó por la calle esperada.

La carretera era ancha, con una acera de elegantes curvas y toneladas de magnolios recién plantados. «Un barrio nuevo —pensó—. Dinero nuevo». Giró en una calle sin salida e intentó que no se le salieran los ojos de las órbitas. Enormes casas coloniales de ladrillo se asentaban sobre vastas extensiones de césped esmeralda. Había grandes casas con grandes jardines,

propiedades valladas y accesos cerrados.

Había imaginado que Quincy, preocupado por la seguridad, estaría en algún tipo de urbanización cerrada, pero no se había imaginado algo así. Siguió los números de las casas hasta el final, donde había una casa de ladrillo más pequeña y discreta apartada de la carretera. Rainie supo que era la de Quincy sin tener que comprobar la dirección; era la única casa en la que se habían quitado todos y cada uno de los arbustos, lo que eliminaba los lugares donde podría esconderse un intruso exigente.

Miró su parcela desnuda y suspiró.

—Quincy, Quincy, Quincy —murmuró—. Tienes que tomarte unas vacaciones.

Se detuvo ante la verja negra de hierro forjado y pulsó el botón del interfono. Eran solo las cuatro de la tarde y, en realidad, no esperaba que Quincy estuviera en casa, así que se sorprendió cuando alguien contestó a su timbrazo. Le sorprendió aún más que fuera una voz de mujer.

—Nombre y profesión —preguntó la mujer con tono inexpresivo.

—Mmm, Lorraine Conner. Trabajo con Quincy. —No era una mentira del todo.

—Por favor, mire a la cámara y muestre su identificación.

«Corre ahora —pensó Rainie—, o calla para siempre». Con valentía, miró fijamente a la cámara y mostró su carné de conducir.

Momentos después, el portón empezó a retumbar y a deslizarse despacio hacia atrás. Rainie condujo hasta el amplio camino de entrada y encontró la puerta principal abierta y a una mujer esperando. Rainie salió de su coche, sintiéndose mucho menos optimista con la situación.

La mujer en cuestión era de mediana edad. Aparentaba cuarenta, tal vez treinta; el estricto peinado y el traje gris austero no le favorecían en absoluto. Permanecía rígida, con los brazos cruzados sobre el pecho y los pies calzados con unos cómodos zapatos negros.

Rainie pensó que no parecía un ama de llaves. No era el tipo de Quincy, así que no podía ser su exmujer. Por otro lado, sería una excelente institutriz.

Con los hombros hacia atrás y la cabeza alta, Rainie se acercó a la entrada.

—¿Quién es usted? —le preguntó a Severa Chic.

—La pregunta es, ¿quién es usted?

—Ya se lo expliqué a la cámara. Además, he preguntado yo primero.

Severa Chic sonrió, pero pareció más una línea sombría.

—Quizá, encanto, pero mi carné es más grande que el suyo. —Severa Chic le enseñó sus credenciales. El emblema del FBI tenía un poco más de peso que la insignificante licencia de

investigadora privada de Rainie, que frunció el ceño e intentó averiguar qué estaba pasando.

—He venido a ver a Quincy —informó.

—¿Por qué?

—Eso sería asunto de Quincy, no suyo.

—Por el momento, sus asuntos son mis asuntos.

—¿Se acuesta con él?

Severa Chic parpadeó sorprendida.

—Creo que no ha entendido la naturaleza de mi labor…

—Así que no está acostándose con él. Entonces, mis asuntos y los de Quincy no son asunto suyo.

Rainie dejó que la agente se lo figurara y supo en qué preciso momento llegó a la conclusión implícita, porque se ruborizó.

—Creía que había dicho que era investigadora privada —reveló Severa Chic con el ceño fruncido.

—Sí, bueno, pensé que podría ser su exmujer —mintió Rainie—. Ahora, si no le importa, le he dado mi nombre y he mostrado mi identificación, así que ¿dónde está Quincy?

La mujer pareció debatir consigo misma.

—Quizá pueda encontrarlo en Quantico —admitió con brusquedad—. Eso es todo lo que puedo decir.

—¿No espera que vuelva a casa esta noche?

—Eso es todo lo que puedo decir.

—¡Oh!, ya entiendo —contestó Rainie—. Las llamadas telefónicas. Usted forma parte de los refuerzos.

La agente no contestó de inmediato, y luego asintió despacio. Rainie asintió también. Miró a la mujer con nuevo interés, y lo que vio después la hizo sentirse pequeña y más bien incómoda. No llevaba un traje austero, sino un traje profesional diseñado para ocultar una pistola No llevaba un estricto peinado, pero sí adecuado para perseguir a maestros del crimen. No tenía un rostro severo, sino el rostro inteligente de una mujer lista que había triunfado. En resumen, una agente federal genuina, acreditada y bien instruida al cien por cien. Y luego estaba Rainie, una detective recién salida del cascarón a la que despidieron del trabajo de policía que tanto le gustaba porque una vez se vio obligada a matar.

Ese era el mundo de Quincy. Y, así de rápido, Rainie lamentó haberse entrometido.

—Bueno, ya me voy —anunció.

—Le diré que ha venido.

Rainie se mordió el labio inferior. Por supuesto que la agente se lo diría. Esa era su labor, y estaba claro que Severa Chic vivía para su trabajo.

—Hágalo. Mientras tanto, intentaré localizarlo en su oficina…

—En Quantico.

—Sí, en Quantico…

—Es una base de marines.

—¡Ya sé que es una base de marines!

Severa Chic esbozó otro leve gesto de sonrisa. También estaba examinando de nuevo a Rainie, y su primera impresión iba sin duda empeorando.

¡A la mierda! Rainie no se molestó en despedirse. Se dio la vuelta, subió de nuevo al coche e intentó que el portón no le golpeara el culo al salir.

—¡Maldita sabelotodo! —murmuró un momento después, conduciendo demasiado rápido. Volvió a pensar en noches que habían pasado hacía mucho tiempo y que ya no podía cambiar. Y volvió a pensar en que admitir tu pasado no te permitía escapar de él. Algunas personas crecían para convertirse en agentes federales. ¿Y otras?

—¡A la mierda! —volvió a soltar.

Rainie debió haberse retirado cuando estaba en una posición favorable. Encontró el desvío a Quantico y condujo durante quince minutos por una carretera muy arbolada donde los marines corrían en formación a lo largo del borde del asfalto y el aire se entrecortaba una y otra vez con el estruendo de los disparos. Pasó por delante de varios edificios idénticos, adentrándose en la base de la Marina y sintiéndose cada vez más como una intrusa en un club privado controlado por el Gobierno. Nadie la detuvo. Nadie le pidió identificación. No sabía si estar agradecida o preocupada.

Acababa de empezar a relajarse cuando la base de la Marina se terminó y un puesto de guardia apareció de repente delante de ella. Al parecer, alguien había decidido que los marines podían cuidarse solos, sin embargo, la Academia del FBI requería mucha protección. Se detuvo en el puesto de guardia, donde un agente de seguridad de rostro pétreo tomó su nombre, estudió su carné de investigadora privada y le indicó que no se le permitía la entrada. Ella volvió a dar su nombre y a mostrar con rapidez su identificación. Él le notificó que no se le permitía la entrada.

—Mire, soy una asociada del AES… eh…, del agente especial de supervisión Pierce Quincy —

intentó.

El sombrío guardia no se dejó impresionar.

—No necesito libre acceso ni nada por el estilo —continuó—. ¿No proporcionan un pase de visitante?

Se enteró de que sí podía ser visitante, si hubieran notificado su nombre con antelación, con la autorización adecuada.

—¿Y qué demonios hago ahora? Espere, espere… —Levantó una mano al ver la firme expresión de su cincelado rostro—. Sí, lo recuerdo, no se me permite la entrada.

Tras discutir un poco más, Rainie accedió al final a esperar en su coche bajo la atenta mirada del agente. A su vez, él accedió a ponerse en contacto con la oficina de la UCC para preguntar si al agente especial de supervisión Pierce Quincy le gustaría salir a recibir a una invitada.

Quince minutos después, apareció el coche de Quincy. Parecía cansado, estresado y nada contento de verla. Adiós a la escena del reencuentro en la que corrían el uno hacia el otro con los brazos abiertos. En lugar de eso, siguió con docilidad al coche de Quincy desde la base de la Marina hasta un pueblo cercano, donde él se detuvo en el aparcamiento de un restaurante.

—Quiero café —anunció al salir del coche.

—Hola a ti también —respondió.

—¿Sueles irrumpir en edificios del Gobierno?

—No sabía que iba a resultarme tan difícil.

—Rainie, es la Academia del FBI. Tenemos procedimientos y protocolo. Si cualquiera pudiera entrar, estropearía el propósito.

—Bien. La próxima vez me pondré mi mejor vestido de cóctel.

—¡Santo Dios! —exclamó—. A veces te comportas como una niña.

Se dirigió al restaurante y ella se quedó clavada en el aparcamiento, aturdida por la frialdad de su voz. Luego se le pasó el susto y fue tras él.

—¿Qué demonios te ocurre? —exigió Rainie, que alcanzó a Quincy mientras se acercaba a la caja y lo agarró el brazo.

—Dos cafés —pidió él—. Uno solo y otro con un montón de leche y azúcar.

—No necesito café, quiero una explicación.

—El café es más fácil —respondió, y no dijo ni una palabra más hasta que la cajera, que pareció encontrar graciosa la situación, le entregó las dos tazas. Luego hizo que Rainie lo siguiera de

nuevo al exterior, a una mesa de pícnic en una arboleda en la que ella no había reparado antes. El paseo fue largo y no sirvió de nada para apaciguar su ánimo.

—De acuerdo —anunció ella en el instante en que él se sentó a la mesa—. ¿Qué demonios está pasando, Quincy? Y será mejor que empieces a hablar o te llevarás encima este café con «un montón de leche y azúcar».

Quincy sopló su oscura y humeante bebida. En ese instante Rainie pudo ver que él tenía las ojeras más profundas y las mejillas habían adquirido el aspecto ahuecado de un hombre que no dormía por la noche. Le pareció gracioso. El año anterior era ella la que parecía un cadáver andante y Quincy quien la sermoneaba con que tenía que comer y dormir de todos modos. Le decía que el estrés era una razón aún mejor para cuidarse y que cuidar el cuerpo ayudaba a cuidar la mente. Si ella le repitiera ahora su propio sermón, se preguntó, ¿qué grado de inmadurez demostraría eso?

—¿Has oído hablar de algo llamado usurpación de identidad? —preguntó Quincy de forma escueta.

Rainie se incorporó, le dio un sorbo a su café y asintió con la cabeza.

—Una persona roba la identidad de alguien —prosiguió él—. No es muy difícil de hacer en estos tiempos. Consigue el número de la Seguridad Social y el apellido de soltera de la madre, utiliza esa información para obtener una copia del certificado de nacimiento y ya está, se convierte en la nueva persona. Es increíble todo lo que puede hacerse una vez que se dispone de la documentación básica. Sacar un permiso de conducir válido, abrir una cuenta bancaria o solicitar una tarjeta de crédito, comprar un coche, un Audi TT Roadster rojo, supongo, matriculado y financiado a nombre de la víctima involuntaria.

—¿Alguien usó tu nombre para comprar un deportivo?

—En Nueva York, hace dos semanas. En teoría, en este momento debo a un concesionario de Westchester cuarenta mil dólares, pagaderos en cómodos plazos mensuales de ochocientos once dólares durante los próximos cinco años.

—¿Alguien ha robado la identidad de un agente del FBI?

—¿Por qué no? Ya ha dado mi información personal a la mitad de los peores criminales del país. Después de eso, ¿qué es un vehículo de alto rendimiento? —Quincy hizo una pausa y añadió a regañadientes—: Al menos el hombre tiene buen gusto.

Rainie aún no podía creerlo.

—Usurpación de identidad… ¿No tiene el Buró especialistas en este ámbito?

—El Buró cuenta con especialistas en todas las áreas —respondió Quincy, pero no sonaba animado.

Dejó la taza de café y Rainie se sorprendió al ver que le temblaban las manos.

—Se han apoderado de mi casa, Rainie —reveló en voz baja—. Esta tarde unos agentes han puesto cámaras en la tumba de mi hija. Es irónico. Soy un experto, de hecho, soy un experto justo en este tipo de casos, y desde las siete y cinco de esta mañana, a nadie le importa ya mi opinión. A partir de las siete y cinco de esta mañana, me he convertido en víctima, y nunca he odiado nada tanto.

—Son idiotas, Quincy. Ya te lo he dicho en alguna ocasión. Si los agentes del FBI fueran tan listos, no irían por ahí con trajes tan horribles después de que el resto del mundo haya adoptado un código de vestimenta informal. ¿Qué clase de hombre empieza el día atándose un nudo al cuello?

Quincy echó un vistazo a su corbata burdeos, la elección de ese día ofrecía pequeños dibujos geométricos en azul marino y verde oscuro, y se parecía de manera sospechosa a la corbata que llevaba el día anterior y el día anterior a ese.

—No soporto esto —manifestó sin rodeos—. Alguien está apoderándose de mi vida. Ni siquiera sé por qué.

—Claro que lo sabes. Eres el bueno y, por definición, todos los malos te odian.

—Los agentes Rodman y Montgomery están investigando las llamadas telefónicas. Están vigilando mi casa y tratando de rastrear los anuncios publicados en varios boletines de prisiones, como si eso sirviera de algo. También están intentando localizar el Audi. No sé qué tiene que ver eso con nada, a menos que sea solo una forma más que el sudes tiene de burlarse de mí… Yo sigo atascado en estrategias básicas de investigación mientras él se dedica a comprar automóviles de lujo. Puede que tenga su mérito.

Quincy suspiró y se pasó una mano por el pelo.

—Hoy me he entretenido sacando todos mis archivos de casos antiguos y creando una base de datos de todas las personas a las que he fastidiado alguna vez. La mala noticia es que son muchos. La buena es que un asombroso número de ellos están en la cárcel o muertos.

—Eso es lo que me gusta de ti, Quincy. Tu capacidad para establecer contactos.

Él asintió distraído.

—Estoy seguro al ochenta por ciento de que soy el objetivo, Rainie. No tengo ni idea de quién. Ni siquiera estoy seguro de por qué. La venganza es la respuesta obvia. ¿Por qué no? Pero, por la razón que sea, alguien ha empezado a tejer una red muy compleja y, haga lo que haga, creo que ya estoy metido de lleno en ella.

—Tienes amigos, Quincy —afirmó ella en voz baja—. Te ayudaremos. Yo te ayudaré.

—¿Lo harás? —La miró a los ojos—. Rainie —pronunció con suavidad—, dime lo que has averiguado sobre Mandy. Dime lo que ya nos dice a ambos nuestra intuición.

Rainie apartó la mirada y se terminó el café. Dejó el vaso de cartón vacío sobre la mesa de pícnic

y lo hizo girar entre sus manos. No quería responder a su petición, y ambos lo sabían, pero también comprendió que no podía suavizar la noticia. Otra cosa que ella y Quincy tenían en común era que preferían recibir las malas noticias de manera directa. Sácalo, supéralo y acaba con ello.

—Tenías razón —expuso con brevedad—, algo huele mal.

—¿Fue asesinato?

—Eso no lo sé —replicó de inmediato, con voz firme—. Cuál es la regla número uno de la investigación: no sacar conclusiones precipitadas. De momento, no tenemos pruebas físicas que sugieran un asesinato.

—Por otro lado… —empezó él por ella.

—Por otro lado, hay algo raro en Mary Olsen.

—¿En serio? —Quincy parecía sorprendido de verdad. Frunció el ceño, se frotó las sienes, y ella pudo darse cuenta de que había pasado directamente a dudar de su impresión de la joven y encantadora señora Olsen, porque ya parecía aturdido.

—Quince, hablé con ella esta mañana y Mary se retractó de todo. Parecía que Mandy había estado bebiendo Coca-Cola Light toda la noche, pero quizá estuvo mezclándola con ron. Puede que interpretases por Mary que Mandy tenía novio, pero ahora Mary dice que no era así en absoluto. Además, ya sabían que Mandy había conducido bajo los efectos del alcohol antes, así que es posible que fuera así de simple.

—¿Mandy le echó alcohol a su Coca-Cola en casa de una amiga y luego llegó hasta el medio de la nada antes de estar de repente tan borracha que se estrelló?

—No he dicho que Mary tuviera una historia convincente, solo he dicho que tenía una nueva versión.

—¿Por qué? Era la mejor amiga de mi hija. ¿Por qué?

Rainie pudo intuir la pregunta más profunda que había tras esas palabras. ¿Por qué estaba pasándole eso, a Mandy, a él? ¿Por qué haría alguien daño a su hija? ¿Por qué el mundo no seguía controlado y racional, como querían todos los científicos del comportamiento?

—Creo que Mary es una princesita solitaria —respondió Rainie en voz baja—. Creo que, con el tipo adecuado de atención, podrían manipularla con mucha facilidad.

—¿El sudes llegó hasta ella? ¿La hizo cambiar su historia?

—O el sudes llegó hasta ella e hizo que se inventara la historia desde el principio. En realidad, no sabemos si alguien hizo daño a Mandy, sino que Mary dijo cosas en el funeral que te hicieron pensar que alguien le hizo daño.

—Están jugando conmigo —añadió Quincy despacio—. Llamadas telefónicas acosadoras, compras ilegales de automóviles, rumores sobre mi hija… —Se sentó un poco más erguido—. ¡Mierda, están jugando conmigo como si fuera una marioneta!

Rainie parpadeó sorprendida.

—¿Desde cuándo dices palabrotas?

—Desde ayer. Lo encuentro muy adictivo, como la nicotina.

—¿También has empezado a fumar?

—No, pero no he perdido mi profundo y permanente amor por las metáforas.

—Lo digo en serio, Quince, estás dejándote caer a pedazos.

—Y, por lo visto, tú no has perdido tu profundo y perdurable amor por el eufemismo.

—Quincy…

—¿Qué pasa, Rainie? —preguntó con ese nuevo tono de voz—. ¿No puedes soportar que sea tan humano?

Ella se levantó de la mesa de pícnic antes de darse cuenta de lo que hacía, con las manos en los costados y el corazón martilleándole en el pecho.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Significa… Significa que estoy cansado —respondió Quincy en voz más baja, una voz ya conciliadora—. Significa que estoy bajo presión. Tal vez significa que estoy buscando pelea. Pero no es contigo con quien debo pelearme. Así que no lo hagamos ahora. Olvidemos que he dicho algo, y limitémonos a no pelearnos ahora.

—Demasiado tarde.

—¿Tú también buscas pelea, Rainie?

Ella sabía que no debía decirlo, que él tenía razón, que ambos estaban estresados y que ese no era el momento. Seis largos meses sin una maldita llamada. Alzó la barbilla y dijo:

—Tal vez.

Quincy se levantó de la mesa de pícnic. Se sacudió el polvo de las manos. Se quedó mirándola, y su mirada parecía mucho más serena de lo que ella sentía. Siempre se le había dado muy bien mantener el control.

—¿Quieres saber en qué nos equivocamos? —inquirió con firmeza—. ¿Quieres saber por qué todo empezó pareciéndote tan bien y luego el mundo se acabó, no con un estallido, sino con un gemido? Puedo decirte por qué, Rainie. Se acabó porque no tienes fe. Porque un año después, la

nueva y mejorada Lorraine Conner sigue sin creer. No crees en mí y, desde luego, en ti misma tampoco.

—¿Que no tengo fe? —replicó ella—. ¿Que yo no tengo fe? Lo dice el hombre cuya única forma de aceptar la muerte de su hija es convertirla en asesinato.

Quincy retrocedió con brusquedad.

—Un punto para la mujer de los vaqueros azules —murmuró, con una expresión que iba tornándose enigmática, tornándose dura.

Pero Rainie no cedió, no podía ceder. Solo había aprendido una forma de enfrentarse a la vida, y era peleando.

—No te escondas detrás de tus observaciones irónicas, Quincy. ¿Quieres que te vea como humano? Entonces actúa como humano. Por el amor de Dios, ni siquiera estamos teniendo una discusión real aún, ¡porque todavía estás demasiado ocupado sermoneándome!

—Solo digo que no tienes fe…

—¡Deja de psicoanalizarme! Sé menos terapeuta, más hombre…

—¿Hombre? La última vez que intenté ser un hombre, me miraste como si fuera a pegarte. No necesitas un hombre, Rainie. Necesitas una muñeca hinchable o un maldito santo.

—¡Hijo de puta! —Rainie abrió la boca para seguir gritando, pero de repente se quedó inmóvil. Sabía a qué se refería, a aquella noche, su última noche juntos hacía casi ocho meses, en Portland. Fueron a Pioneer Square y se sentaron al aire libre en Starbucks a escuchar la actuación de un grupo a capela. Hablaron, se relajaron y pasaron un buen rato. Y, después, se dirigieron al hotel de Quincy porque ella aún tenía aquel deprimente apartamento. Ella había estado pensando en que había estado muy sola, y que le encantaba volver a verlo.

Se acercó más e inhaló el aroma de su colonia. Cuánto le gustaba esa fragancia. Y sintió que él se quedaba quieto, con el cuerpo casi sin aliento, como si comprendiera que incluso exhalar podría asustarla. Se quedó inmóvil, así que ella siguió acercándose. Ella le olió la piel del cuello, exploró la curva de su oreja y entonces algo se apoderó de ella. Era deseo tal vez…, tenía muy poca experiencia con algo real. Solo quería tocarlo, más y más, si él se quedaba, así, sin moverse, sin respirar. Le había desabrochado la camisa y se la había quitado de los hombros. Tenía un pecho duro, esculpido por toda una vida corriendo. Las palmas de la mano de Rainie sentían la esponjosidad de los rizos del vello de su pecho. Puso la mano sobre el corazón de él y sintió cómo se aceleraba cuando lo tocaba.

En la clavícula y en la parte superior del brazo tenía tres pequeñas cicatrices. Eran recuerdos de algunas balas de una ráfaga de escopeta que su chaleco no absorbió por completo. Recorrió esas cicatrices con la punta de los dedos. Era Quincy, el superagente, Quincy, el superhéroe, el maravilloso…

De repente, la mano de él le rodeó la muñeca. Ella levantó la mirada y, por primera vez, vio su

expresión, oscura y brillante de lujuria.

Y el momento se le escapó. Su cuerpo se congeló, su mente se aceleró y pensó en campos de flores amarillas y arroyos de corrientes tranquilas. Ella seguía tocando su cuerpo, pero lo sentía áspero, como una imitación enfermiza del auténtico. Tal como había aprendido desde el principio.

Quincy la apartó y le pidió que le diera un minuto, pero ella no lo hizo. Se sintió humillada, abochornada y avergonzada. Y, como era Rainie, le recriminó que todo era culpa de él y luego se marchó en silencio. En los meses siguientes, le resultó más fácil limitarse a dejar que el teléfono sonara. Si la encontraba en casa, ella siempre estaba demasiado ocupada para hablar.

Él tenía razón, era ella la que había dejado de devolverle las llamadas. Pero se suponía que él debía haber sido más consciente, se suponía que debía haberlo comprendido y haber ido tras ella de todas formas, pero no lo hizo.

—Se supone que debo ser paciente —continuó Quincy, como si leyera sus pensamientos—. Se supone que debo ser persistente, que debo ser tolerante con tus cambios de humor, tu temperamento, tu pasado problemático. Se supone que debo ser todo, Rainie, pero cuando estoy frustrado y enfadado…

—Oye, estoy lidiando con muchas cosas…

—¡Y yo también! Todos estamos lidiando con cosas. Por desgracia, pareces pensar que eres la única persona a la que se le permite ser mezquina. Pues déjame que te cuente algo. Enterré a mi hija el mes pasado. Mis compañeros están vigilando su tumba ahora. Y, haga lo que haga, no puedo contactar con mi exmujer, cuyas conexiones familiares podrían tener suficiente poder para detenerlo. No solo estoy enfadado, Rainie, estoy muy cabreado.

—Bien, ese es tu problema, Quincy, estás imitándome cuando ambos sabemos que debería ser yo quien te imitase a ti.

—No puedo ser perfecto para ti en este momento, Rainie.

—¡Maldita sea, no estoy tan necesitada! —exclamó ella frunciendo el ceño.

Quincy se limitó a sacudir la cabeza.

—Debes tener fe —declaró en voz baja—. Sé que es duro, pero en algún momento tienes que creer. Algunas personas son malvadas, algunas personas te harán daño, pero no todas lo harán. Y tratar de mantenerse a salvo yendo por libre al final no funciona. El aislamiento no es protección. Lo sé. Pensé que todo me resultaría más fácil si nunca me abría a mi familia, si nunca me acercaba demasiado. Luego perdí a mi hija, y no ha sido nada fácil. Estoy desmoronándome.

—Quincy…

—Pero voy a recomponerme —continuó como si no la hubiera oído—. Voy a encontrar al hijo de puta que ha hecho esto. Y si tengo que enfadarme para hacerlo, me enfadaré. Y si tengo que

dejar de dormir y empezar a decir palabrotas y comportarme como un completo imbécil, también lo haré. Estoy aguantando, Rainie, y nadie dijo nunca que aguantar tuviera que ser bonito. Ahora, si me disculpas, tengo que intentar localizar a Bethie otra vez.

Quincy se giró y empezó a caminar de vuelta a su coche. Rainie sabía que debía decir algo, pero lo que le salió no tenía mucho sentido.

—¡Que sobrevivas no significa que vayas a acabar feliz para siempre! —le gritó—. ¡Que aguantes no significa que vayas a ganar, todavía pueden ocurrir cosas malas! Están los chacales, ya sabes. Y, y… hay chacales por todas partes…

—Buenas noches, Rainie.

No iba a detenerse. Le tocaba a ella hacer el esfuerzo; lo justo era justo. Era curioso, nunca lo había pensado hasta entonces, pero en su familia nunca se animó a nadie a aguantar.

—Es difícil enseñar trucos nuevos a un perro viejo —murmuró ella en su propia defensa. Pero Quincy ya se había ido y no quedaba nadie más que la escuchase.

Se hacía tarde y empezaba a anochecer. Ya en su coche, Quincy utilizó su móvil para llamar a su exmujer, pero una vez más le saltó el contestador.

Rainie no tenía móvil. Entró en el restaurante y utilizó el teléfono público del vestíbulo.

—Hola, grandullón —saludó un momento después—. Déjame invitarte a una copa.

# 14

## Virginia

A las nueve de la noche, Rainie ya estaba nerviosa y tensa. Había vuelto a su motel para darse una ducha rápida antes de reunirse con el agente Amity, que ya le había sugerido que lo tuteara y lo llamara Vince. En su habitación, descubrió un mensaje telefónico del mismo abogado al que había llamado esa mañana. Un abogado llamado Carl Mitz estaba muy ansioso por ponerse en contacto con ella. Le facilitaba los números de su busca y de su móvil. Rainie estudió los números sin llamar a ninguno.

Los clientes potenciales nunca se mostraban tan ansiosos. Los clientes potenciales se encargaban de que tú los encontrases.

Rainie dejó el mensaje a un lado, se duchó y se lavó el pelo. Se quedó durante mucho mucho rato con el agua caliente cayéndole sobre el cuello y los hombros. Luego se puso la misma ropa de siempre y se dirigió al bar.

El agente Vince Amity ya estaba allí. También se había duchado y llevaba una camisa negra de estilo tejano metida en unos vaqueros desteñidos, y había completado el conjunto con un par de botas desgastadas. La camisa se le estiraba sobre los anchos hombros. Cuando se puso de pie, los vaqueros apenas contenían el bulto de sus muslos. Era un magnífico ejemplar de hombre, el clásico cachas de amor ardiente.

Rainie pidió su botella de Bud Light y se dijo a sí misma que no echaba de menos a Quincy.

—Aquí tienen unas costillas muy buenas —señaló Vince.

—Vale.

—Y los boniatos fritos. ¿Has comido boniatos fritos alguna vez? Merecen la pena cada minuto de la subsiguiente operación a corazón abierto.

—De acuerdo.

La camarera llegó, pidieron sus respectivas raciones de costillas y boniatos fritos y, en cuanto ella se fue, Vince volvió a lanzarse con valentía.

—¿Cuánto tiempo crees que estarás en Virginia?

—No lo sé. Ahora mismo tengo más preguntas que respuestas, así que a este paso podría quedarme un tiempo.

—¿Dónde te alojas?

—En el Motel 6.

—Virginia tiene más que ofrecer que el Motel 6, ¿sabes? Si alguna vez tienes tiempo libre y te apetece ver alguno de los monumentos…

Dejó con cortesía que la invitación se desvaneciera. Ella asintió con la misma educación. Luego la sorprendió diciéndole en voz baja:

—He comprobado tus antecedentes, Rainie. No tienes que fingir por mí.

Se puso tensa. No podía evitarlo, aunque en teoría ya estuviera en paz con su pasado. Se dio cuenta de que no paraba de acariciar la botella de cerveza helada que no había consumido.

—¿Compruebas los antecedentes de todas tus citas? —le preguntó al final.

—Uno nunca puede ser demasiado cuidadoso.

Ella le dirigió una mirada significativa y él la recompensó con una sonrisa.

—Me encontraste en el trabajo, hiciste muchas preguntas y seguiste investigando —agregó—. Llámame anticuado, pero me gusta tener información sobre las mujeres que me persiguen. Además, tu amigo el sheriff Hayes ha alabado tus méritos desde aquí hasta el Mississippi…

—¿Te contó que me acusaron de homicidio?

—Te acusaron, pero no llegaron a juzgarte.

—No todo el mundo ve la diferencia.

—Soy de Georgia, cariño. Consideramos a todas las mujeres peligrosas; es parte de su encanto.

—¡Esos hombres de mente abierta del sur! ¿Quién lo hubiera imaginado?

El agente Amity volvió a sonreír. Se inclinó sobre la vieja mesa de madera y apoyó sus gruesos antebrazos.

—Me gustas —reconoció sin rodeos—, pero no me tomes por tonto.

—No sé a qué te refieres…

—No soy la persona con la que quieres cenar esta noche.

—¡Luke es un bocazas! —declaró Rainie con gravedad.

—El sheriff Hayes es un buen amigo. Es agradable ver que también abundan en Oregón. Sin embargo, para el final de esta noche, voy a ser un aún más amigo tuyo.

—Ah, ¿sí?

La camarera los interrumpió con unas fuentes rebosantes de comida. En cuanto se fue, Vince dijo:

—Cómase sus costillas, señora. Luego la llevaré al coche de Amanda Quincy.

*Society Hill, Pensilvania*

Bethie tarareaba cuando por fin llegaron a su oscura casa. Eran casi las diez; había luna llena y la humedad acariciaba suave y fragante sus mejillas quemadas por el viento. Había sido un día maravilloso, un día glorioso, y aunque estaba haciéndose tarde, ella aún no estaba preparada para que terminase.

—Qué noche tan fabulosa —proclamó, alegre.

Tristan le sonrió. Tres horas antes, cuando el día empezaba a enfriarse y a caer en un crepúsculo teñido de púrpura, él se había quitado el jersey y se lo había puesto a Bethie sobre los hombros. Ahora ella se envolvía en el suave algodón de punto trenzado, inhalando el aroma de su colonia y encontrándolo tan penetrante como había sentido su tacto a primera hora de la tarde. Él sacó una americana de color azul marino del maletero para abrigarse. La chaqueta era de corte fino, pero había algo en ella que le molestaba. Risueña, por fin se dio cuenta. Parecía un agente del FBI, se burló ella. Se había convertido en un hombre del Gobierno. Por fortuna, el comentario pareció divertirlo.

—¿Y ahora qué? —preguntó Bethie.

—Creo que es tu decisión, cariño.

—¿Estás haciéndote de rogar?

—Me ha parecido que sería un cambio de ritmo interesante.

Bethie soltó una risita. Llegó a la conclusión de que sin duda seguía bajo los efectos del champán, porque nunca había sido de las que se reían como colegialas, ni siquiera cuando era una colegiala risueña. Ese día, sin embargo, se habían bebido una botella de champán en Dutch Country y luego otra botella en Filadelfia, sentados frente al mar tras una magnífica cena a base de langosta en el restaurante Bookbinder›s. Le preocupó volver a casa conduciendo, pero, por fortuna, el champán no parecía afectar en absoluto a Tristan. Era un hombre de constitución sólida y que, al parecer, toleraba bien el alcohol.

De forma despreocupada, pensó que era interesante, pero ¿un hombre que acababa de recibir un trasplante de riñón podía tolerar el alcohol? Se preguntó cuándo se tomaría todas sus pastillas.

—Creo que ya no estamos solos —murmuró Tristan.

—¿Qué? ¿Dónde? —Ella paseó la mirada por su tranquila calle con los ojos muy abiertos.

Tristan tenía el brazo apoyado de manera informal sobre el respaldo de su asiento y ella inclinó la cabeza hacia él.

—No veo a nadie —continuó en un exagerado susurro escénico.

—Tu vecina está detrás de las cortinas de encaje.

—¡Ah!, mi vieja amiga Betty Wilson, esa vieja bruja. Siempre está espiándome. Ya era hora de que tuviera algo bueno que enseñarle.

Bethie rodeó el cuello de Tristan con los brazos y lo besó en los labios. Él obedeció con facilidad y rodeó la espalda de ella con el otro brazo, tratando de acercarla más, dejando que solo la palanca de cambios se interpusiera entre ellos. Se separaron sin aliento, frustrados por esos asientos deportivos, y ella volvió a sentirse golpeada por el sabor de él en sus labios y su propio desesperado apetito de más.

Los ojos de él habían vuelto a oscurecerse. Le encantaba cuando mantenían ese brillo intenso y ardiente.

—Bethie… —pronunció él con voz espesa.

—¡Oh, Dios, entra!

—Pensé que nunca me lo pedirías —reconoció él con una sonrisa.

## Virginia

El desguace estaba oscuro y desierto, pero el agente Amity iba bien equipado. Sacó dos linternas de gran potencia y se ató a la cintura una riñonera llena de herramientas. Rainie se quedó impresionada.

—No te tenía por alguien que cometía allanamiento de morada —comentó.

Amity se encogió de hombros.

—Cuando llamé antes, el dueño no quiso cooperar mucho. Los desguaces pueden ser así. Han pagado los vehículos y tienen miedo de que les confisquen su nueva propiedad como parte de un caso policial. Puede ser comprensible, pero ¿por qué tenemos que seguir dándonos cabezazos contra un muro, cuando ambos somos muy capaces de escalar una alambrada?

—Puedo con las alambradas —le aseguró Rainie—. Los dóberman ya me preocupan un poco

más.

—No hay perros. Pasé antes en coche.

—¿No hay perros? ¿Qué tipo de propietario de un desguace que se precie no tiene un perro?

—El tipo al que han denunciado a la sociedad protectora de animales dos veces y ya no puede pagar las multas por maltrato animal. Ahora tiene una empresa de seguridad que pasa en coche a intervalos de una hora. Si ves faros, agáchate.

—Genial —contestó Rainie, y empezó a silbar—. ¡Nos vamos a ver al Mago, al maravilloso Mago de Oz!

Cinco minutos más tarde, habían escalado la alambrada de dos metros de altura y se abrían paso por la última morada de miles de coches. Los cubos de metal compactados se amontonaban en montones oxidados. Había traseras, delanteras y parachoques esparcidos como miembros desmembrados. Las nuevas adquisiciones esperaban con tranquilidad en largas filas, eran esqueletos bien formados que todavía aguardaban su destino.

—¡Jodeeer! —exclamó Amity, al contemplar dos campos de fútbol llenos de vehículos destrozados y un número incalculable de neumáticos.

—Yo diría que debemos buscar un Explorer —murmuró Rainie—, pero eso no limita mucho nuestras opciones.

—La pasión de Estados Unidos por los automóviles grandes —coincidió él—. Es irónico que estemos a punto de comparar un Ford Explorer con la famosa aguja del pajar.

—¿Nos separarnos?

—No.

Rainie asintió y fingió no percibir la preocupación en su voz. Había luna llena y la visibilidad era excelente para un encuentro nocturno. Aun así, era consciente del silencio total, de la quietud antinatural de un lugar parecido a un cementerio. En la oscuridad, el metal abandonado adoptaba formas reales, y era difícil no doblar las esquinas sombrías y sentir cómo los vellos se erizaban en la nuca.

Caminaron en silencio, con las linternas atravesando los montones retorcidos. Cada pocos metros se acercaban a un SUV, comprobaban la marca y el modelo y seguían avanzando. Una docena menos, quedaban quinientos. Tropezaron con un coche compacto muy aplastado y Rainie retrocedió ante el hedor a sangre seca.

—¡Jesús! —gritó, y luego se metió un puño en la boca para no decir más.

Vince barrió con su linterna un sedán de cuatro puertas que se había convertido a la fuerza en un descapotable. Los asientos de tela fueron azules en algún momento; ahora estaban manchados con desagradables salpicaduras marrones.

—Supongo que fue un choque entre un automóvil y un camión —puntualizó él.

—Y supongo que acabó en decapitación —gimió Rainie y avanzó deprisa.

El sonido de un motor que se acercaba retumbó en el silencio. Eran los guardias de alquiler. Se agacharon con rapidez detrás de una montaña de chasis retorcidos, todavía demasiado cerca del descapotable ensangrentado, y Rainie se tapó la nariz con los dedos para aislarse del olor. En ese momento pensó en el informe médico, el que sin duda Quincy leyó una y otra vez. El que relataba cómo Amanda Quincy chocó contra el poste de teléfono a unos sesenta kilómetros por hora y cómo la fuerza de ese impacto empujó el parachoques delantero hacia abajo y el trasero hacia arriba, lanzando su cuerpo desprotegido por los aires. Su cuerpo golpeó primero el volante, la columna se dobló como estaba diseñada para hacerlo, salvando sus órganos internos pero sin detener su trayectoria. Después dio en el salpicadero, y el cuerpo se dobló por la cintura como el de una muñeca de trapo, y por último, contra el marco metálico del parabrisas, que no estaba fabricado para absorber el impacto y penetró con profundidad en el cerebro de Mandy, mientras que el vidrio inflexible aplastó todos los huesos de su rostro.

El guardia de seguridad se marchó por fin. Amity y Rainie se pusieron de pie.

—Sé cómo encontrar el Explorer —anunció.

—¿Por el parabrisas?

—Sí. —Y tal vez fue horrible, pero las cosas avanzaron mucho más rápido a partir de ahí.

Al final encontraron el resto verde oscuro en el borde mismo del desguace; Rainie lo llamó resto porque, en realidad, ya no se parecía a un vehículo. Toda la parte trasera había sido recortada, sin duda, soldada junto con la parte delantera de algún vehículo al que habían golpeado por detrás por el equivalente en el mundo del automóvil al doctor Frankenstein. Los rieles habían desaparecido, y faltaban ambas puertas y los asientos delanteros. Habían quitado los neumáticos. Lo que quedaba parecía una cabeza de pescado destripada, tendida en el hueco trasero donde antes estaba su cuerpo, mientras su aplastado parachoques sonreía de forma obscena en la oscuridad.

—Qué espeluznante —murmuró Amity.

—No nos entretengamos.

—Estoy de acuerdo.

El agente Amity abrió su riñonera y desplegó su mercancía. Era el orgulloso propietario de dos pares de guantes de látex. Rainie pensó que ya era un poco tarde para proteger las pruebas, pero qué más daba. También llevaba una navaja, un destornillador, una llave inglesa, cuatro bolsitas y, por extraño que pareciera, una lupa.

Le entregó el destornillador a ella y, sin mediar palabra, se pusieron manos a la obra. Primero quitaron la pieza embellecedora del pilar B, dejando al descubierto la carcasa de plástico que rodeaba el cinturón de seguridad del lado del conductor. Rainie probó la correa con la mano y,

fiel al informe de Amity, cayó al suelo sin resistencia. Él levantó la linterna para iluminar mejor y, antes de seguir adelante, ella sacó la lupa y la acercó a la carcasa. Luego miró con gesto sombrío a Amity. La carcasa de plástico presentaba profundas marcas de arañazos: no eran los primeros en abrirla haciendo palanca.

—Juro solemnemente —murmuró—, desmontar todos los cinturones de seguridad «inoperativos» en todos los accidentes automovilísticos futuros.

Rainie cambió la lupa por la navaja y abrió el mecanismo. Dentro había un engranaje gigante de plástico blanco, con una pata principal de plástico blanco y una pequeña palanca de reserva por si fallaba la principal. En teoría, al tirar del cinturón de seguridad hacia delante, se giraba el engranaje, que se enganchaba en la palanca y se detenía. Salvo que, en ese caso, la pata principal había sido limada y la palanca trasera recortada. Rainie volvió a tirar del cinturón de seguridad y ambos observaron cómo el engranaje blanco daba vueltas y más vueltas.

—Si lo hubiera llevado a arreglar —puntualizó Amity al cabo de un momento—, el mecánico lo habría pillado.

—Así que nuestro hombre tuvo que asegurarse de que no se lo reparasen.

—*Pero ¿no es arriesgado? Si vas a manipular un cinturón de seguridad, ¿por qué hacerlo un mes antes? Sería más lógico hacerlo el día anterior, o tal vez he estado viendo demasiado Se ha escrito un crimen.*

—Prejuicios —añadió Rainie—. Tuyos, míos y de cualquier policía. Ella sabe que el cinturón de seguridad está roto, así que ni siquiera se lo pone. Y cuando te encuentras con una escena en la que la conductora está borracha y ni siquiera se ha molestado en abrocharse el cinturón…

—Crees que es bastante estúpida —completó Amity en voz baja—. Piensas, lo quieras o no, que tuvo su merecido. Y luego no haces demasiadas preguntas.

—Nadie lo analiza muy de cerca —coincidió Rainie. Pero fruncía el ceño y se mordía el labio inferior—. Sigue pareciendo arriesgado. Quiero decir, si quisieras matar a alguien y que pareciera un accidente, ¿te limitarías a manipular un cinturón de seguridad y esperar que el destino tarde o temprano siguiera su curso?

—La víctima tiene antecedentes de conducir bajo los efectos del alcohol. El autor le suministra el alcohol y la deja ponerse al volante. Lo más probable es que no llegue a casa.

—¿Lo es? Un número alarmante de personas conducen todos los días después de consumir alcohol sin estrellarse. Mira a Mandy, ya lo había hecho docenas de veces.

—Quizá quería una salida. Piénsalo así: aunque nos hubiéramos dado cuenta enseguida, ¿cómo puedes demostrar quién manipuló el cinturón de seguridad semanas antes de una colisión? Entonces, lo único que nos queda es averiguar quién la emborrachó. La víctima era mayor de edad. Servírselo no es delito, y dejarla conducir vuelve a ser un asunto civil, no penal.

—Alguien que quería planificar un asesinato, pero quería ser precavido —murmuró Rainie, y

luego determinó con firmeza—: No, no me lo trago. Si vas a tomarte tantas molestias para matar a alguien, lo llevas a cabo hasta el final. Te aseguras de que has terminado el trabajo. ¡Oh, mierda, somos idiotas!

Cogió la lupa y, antes de que Amity pudiera reaccionar, ya había dado la vuelta hasta el trozo de metal mutilado del lado del copiloto. Tiró del cinturón de seguridad. Se enganchó y agarró. Estaba en perfectas condiciones, por supuesto. Tenía que estarlo.

—¡Hijo de puta! —exclamó Rainie. Y luego Amity sostuvo la linterna y ella fue repasando el apretado tejido del cinturón con la lupa—. ¡Ahí! ¡Justo ahí!

El tejido estaba arqueado y deformado en un tramo de cinco centímetros en el que las fibras se habían estirado, porque al chocar el Explorer contra el poste, el cinturón de seguridad se enganchó y un cuerpo se desplazó contra la correa.

—¡Les presento al pasajero número dos! —gritó Rainie triunfante, y luego, un latido del corazón más tarde, dijo—: ¡Oh!, Quincy, lo siento mucho.

# 15

**Society Hill, Pensilvania**

En cuanto Bethie abrió la puerta principal, su sistema de seguridad emitió un pitido de advertencia. Cruzó el umbral y abrió el teclado. Como era su costumbre, primero introdujo el código de desactivación y luego solicitó una inspección de las distintas zonas de seguridad. Sin novedad en el frente.

Tristan cerró la puerta tras de sí y echó la llave.

—Buen sistema —comentó.

—Lo creas o no, como parte de nuestra sentencia de divorcio, mi exmarido debe proporcionarnos seguridad básica a las chicas y a mí para el resto de nuestras vidas. Aunque no es que le importe. Quincy lleva demasiado tiempo en su trabajo; ve maníacos homicidas por todas partes.

—Nunca se está demasiado seguro —afirmó Tristan.

—Tal vez.

Bethie dejó la cesta de pícnic junto a la mesa de la entrada. Había que limpiarla, pero eso podía esperar hasta el día siguiente. Empezó a tararear, pensando en despertarse con Tristan y en las distintas posibilidades de desayunar en la cama. ¿Cuándo fue la última vez que hizo tortitas, bizcochos o crepes Suzette? ¿Cuándo fue la última vez que empezó el día con algo más que un café solo y una aburrida tostada? Estaba muy contenta de haber salido con Tristan. Y estaba aún más contenta de haber dado esos primeros pasos de vuelta a la tierra de los vivos.

Miró de forma distraída el contestador y se sorprendió al ver que tenía ocho mensajes nuevos.

—¿Te importa? —preguntó, señalando con la cabeza la pantalla digital—. Solo me llevará un minuto.

—Por supuesto. ¿Tienes jerez? Puedo servirnos una copa mientras espero.

Bethie lo dirigió hacia el pequeño mueble bar del comedor, con la esperanza de que la mujer de la limpieza hubiera sido concienzuda a la hora de comprobar que el decantador de cristal no tuviera polvo; habían pasado cinco años desde la última vez que Bethie tomó una copa de jerez. Bueno, esa era una noche para nuevos comienzos.

Cogió un pequeño bloc de notas en espiral y pulsó el botón de reproducción.

En el primer mensaje, de las siete y diez de la mañana, habían colgado. La persona que llamaba no la localizó por muy poco. Ella se había marchado con Tristan solo un rato antes. Luego volvieron a colgar. Y una vez más, por fin, se escuchó a alguien. Era Pierce, que llamó poco después del mediodía.

—Tenemos que hablar —indicó su exmarido con ese tono firme tan suyo—. Se trata de Mandy.

Bethie frunció el ceño. Sintió el primer pinchazo de inquietud. Otra llamada colgada, otra más y luego otra. Se le tensaron los músculos del abdomen. En ese momento se dio cuenta de que estaba preparándose para algo malo, preparando el cuerpo para recibir el golpe.

Se había recibido justo a las ocho y dos minutos de la tarde. Volvió a escuchar a Pierce en el contestador.

—Elizabeth, llevo todo el día intentando localizarte. Seré sincero, estoy muy preocupado. Cuando recibas este mensaje, por favor, llámame de inmediato al móvil, sea la hora que sea. Han surgido algunas cosas. Y Bethie… quizá tengamos que hablar de Tristan Shandling porque hoy he intentado comprobar sus antecedentes y no existe tal persona. Llámame.

Bethie levantó la mirada. Tanteó el volumen del contestador, pero ya era demasiado tarde. Tristan estaba en la puerta, sosteniendo dos copas pequeñas de jerez y mirándola con curiosidad.

—¿Le pediste a Pierce que me investigara?

Ella asintió en silencio y su rostro se quedó lívido. De repente, se sintió mareada e inestable.

—Vaya, Elizabeth Quincy, por fin me has sorprendido.

Tristan dejó los dos vasos sobre una mesa auxiliar. «Corre», pensó Bethie. Pero estaba en su propia casa, no sabía a dónde ir. Y entonces pensó en todos esos libros de texto que Pierce solía tener en su despacho, en el día que llegó a casa y encontró a sus hijas mirando con los ojos muy abiertos una pila que habían bajado de la estantería, con una foto en color tras otra de carne femenina mutilada, cuerpos desnudos y torturados con los pechos cortados.

—¿Quién… quién eres?

—Agente especial de supervisión Pierce Quincy, por supuesto. Tengo un permiso de conducir que lo dice.

—Pero… pero tienes la cicatriz. La he tocado, ¡lo sé! —Iba alzando la voz.

En comparación, él sonaba cada vez más sereno.

—Me la hice yo mismo el día que desconectaste a Mandy. Un cuchillo estéril, una mano firme con la aguja… Hay ciertas cosas que nunca debes dejar al azar.

—Mandy… Conocías a Mandy… Sus expresiones, mi apodo…

—¿Me has visto tomar alguna pastilla, Bethie? ¿No te has preguntado si un hombre con un riñón

nuevo debe beber dos botellas de champán? Mi tapadera nunca es perfecta. Me gusta dejar a la persona una oportunidad equitativa. Pero las mujeres insistís en ver solo lo que queréis ver, al menos mientras os enamoráis. Todos sabemos que después cambia.

—No entiendo.

—Tu comprensión no es importante para mí.

—Pierce es un agente de alto rango del FBI. ¡No te saldrás con la tuya!

Él esbozó una leve sonrisa. Luego se metió la mano en el bolsillo y sacó sus guantes de cuero negro.

—Con eso es con lo que cuento. ¿Sabes?, no iba a hacer esto tan pronto. Iba a esperar hasta la noche en que vinieras a mí, histérica por lo que le había pasado a Kimberly. Y luego iba a decirte lo mucho que siempre te odió. Kimberly y Mandy… No fue su padre quien las traumatizó, Bethie. Fuiste tú, débil, sobreprotectora e implacable.

—No hagas daño a mi hija. ¡No toques a Kimberly!

—Demasiado tarde. —Se puso los guantes—. Corre, Bethie —murmuró él—. ¡Corre!

*Barrio de Greenwich Village, Nueva York*

En mitad de la noche, Kimberly se despertó sobresaltada. Tenía la respiración agitada y el sudor le había pegado la camiseta a la piel. Estaba temblando. Había tenido una pesadilla, aunque no recordaba de qué se trataba.

Esperó, concentrándose de nuevo en la respiración hasta que su corazón por fin se le desaceleró en el pecho. Luego encendió la luz de la mesilla de noche y se dirigió en silencio a la cocina. La puerta del dormitorio de su compañero de piso estaba cerrada. Los tonos graves y rítmicos de los ronquidos de Bobby se escuchaban con debilidad. El sonido la tranquilizó. Bobby tenía una nueva novia y no había estado mucho por ahí últimamente. Eso era asunto de él, por supuesto, pero esa noche se alegraba de que estuviera ahí. Compartía el pequeño apartamento con otra persona, no estaba sola.

*Se sentó a la mesa de la cocina. Sabía por experiencia que tardaría un rato en volver a dormirse. Incluso entonces, no podía estar segura de que no soñaría. Unas veces era Mandy la que conducía su Explorer mientras Kimberly intentaba desesperada agarrar el volante. A veces era ella misma, corriendo por un largo y oscuro túnel, viendo a su padre muy lejos, pero sin poder alcanzarlo nunca. Una vez soñó con su madre. Bethie bailaba ballet con un precioso tutú blanco, pero, hiciera lo que hiciera Kimberly, no conseguía llamar la atención de Bethie. Entonces se abrió una grieta en el suelo y Kimberly vio a su madre bailar hasta caer al vacío.*

Sueños agitados de un subconsciente inquieto. Kimberly miró el teléfono. Debería cogerlo, llamar a su madre y llamar a su padre. Debía superar lo que fuera que necesitase superar.

Pero no lo hizo. Se quedó sentada en la mesa de la cocina. Escuchó el profundo sonido del silencio que solo existe después de medianoche. Y entonces, después de que los minutos se convirtieran en una hora, volvió a la cama.

## Motel 6, Virginia

Rainie acababa de regresar de su cita en el desguace cuando el teléfono de su habitación de motel cobró vida. Miró el reloj. Eran las tres de la mañana. Volvió a mirar el teléfono. Se preguntó si el que llamaba era Quincy o el abogado Carl Mitz. Entonces se preguntó qué sería peor. Contestó el teléfono, y era Quincy.

—Estoy en Filadelfia, en casa de Bethie. Está muerta.

—Voy para allá —contestó Rainie.

# 16

**Society Hill, Pensilvania**

Rainie hizo el viaje nocturno a Filadelfia en poco más de dos horas. Ignoró los límites de velocidad, las normas de circulación y la mayor parte de las normas de cortesía, y llegó dispuesta a enfrentarse a todo.

La lujosa casa de Elizabeth Quincy no resultó difícil de encontrar. Rainie se limitó a entrar en Society Hill y seguir el llamativo despliegue de luces intermitentes. La furgoneta blanca del forense estaba aparcada de forma ilegal en la acera. Un grupo de tres patrullas de policía representaba a las fuerzas del orden. Un sedán camuflado más antiguo debía ser el vehículo de los dos detectives de homicidios, que habían tenido la decencia de aparcar también en la acera, tratando de dejar suficiente espacio para que el tráfico pudiera pasar por el estrecho carril. Sin embargo, tres sedanes oscuros más grandes se alinearon formando un único tapón en el espacio que los detectives habían intentado dejar. Serían los federales. «Demasiados jefes para tan pocos indios», pensó Rainie de inmediato, y se preguntó cómo le iría a Quincy.

Aparcó una manzana más atrás y subió cuando el cielo empezaba a clarear con los primeros tintes del amanecer. Media docena de vecinos, que revoloteaban en portales carísimos, luciendo batas de seda y abrigos de Burberry, miraron a Rainie con cautela al pasar. Parecían asustados. Las altas y estrechas casas adosadas estaban alineadas unas junto a otras, y a pesar de su impresión de riqueza discreta, no se distinguían mucho de un alargado complejo de apartamentos. Pero algo horrible había ocurrido al final del camino, y ni todo el dinero del mundo podría poner suficiente distancia entre eso y ellos.

Rainie llegó a la residencia de Bethie. Dentro del perímetro acordonado a toda prisa, un joven agente vigilaba la escena, sorbiendo café de la cafetería Wawa y bostezando cada dos por tres. Rainie mostró su licencia de investigadora privada.

—No —se limitó a decir él.

—Estoy trabajando para el agente del FBI Pierce Quincy —contraatacó.

—Y yo estoy trabajando para el alcalde John F. Street. Váyase al carajo.

—¿Besas a tu madre con esa boca? —Arqueó una ceja y bajó la voz a un tono muy serio—. Oye, novato, ve adentro, busca al agente especial de supervisión Quincy y dile que Lorraine Conner está aquí.

—¿Por qué?

—Porque trabajo con él, porque él mismo me ha pedido que venga a esta escena y porque no quieres empezar el día recibiendo una paliza de una chica.

—Como si fuera a empezar mi día recibiendo órdenes de una…

—Agente.

Tanto Rainie como el joven agente dirigieron su atención hacia la puerta abierta. Y de todas las personas, justo fue a aparecer la agente especial Glenda Rodman, vestida con el mismo traje gris del día anterior, excepto que, como también la habían sacado de la cama en mitad de la noche, llevaba su cabello oscuro un poco más despeinado alrededor de la cara. A Rainie le pareció que el peinado era más favorecedor, pero sobre todo se sintió mortificada por verse atrapada en otra batalla perdida.

—El agente especial Quincy ha solicitado la presencia de la señorita Conner —informó Glenda al policía—. Déjela entrar, y no se preocupe por lo que diga. Entiendo que no es una persona madrugadora.

—¡Oh!, me gustan las mañanas. Es a la gente a la que no soporto.

—Si hace el favor de seguirme…

El agente «aquí mando yo» levantó de mala gana la cinta policial. A su vez, Rainie le dedicó una sonrisa de regodeo y, acto seguido, neutralizó sus facciones antes de entrar en escena. Apenas había entrado detrás de la agente especial Rodman al vestíbulo cuando la asaltó el hedor de la sangre.

Retrocedió, se contuvo y, por un momento, se limitó a mantenerse firme. La agente especial Rodman también se había detenido. Su expresión era paciente, tal vez incluso amable. En ese momento, Rainie comprendió lo mal que iba a ponerse la cosa.

Había sangre por todas partes, rociada por las paredes de color crudo, salpicada en los cuadros, encharcada por los suelos de parqué y las alfombras de seda centenarias. En el vestíbulo, habían volcado la mesa, arrancado el teléfono de cuajo y estrellado el contestador automático contra un enorme espejo de marco dorado. El suelo estaba lleno de fragmentos de cristal y el dulce olor a alcohol se mezclaba con el de los fluidos corporales.

«¡Por Dios! —pensó Rainie, sin poder avanzar—. ¡Por Dios!».

La agente especial Rodman se puso en movimiento. Condujo a Rainie al comedor, donde los técnicos de criminalística estaban aplicando polvo sobre una reluciente mesa de madera de cerezo en busca de huellas dactilares mientras otro par de agentes enrollaban la alfombra oriental para enviarla al laboratorio. Glenda volvió a hacer una pausa. Rainie se dio cuenta de que estaba proporcionando un recorrido por la escena, destacando los acontecimientos de forma discreta pero eficaz.

Al parecer, el ataque comenzó en el vestíbulo. Dado el patrón de salpicaduras, el arma fue tal vez un cuchillo u objeto contundente. Elizabeth fue acorralada, Elizabeth se defendió y Elizabeth

corrió hacia el comedor. Había una lámpara francesa dorada. Rainie vio que estaba arrancada de la pared y la habían lanzado al otro lado de la habitación. La base tenía una pequeña marca redonda de sangre y pelo. ¿De él? ¿De ella? Supuso que dependería de quién hubiera cogido primero la lámpara. Vio más patrones de salpicaduras en la pared del fondo. Alguien había recibido otro fuerte golpe, sin duda, Elizabeth.

Se veían huellas ensangrentadas en el parqué de roble. Rainie y Glenda las siguieron hasta la cocina de estilo español, donde había un gran soporte para cuchillos volcado sobre la encimera de azulejos. Los cuchillos más pequeños, los de pelar y los de asar, habían caído al suelo mientras alguien —volvió a preguntase si él o ella, ¿quién llegó primero?— había intentado agarrar con frenesí los cuchillos de carnicero. No salió bien. Había más sangre esparcida a lo largo de la vasta extensión de baldosas azul oscuro y una huella más grande en el suelo.

Rainie ya estaba imaginándoselo. La tranquila y refinada Elizabeth Quincy atacó, herida, ya mareada por el terror y la pérdida de sangre, y corrió hacia la cocina, sabiendo que estaba en desventaja en fuerza y táctica. Desesperada por nivelar las probabilidades, vio entonces su colección de cuchillos e hizo una apuesta imposible.

Pobre, pobre, Elizabeth. Los cuchillos siempre eran una mala elección para una mujer. Las hojas requerían habilidad, fuerza y alcance, atributos más propios de un hombre. Era una de esas cosas que los policías analizaban en los estudios de casos. Las mujeres que corrían a la cocina en busca de un cuchillo, casi siempre acababan siendo atacadas con él. Bethie debería haber agarrado una sartén de hierro fundido. Algo grande y pesado que hubiera podido castigar a un oponente sin necesidad de mucha precisión.

¿Se habría dado cuenta de eso cuando él la alcanzó al final de la encimera? ¿Habría pensado en otras opciones mientras caía sobre la madera, con los dedos ensangrentados arañando los tiradores de los armarios, desesperada por apoyarse?

En el suelo había una clara huella de su cadera y su muslo al caer de lado. Pero de alguna manera se las había arreglado para luchar contra él, porque el rastro de sangre continuaba. Fue dura, o simplemente él no quería que terminase.

—Aquí se pone peor —murmuró la agente especial Rodman—. Siga la cinta.

Por primera vez, Rainie se dio cuenta de que la cinta adhesiva formaba una fina línea en zigzag a través de la zona de restos. «Inteligente», pensó, al haber trabajado ya una vez en una escena del crimen grande y complicada. Para cuando todo estuviera dicho y hecho, docenas de personas habrían recorrido esta casa, buscando pruebas y aportando sus áreas individuales de experiencia. Tardarían semanas en ordenarlo todo y meses en redactarlo. Lo mejor era tratar de acorralar la intrusión desde el principio, en lugar de intentar descubrir todas las fuentes de contaminación más tarde, como tuvo que hacer ella.

Rainie avanzó de puntillas sobre la cinta adhesiva, siguiéndola hasta el pasillo, donde la alfombra color burdeos estaba salpicada de manchas húmedas y las paredes mostraban una cacofonía de huellas de manos ensangrentadas. Las huellas se extendían a lo largo del espacio estrecho y claustrofóbico, como una versión obscena de pintura con esponja. «¡Santo Dios!», volvió a pensar Rainie.

—*Creemos que lo hizo post mortem —puntualizó Glenda.*

—Pero las huellas de las palmas son demasiado pequeñas para ser suyas.

—No son suyas.

—¿Quincy ha caminado por todo esto? —preguntó Rainie con aspereza.

—Muchas veces. A petición propia.

Llegaron al dormitorio principal. Rainie no miró hacia la cama de inmediato. El forense y su ayudante estaban ahí de pie y no quería ver lo que estaban estudiando, que ya había provocado que el ayudante se hubiera vuelto de un antinatural tono verde. Primero observó el perímetro. Se veían más espejos rotos, dos lámparas arrancadas de la pared y otro teléfono desgajado de una mesilla de noche. Habían destripado las almohadas, esparciendo plumas por la alfombra de pelo largo. Los frascos de perfume se habían hecho añicos, dejando el horrible y empalagoso aroma de las flores en una habitación inundada por la sangre.

—Alguien tuvo que oír algo —cuestionó Rainie con una voz que ya no sonaba del todo como la suya—. ¿Cómo pudo pasar todo esto sin que alguien llamara a la policía?

—El anterior propietario era concertista de piano —explicó Glenda—. Cuando reformó la casa adosada hace veinte años, insonorizó las paredes para no molestar a sus vecinos.

—¿Quién… quién llamó al final a la policía?

—Quincy.

—¿Estaba aquí?

—Él afirma que condujo hasta aquí poco después de medianoche, al seguir sin poder localizar a su exmujer por teléfono. Estaba preocupado por su seguridad, así que vino a ver.

—¿Él afirma? —A Rainie no le gustó esa frase—. ¿Él afirma?

La agente especial Rodman ya no la miraba.

—Hay una vidriera rota en el baño principal —murmuró—. Una teoría es que el sudes irrumpiera en la casa por la noche, a primera hora, y sorprendiera a la señora Quincy cuando llegó a casa.

—¿Una teoría?

—Esta casa está equipada con un sistema de alarma de última generación. No llegó a saltar.

—¿Estaba activada?

—En este momento estamos trabajando con la empresa de seguridad para determinar esa

información. Deberían poder proporcionarnos un registro de la actividad más reciente del sistema.

—Así que una teoría es que un extraño entró y le tendió una emboscada. La segunda sería que el atacante era alguien que ella conocía y en quien confiaba. —Rainie ya no podía contenerse—. Está pensando en Quincy, ¿verdad? ¡Maldita sea, sospecha de él!

—¡No! —replicó la agente especial Rodman en voz baja. Su mirada se desvió hacia el forense, luego se inclinó con rapidez hacia delante—. Escúcheme, señorita Conner. No está en mi naturaleza compartir información sobre un caso. Y, desde luego, no está en mi naturaleza proporcionar sin necesidad detalles a una pseudopolicía de otro estado. Pero parece que usted y el agente especial Quincy son amigos, y él va a necesitar amigos. Nosotros, es decir, el FBI, estamos detrás de él ahora mismo. Personalmente, me he pasado el día escuchando a varios sádicos sexuales dejar mensajes no muy sutiles en su contestador automático. Entendemos que la situación es más compleja de lo que parece. Sin embargo, no podemos decir lo mismo de los locales.

—¡Ustedes son los federales, tiren de rango!

—No podemos.

—¡Tonterías!

—Querida, existe algo que se llama legislación. Búsquelo alguna vez.

Rainie frunció el ceño.

—¿Dónde está? ¿Puedo hablar con él?

—Si los detectives lo permiten, puede intentarlo.

—Quiero verlo.

—Entonces, sígame.

Glenda se dirigió de nuevo hacia el pasillo. Al pasar por la puerta, Rainie cometió esta vez el error de mirar hacia la cama. No pudo contener el grito ahogado que le subió a la garganta.

Glenda la miró con gesto severo y volvió a decir:

—Quincy necesita amigos.

Dos detectives de paisano tenían a Quincy aislado en la única habitación que parecía haberse salvado del ataque. En cualquier otro momento, Rainie se habría reído de la incongruente visión. Las paredes estaban empapeladas en un amarillo suave con pequeñas flores rosas y lilas, la cama individual estaba cubierta con un edredón a juego y el dosel estaba cubierto con metros de gasa blanca de ensueño. En una de las paredes había un tocador de mimbre blanco, coronado por un

espejo ovalado en el que aún se veían pequeñas fotos que marcaban las etapas más importantes de la vida de una joven: saltando en un entrenamiento de animadoras, abrazada a su mejor amiga o asistiendo al baile de graduación. Un ramillete seco colgaba de una cinta sobre el espejo, y una colección de peluches de colores brillantes descansaba sobre la parte superior de la cómoda.

La habitación solo ofrecía un delicado banco de mimbre cubierto de lilas, ocupado ahora por un fornido detective cuya barbilla casi descansaba sobre sus rodillas. El otro detective estaba de pie, mientras que Quincy se hallaba sentado en la cama cubierta con gasa con una almohada amarilla con volantes apoyada contra su muslo. «La Gestapo con un toque de Laura Ashley», pensó Rainie, y deseó que la visión del rostro pálido y firmemente contenido de Quincy no le retorciera con dolor el corazón en el pecho.

—¿A qué hora dijo que llegó? —preguntaba el detective que estaba sentado. Tenía una sola ceja feroz y poblada que ensombrecía sus ojos, era como un hombre de Cromañón con un traje gris barato.

—Un poco después de medianoche. No miré el reloj.

—La vecina, la señora Betty Wilson, afirma que vio a la víctima volver a casa con un hombre que encaja con su descripción poco después de las diez de la noche.

—No estaba aquí a las diez de la noche. Como ya he dicho, no llegué hasta después de medianoche.

—¿Dónde estaba a las diez?

—Por lógica, detective, para poder llegar después de las doce, a las diez de la noche me encontraba en mi coche, conduciendo hasta aquí.

—¿Tiene algún testigo de eso?

—Vine conduciendo solo.

—¿Y los recibos del peaje?

—No pedí ningún recibo. En ese momento, no me di cuenta de que necesitaría una coartada.

Los dos detectives intercambiaron miradas que parecieron decir: «El exmarido de la víctima se muestra evasivo y hostil sin necesidad. Vamos a buscar los aplastapulgares y los nudillos de latón».

Rainie pensó que era un buen momento para interrumpir.

—Detectives —pronunció en voz baja.

Tres pares de ojos se dirigieron hacia ella. Los dos detectives fruncieron el ceño, dando por sentado que era abogada: ¿quién si no iba a aparecer a esas horas de la noche o de la mañana? Quincy, por su parte, no registró reacción alguna. Sin duda había visto los restos de su exmujer

sobre su cama cubierta de plumas. Después de eso, cualquier otra emoción sería superflua.

—¿Quién demonios es usted? —Cromañón hizo los honores.

—¿Quién cree usted? Me llamo Conner, Lorraine Conner.

Ella le tendió la mano con autoridad y, con el suspiro de resignación que los policías reservan solo para los abogados, Cromañón accedió a estrecharle la mano… con aplastante fuerza.

—Detective Kincaid —murmuró.

Rainie se giró hacia su compañero, un hombre de complexión delgada e intensos ojos azules.

—Albright —proporcionó, y también le estrechó la mano al tiempo que la evaluaba con más detenimiento. Rainie lo identificó como el cerebro que dirigía la operación. Cromañón agitaba el avispero y el tipo más pequeño y menos amenazador tomaba excelentes notas.

—¿Dónde nos encontramos? —preguntó Rainie, dejándose caer en la cama como si tuviera todo el derecho a estar ahí. En la puerta, la agente especial Rodman esbozó una leve sonrisa.

—Tratando de establecer una coartada…

—¿Está diciendo que un agente del FBI es sospechoso? —Rainie dirigió al tipo más pequeño y menos amenazador una mirada imperiosa.

—Es el exmarido.

Rainie se volvió hacia Quincy.

—¿Cuánto tiempo llevas divorciado?

—Ocho años.

—¿Tienes algún proceso judicial en curso contra tu exmujer?

—No.

—¿Obtendrás algún beneficio económico con su muerte?

—No.

Rainie se volvió hacia los detectives.

—¿Soy solo yo la que lo ve o hay una total ausencia de móvil aquí?

*—¿Es cierto que compró un Audi TT coupé rojo hace dos semanas en Nueva York? —preguntó el detective Albright a Quincy.*

—No —respondió Rainie por él.

—Abogada, tenemos un registro de la matrícula del vehículo, con el nombre del agente.

—Fue una compra fraudulenta. Un hombre haciéndose pasar por el agente especial de supervisión Quincy hizo esa compra, como el FBI ya sabe y está investigando de forma activa. ¿No es así, agente especial Rodman?

—Tenemos una investigación en curso —informó Glenda diligente desde la puerta.

Rainie se dirigió de nuevo a los detectives y siguió el ejemplo de Quincy, manteniendo su voz nítida y un comportamiento implacable.

—¿Sabe que alguien está acosando al agente especial Quincy? ¿Sabe que su número de teléfono personal se ha puesto a disposición de presos de todo el país? Además, alguien ha utilizado su nombre para hacer una serie de compras —era una mentira leve, pero sonaba mejor—, todo lo cual está siendo investigado en este momento por agentes reputados del Buró. Quizá debería tenerlo en cuenta antes de proceder.

—¿Y es usted consciente —replicó el detective Albright con su misma cadencia— de que el agente Quincy ha realizado ocho llamadas a casa de su exmujer en las últimas veinticuatro horas?

—Como él ha dicho, estaba preocupado por ella.

—¿Por qué? Llevan divorciados ocho años.

¡Ah!, un punto para el detective de Homicidios.

—Elizabeth me había pedido que realizara una verificación de antecedentes —explicó Quincy con tranquilidad.

Rainie deseaba que no se mostrara así. Sonaba demasiado sereno, demasiado profesional, como alguien que ha recorrido esas escenas cientos de veces y se ha ganado la vida revisándolas otros cientos. Ella comprendió su distanciamiento. Incluso percibió el sutil y más peligroso hilo de ira bajo sus palabras, al tiempo que se daba cuenta de que tenía la mano derecha apretada con demasiada fuerza sobre el regazo y la izquierda aferrada al borde del colchón, como si tratara de evitar perder el control. Deseaba poder tocarlo, aunque temía lo salvaje que podría ser su reacción. Así que se limitó a sentarse detrás de él, fingiendo ser su abogada para poder permanecer a su lado, y deseando que confiara más en ella, porque su compostura del FBI solo iba a hundirlo más ante los locales.

—Sin embargo —continuó Quincy—, no pude encontrar ningún registro del nombre que me dio Bethie. Unido a los incidentes que están ocurriendo en mi propia vida, me preocupé por quién era esta persona y qué podría hacer.

—¿Nombre?

—Tristan Shandling.

—¿Cómo conoció ella a Shandling?

—No lo sé.

—¿Cuándo lo conoció?

—No lo sé.

El detective Albright arqueó una ceja.

—A ver si lo he entendido bien. Es lo bastante concienzudo como para hacer una comprobación de antecedentes, pero ¿no le formuló ninguna pregunta a su exmujer?

—Como usted ha expresado, detective, nos divorciamos hace ocho años. Su vida personal ya no es asunto mío.

—¿Vida personal? Así que sospechaba que era un nuevo interés amoroso…

—Yo no he dicho eso —intervino Quincy de forma marcada. Pero era demasiado tarde, el detective Albright ya estaba tomando nuevas notas.

«Y ahora tienen un móvil: el famoso y clásico ex celoso», pensó Rainie con un suspiro.

—Detectives —empezó ella de forma tajante—, aunque estoy segura de que ninguno tiene nada mejor que hacer a las cinco de la mañana que continuar esta conversación, ¿no están pasando por alto lo obvio?

El detective Albright ladeó la cabeza y la miró con curiosidad. Cromañón optó por un «¿Eh?» más obvio.

—Miren esta casa. Miren esta escena. Hay sangre por todas partes; hay indicios de una lucha salvaje. Ahora, contemplen al agente especial Quincy. Su traje está inmaculado, sus zapatos brillantes, y no tiene ni una sola marca en las manos ni en la cara. ¿Eso no les dice nada?

—Recibió lecciones de O. J. Simpson —declaró Cromañón.

Rainie suspiró y recurrió a Albright, que parecía tener más sentido común. Se sorprendió de veras al darse cuenta de que ni siquiera el tipo más pequeño y menos amenazador estaba convencido. Pero ¿qué co…?

Su mirada voló hacia Quincy. Él no se la devolvió, tenía la vista clavada en algún lugar de la pared del fondo, donde brotaban flores rosas y lilas en medio de un mar amarillo. Se volvió hacia Glenda Rodman, y la agente también desvió la mirada.

Los federales sabían algo. Al menos Quincy y Glenda sabían algo, pero aún no se lo habían comunicado de manera voluntaria a los locales, lo que solo podía significar una cosa. ¿Cuán horrible podía ser una noche? ¿Y qué haría Quincy cuando ella le dijera que era muy probable que la misma persona que había asesinado a Bethie esa noche había empezado por matar a su hija catorce meses atrás?

Un hombre alto y delgado apareció en la puerta. Llevaba una bata blanca de médico. Era el ayudante del forense.

—Yo… eh… Creemos que deberían ver esto.

Con las manos enguantadas, el hombre alzó una bolsa de plástico. Glenda no la cogió. En su lugar, el detective Albright aceptó la bolsa de pruebas marcada, la levantó a la luz y enseguida exclamó:

—¡Jesucristo! —Dejó caer la bolsa sobre la alfombra de color lila, donde parecía un charco de sangre fresca.

—Era… —El ayudante del forense no tenía muy buen aspecto. Su rostro aún conservaba un tono verdoso y miraba la bolsa de plástico con la horrorizada fascinación de alguien que sabía que en realidad debía apartar la mirada—. Lo encontramos… cavidad abdominal…

Cromañón no se movía. En la cama, la mano de Quincy agarraba el edredón de flores con tanta fuerza que los tendones sobresalían como crestas. Muy despacio, Rainie bajó la mano. Muy despacio, cogió la bolsa. La sujetó por una esquina con cautela, como si fuera una serpiente con el poder de atacar.

Parecía un trozo de papel de regalo de Navidad. Era de un rojo brillante con remolinos blancos, con aspecto reluciente. Salvo que…

Mareada, se dio cuenta de que sí era papel. Al menos lo había sido. Papel blanco barato, tal vez como el que se utiliza en cualquier fotocopiadora. Excepto que ahora estaba empapado de rojo sangre. Y esos remolinos no eran bonitos. Según el ayudante, eran letras que formaban palabras, escritas en una especie de cera blanca, que iban haciéndose visibles mientras estaban en las entrañas de Elizabeth Quincy.

—Es una nota —puntualizó Rainie.

—Léela —susurró Quincy.

—No.

—¡Léela!

Rainie cerró los ojos. Ya había descifrado las palabras.

—Dice… dice: «Será mejor que te des prisa, Pierce. Solo queda una».

—Kimberly —apuntó Glenda Rodman desde la puerta.

Un sonido extraño llegó desde de la cama. Quincy por fin se movía. Su cuerpo se balanceaba adelante y atrás. Sus hombros empezaron a temblar. Y entonces un sonido bajo y espantoso salió de sus labios. Una risa, una risa entre dientes, seca y escalofriante, brotó de sus labios.

—Un mensaje en una botella —canturreó—. ¡Un mensaje en una puta botella!

Sus hombros de desplomaron y Quincy agachó la cabeza. La risa se convirtió en sollozos.

—Kimberly… Rainie, sácame de aquí.

Así lo hizo.

# 17

**Greenwich Village, Nueva York**

Condujeron hacia Nueva York en silencio, Rainie al volante y Quincy apoyado en la ventanilla del copiloto. Tenía los ojos cerrados, pero ella sabía que no estaba dormido. Tardarían una hora en llegar al apartamento de su hija. No le gustaba pensar en cómo iría esa conversación. Pobre Kimberly, que acababa de enterrar a su hermana mayor. Pobre Kimberly, que en ese momento se enteraría de que su madre había sido asesinada de forma salvaje, y de que era muy probable que ella fuera la siguiente de la lista.

Rainie pensó que Quincy necesitaba recobrar la compostura, porque el tiempo ya apremiaba, y en ese tipo de juego no podías permitirte un tiempo muerto.

—¡Habla! —pidió con brevedad.

—Encontramos el coche de Mandy. Iba a llamarte por la mañana para contarte las noticias.

—El cinturón de seguridad había sido manipulado.

—Sí. Y había alguien más en el vehículo en el momento del accidente. Encontramos una deformación en el cinturón de seguridad del copiloto que lo prueba. La buena noticia es que el agente Amity recuperó pelos de la visera de tela del lado del copiloto. Si encontramos al hombre, podremos usar los pelos para relacionarlo con el crimen.

—¿Qué delito? ¿Sentarse en el asiento del copiloto de un coche?

—Trabajaremos en ello, Quincy. El agente Amity es un buen tipo; puede preparar un caso. Ahora cuéntame: ¿por qué fuiste a casa de tu exmujer justo esta noche?

—Estaba preocupado. Elizabeth… Bethie nunca salía mucho. Era poco habitual no poder localizarla en todo el día.

—Me pregunto si él lo sabía.

—Es muy posible.

Quincy se giró por fin en su asiento. Su rostro mostraba el sello de las arrugas recién grabadas. En cuestión de horas, su pelo oscuro como la pimienta parecía haber ganado más sal en las sienes. Era un experimentado agente del FBI, un hombre que se ganaba la vida viendo los horrores más espantosos. Rainie se preguntaba si eso ayudaba en un momento como ese, cuando estaba desesperado por salvar a la hija que le quedaba, o si el conocimiento íntimo de lo que los

hombres podían hacer solo empeoraba las cosas.

—Es obvio que este Tristan Shandling está tratando de inculparte —expuso ella con calma—. La compra del coche a tu nombre, disfrazarse de ti cuando se presentó en casa de Bethie… Y hay más, ¿no? Cosas de las que tú y Severa Chic ya os habéis dado cuenta, pero que no estáis compartiendo con los agentes locales.

—La escena ha sido un montaje. Cuando los técnicos examinen la ventana rota del baño, descubrirán que se rompió de dentro hacia fuera.

—Pero los cristales rotos estaban en el interior de la casa, en el suelo del baño.

—Cierto. Pero si vuelves a encajar uno de los fragmentos rotos en la ventana, el ángulo de la rotura revela que el golpe vino de dentro. Mover el cristal es fácil, sin embargo, no puedes modificar los fragmentos. El sudes ya estaba dentro de la casa cuando rompió la ventana. Y estoy seguro de que cuando la policía reciba el informe de la compañía de seguridad, verá que la alarma había sido correctamente desactivada.

—Entró con Elizabeth —murmuró Rainie—. El hombre que encaja con tu descripción y que la vecina vio a las diez.

*—Esa sería mi suposición. Luego tenemos la escena del crimen en sí. El nivel de destrucción no guarda proporción con el crimen. Todas las habitaciones parecen destruidas, pero el rastro de sangre está en realidad muy contenido. Yo diría que la lucha inicial fue rápida y concentrada. El resto del daño ocurrió post mortem.*

—¿Quería que tuviera un aspecto peor?

—Quería que pareciera horrible, aterrador, desmoralizador. Es muy bueno en lo que hace.

—El cuerpo… —musitó Rainie.

*—El cuerpo… —repitió Quincy, con la voz distante de nuevo, demasiado analítica—. Cuando el médico forense termine con la autopsia, sabrá que la víctima fue asesinada con bastante rapidez, al menos en una escala relativa. No habrá ninguna prueba de violación, a pesar de cómo dispuso el cadáver. No hay abrasiones en las muñecas ni en los tobillos, lo que indica que la sujeción se produjo post mortem. Sospecho que el destripamiento y otras mutilaciones también ocurrieron después de la muerte.*

—Pero ¿por qué?

—Para que parezca un ataque sádico y sexual. Pero un ataque sádico y sexual premeditado. Como lo llevaría a cabo un experto en crímenes violentos para intentar encubrir el asesinato a sangre fría de su exmujer.

—Trucos baratos —añadió Rainie—. La policía los descubrirá muy pronto.

—Yo no estaría tan seguro de eso.

—Queda el hecho de que la policía te vio horas después del asesinato sin rastro de sangre ni magulladuras en el cuerpo.

—Se limitarán a argumentar que el crimen estaba más controlado de lo que parecía en un principio. Encontrarán restos de sangre en las tuberías del fregadero, lo que indica que el asesino limpió después. Con todo lo que ha demostrado saber nuestro sudes, no me extrañaría que después de lavarse las manos no vertiera una muestra de sangre del mismo tipo que la mía en el lavabo. O tal vez tiene el mismo tipo de sangre que yo. A estas alturas, ¿cómo voy a saberlo? —Su voz empezó fría, pero terminó amarga.

—Todavía está la nota —insistió Rainie—. Eso prueba que lo hizo alguien que está tratando de perjudicarte.

—La nota no va a ayudarme.

—Claro que sí.

Quincy sacudió la cabeza. Una extraña sonrisa curvó sus labios.

—La nota… La caligrafía, Rainie, es mía. No sé cómo, pero es como si este hombre… es como si fuera de verdad yo.

Kimberly estaba sentada en la maltrecha mesa de la cocina, sorbiendo una taza de café e intentando averiguar qué hacer con su segundo día libre, cuando sonó el timbre. Su compañero de piso, Bobby, después de anunciar que se quedaría esa noche en casa de su novia, se había ido a trabajar. Eso dejaba a Kimberly con todo un día para matar y todo un apartamento en el que hacerlo. Debería echarse una larga siesta, hacer ejercicio, comer mucha fruta y verdura fresca, poner la cabeza en orden…

Kimberly tomó un sorbo de su café solo, sintió el peso de otra noche en vela sobre sus hombros y se preguntó cuántas manzanas tendría que correr para volver a sentirse humana.

El timbre repitió su zumbido. Al final se levantó y pulsó el botón del interfono.

—¡¿Qué?!

—Kimberly, soy papá.

«¡Oh, no!», pensó al instante. Pulsó el botón de la puerta principal y lo dejó entrar.

El viejo edificio de ocho plantas no tenía ascensor. Su padre tardaría unos minutos en subir las escaleras. Tenía que hacer algo. Ganar cinco kilos, dormir cuatro días seguidos, tomarse todo un frasco de vitaminas para recuperar el brillo de su pelo rubio, demasiado largo y demasiado sucio. Sus viejos pantalones de chándal del FBI le bailaban en el cuerpo y la raída camiseta colgaba lo bastante como para revelar la demacrada línea de su clavícula.

Se quedó atrapada en medio de la diminuta cocina hasta que su padre golpeó por fin la puerta. No quería contestar. No sabía explicar por qué, pero no quería abrir esa puerta.

Una segunda ronda de golpes. El corazón le latía con demasiada fuerza en el pecho. Cruzó despacio la cocina y abrió despacio la puerta de su apartamento. Su padre se encontraba con gesto serio frente a ella, acompañado de una mujer a la que Kimberly no había visto nunca.

—Lo siento mucho —manifestó él con voz ronca.

La tomó en sus brazos. Ella empezó a llorar y ni siquiera sabía aún qué cosa mala había sucedido.

Treinta minutos después estaban sentados en la sala de estar, Kimberly al estilo indio en el suelo, y su padre y su amiga, Rainie Conner, en el sofá. Kimberly había acabado con la primera caja de Kleenex. En algún momento durante su ataque de llanto, las cosas pasaron de insoportables a horribles, para acabar en un mero estado de entumecimiento. En ese instante estaba sentada, contemplando la desgastada alfombra de color azul bereber y luchando para que las palabras cobraran sentido en su cabeza.

«Tu madre está muerta».

«Tu madre ha sido asesinada».

«Alguien está acechando a nuestra familia. Ha matado a Mandy. Ha matado a Bethie. Lo más probable es que vaya a por ti después».

—¿No… no sabes quién está haciendo esto? —preguntó al fin, esforzándose por formular las palabras, esforzándose por conseguir pensar, esforzándose por no desmoronarse. Ella era la fuerte. Su madre siempre lo había dicho.

«Tu madre está muerta».

«Tu madre ha sido asesinada».

«Alguien está acechando a nuestra familia. Ha matado a Mandy. Ha matado a Bethie. Lo más probable es que vaya a por ti después».

—No —respondió su padre en voz baja—. Pero lo estamos investigando.

—Es probable que sea alguien de un caso antiguo, ¿verdad? Alguien a quien atrapaste, o casi atrapaste, o atrapaste a su padre, a su hijo, a su hermano…

—Lo más seguro.

—¡Entonces crea una base de datos! Creas una base de datos y la llenas con todos los nombres antiguos, y luego… luego averiguas quién ha salido de la cárcel, cuándo y ¡arrestas a ese cabrón! Un proceso de eliminación, y luego ¡arrestas al cabrón! —Su voz sonaba aguda, no parecía ella en absoluto.

—Estamos en ello —repitió su padre.

—No lo entiendo —expresó con voz quebrada. Estaba a punto de llorar de nuevo—. Mandy… Mandy siempre se sintió atraída por el tipo equivocado de hombres. Pero mamá… Mamá tenía cuidado. No hablaba con extraños, no dejaría que ningún tipo la engatusara para poder entrar en su casa. Era demasiado lista para eso.

—¿Habías hablado con tu madre recientemente?

—No. He estado… ocupada. —Kimberly bajó la cabeza.

—Me llamó hace dos días. Estaba preocupada por ti.

—Lo sé.

—Yo también he estado preocupado por ti.

—Lo sé.

Él esperó. Kimberly siempre había pensado que era una pausa de experto, pero ella también había estado estudiando y aprendiendo cosas. Esa era la parte difícil de seguir los pasos de su padre. Hubo una época en la que él le parecía casi como Dios. Pero en la última época, al no ser ya una novata, lo veía realizar los viejos trucos y podía verlo manipular los hilos. La primera vez que sucedió, se sintió orgullosa de su nueva habilidad. Sin embargo, tras el funeral de Mandy, solo la dejaba con un sentimiento de vacío.

Él se levantó del sofá. Se paseó por la habitación como cuando estaba tenso o trabajaba en un caso muy espinoso. Se percató de que estaba pálido, más delgado, casi demacrado. Entonces se dio cuenta. Tenía el mismo aspecto que ella. Estuvo a punto de volver a echarse a llorar.

*—¡Eres igual que tu padre! —chillaba su madre.*

*—¡Lo sé, mamá, y Mandy es como tú! —respondía ella a gritos.*

—¿Por qué no lo repasamos desde el principio? —sugirió la mujer de pelo castaño desde el sofá. Su padre se volvió y la miró con el ceño fruncido, con su mirada intimidatoria favorita. A la mujer, sin embargo, no le impresionó—. Quincy, ahora forma parte de esto. Debe saber tanto como nosotros. La información puede ser la única defensa que nos queda.

—Yo no…

—¡Sí! —interrumpió Kimberly desde el suelo—. Soy parte de esto. Necesito saber. Tiene que haber algo que podamos hacer.

—¡Maldita sea!, eres mi hija…

—Y soy su objetivo.

—Solo tienes veintiún años…

—Me he entrenado en artes marciales y armas de fuego. ¡No estoy indefensa!

—Nunca quise esto. Si hubiera algo que pudiera hacer…

—Lo sé. —La voz de ella se calmó y continuó con más sinceridad—: Lo sé, pero es lo que hay, y tiene que haber algo que pueda hacer.

Su padre cerró los ojos. Por un momento, Kimberly creyó vislumbrar lágrimas en ellos. Luego él suspiró, volvió al sofá y se sentó. Cuando volvió a hablar, sonaba tranquilo, sereno, como un agente del FBI en lugar de un padre. No estaba segura de por qué eso la reconfortó.

—Empezaremos por el principio —señaló Quincy—. Parece que alguien está buscando venganza contra mí por algún mal percibido. No sabemos quién, pero como has sugerido, Kimberly, el proceso de eliminación debería poder decirnos más. Por ahora, lo que sabemos es que esta persona lleva mucho tiempo planificando esto. Al menos un año y medio, más bien dos.

—¡¿De dieciocho a veinticuatro meses?! —Kimberly se sorprendió de verdad.

—Creemos que empezó con Mandy —intervino Rainie—. Quizá la eligió como blanco en alguna reunión de Alcohólicos Anónimos y todo se desarrolló a partir de ahí.

—Su nuevo novio —agregó Kimberly—. Mencionó algo una vez, pero no le presté mucha atención. ¡Novios…! Había unos cuantos.

—Parece que se posicionó para convertirse en alguien muy especial —coincidió Quincy—. Salieron durante meses. Mandy confiaba en él. Tal vez incluso se enamoró.

—Pero el accidente… —protestó Kimberly—. Había estado bebiendo, se puso al volante. Ya había hecho ese tipo de cosas antes. ¿Qué tenía que ver con él?

Rainie tomó la palabra.

—Creemos que estuvo con ella esa noche. Según una amiga, Mandy pudo haber empezado a beber temprano por la noche. Pero no estoy segura de confiar en esa «amiga», así que es posible que Mandy estuviera sobria cuando se vio con su novio, y él fue quien la emborrachó. De cualquier forma, nuestro hombre misterioso manipuló el cinturón de seguridad para que no funcionara. Luego, se subió al vehículo con ella, se aseguró con el cinturón para salvarse, y… y dejó que la naturaleza siguiera su curso o la ayudó físicamente a chocar contra el poste de teléfono.

—¿Estaba con ella cuando se estrelló?

—Sí.

—¡Dios mío, mató a ese viejo! —Kimberly se tapó la boca con una mano, horrorizada. No sabía por qué, pero de algún modo eso era peor. Mandy era Mandy. Había construido todo un estilo de vida a base de malas decisiones y comportamientos de alto riesgo. Cuando su madre la llamó la mañana siguiente al accidente, Kimberly ni siquiera se sorprendió. En cambio, recordaba haber pensado, «al fin», como si una parte de ella hubiera estado esperando esa llamada durante años. Mandy siempre iba camino del desengaño y el desastre. Ese pobre anciano, sin embargo,

acababa de salir a pasear a su perro.

—Pero no murió —añadió Kimberly al cabo de un momento, recuperando la compostura—. Mandy no murió en realidad. No entonces. ¿No debería haber entrado en pánico?

—Aunque saliera del coma, ¿qué sabría ella? ¿Qué recordaría? —Rainie se encogió de hombros —. Su cuerpo podría haberse recuperado, pero su cerebro…

—Así que estaba a salvo.

—Creo que las cosas salieron más o menos como él las planeó.

—Pero ¿qué pasa con mamá? Puedo imaginarme que engatusara a Mandy, pero no a mamá. Desde luego, no a mamá.

—Piensa en las circunstancias —contradijo Rainie—. Bethie acaba de enterrar a su hija mayor. Se siente sola y lucha por salir adelante. Luego tenemos a este hombre, Tristan Shandling, que salió con tu hermana durante meses. Piensa en todo lo que podría haber aprendido de Mandy sobre tu madre en ese tiempo. Sus gustos de música, comida y ropa. Lo que le gustaba y lo que le disgustaba. Se convierte en una ecuación bastante sencilla. Una madre vulnerable y afligida y un hombre encantador, bien informado. Dudo que ella tuviera una oportunidad.

—Creo que dio un paso más para ganarse la confianza de Bethie —opinó Quincy—. Creo… Creo que pudo fingir haber recibido un trasplante de algún órgano, de Mandy.

—¡¿Qué?! —Tanto Rainie como Kimberly lo miraron fijamente.

—La última vez que hablé con Bethie, me preguntó por la donación de órganos, por si había alguna posibilidad de que el receptor recibiera algo más que solo tejido. Si no podría tal vez captar algunos de los hábitos o sentimientos o el alma de la persona. En ese momento, lo descarté. Ha sido hoy cuando me he cuestionado por qué lo preguntó.

—¡Dios mío! —murmuró Rainie—. Elizabeth dio permiso para acabar con la vida de su hija hace apenas unas semanas, y ahora llega este hombre, afirmando tener parte de Mandy dentro de él.

—Es muy inteligente —afirmó Quincy.

—Es la teoría del dominó —declaró Kimberly—. Empezó por la más débil, Mandy. Llegó a ella, luego utilizó el trauma de su muerte para llegar a mamá y ahora… ahora… —Miró a su padre y vio que su sombrío rostro era un reflejo del suyo propio.

—¡Mierda! —Rainie se levantó de golpe del sofá, mirándolos a ambos con gesto furioso—. La trampa, Quincy. Lo que estuvimos hablando antes. Aunque no sea perfecto, no importa: cumple su cometido. ¡Piénsalo! Bethie ha sido asesinada, y como su exmarido, tú ya estás en el radar de la policía, dales unos pocos resultados de laboratorio más y serás su sospechoso número uno. Ahí lo tienes. La muerte de Mandy para acceder a Bethie, el asesinato de Bethie para llevar a tu arresto, y luego, ¡boom!, Kimberly se queda sola. ¡Es perfecto!

—Pero… Pero puedes pagar la fianza, ¿verdad? —preguntó Kimberly con desesperación.

Quincy se quedó mirando a Rainie. Parecía aturdido.

—No importa —le susurró a su hija—. Rainie tiene razón. En el momento en que me convierta en sospechoso principal, lo notificarán al FBI. Y, siguiendo el protocolo estándar, el Buró me asignará un puesto de oficina, me pedirá mis credenciales y confiscará mi arma. Aunque esté fuera de la cárcel, ¿qué podré hacer para protegerte? ¡Dios mío!, ha hecho los deberes.

—¡¿Quién coño es esta persona?! —gritó Kimberly.

Nadie tenía una respuesta.

# 18

**Greenwich Village, Nueva York**

Las cosas empeoraron. Quincy quería enviar a su hija a Europa. Kimberly gritó que no iría. Quincy replicó que no era el momento de ser arrogante. Kimberly se echó a reír, diciéndole que mirase quién fue a hablar, y luego su risa se disolvió en lágrimas, lo que pareció herir más a Quincy. Él permaneció de pie en medio de la lúgubre sala de estar, con aspecto rígido e incómodo, mientras su hija lloraba.

Al final, Rainie mandó a Quincy a dormir. En las últimas cuarenta y ocho horas, había dormido cuatro, y ya no funcionaba a pleno rendimiento ni de lejos. Luego preparó café y se sentó con Kimberly en la mesa de la cocina. La chica era como una astilla del mismo palo, tomaba el café negro como el carbón. Rainie encontró leche desnatada en la nevera, y luego un azucarero.

—No te rías —le ordenó a Kimberly, mientras añadía cucharada tras cucharada a su bebida—. Odio que la cafeína esté sola en mi torrente sanguíneo.

—¿Mi padre te ha visto hacer eso?

—Un par de veces.

—¿Cómo fueron sus comentarios de despectivos?

—En una escala del uno al diez, los calificaría con un doce.

—¡Ah!, no está mal. Los comentarios de mi abuelo llegarían a un quince.

—¿Tu abuelo sigue vivo? —preguntó Rainie sorprendida. Quincy nunca hablaba de su padre. A decir verdad, nunca había mencionado a su madre, aunque Rainie tenía un vago recuerdo de que una vez dijo que había muerto cuando él era joven.

Kimberly soplaba nubes de vapor por encima de su taza de café.

—Todavía está vivo, o al menos técnicamente. Padece alzhéimer. Lo hospitalizaron cuando yo tenía diez u once años. Solíamos visitarlo varias veces al año, pero hace tiempo que no lo hacemos. Ya no nos reconoce a ninguno, ni siquiera a papá, y bueno… Digamos que al abuelo no le gustan mucho los extraños.

—Eso tiene que ser difícil. ¿Cómo era antes?

—Duro, tranquilo y divertido a su manera. Solíamos conducir hasta Rhode Island para visitar su

granja. Tenía gallinas, vacas, caballos y un huerto de manzanas. A Mandy y a mí nos encantaba. Había mucho espacio para correr y muchas cosas con las que entretenerse.

—¿Y tu madre estaba de acuerdo con eso? —preguntó Rainie con escepticismo.

Kimberly sonrió.

—Yo no diría tanto. Recuerdo que un día un globo aerostático empezó a caer desde el cielo. Era una excursión turística o algo por el estilo. Y un hombre bajito gritaba a los pasajeros que se agarrasen a las ramas para ayudar a frenar mientras el globo atravesaba los manzanos antes de acabar desplomándose en medio del campo de mi abuelo. Mi madre salió corriendo, toda emocionada. «¡Oh, Dios mío!, ¿has visto eso? ¡Madre mía!». Entonces el abuelo salió del gallinero, se puso delante del globo, que llevaba a cinco personas avergonzadas, y las examinó de arriba abajo sin mediar palabra. El guía se puso nervioso. Tenía una botella en la mano y no paraba de decir lo mucho que lo sentía y que el vehículo de apoyo llegaría en cualquier momento y «¡Ah, sí! Aquí tiene una botella de vino por las molestias». El abuelo se limitó a mirar al tipo y dijo al final «Es la tierra de Dios». Luego volvió al gallinero. Así era el abuelo.

—Me gusta —manifestó Rainie con sinceridad.

—Era un abuelo maravilloso —comentó Kimberly. Y añadió con más astucia—: Pero no me habría importado tenerlo como padre.

Ambas volvieron a su café.

—¿Papá y tú estáis saliendo? —preguntó Kimberly después de que el silencio se hubiera prolongado demasiado.

—Eso es, empieza con las preguntas fáciles. —Rainie sorbió su café con más seriedad.

Kimberly, sin embargo, también había heredado la mirada penetrante de su padre.

—Eres muy joven —le dijo a Rainie.

—Soy consciente de ello.

—¿Cuántos años tienes?

—Treinta y dos.

—Mandy tenía veinticuatro años cuando murió.

—Razón de más para no dejar que una tontería como la edad te frene.

—¿Así que estáis saliendo?

—Salimos durante un tiempo —contestó Rainie después de suspirar—. ¿Qué somos ahora? No lo sé. Cuando Quincy se despierte, hazme un favor y pregúntale.

—¿Cómo os conocisteis?

—El año pasado, en el caso de Bakersville.

—¡Oh! —expresó Kimberly con pesar—. Fue ese tan duro.

—Podría decirse que sí.

—¿Tú eres la que perdió su trabajo?

—La misma.

Kimberly asintió con la confianza de una recién licenciada en Psicología.

—Ya veo el problema.

—Estupendo. ¿Quieres explicármelo?

—La edad por sí sola no sería razón suficiente, pero ahora los dos estáis en fases diferentes del ciclo vital, lo que hace que la brecha sea aún más extrema. Tienes que reconstruirte, lo que te devuelve a la infancia. Él ya está establecido, lo que lo mantiene en la mediana edad. Es un abismo difícil de salvar. Creo que averiguar cómo mantener una relación satisfactoria frente a cuestiones profesionales tan complejas será el reto de la nueva generación de dobles ingresos.

—Estás trabajando en tu tesis, ¿no?

—Mi tesis versa sobre «Los retos de la modernidad: el crecimiento de la urbanización y su impacto en las personalidades perturbadas», muchas gracias.

—La mía era sobre el trastorno de apego. Ya sabes, ¿por qué incluso las buenas familias pueden criar pequeños malditos psicópatas?

Kimberly parpadeó sorprendida.

—Trastorno de apego. Es uno de mis temas favoritos —comentó mirando a Rainie con más detenimiento—. No sabía que hubieras estudiado Psicología.

—Solo me licencié, no continué con el máster.

—Aun así, es bastante guay.

—Gracias.

Ambas volvieron a su café. Después de un momento, Kimberly pidió con suavidad:

—Rainie, ¿podrías seguir hablando? Para serte sincera, es más fácil diseccionar tu vida que pensar en la mía.

—Lo siento mucho, Kimberly.

—¿Quién me ayudará a planificar mi boda? ¿A quién llamaré cuando esté esperando mi primer hijo? ¿Quién me cogerá de la mano cuando dé a luz a una niña y vea a Mandy y a mi madre en cada curva de su cara?

—Averiguaremos quién está haciendo esto. Lo encontraremos y haremos que pague.

—¿Y eso mejorará las cosas? Mírate a ti y lo que ocurrió el año pasado. Encontraste al tipo que lo hizo. Mi padre y tú lo matasteis. ¿Estás mejor?

Rainie no dijo nada. Después de un momento, Kimberly añadió:

—Eso me temía.

Quincy estaba soñando. En su sueño estaba de vuelta en Filadelfia, paseando por la hermosa y destrozada casa de Bethie. Llevaba una funda de almohada en una mano. Intentaba capturar todas las plumas y volver a meterlas. Luego estaba de pie sobre la cama, con las manos sujetando los intestinos de Bethie e intentando de forma frenética volver a colocárselos en el cuerpo.

«No lo hagas —le advirtió su subconsciente en sueños—. No dejes que él gane recordándola como él pretendía».

Su sueño retrocedió en espiral, su mente buscó tiempos más felices. Vio a Bethie, que tenía el cabello despeinado y el rostro sudoroso, sin maquillaje, sin perlas, pero con una sonrisa que podía iluminar toda una ciudad mientras yacía en la blanca cama del hospital y sostenía a su primogénita. Se vio a sí mismo, tocando con delicadeza a su niña, maravillado por sus diez dedos perfectos de las manos y los diez dedos perfectos de los pies. Luego le tocó la mejilla a su mujer y le dijo lo guapa que estaba. Le juró que sería mejor padre de lo que había sido su propio padre. Era una nueva familia y un nuevo comienzo. El corazón casi se le salía del pecho.

Vio a Bethie, dieciséis años después, entrando en la sala de estar con cara de aturdimiento. Había estado cortando zanahorias en la cocina, el cuchillo se le había resbalado y en ese momento llevaba el dedo en la otra mano. Se vio a sí mismo, recién llegado de una escena del crimen de California, donde habían encontrado veinticinco cadáveres en una ladera, quince eran mujeres jóvenes y dos eran bebés.

—¡Ah!, cariño, es solo un rasguño —le aseveró a su mujer.

—¡No puedo más! —le gritó Bethie—. ¿Cómo he acabado casada con un hombre tan sumamente frío?

Otro rápido paso del tiempo. Estaba en Massachusetts, vigilando un cebo humano, a Tess Williams, que había vuelto a su antigua casa con la esperanza de atraer a su exmarido homicida para que saliera de su escondite. Todos estaba saliendo mal. Se veía a sí mismo dentro de la casa mientras se oían disparos en la calle y le decía a Tess que no se acercase a la puerta, prometiendo que la mantendría a salvo. Apareció Jim Beckett, que lo derribó al dispararlo con una ráfaga a corta distancia de su escopeta de doble cañón.

Y se vio pensando: «Vaya, qué caliente me siento para ser alguien tan frío». Más tarde, se vio ya

fuera del hospital, con su horario de trabajo reducido, tratando de encontrar un poco de equilibrio y recogiendo a las chicas para que pasaran con él el fin de semana.

—¿Cómo estás? —le preguntó a Bethie.

—Mejor.

—Te echo de menos.

—No es verdad.

—Bethie…

—Vuelve al trabajo, Pierce. ¿Quién necesita ser un simple marido, cuando puedes jugar a ser Dios?

Quincy se despertó de golpe en el apartamento de dos dormitorios de su hija. Permaneció tumbado en la habitación a oscuras, observando cómo los hilos de luz que entraban por las persianas cerradas bailaban con el polvo en el aire y escuchando los sonidos de la gran ciudad que había ahí fuera.

—Lo siento, Elizabeth —pronunció.

Luego se levantó y fue a la sala de estar, donde el último miembro vivo de su familia se encontraba viendo M*A*S*H. Rainie estaba a su lado. Su corto cabello castaño rojizo contrastaba con los largos mechones rubios oscuros de su hija. Sus grandes ojos grises y sus anchos pómulos contrastaban con el fino rostro patricio de Kimberly. «El yin y el yang», pensó, y ambas tan hermosas que al verlas casi se le partió el corazón. Por un momento, se limitó a quedarse ahí, deseando poder detener el tiempo, deseando poder tomar ese momento y mantenerlo a salvo para siempre en sus manos.

—Señoritas —anunció—. Tengo un plan.

# 19

**Casa de Quincy, Virginia**

Era jueves, a media tarde, y la agente especial Glenda Rodman aún no se había acostado desde la noche anterior, cuando miró el monitor de seguridad y vio a Quincy frente a la puerta de su casa. Había dormido solo dos horas cuando recibió la llamada para que fuera a Filadelfia, pero en ese instante le parecía que había pasado toda una vida. Las dos horas de sueño fueron la anomalía. El resto del tiempo, el recorrer la escena del crimen de Filadelfia y luego volver a casa de Quincy para escuchar mensaje tras mensaje que prometía una muerte enfermiza y perversa era la norma.

Se alcanzaron las trescientas cincuenta y nueve llamadas. A unos los había metido en la cárcel el mismo Quincy, otros solo odiaban a los federales y otros tantos solo se aburrían. En cualquier caso, se había corrido la voz de que el anuncio apenas disimulado que circulaba en tantos boletines de prisiones contenía el número de teléfono de la casa de un perfilador del FBI. Todos se sintieron obligados a llamar. Algunos, tenía que admitir, gozaban de mayor imaginación que la mayoría. Un alma artística había llegado a componer un rap de la muerte que no estaba nada mal.

Glenda pulsó el botón y dejó entrar a Quincy en su propia vivienda. El agente llevaba el mismo traje de la noche anterior. Tenía el rostro pálido. Además, en la cámara resultaba difícil de interpretar. Lo supiera o no, Pierce Quincy era una leyenda en el FBI. Esos días, Glenda sentía lástima por el agente, pero sentía aún más curiosidad por lo que ocurriría después.

Llamó a su puerta y ella lo dejó entrar con amabilidad.

—Necesito llevarme algunas cosas —notificó Quincy.

—Desde luego.

—Ahora iré a hablar con Everett, luego me iré de la ciudad.

—A la policía de Filadelfia no va a gustarle eso.

—Mi hija es lo primero. —Desapareció en el dormitorio principal. Momentos después, Glenda oyó el ruido de las puertas de un armario que se abrían, mientras él empezaba a hacer la maleta.

Ella entró en el despacho, sin saber qué hacer. Era interesante, llevaba ya dos días en esa casa y no había mucho ahí que diera una idea del hombre que en teoría ocupaba el espacio. Varias de las habitaciones estaban completamente vacías. La mayoría de las paredes estaban desnudas y la cocina no podría alimentar ni a una rata. La única habitación con algún tipo de ambiente era esa, el despacho, y se encontraba a sí misma volviendo a ella una y otra vez, aunque solo fuera para

escapar de la austeridad de un espacio inmenso de un blanco abrumador.

*Ahí había un viejo equipo de sonido que ofrecía un confort mediocre en forma de cintas de jazz clásico. Un fax de última generación dominaba la esquina de un precioso escritorio antiguo de cerezo. Los diplomas y certificados académicos con marco dorado, todavía sin colgar, se apoyaban contra una pared, pero al menos estaban desenterrados, mientras que unas cajas de cartón se apilaban en cada esquina. La silla del escritorio, de cuero negro, era flexible y, desde luego, cara. Sin lugar a duda, Quincy pasaba tiempo en esa estancia. A veces percibía el olor de su colonia.*

Se acomodó en su silla, sintiéndose como una intrusa, mientras el teléfono volvía a sonar. Siguiendo el protocolo, dejó que respondiese el contestador automático.

—¡Hola, cariño! —canturreó una voz—. Me he enterado de que estabas probando una nueva política de accesibilidad. Me gusta. Dios sabe que aquí no hay nadie interesante con quien hablar. Mala suerte lo de tu deliciosa hija. Aunque no lo siento tanto por la frígida ex. Se dice por ahí que alguien tiene tu número. El cazador se ha convertido en el cazado. No te preocupes, Quince, he apostado por ti en la porra de la cárcel. Cien a uno es mi estilo. ¡Así se hace! Hacía años que la vida no era tan entretenida.

La persona que llamó colgó. «Ha sido una buena llamada —pensó Glenda—, es muy posible que haya durado el tiempo suficiente para rastrearla». No es que las escuchas telefónicas los hubieran ayudado mucho; solo demostraban que muchos presos leían sus boletines locales. Por lo demás, la mitad de las personas que llamaban estaban encantadas de dejar su nombre y el del centro penitenciario.

Salió de la oficina y vio a Quincy de pie en su cocina, con una pequeña bolsa de viaje negra en la mano y contemplando el contestador automático.

—Estamos grabándolas todas —comentó a modo de explicación.

—Cien a uno. —La miró de reojo—. Teniendo en cuenta a cuántos metí en la cárcel, creo que me merezco algo mejor que eso.

—Tengo una copia del anuncio por si quiere verlo —ofreció Glenda, sintiendo la necesidad de sonar profesional. Fue a buscarlo al despacho. Cuando regresó, Quincy había dejado la bolsa de viaje. Estaba de pie delante de la nevera vacía con la mirada de un hombre que la había abierto muchas veces y seguía esperando encontrar algo diferente. Ella lo comprendía, porque en su propia nevera solo había agua y yogur desnatado y, sin embargo, la revisaba de continuo en busca de una ración de pollo frito.

Le entregó el fax a Quincy.

El anuncio, un simple cuadrado de cuatro por cuatro, ya estaba tipografiado. Decía: «Periodista de UCC Producciones busca información privilegiada sobre la vida a las puertas de la muerte. Los reclusos interesados deberán ponerse en contacto con el agente principal, Pierce Quincy, en el número diurno que figura a continuación. O ponerse en contacto con su ayudante, Amanda Quincy, en la siguiente dirección».

—No es muy sutil —comentó Quincy con esa misma calma desconcertante—. UCC Producciones, agente principal, la vida a las puertas de la muerte…

—Los códigos podrían ser más elaborados. Por lo que sé, los reclusos suelen disfrazar sus comunicaciones como anuncios de amigos por correspondencia. Luego juegan con las letras. Ya sabe, en lugar de usar HBS/CP para Hombre Blanco Soltero/Condenado a cadena perpetua, escriben cosas como OPN/M, que significa Organización de Poder Negro/Mensaje. Así, los miembros de la banda saben buscar información relevante en el anuncio.

—Ah, el poder del periodismo de base y la gente con demasiado tiempo libre.

*—Por lo que sabemos, este anuncio apareció en cuatro publicaciones importantes: Noticias legales penitenciarias, Boletín del Proyecto Penitenciario Nacional, Fraternidad Carcelaria y Libertad ya. La tirada conjunta alcanza más de cinco mil suscriptores. La cifra no es alta si tenemos en cuenta la población reclusa total, pero los cuatro boletines suponen en principio que al menos un anuncio llega a cada uno de los principales departamentos penitenciarios. Creemos que el boca a boca tomó el relevo a partir de ahí.*

—Los clubs de costura no tienen nada que envidiar a la prisión promedio en cuanto a cantidad de cotilleos —murmuró Quincy—. Supongo que lo que habíamos teorizado se mantiene. Mi número de teléfono, y por lo tanto el acceso a mi dirección, se ha extendido tanto que nunca podremos localizarlo. ¿Quién sabe dónde vivo? ¿Quién no?

*—El Boletín del Proyecto Penitenciario Nacional tiene la copia impresa original del anuncio —añadió Glenda—. Acabamos de enviarla por mensajero al laboratorio criminalístico. La Sección de Documentos debería poder proporcionarnos más información en cuestión de días. Además, Randy Jackson sigue tratando de averiguar cómo consiguió el sudes tu número privado. Estoy segura de que tendrá algo en breve.*

—El sudes consiguió mi número de teléfono a través de Mandy. Utilizó a mi hija.

Quincy dejó el fax. Por primera vez, se volvió y sus miradas se encontraron. Glenda se sorprendió de inmediato por la dureza de los ojos de Quincy y la frialdad de su expresión. Era la disociación, dedujo su parte profesional. Los acontecimientos de las dieciocho horas anteriores lo habían dejado conmocionado, y su mente aguantaba manteniéndolo distante. El resto de ella sintió un inesperado cosquilleo en la nuca. Ya había visto antes esa mirada remota. En fotos antiguas de Ted Bundy. Algunos creían que solo había una delgada línea entre los creadores de perfiles y sus presas. En ese momento, en Quincy, esa línea no existía. El cosquilleo en la nuca se convirtió en un escalofrío.

—La muerte de mi hija no fue un accidente —reveló él—. Rainie Conner tiene pruebas de que el sudes manipuló su cinturón de seguridad.

—¡Oh, no! —exclamó Glenda de inmediato con sinceridad.

—Creemos que se hizo amigo de ella y se ganó su confianza. No hay forma de saber de cuánto se ha enterado. Aficiones, gustos, aversiones, hábitos y manías personales, qué amigos tengo y dónde viven. Seguro que tiene la dirección y el teléfono de esta casa. No debería estar aquí sola.

—No lo estoy —respondió ella de forma automática, ya que el Buró nunca tendría a un agente solo sobre el terreno—. Está el agente especial Montgomery…

Quincy se limitó a mirarla y luego dejó que su mirada recorriera las habitaciones vacías.

—Montgomery ha estado ocupado —continuó ella a la defensiva.

—¿Por qué está en este caso? No parece exactamente del tipo que acude al rescate.

—Él lo pidió. Usted es uno de los nuestros. Es importante llegar al fondo de esto, para que todos estemos a salvo.

Quincy volvió a mirarla. Ella empezaba ya a entender su reputación. Percibió esa mirada directa y penetrante, esos ojos duros y convincentes. Glenda cedió y apartó la mirada.

—Montgomery… Montgomery estuvo involucrado en el caso Sánchez. Al principio. —Ya no tuvo que decir nada más. Era del dominio público que el primer agente había echado a perder el caso Sánchez hacía quince años. Insistió en que buscaban a un único sociópata carismático, a lo Ted Bundy, cuando la policía ya tenía pruebas de que había más de un asesino implicado. Además, la presencia de polvo de cemento hizo que la policía de Los Ángeles quisiera investigar a los obreros, no a los estudiantes de Derecho locales. Al final, la policía montó en cólera. Montgomery fue retirado y Quincy entró en escena. El resto era ya historia de las fuerzas del orden.

—Eso explicaría su lenguaje y vestimenta frente a Everett —comentó Quincy.

—No tiene sentido tratar de avanzar por la vía rápida dentro del FBI cuando tu carrera ya se ha descarrilado —añadió ella, esbozado una leve sonrisa.

—Fue su error. Al parecer, ha cometido unos cuantos. No deje que el próximo la involucre.

—Estoy bien aquí. Tiene un sistema de seguridad maravilloso; además, nos hemos tomado la libertad de actualizarlo. Permítame que se lo muestre.

Condujo a Quincy hasta la puerta principal, donde se había instalado una nueva caja de seguridad junto a su timbre. Su antiguo sistema era un simple teclado de cuatro por cuatro en el vestíbulo. El nuevo sistema consistía en una caja de plástico de tamaño considerable con un teclado, un escáner y una pantalla digital multicolor situada fuera de la puerta principal.

—Combina un código pin con la tecnología de huellas dactilares —explicó Glenda—. En lugar de desbloquear la puerta principal y entrar corriendo para introducir el código de seguridad, esta caja controla la puerta principal. El usuario introduce dos veces su número pin personal y luego pasa el dedo índice por el escáner para que lo lea. Si coincide con la huella archivada, el sistema se desactiva de forma automática y permite entrar en la casa. En cuanto se cierra la puerta, se reinicia automáticamente para el siguiente usuario. En otras palabras, la casa está siempre protegida y ahora se necesita algo más que una simple secuencia de números para poder entrar.

—¿Está preparado para varias personas?

—Sí. Hemos introducido sus huellas, las de Montgomery y las mías en el sistema. Pueden añadirse más si es necesario. Así podemos entrar y salir cuando queramos. Además, elimina la necesidad de tener una llave, lo que, para ser sinceros, supone otro riesgo de seguridad, ya que las llaves pueden robarse o copiarse.

Quincy asintió con la cabeza.

—¿Qué pasa si se obtiene la huella dactilar de alguien? El sudes ya ha usurpado mi identidad. Quizá haya conseguido mis huellas de algún sobre que yo haya enviado a mi hija.

—No funcionaría —contestó Glenda—. El escáner no solo contempla las crestas, sino que también analiza la huella dactilar para determinar la temperatura y las propiedades eléctricas. Una huella levantada no registraría la temperatura adecuada ni tendría propiedades eléctricas. —Sonrió algo tensa—. Y tampoco valdría un dedo cortado.

Quincy volvió a asentir. Ella se percató de que eso le había gustado.

—¿Qué hay de invalidar la protección? Debe haber formas de burlar el escáner. Al fin y al cabo, un propietario puede acabar con la mano escayolada o cortarse un dedo, alterando de forma temporal su propia huella dactilar. La empresa de seguridad también debe tener en cuenta esas cosas.

—La empresa de seguridad ha pensado en ello, y es aún más retorcida que usted, Quincy. Los diez dígitos están archivados. Mientras el propietario disponga de un dedo, podrá entrar en su casa.

Quincy se balanceó sobre sus talones. Por fin parecía impresionado.

—¿Por qué no compré esto antes? —murmuró.

—No tenía una empresa. Hasta ahora no estaba disponible para domicilios particulares. —Glenda marcó dos veces su número pin, colocó el dedo índice en el escáner y abrió la puerta principal. Volviendo a entrar en la casa, prosiguió—: Así que tenemos un sistema de seguridad de última generación, cámaras que vigilan la mayoría de las habitaciones y escuchas en las líneas telefónicas. Y si por casualidad nuestro misterioso sudes esquiva todo eso, siempre tendré esto… —Acarició su fiel 10 milímetros, bien ajustado en la pistolera que llevaba en el hombro.

—Muy bien. Pero tenga en cuenta que mi exmujer también creía que su sistema de seguridad la mantendría a salvo, había asistido a un curso nocturno de defensa personal y, desde luego, no tenía un pelo de tonta.

—Ella no esperaba tener problemas, yo sí. No me subestime.

—No la subestimaré, si promete no subestimarlo a él. —Quincy le ofreció una media sonrisa. Sin embargo, en lugar de aligerar los ánimos, la torsión de sus labios le hizo parecer triste. Por vez primera, ella se dio cuenta de que estaba preocupado. Estaba preocupado y sufriendo de verdad. Ella se preguntó si él mismo sabía siquiera lo mal que estaba.

—¿A dónde va a ir? —preguntó con más suavidad.

—Fuera de la ciudad. Mi hija está gestionando sus asuntos ahora. Rainie se ocupa de los últimos detalles. Mañana a primera hora, partiremos. Sabe demasiado sobre nosotros, nuestros hogares, nuestra familia, nuestros amigos. En una nueva ubicación, espero anular esa ventaja.

—No es mala idea.

—Bueno, soy un experto. Pregúntele a Bethie. O a Mandy.

—Quincy…

—Tengo que irme.

—¿Qué le decimos a la policía de Filadelfia?

—Dígales que estoy atendiendo a mi hija, pero que estaré en contacto.

—La escena del crimen… —intentó ella de nuevo—. Sabe que hay problemas.

Él no dijo ni una palabra.

—Quincy, es un montaje. Usted sabe que es un montaje, yo sé que es un montaje, pero los detectives de Homicidios… Van a interpretar ese hecho como un indicio más de que usted lo hizo. Después de todo, ¿quién mejor para montar una escena del crimen que un agente federal?

—Lo sé.

—Y esa nota… introducida en la cavidad abdominal de la víctima. Eso es muy frío, Quincy. También es muy personal, y eso no lo ayudará.

—¿Tiene noticias de la nota? —preguntó él con brusquedad.

Ella negó con la cabeza.

—No, es demasiado pronto. Quiero decir solo que no creo que les convenza de que es usted un objetivo. Al menos no les convence lo suficiente. Es el exmarido, después de todo; resulta más fácil convertirlo en su principal sospechoso.

—Yo no maté a Elizabeth.

—¡Por supuesto que no!

—Lo digo en serio, Glenda. Es usted una buena agente. Y yo no asesiné a mi exmujer.

Ella vaciló. Tenía que ser poco perspicaz para no captar el trasfondo de su voz, y no había llegado tan lejos en el FBI por ser tonta.

—Hay algo más, ¿verdad?

—Esta persona —la voz de Quincy sonaba casi lejana— es muy muy buena.

—Puede que sea bueno, pero ya nos hemos enfrentado a buenos antes. Lo encontraremos.

—¿En serio? Porque he estado revisando mis antiguos casos y aún no he visto ni rastro de él. Glenda, por última vez, no se quede aquí sola.

—Estaré bien.

—No creo que lo entienda. Estoy sacando a mi hija del campo de juego. Con ella fuera de su alcance, nadie sabe dónde atacará después.

# 20

**Universidad de Nueva York**

—No puedo creer que esté muerta.

Kimberly estaba sentada en el despacho del profesor Andrews mientras los últimos rayos de luz del día daban paso a un crepúsculo gris y resbaladizo. Kimberly llamó a ese jueves el día uno, el primer día sin su madre. Se agarró con más fuerza al borde del antiguo asiento de arce, como si eso fuera a evitar que ese día terminara. Al día uno solo le seguirían los días dos, tres y cuatro, luego los meses uno, dos y tres, luego los años… Las lágrimas le resbalaron por las mejillas.

Había llegado allí con la intención de ser profesional. Tenía que abandonar la ciudad. Haría un esbozo de los últimos días para su profesor y terminaría declarando con calma que las circunstancias justificaban ahora la renuncia a su codiciado puesto de becaria. Digna, firme, con todo bajo control. Esos eran sus objetivos. Era casi una estudiante de máster, por el amor de Dios. Había enterrado a su hermana y ahora había perdido a su madre. Si alguna vez había sido una chica joven, ya había dejado de serlo.

Entró en la cálida y abarrotada oficina, con ese batiburrillo de papeles apilados de forma precaria y plantas mustias, y su compostura cayó de golpe como una roca. Se le llenaron los ojos de lágrimas. Estaba frente a un hombre al que respetaba casi tanto como a su padre, y fragmentos de los últimos días salieron de su boca antes de que su garganta se cerrara.

El doctor Andrews la guio hasta la silla, le llevó un vaso de agua y luego se sentó con paciencia al otro lado de su desordenado escritorio, con las manos cruzadas y expresión firme mientras esperaba a que ella se recuperase. No ofreció ninguna banalidad ni sonidos reconfortantes. No era su estilo.

En sus diez años en la Universidad de Nueva York, el doctor Marcus Andrews se había ganado la reputación de hacer llorar hasta a los más brillantes candidatos al doctorado con sus inquebrantables ojos azules. Se especulaba sobre su edad, que podía estar entre los sesenta años y ser más que el polvo. Tenía el pelo canoso y ralo, el ceño siempre fruncido y le gustaba el tweed. Aunque en realidad era un hombre de estatura media, esbelto gracias a una dedicación de toda la vida al yoga, tenía una extraña habilidad para parecer cuatro veces su tamaño natural cuando, de pie en un podio, reprendía a sus alumnos para que se esforzaran más, pensaran con más miras y, ¡por el amor de Dios!, fueran más inteligentes.

Según los rumores, comenzó su carrera como psiquiatra en la famosa prisión de San Quintín. El trabajo le intrigó tanto que se doctoró en Criminología y se forjó una reputación por su innovador labor sobre la institucionalización de los delincuentes y sobre cómo la propia naturaleza de las prisiones garantizaba nuevos actos de brutalidad cuando los reclusos endurecidos eran devueltos

a la sociedad.

Era duro, brusco y exigente, pero también era brillante, y Kimberly lo respetaba sobremanera.

—Quizá debería empezar por el principio —la animó.

—No. No quiero volver a pasar por ello. Es doloroso, y no puedo permitirme sentir dolor ahora mismo. Es curioso, nunca entendía cómo mi padre podía llegar a casa de su trabajo y parecer tan sereno. Todos los policías de la tele volvían de la escena del crimen y bebían, fumaban, soltaban palabrotas o se enfadaban. Mi hermana y yo podíamos comprender aquello, para nosotras tenía sentido. Sin embargo, luego mi padre volvía a casa, y era… Era como un estanque de aguas tranquilas. Por mucho que estudiaras su rostro, nunca veías nada bajo la superficie. Ahora lo entiendo. El trabajo es la guerra, y no puedes permitirte ninguna emoción. Es tu enemigo.

—¿Qué cree que sentiría su padre ahora mismo si pudiera oírla? —preguntó el doctor Andrews.

—Le dolería.

—Y esta persona que va contra su padre, ¿cuál es su objetivo?

—Hacerle daño —respondió ella, y luego agachó la cabeza al entender lo que quería decir él.

El doctor Andrews le dirigió su mirada de profesor.

—Si esto es la guerra, señorita Quincy, ¿qué bando está ganando en este momento?

—Mi madre odiaba su trabajo.

—Las fuerzas del orden tienen una tasa de divorcios desproporcionadamente elevada.

—No, ella odiaba su trabajo: la violencia, el coraje, la forma en que parecía pertenecer más a su profesión que a nosotras. Ella creó un hogar precioso, tuvo dos hermosas hijas y, aun así, él prefería vivir en las sombras.

—Es una vocación. Debe entenderlo.

—Pero justo a eso me refiero. Mi madre ha muerto y estoy triste y furiosa, pero también estoy… motivada. Por primera vez en meses, me siento despierta. Hace poco me encontraba en una especie de estado de fuga, y ahora… quiero encontrar a ese cabrón, quiero leer los informes de la escena del crimen, quiero seguir los pasos de este monstruo, quiero desmenuzar cada pequeña faceta de su personalidad y desenmascararlo. Y estoy pensando en él más de lo que estoy llorando por mi madre. Doctor Andrews, ¿qué nos pasa?

El doctor Andrews sonrió por fin, mostrando un ablandamiento inaudito de su rostro de duras líneas.

—¡Ah!, señorita Quincy. ¿No se ha dado cuenta de que los criminólogos nunca realizan estudios sobre criminólogos?

—Estamos enfermos, ¿no?

—Somos intelectualistas. Nuestro deseo de entender por qué ocurren las cosas pesa más que nuestra rabia ante los hechos.

—La rabia es más pura —añadió ella con aflicción.

*—La rabia carece de constructividad. Piénselo así: los policías son hacedores, se enfadan con lo que encuentran, y llevan a cabo detenciones. De ese modo, ayudan a controlar la delincuencia, pero su intervención es siempre a posteriori. Los criminólogos, los sociólogos y los conductistas criminales somos pensadores. Nos pica la curiosidad, hacemos estudios e ideamos cosas como la elaboración de perfiles, que permiten a las fuerzas del orden prevenir futuras atrocidades.*

—Cuando era pequeña —recordó Kimberly—, solía pensar en mi padre como un general, luchando en tierras extranjeras. Eso me hacía sentir orgullosa. Incluso cuando hería mis sentimientos, incluso cuando me enfadaba porque se perdía mi partido de fútbol o mi cumpleaños, me sentía orgullosa.

El doctor Andrews se inclinó hacia delante.

—Dice que está orgullosa de su padre, señorita Quincy —manifestó él con suavidad—, y creo que lo está. Pero, en esta última época, también se ha distanciado de él. ¿Por qué?

Ella se puso tensa.

—No sé a qué se refiere.

—Los ataques de ansiedad. Me ha hablado de ellos a mí, pero tengo la impresión de que no se los ha mencionado a él.

Kimberly volvió a agachar la cabeza. Sus dedos se agitaron en el regazo.

—Yo no… no lo sé. Me digo a mí misma que no quiero preocuparlo, pero no creo que sea eso. Creo… No quiero parecer alterada. Ya sabe, como Mandy.

El doctor Andrews dio un respingo. Se reclinó y, por primera vez, Kimberly se dio cuenta de lo preocupado que parecía. Las líneas de su rostro se veían más profundas, sus ojos no tenían esa mirada severa a la que ella se había acostumbrado. Por un momento, casi pareció humano.

—Debo confesarle algo, señorita Quincy. Creo que es posible que yo la haya llevado por mal camino.

—¿Qué quiere decir? —Se sentó más erguida y su corazón volvió a latir con fuerza.

«No —pensó—. Usted no puede cometer errores». El profesor más temido de la Universidad de Nueva York no podía ser un mero mortal. Su mundo se desmoronaba y, aunque fuera inmaduro por su parte, necesitaba que los dioses de su vida siguieran siendo dioses.

—Yo fui quien atribuyó al principio sus ataques de ansiedad al estrés —explicó el doctor

Andrews.

—Mi hermana había muerto, tenía sentido.

—Pero ahora tenemos datos adicionales. Piense en lo que dijo su padre. Alguien ha atacado a su familia y ese alguien lleva en esto al menos dos años.

—Sí. —Ella lo miró extrañada, y de repente cayó en la cuenta. El color desapareció de su rostro. ¡Oh, no! ¡Oh, no! ¡Oh, no!—. La sensación de que me observaban. ¿Cree… cree que es él?

—No podemos descartarlo —agregó el doctor Andrews con calma. Y añadió con la mayor amabilidad que ella le había oído nunca—: Lo siento de veras, señorita Quincy. Me precipité a la conclusión más obvia. Tal vez sea hora de escuchar mis propios discursos.

—¡Está siguiéndome!

No podía hacerse a la idea. El concepto era curioso. Se sentía a la vez violada pero aliviada. Violada porque algún depredador desconocido había invadido su vida y la había cazado como si fuera ganado. Aliviada porque la violación era real, no estaba solo en su cabeza. Todas esas veces que se le ponía la piel de gallina, y esos escalofríos le subían por la espalda. No se había vuelto loca. La Kimberly fuerte y lógica seguía siendo la Kimberly fuerte y lógica. ¡Oh!, menos mal…

*—Se ajusta a su modus operandi —afirmó el doctor Andrews.*

—¡Maldita sea, ha estado siguiéndome!

Estaba enfadada. La rabia le devolvió el color que necesitaba con desesperación y le enderezó la columna por primera vez en semanas. ¿Cazarla? A ella no la cazarían.

El doctor Andrews estaba estudiándola. Debió gustarle lo que vio, porque asintió con gesto alentador.

—Recuerde lo que decíamos. Tenga curiosidad, póngase en el lugar del depredador. ¿Qué lo mueve?

Ella respiró hondo.

—Los juegos —respondió ella al cabo de un instante—. Le gusta jugar.

—Eso es coherente con lo que sabemos. ¿Qué más?

—No quiere un asesinato rápido. No se trata del asesinato, sino del proceso. Es personal. Quiere que sea personal, íntimo.

—No será un desconocido.

—Pero puede que todavía no lo haya conocido —replicó Kimberly despacio—. Esa sensación de ser observada… Si ya lo hubiera conocido, no tendría que vigilarme desde la distancia; ya

formaría parte de mi vida.

—Reconocimiento —teorizó el doctor Andrews—. ¿Cuándo empezó esa sensación?

—Hace unos meses, así que habrá estado haciendo sus deberes, buscando un resquicio.

—Un nuevo novio —agregó el doctor Andrews.

—Sería demasiado evidente. Ya lo ha hecho, primero con Mandy y luego con mi madre. Aunque subió la apuesta con mi madre: creemos que también se hizo pasar por alguien que recibió uno de los órganos de Mandy.

El doctor Andrews parpadeó sorprendido.

—¡Brillante!

—Se supone que yo soy la lista —murmuró Kimberly con suavidad, pensando todavía en voz alta—. Eso es lo que Mandy y mi madre le dirían. Yo soy la seria, la que siempre ha querido entrar en las fuerzas del orden. La que empezó a practicar artes marciales a los ocho años, a la que le gusta el fútbol americano y las armas… —Su voz se entrecortó, su mente estaba ya estableciendo una conexión con una nueva persona en su vida. Un encantador profesional de las armas que se había unido a su asociación del rifle seis meses atrás, Doug James.

—¿Tiene alguna idea?

—No quiero sacar conclusiones precipitadas.

—Más vale prevenir que curar, señorita Quincy.

Ella esbozó una sonrisa.

—Es el primer tópico que le oigo decir. No sabía que conociera ninguno. Pero queda bien anotado.

El doctor Andrews sonrió.

—Se va, ¿verdad? Supongo que eso es lo que ha venido a decirme. La retirada estratégica es una opción muy válida.

—No sé cuánto tiempo estaré fuera.

—Es comprensible.

—No puedo decirle a dónde voy.

—¿Acaso me ha oído preguntar?

—Debería… Debería buscar otro becario. Quiero decir que lo entendería…

—¿A estas alturas? ¡Bah! Puedo leer mis propias notas, para variar. Me vendría muy bien. ¡Sacar conclusiones obvias! Lo próximo será soñar con el Monumento a Washington y culpar de todo a cuando me enseñaron a ir al baño.

—Doctor Andrews… ¡Gracias!

—Señorita Quincy, ha sido un placer.

Después de eso, ya no había nada más que decir. Kimberly se levantó y le tendió la mano. Al otro lado de la mesa, el doctor Andrews también se levantó y le tendió la suya. Kimberly se sintió conmovida por lo serio que parecía.

—¿Quiere un último consejo? —preguntó él con solemnidad.

—Por supuesto.

—Las fuerzas del orden. Este hombre parece especializarse en identificar la vulnerabilidad de su víctima, lo que ella cree que más necesita o admira. En su caso son las fuerzas del orden. Tiene una confianza y un respeto inherentes por cualquiera que lleve una placa.

—Entendido.

Kimberly vaciló. Era una tontería decir lo que iba a decir a continuación. Pero entonces sintió que debía hacerlo. «Día uno —pensó—. Mi hermana se ha ido, mi madre ha muerto y estoy aprendiendo a cuestionarlo todo». Su mirada se dirigió a la ventana, ya privada de la luz del día. Fuera, el tubo de escape de un coche petardeó, sonando como un disparo en las abarrotadas calles.

—Doctor Andrews —expresó en voz baja—. Si sucediera algo, ¿podría decirle una cosa a mi padre de mi parte? Dígale que la última persona a la que vi esta tarde fue un instructor recién contratado en mi club de tiro. Dígale que conocí a un hombre llamado Doug James.

# 21

**Oficina de William Zane, Virginia**

—Quiero un nombre.

—El anonimato es la base espiritual de Alcohólicos Anónimos, y no proporcionamos ese tipo de información.

—Bien. Olvídese del nombre, seguro que es solo un alias de todos modos. Quiero una descripción.

—Y vuelvo a decirle que el anonimato es la base espiritual de Alcohólicos Anónimos. No proporcionamos ese tipo de información.

—Señor Zane, esto es una investigación de homicidio. O me da la información ahora, de forma discreta, o a la policía más tarde como parte de una investigación oficial que se comunicará a la prensa. Ahora, ¿quiere proporcionar la descripción de un hombre como un intercambio privado entre usted y yo, o quiere que se corra la voz de que algún asesino psicópata está utilizando las reuniones de Alcohólicos Anónimos para seleccionar a sus víctimas?

William Zane, presidente del grupo local de Alcohólicos Anónimos de Mandy, por fin dudó. Era un tipo corpulento, de metro ochenta y cinco, y más de cien kilos. Llevaba un traje que gritaba «banquero de inversiones» y se comportaba de una manera que sugería que estaba acostumbrado a que la gente hiciera justo lo que él decía. Rainie supuso que tenía al menos tres exmujeres y una tremenda adicción a la cocaína en algún momento de su pasado. En teoría, ya estaba limpio y dirigía las reuniones de Alcohólicos Anónimos de forma impecable. Algún día se aseguraría de enviarle una tarjeta de felicitación para darle la enhorabuena por ser un ser humano tan bien reformado. Por el momento, sin embargo, solo quería el nombre y la descripción del «amigo» de Amanda de las reuniones de Alcohólicos Anónimos.

Eran las seis de la tarde del jueves, a casi doce horas de la partida hacia la relativa seguridad de Portland, y sin motivo concreto, Rainie estaba cada vez más preocupada por Kimberly. En otras palabras, no le apetecía perder el tiempo.

William Zane suspiró. Había accedido a ver a Rainie al enterarse de que el accidente de coche de Amanda Quincy se había reabierto como investigación de asesinato. En ese momento quedó claro que se arrepentía de su decisión. Se levantó de la silla de su elegante despacho, se acercó a la puerta y la cerró con fuerza.

—Tiene que entender lo que está pidiendo —puntualizó—. La clave de la eficacia de Alcohólicos Anónimos es su sencillo principio operativo: ofrecemos apoyo confidencial a

cualquiera que desee dejar de beber. No estamos obligados a los tribunales, a la policía, ni a nadie. Somos una organización de apoyo a la igualdad de oportunidades. Y, para mucha gente, somos el único salvavidas que tienen.

—Amanda ya no necesita un salvavidas.

—No está preguntando por Amanda. Usted está preguntando por los miembros actuales.

Entonces fue Rainie la que suspiró.

—Esta es la cuestión, señor Zane. Yo soy miembro de Alcohólicos Anónimos. Confieso que no habría asistido a mi primera reunión si no hubiera sido anónima, y no habría seguido asistiendo a las reuniones después de convertirme en policía si no hubiera sido anónima. Así que, de hecho, entiendo su punto de vista. Pero este hombre asesinó a Amanda Quincy. Preparó un escenario en el que su cara se estrellaba contra un parabrisas a sesenta kilómetros por hora. Y luego está lo que le hizo a su madre. ¿Le gustaría ver las fotos de la escena del crimen?

—No, no, no, no. —El señor Zane sacudió con fuerza sus manos blancas como la nieve y consiguió ponerse aún más pálido. A la imagen de las tres exmujeres, Rainie añadió la de él paseándose delante de la sala de partos con una caja de habanos. Se preguntó si alguna vez habría logrado cambiar un pañal.

—Estoy buscando a un asesino, señor Zane —presionó ella—. Si quiere ser un salvavidas, sea un salvavidas para las otras mujeres que están condenadas a morir a menos que me ayude a detener a este tipo. Sea un salvavidas para las futuras víctimas. Porque en este momento es la única oportunidad que tengo de encontrar a este tipo.

—Tal vez —comenzó al fin el señor Zane—, de manera extraoficial. De manera muy extraoficial…

—Trato hecho. Siéntese, señor Zane, hablemos.

El señor Zane se sentó tras su gran escritorio y Rainie sacó su cuaderno.

—¿Se acuerda de Amanda Quincy? —preguntó ella.

—Sí, se unió a nuestras reuniones hace casi un año y medio.

—¿La apadrinaba alguien?

—Tenía un padrino. No veo la necesidad de dar su nombre a menos que sea del todo necesario.

—Sí, y aquí tiene una foto de lo que le pasa al cráneo humano cuando golpea el borde de un parabrisas…

—Larry Tanz —reveló el señor Zane—. Es un buen tipo.

—¿Cómo conoció Amanda a Larry Tanz?

—Es el dueño del restaurante donde ella trabajaba. Larry es miembro de Alcohólicos Anónimos desde hace diez años y ha apadrinado a buena parte de su personal durante ese tiempo. —El señor Zane le lanzó una mirada—. Es increíble ver cuántos camareros son borrachos. Y luego están los cocineros…

Rainie puso los ojos en blanco y tomó una nota rápida. «Larry Tanz, gerente donde trabajaba Mandy», lo que significaba, por definición, gerente donde trabajaba Mary Olsen. Resultaba interesante.

—¿Tenían Mandy y el señor Tanz algún otro tipo de relación? Ya sabe, más allá del tipo padrino-apadrinado.

—Nuestro grupo local sugiere que la gente espere al menos un año antes de salir con alguien —aclaró el señor Zane con prontitud—. Como sabe seguro, dejar de beber de golpe es muy difícil. Uno no quiere arriesgarse al estrés adicional que supondría el fin de una relación seria: podría hacer que incluso la persona más fuerte volviera a la botella. Recomendamos no salir con nadie hasta que el iniciado celebre su primer aniversario.

—Suena romántico. ¿Así que Mandy se follaba a Larry o qué?

—No lo creo —respondió el señor Zane con rigidez.

—¿Por qué no?

—Primero, Larry es un buen tipo. Y segundo, aunque se sentía triste y decepcionado por el accidente de Amanda, y tal vez incluso culpable, yo no diría que estuviera devastado. Su muerte le pareció trágica, pero desde luego no le supuso algo muy personal.

—Qué bien por Larry. ¿Qué me dice de alguien más? ¿Alguien de quien se haya hecho amiga en las reuniones?

—Se hizo amiga de mucha gente…

—¿Algunos miembros nuevos que se unieran en la misma época que ella y que parecieran ser amigos muy íntimos?

El señor Zane vaciló. Rainie se quedó mirándolo. Él cogió un pisapapeles grabado con láser, algún recuerdo de unas vacaciones exóticas. Ella lo miró con más intensidad.

—Bueno, había un chico…

—Nombre.

—Ben. Ben Zikka.

—Descríbalo.

—No sé… Era más mayor, cuarenta y muchos o cincuenta y pocos, diría yo. No muy alto, tal vez un metro setenta y algo. Con el cabello castaño y escaso. Tenía algo de barriga y poco gusto para

los trajes… Sin lugar a duda, eran baratos. —El señor Zane se pasó una mano con autoridad por su propia chaqueta hecha a medida—. Creo que dijo que era policía o algo así. No me extrañaría que hubiera comido muchos dónuts.

Rainie frunció el ceño y empezó a morderse el labio inferior. Eso no era lo que ella esperaba.

—¿Un tipo mayor, de aspecto desaliñado? ¿Está seguro de que estaba con Mandy?

—Bastante seguro. Empezaron a salir juntos de las reuniones. En algún momento, me di cuenta de que ya llegaban en el mismo coche.

—Y estamos hablando de la misma Amanda Quincy, ¿verdad? ¿Veintitrés años, delgada, pelo rubio, grandes ojos azules? Si el jugador estrella no salió con ella en el instituto, no fue por falta de ganas.

—Era guapa —añadió el señor Zane con más entusiasmo.

A Rainie empezaba a dolerle la cabeza.

—¿Está seguro de que Zikka y Amanda eran pareja?

—No lo sé. Ha preguntado por los nuevos miembros de los que se hubiera hecho amiga, y él era el nuevo miembro de quien se hizo amiga. Sin embargo, a decir verdad, solo vino los primeros meses. Después dejó de venir. Ella continuó asistiendo unas cuantas veces más, pero cada vez más espaciadas. Larry Tanz iba a llamarla para preguntar qué ocurría, y entonces tuvo el accidente.

—Así que viene a Alcohólicos Anónimos, conoce a este tipo, y poco a poco se aleja.

—Sí. —El señor Zane se encogió de hombros—. Al principio suele ser así. Es duro admitir que eres alcohólico. Mantenerse sobrio resulta aún más difícil. La mayoría de nuestros miembros acaban empezando y dejándolo unas cuantas veces antes de afianzarse.

—¿Había alguien más en esta reunión que pareciera conocer a Mandy? Digamos, ¿alguien de un metro ochenta, bien vestido, de complexión delgada, de unos cuarenta o cincuenta años? —Rainie estaba utilizando la declaración que la vecina de Bethie hizo a la policía, en la que afirmaba haber visto a alguien parecido a Quincy entrar en el adosado. Pero el señor Zane negó con la cabeza.

—¿Está seguro? —insistió.

—No ha estado en una reunión de Alcohólicos Anónimos últimamente, ¿verdad, señorita Conner? Uno se pasa media vida consumiendo alcohol y drogas y no suele ser de los que visten bien ni son de constitución esbelta. Quizá una estrella de Hollywood pueda lograrlo, pero el resto hemos abusado de nosotros mismos y se nos nota. Incluso Amanda Quincy estaba volviéndose más ruda.

Rainie volvió a fruncir el ceño. Un nombre y una descripción después, estaba más confusa que

cuando empezó. Estudió al bueno de William Zane. Sus ojos tenían una expresión clara y sostenía la mirada. ¡Joder!, justo cuando esperabas que alguien estuviera mintiéndote, va y te dice la verdad.

Rainie echó un vistazo al reloj. Solo quedaban diez horas y aún tenía dos paradas más que realizar. Se levantó, estrechó la mano de Zane e intentó no tomarse demasiado a pecho el evidente alivio de él por su marcha.

En la puerta, sin embargo, le asaltó una última pregunta.

—En sus reuniones… —comenzó—, hablan de cosas muy personales, ¿verdad?

—Sí.

—¿De qué hablaba Mandy?

Él vaciló.

—Las fotos de la escena del crimen, señor Zane. El crimen… La escena…. Las fotos…

—Mandy tenía problemas de autoestima. Mandy… tenía muchos problemas de autoestima. Hablaba de lo famoso que era su padre, hablaba de lo guapa que era su madre, hablaba de lo inteligente que era su hermana y hablaba de… Pongámoslo así, a menudo se categorizaba a sí misma como una rubia de usar y tirar.

—¿Una «rubia de usar y tirar»?

—Mandy tenía una obsesión con la violencia, señorita Conner. Le gustaba ver películas de terror y leer novelas de crímenes reales. Contó al grupo que, cuando era más joven, solía colarse en el despacho de su padre y ojear sus libros de texto sobre homicidios, incluso leía los expedientes de sus casos. La aterrorizaban, y aun así regresaba para leer más. No era algo saludable, no era un tema de enfrentarse a sus propios miedos. Lo hacía para castigarse a sí misma. La mayoría de nosotros, cuando vemos películas de terror o leemos novelas de misterio, nos identificamos con quien resuelve los crímenes, pero Mandy no. Ella se identificaba con las víctimas guapas, rubias y de ojos azules. Rubias de usar y tirar, señorita Conner. Mujeres hermosas que existen solo para que el asesino trastornado las ataque primero.

Rainie seguía conmocionada cuando entró en el pequeño edificio comercial que albergaba la oficina de Phil de Beers. El cielo se cubrió de nubes y el aire crepitaba de electricidad. Tenía que haber una luna casi llena en alguna parte, pero la noche había adquirido una sensación densa y sofocante. Hasta los grillos se habían callado.

Salió del coche encorvada y nerviosa, dispuesta a disparar primero y preguntar después. Eran las nueve de la noche. Kimberly debería estar de vuelta en la relativa seguridad de su apartamento. Seguro que Quincy habría resuelto las cosas con su jefe, en Quantico, y en ese momento estaría regresando a Nueva York. Rainie solo tenía que terminar dos últimas tareas y luego sería su

turno.

En lugar de eso, se detuvo en medio del aparcamiento vacío y buscó en las oscuras profundidades algo que no fue capaz de nombrar. Más allá de su campo de visión, podía oír el zumbido de los coches de la lejana autopista. Cuatro farolas hacían rebotar charcos de luz en el brillante asfalto negro. Le llegó el aroma de las madreselvas y las moras, dulce y espeso.

—¿Qué tal, señorita? —saludó alguien en tono informal.

Ella se sobresaltó y se giró, llevándose ya la mano derecha a su Glock.

Phil de Beers, que era la viva imagen de su foto de Internet, se encontraba de pie en la puerta del edificio mientras la miraba con curiosidad.

—¿Quieres pasar? —preguntó con amabilidad.

Ella sintió un violento escalofrío y asintió con la cabeza.

—He preparado café —le dijo un momento después mientras le hacía un gesto para que entrara en el edificio—. No sé qué tienen las tormentas eléctricas, Dios sabe que generan tanta humedad como para ahogar a una rata, pero siempre me hacen sentir la necesidad de tomar una buena bebida caliente… o un whisky. Pero, como se trata de una visita profesional, pensé que debía limitarme a café.

—¡Qué lástima! —se lamentó Rainie, y se ganó una amplia y relampagueante sonrisa del pequeño hombre negro, que iba vestido de forma impecable.

—*Me has pillado. Tengo un whisky Sour Mash añejo estupendo.*…

—Genial —respondió con gesto sombrío—, pero soy alcohólica. Tomaré solo el café.

—¡Qué lástima! —repitió él con solemnidad, y ella decidió que le caía muy bien.

Primero fueron a la pequeña cocina que compartían todos los clientes del edificio. Phil aromatizó su café con una delicada bruma de whisky. Rainie echó tanta crema y azúcar en el suyo que el investigador privado se echó a reír.

—Veo algunos problemas de dependencia —comentó.

—El azúcar y la grasa son drogas aceptadas por la sociedad.

—Y las llevas muy bien —le aseguró, realizando un descarado repaso de su figura antes de guiarla hasta su despacho. Se sentó detrás de su escritorio, en un sillón de cuero rojo absolutamente pecaminoso. Eso dejaba libre una vieja silla de cocina, dura y desvencijada, que supuso que estaba diseñada para desalentar a las visitas prolongadas.

Phil levantó un pequeño plato de cristal.

—¿M&M›s? —Rainie negó con la cabeza. Él cogió un buen puñado—. Yo también tengo

algunos problemas de dependencia —admitió con voz alegre, y masticó los dulces mientras ella terminaba de hacer inventario de su despacho.

*El espacio no era grande pero sí adecuado. En una de las paredes había dos hileras de estanterías con gruesos volúmenes de Legislación Estatal de Virginia y montones de revistas. La otra pared exhibía una galería de láminas enmarcadas, un diploma de la academia de policía de Virginia y diversas fotos en blanco y negro que mostraban a De Beers con varios hombres trajeados. «Seguro que son hombres trajeados importantes», pensó Rainie, pero en ese momento solo estaba haciendo gala de sus dotes de razonamiento deductivo.*

—¿Es alguna una persona importante? —preguntó, eligiendo una foto al azar.

—El director Freeh —respondió él.

—¿Director Freeh?

De Beers le dedicó una amplia sonrisa.

—El jefe del FBI.

*—¡Ah, sí!, ese director Freeh. —Rainie cerró la boca y se bebió su café. Habría estado mejor con whisky.*

—Bueno —comenzó De Beers—, he estado vigilando a Mary Olsen como me pediste. Vaya mujer más aburrida. No ha salido de su casa ni ayer ni hoy.

—Eso no ayuda mucho.

—No, pero tengo un contacto en la compañía telefónica. Conseguiré sus registros de llamadas y les daré una vuelta. Si has puesto nerviosa a esa chica, seguro que no estará pasando el tiempo solo viendo la tele.

—Está llamando a gente.

—¡Ahí lo tienes! Puedo conseguir nombres, números y direcciones. Entonces, ¿qué quieres que haga?

—Envíame por fax los números de teléfono y los nombres de las personas a las que más ha llamado. Conozco a un policía estatal que puede comprobarlos.

—A mí no me importa hacerlo.

—Quiero que te centres en Mary, por si las llamadas telefónicas terminan no siendo suficiente. Ah, y aquí tengo un nuevo nombre, Larry Tanz. Se supone que es el dueño del restaurante donde trabajaba Mary Olsen y donde trabajó Amanda Quincy hasta el momento de su muerte. Siento curiosidad por saber si de repente hizo alguna visita personal a su antigua empleada.

—A larga distancia, solo puede consolarse a una mujer asustada durante cierto tiempo…

—Desde luego. —Rainie vaciló—. Llevas arma encima, ¿verdad? ¿Todo el tiempo? ¿De manera constante?

De Beers la miró.

—Ahora es cuando me entra esa sensación de preocupación.

—Tenemos pruebas de que la hija de mi cliente no murió en un accidente de automóvil como se informó en un principio —le comunicó Rainie—. Fue un asesinato. Luego, anoche, en Filadelfia… Lo más probable es que el mismo hombre asesinara a la exmujer de mi cliente, de forma salvaje.

De Beers arqueó una ceja y se levantó. Encontró un periódico doblado en la estantería lateral. Lo dejó encima del escritorio para que Rainie pudiera ver el titular. «La casa de los horrores de la alta sociedad». Algún fotógrafo emprendedor había conseguido una foto de la escena del crimen del pasillo y sus interminables hileras de huellas de manos ensangrentadas.

—Yo definiría esto como salvaje —añadió De Beers.

—Es justo ese.

—Aquí dice que era la exmujer de un agente del FBI. Lo que significa que tu cliente…

—Ya veo por qué has tenido éxito como investigador privado.

De Beers volvió a sentarse y estudió el rostro de Rainie.

—Déjame recapitular, cariño. ¿Quieres que siga a una mujer que, con suerte, se verá con un hombre cuyo pasatiempo actual es enfrentarse al Buró Federal de «Intimidación» y asesinar a sus seres queridos?

—Solo los seres queridos de un hombre. Es personal.

—¿Personal? —Su mirada se desvió hacia la horripilante foto del periódico—. ¡Por Dios!, estás hablándome de un psicópata con pelotas de acero.

—Antes de darle una patada, asegúrate de llevar botas de combate.

—Ojalá me hubieras dicho ayer que tenía que llevar kriptonita —respondió De Beers después de lanzar un suspiro.

Ella se encogió de hombros.

—He estado ocupada.

De Beers volvió a suspirar.

—De acuerdo. Parece que voy a tener que sacar mi TEC-DC9 y dejar mi calibre 38 especial como refuerzo. ¿Algo más que puedas decirme sobre el mayor desgraciado de la ciudad?

¿Nombre, edad, descripción?

Rainie sacó su cuaderno.

—Tenemos registrados dos alias. Tristan Shandling, usado recientemente en Filadelfia para acercarse a Elizabeth Quincy, y después, el nombre de Ben Zikka, utilizado hace unos veinte meses aquí, en Virginia, para acercarse a Amanda Quincy. Aún no he investigado a Ben Zikka, pero el nombre de Tristan Shandling no estaba registrado. Supimos que era un alias en cuanto intentamos pasarlo por el sistema.

—Yo creía que un hombre que se enfrenta a un federal era más cuidadoso.

—Usa los alias para acercarse a mujeres fuera de las fuerzas del orden. ¿Qué mujer normal se molesta en hacer algo como un control de seguridad rutinario?

De Beers asintió con la cabeza.

—Eso me facilita la vida. Conseguiré una lista de nombres de las llamadas telefónicas y averiguaré cuáles pasan el escrutinio. Luego tú envías las que no lo resisten a la policía estatal.

A Rainie le asaltó otro pensamiento.

—En realidad, para conseguir una cuenta con la compañía telefónica, el tipo habrá tenido que documentar el nombre, y sabemos de un DNI del que ha hecho uso.

—¿Y el nombre es?

—El del agente del FBI, Pierce Quincy.

De Beers la miró. Ella esbozó una sonrisa tensa.

—Robó la identidad de mi cliente. Nadie se dio cuenta hasta hace dos días. El Buró tiene todo un equipo trabajando en el caso, pero dado el asesinato en Filadelfia… la investigación del fraude seguro que se les está escapando por el momento.

—Pelotas de acero —murmuró De Beers—. Qué pelotas de acero. Bueno, volvamos a lo que sabemos. ¿Descripción del sujeto?

—Tengo dos y no coinciden.

—Era de esperar.

—A Ben Zikka, bebedor en recuperación desde hace veinte meses, lo han descrito como de metro setenta y algo, con sobrepeso, medio calvo y desaliñado. Según miembros de Alcohólicos Anónimos, Zikka afirmaba tener algún tipo de vínculo con las fuerzas del orden. Esta información solo tiene dos horas, así que no he llegado muy lejos con ella.

—¿La otra descripción?

—Proviene de Filadelfia, donde utilizó el nombre de Tristan Shandling. Según una testigo, es alto, fornido y viste de forma elegante. De hecho, se parece mucho a un agente del FBI. Al menos la edad coincide, entre los cuarenta y muchos y los cincuenta y pocos.

—Entonces, estoy buscando un hombre blanco de mediana edad. ¿Eso es lo que tienes para mí?

Rainie pensó en ello.

—Sí —coincidió—. Eso es todo.

—Bien, ya está. En cuanto divise a un hombre blanco de mediana edad, dispararé a matar. Cariño, me acabas de alegrar el día.

—Lo intento. Escucha, tengo que dejar la ciudad. Puedes localizarme en este número de mi tarjeta de visita, pero voy a estar a cinco mil kilómetros, así que no me consideres como refuerzo. Si te metes en problemas de verdad, llama al agente estatal Vince Amity. Lleva la investigación del accidente de tráfico de Amanda Quincy. Es un buen tipo. Y Phil, no te arriesgues, ¿vale? Solo observa y toma notas. Si Mary se ve con este tipo en persona, no dudes en mantener un perfil muy bajo. Entré en la casa de Filadelfia, y esa foto no muestra ni la mitad de lo que llevó a cabo este tipo.

—¿Qué vas a hacer?

—A mi cliente le queda una hija. Tengo intención de que siga siendo así —contestó Rainie sonriendo.

Dos minutos más tarde, De Beers la observó desde la puerta mientras subía a su coche de alquiler y arrancaba el motor. Ella agradeció su diligencia. Luego salió del aparcamiento y entró en la autopista, rumbo a su motel. El cielo se desgarró y empezó a llover a cántaros mientras los truenos retumbaban en la distancia. Rainie conducía sola a través del torrente, escuchando el rítmico sonido de los limpiaparabrisas y tirando con frecuencia del cinturón de seguridad. La tensión funcionaba.

Eran las diez y cuarto de la noche. Quedaban ocho horas para la salida y, de momento, seguía a salvo.

# 22

**Club de tiro de Kimberly, Nueva Jersey**

—He venido a ver a Doug James.

—Está con un alumno.

—Es instructor mío. Solo necesito hablar con él un segundo…

—¿Quieres dejarle un mensaje?

—No puedo. Tiene que ser en persona. Te juro que solo será un momento.

El adolescente que trabajaba en la recepción le lanzó a Kimberly un suspiro de resignación. Era nuevo ahí, si no, la habría reconocido como una habitual y le habría causado menos problemas. En vez de eso, intentaba ser el nuevo empleado diligente del mes. A Kimberly le temblaban las manos y estaba a punto de perder los nervios. Deseaba que el nuevo empleado diligente realizara con la misma diligencia lo que ella le pedía. De lo contrario, se vería obligada a saltar por encima de la mesa y retorcer su pescuezo de nuevo empleado.

Quizá sus pensamientos se reflejaban en su rostro, porque empezó a mirarla nervioso.

—Síndrome premenstrual —puntualizó ella cortante.

El friki se puso rojo y salió corriendo. Tendría que recordar esa estrategia para el futuro.

«Día uno —pensó de nuevo, avanzando en sus notas mentales—. Me doy cuenta de que incluso yo puedo ser una maníaca homicida».

Cuatro minutos más tarde, Doug James salió de la galería de tiro y entró en el vestíbulo del club. La miró a la cara y Kimberly tuvo que volver a recuperar el aliento. Doug James era guapo, pero no de esa forma clásica y elegante. Ella habría podido intuir algo a través de un apariencia así. En cambio, era mayor, con las canas compartiendo un descarado espacio con el castaño decolorado por el sol. Tenía el rostro curtido y los ojos entrecerrados y muy penetrantes de un hombre que se ha pasado la vida al aire libre, mirando al sol. Algunos días iba bien afeitado, pero al atardecer casi siempre lucía una sombra de barba de tres días, e incluso con la barba canosa mezclada con la oscura se veía atractivo.

No era muy alto, pero tenía una sólida constitución de hombros anchos. Era muy musculoso, y ella solía sentir la firmeza de sus brazos alrededor de los suyos cuando le ajustaba la puntería. Solía sentir la dureza de su pecho cuando le cambiaba la postura. Solía sentir el calor de su

cuerpo, a escasos centímetros del suyo.

También llevaba una alianza de oro en el dedo anular izquierdo. Kimberly lo pensó muchas veces cuando empezó a ser su instructor. Lo consideraba mayor, casado y fuera de su alcance, y eso hacía que ella fuera aún más consciente de cada roce.

«No será un desconocido».

Kimberly pensó en el doctor Andrews y se le revolvió el estómago. Miró a Doug James, el robusto y apuesto Doug James, y sintió que el deseo la invadía de nuevo, aunque su cuerpo estaba inundado de miedo. ¿Era esto lo que su madre sintió por el hombre que la había descuartizado? ¿Y la pobre Mandy?

—Kimberly, ¿cómo puedo ayudarte?

Miró a Doug estupefacta. Abrió la boca, pero no le salía ninguna palabra.

—Lo siento, no quería asustarte —se disculpó él sonriendo.

—Tengo que cancelar todas mis clases —anunció ella.

Se quedó quieto y frunció el ceño. Ella buscó en su mirada algo siniestro, pero solo parecía preocupado, y de algún modo eso la asustó más.

«Se convierte en lo que la víctima quiere», había teorizado el doctor Andrews. Amabilidad, eso era lo que todas las mujeres querían. Alguien que fuera amable.

—Siento oír eso, Kimberly. ¿Va todo bien?

—¿Dónde estabas ayer?

—Estaba enfermo. Perdóname. Intenté localizarte en tu apartamento, pero al parecer ya te habías ido.

—¿Y anoche?

—Estaba en casa, con mi mujer. ¿Por qué lo preguntas?

—Creí haberte visto… en un sitio, en un restaurante.

—No creo, vine solo un rato a recoger unos papeles, pero luego me fui directo a casa.

—¿Con tu mujer?

—Sí.

—¿Cómo se llama?

—Laurie. Kimberly…

—No tenéis hijos, ¿verdad?

—Todavía no.

—¿Cuánto tiempo lleváis casados?

—No me gusta esta conversación, Kimberly. No estoy seguro de lo que está pasando, pero no creo que esto sea apropiado.

—Pensé que éramos amigos. Los amigos pueden hacer preguntas, ¿no? Los amigos pueden hablar.

—Somos amigos, pero no me parece que estés preguntando todo esto de forma amistosa.

—¿Eso te pone nervioso?

—Sí.

—¿Estoy haciendo demasiadas preguntas?

—Creo que sí.

—¿Por qué? ¿Qué intentas ocultar?

Doug James no respondió nada de inmediato. Se quedó mirándola con esos ojos penetrantes, imposibles de leer. Ella le devolvió la mirada centímetro a centímetro, aunque el pulso le temblaba y tenía las manos cerradas en puños a los costados.

—Ahora, voy a volver con mi alumno —anunció despacio.

—No voy a volver.

—Lo siento.

—Me voy de este estado, no podrás encontrarme.

—De acuerdo, Kimberly.

—No soy tan fácil como mi madre.

—Este otro estudiante necesita de verdad mi atención.

—Era una mujer encantadora, ¿lo sabías? Tal vez se crio alejada de la sintonía de la revolución femenina. Quizá debería haber luchado más en su matrimonio, pero nos quería, se esforzaba al máximo y nunca dejó de intentar ser feliz. Incluso cuando era difícil, nunca dejó de intentar ser feliz…

Se le quebró la voz. Estaba llorando. Se quedó de pie en medio del raído vestíbulo, con la vitrina de trofeos, las cabezas de animales disecadas y el sofá hundido, llorando, mientras otros

miembros del club de tiro empezaban a mirarla. Doug James retrocedió despacio y buscó con la mano la puerta que daba a la galería de tiro.

—Echo de menos a mi madre —reconoció Kimberly, y esa vez su voz se sostuvo mientras sus lágrimas cesaban. Se quedó ahí, con los ojos secos, lo que sabía que debía ser peor. Los demás miembros apartaron la mirada. Doug James salió corriendo del vestíbulo.

Al cabo de un momento, se volvió hacia la recepción, donde el nuevo y diligente empleado del mes la miraba con descarado terror.

—¿A qué hora pasó Doug anoche? —preguntó Kimberly.

—A las ocho de la tarde —graznó el chico—. Pasó por la oficina, cogió unos papeles y se fue. Su mujer estaba esperándolo fuera.

—¿La viste?

—Sí.

—¿Qué aspecto tenía?

—Ni por asomo tan guapa como tú —se apresuró a decir el chico, que seguía sin comprender la situación.

Kimberly asintió con lentitud. Su mente seguía intentando encajar las piezas. ¿Qué había dicho la testigo sobre su madre la noche anterior? Su madre y el extraño hombre llegaron juntos a las diez de la noche en un lujoso coche rojo. Según la vecina, su madre había estado fuera todo el día.

—¿La mujer era rubia? ¿De cuarenta y algo, delgada, bien vestida? —preguntó.

El chico frunció el ceño.

—No. La mujer de Doug es morena y ahora está algo gordita. Creo que están esperando un bebe.

—¡Oh!

Estaba claro que no era su madre la que había venido a las ocho. Lo que significaba que podía ser la esposa de Doug James. Y bueno, era posible que estuviera diciendo la verdad y que fuera un auténtico instructor de tiro, felizmente casado y que en ese momento esperaba su primer hijo.

«Día uno, ya no sé qué creer. Día uno, me ha entrado mucho miedo. Día uno… Mandy, siento mucho no haberme dado cuenta antes de cómo debía ser tu vida».

Kimberly salió por la puerta. El aire estaba oscuro como el alquitrán y casi igual de pesado. Eran las nueve y media de la noche. Creyó que iba a caer una tormenta.

**Quantico, Virginia**

Quincy salió de Quantico poco después de las diez de la noche, cuando las primeras gotas de lluvia empezaron a caer sobre su parabrisas. Miró hacia arriba y vio unas nubes tan espesas que ocultaban por completo la luna. El viento soplaba. Iba a formarse una buena tormenta eléctrica, como las de antes. Viró hacia la I-95 cuando el primer rayo iluminó el cielo.

«Ya no queda mucho —se decía a sí mismo—. Ya no queda mucho».

A Everett no le gustó la decisión de Quincy de irse de la ciudad. Exigió una rendición de cuentas total, quería saber dónde se alojaría y con quién estaría en todo momento. No le daba a Quincy el nivel de seguridad que le hubiera gustado, pero no podía decirle al agente especial a cargo que no confiaba en él, no cuando el hombre estaba haciendo todo lo posible por ayudar a Quincy a salvar a su familia y su carrera. Ambos renunciaban a lo que tenían que renunciar. Ninguno de los dos estaba contento. Era el tipo de compromiso habitual.

Quincy había recogido su portátil y había metido una caja de viejos expedientes en su maletero. Aún tenía su 10 milímetros del FBI, que pensaba conservar hasta el amargo final. No se sentía preparado, pero estaba todo lo listo que podía estar.

Ya no quedaba mucho.

El viento aullaba más fuerte en ese momento. Los árboles empezaban a doblarse. Tuvo que reducir la velocidad, pero continuó conduciendo. Eran las diez y media de la noche. Su hija lo necesitaba.

Ya no quedaba mucho.

Miró por el retrovisor unos faros que se acercaban y sintió una increíble sensación de fatalidad.

**Motel 6, Virginia**

*Eran las once menos cuarto de la noche. Rainie corrió desde el coche hasta la entrada de su motel. Llovía a cántaros y el sprint de cuatro segundos la dejó empapada. El encargado nocturno levantó la vista cuando ella entró corriendo por la puerta, salpicando gotas de lluvia y trozos de hojas de árbol que se le habían quedado enganchados en el pelo.*

—Qué noche más horrible —comentó él.

—Qué noche más jo…rrible —se corrigió ella.

Recorrió el pasillo, temblando, mientras la ráfaga del aire acondicionado del motel la atravesaba hasta los huesos. Tenía que coger sus cosas y marcharse. La ducha caliente podía esperar, la cena podía esperar. Toda la atención se centraba en llegar a Nueva York. Quedaban siete horas.

En su habitación, el indicador de mensajes en espera parpadeaba. Lo miró con aprensión. Luego suspiró, se sentó y se dispuso a tomar notas.

Tenía seis llamadas. No estaba mal, teniendo en cuenta que casi nadie conocía ese número. En cuatro no habían dejado mensaje. La quinta era de Carl Mitz:

—Sigo intentando localizar a Lorraine Conner. Tenemos que hablar.

Atribuyó también al ansioso Carl las llamadas sin mensaje, aunque podía estar equivocada. La sexta fue la que más la sorprendió, era de su antiguo compañero de Bakersville, Luke Hayes.

—Rainie, un abogado está llamando por toda la ciudad y está haciendo todo tipo de preguntas sobre ti y tu madre. Se llama Carl Mitz. Pensé que debías saberlo.

Rainie miró el reloj. En ese instante no tenía tiempo para eso. El señor Mitz, en cambio, no parecía dispuesto a echarse atrás. ¡Haciendo preguntas sobre ella y su madre! Todos esos años después, el recuerdo aún le producía escalofríos.

Llamó a Luke a su casa, pero le saltó el contestador.

—Soy Rainie —notificó a la grabadora digital—. Gracias por avisarme. Estoy fuera de la ciudad, pero volveré por la mañana. Hazme un favor, Luke. Concierta una reunión con Mitz, solos tú y él. Después infórmame del lugar y la fecha para poder colarme en la fiesta. Se ha pasado los tres últimos días intentando cazarme como a una alimaña. Es hora de que él y yo tengamos una charla.

Colgó el teléfono. La lluvia resbalaba por su cabello corto y le salpicaba en la camiseta. Vio su reflejo al otro lado de la habitación y se sobresaltó al ver las líneas anchas y pálidas de su rostro y las profundas sombras que ahuecaban sus mejillas humedecidas por la lluvia. Tenía los labios descoloridos y el pelo castaño de punta y alborotado. Pensó que parecía una roquera punk o tal vez la última víctima de un vampiro. Contempló su propio reflejo, sin sentir ningún parentesco con esa mujer desgastada, y casi se quedó sin palabras de puro agotamiento.

Al final, Bethie había luchado, había visto a su agresor y había intentado escapar con desesperación. ¿Qué sentía una mujer en esos últimos momentos? ¿Te permitía la mente el lujo de sentirte traicionada? ¿O el terror era solo físico? ¿Era una cuestión solo de adrenalina y testosterona? ¿De puro instinto animal de luchar, de vivir y de respirar?

Cuando era más joven, solía contemplar a gatos salvajes que acechaban a ratones de campo. El gato atrapaba al ratón con la boca y luego lo soltaba. Luego volvía a cogerlo y a dejarlo ir. Y el ratón chillaba, chillaba y chillaba, primero con un sonido agudo y luego, a medida que avanzaba el juego, cada vez con menos volumen. Hasta que al final, incluso después de ser liberado, el ratón se daba sin duda por vencido y se ponía patas arriba. Morir se convertía en algo preferible a vivir. Quizá era la forma que tenía la naturaleza de apiadarse de los miembros más pequeños de la cadena alimenticia.

Pensó en Mandy, dispuesta a emborracharse de nuevo incluso después de aquellos duros meses de Alcohólicos Anónimos, y luego dispuesta a ponerse al volante sin un cinturón de seguridad en condiciones. Pensó en Bethie y en cómo, tras años de aislamiento, había accedido a permitir que un extraño traspasara el umbral de la puerta de su casa.

Morir se hacía preferible a vivir.

Rainie se bajó de la cama y metió los últimos artículos de aseo en su bolsa. Eran las once de la noche. Quedaban siete horas para el despegue, y dos horas de viaje en coche. «La vida es una batalla —pensó—. Es hora de reincorporarse a la guerra».

*Casa de Quincy, Virginia*

La agente especial Glenda Rodman estaba acurrucada en el suelo, en un rincón de ese despacho con olor a colonia. Fuera aullaba el viento, la lluvia rozaba las ventanas y los árboles golpean unos con otros. Los truenos seguían gruñendo de modo inquietante, pero los relámpagos caían cada vez más lejos.

La alarma había sonado cinco veces, cuando la corriente iba y venía. Al parecer, el sistema de reserva no se había cableado de forma correcta, y cada vez que fallaba la corriente, también lo hacía la alarma. Ya había puesto a la empresa de seguridad en la lista de marcación rápida. El agente especial Montgomery seguía sin aparecer.

Mientras estaba en la cocina, el teléfono empezó a sonar de nuevo y el contestador automático respondió.

—Muerte, muerte, muerte, matar, matar, matar, asesinar, asesinar, asesinar —cantó una voz—. Muerte, muerte, muerte, matar, matar, matar, asesinar, asesinar, asesinar. ¡Eh!, Quincy, revisa tu buzón de voz. He destripado a ese cachorro solo para ti. Muerte, muerte, muerte, matar, matar, matar, asesinar, asesinar, asesinar. Muerte, muerte, muerte, matar, matar, matar, asesinar, asesinar, asesinar. Muerte, muerte, muerte…

Glenda se rodeó las rodillas con los brazos. Se balanceaba de un lado a otro, en el suelo del despacho, mientras se volvía a ir la luz y el sistema de alarma de última generación empezaba a sonar una vez más.

# 23

**Greenwich Village, Nueva York**

—Gas pimienta.

—Gas pimienta.

—¿Armas de fuego? —preguntó Quincy.

—Llevo una Glock del 40 —respondió Rainie—. Aunque tengo que facturar. Los investigadores privados no tienen derecho a portar armas a bordo.

Quincy asintió con la cabeza y se volvió hacia su hija, que estaba de pie junto a su maleta abierta y acababa de entregarle a su padre su bote de gas pimienta.

—Yo también tengo una Glock —confirmó Kimberly, lo que hizo que su padre diera un respingo.

—¿Que tienes qué?

—Ya que voy armada, mejor ir bien armada —respondió ella con seriedad—. En realidad, ¿qué puedes conseguir con una 22?

Quincy arqueó una ceja. Sacó su propia pistola, una Smith & Wesson de 10 milímetros de acero inoxidable, estándar del FBI. La Smith & Wesson tenía capacidad para nueve cartuchos en el cargador, más uno en la recámara. Enganchados a su cinturón, en una funda de cuero marrón, llevaba dos cargadores adicionales, lo que le daba acceso total a treinta cartuchos. La potencia de fuego no sería un problema.

—Ya que soy la única persona en esta estancia autorizada para portar armas de fuego en un avión —informó Quincy—, nos cubriré durante el tránsito. También llevaré el gas pimienta. Por lo demás, terminad de recoger, Thelma y Louise. Cuando aterricemos en Portland, quiero que vayáis armadas en todo momento.

—Tengo que reunirme con Luke Hayes una vez que lleguemos a la ciudad —indicó Rainie—. Puedo preguntarle si alguno de los ayudantes quiere pluriemplearse como guardaespaldas. Eso nos daría más cobertura.

La cara de Kimberly se iluminó ante esta sugerencia, pero Quincy negó con la cabeza.

—Demasiado llamativo. Además, no creo que los guardaespaldas nos hagan ningún bien. No va

a atacar a larga distancia. Los tiroteos desde vehículos o los disparos de francotirador no son su estilo. Creará una treta elaborada, algo para acercarse. Los guardaespaldas no pueden protegerte cuando eres tú quien permite que el sudes entre por la puerta principal.

—El doctor Andrews me dijo que será alguien que conozco —manifestó Kimberly en voz baja —. Que el hombre… el sudes trabaja identificando lo que la víctima necesita o quiere. Mandy siempre quiso que alguien cuidara de ella. Mamá quería a Mandy. Yo… Tengo una confianza instintiva en cualquiera que lleve una placa.

Quincy había estado doblando una de las camisas de su hija. En ese instante sus manos se detuvieron. Bajó la vista hacia el top de rayas azules y blancas como si no lo mirase.

—Kimberly…

—No es culpa tuya, papá. No es culpa tuya.

Quincy terminó asintiendo, aunque tanto Rainie como Kimberly se dieron cuenta de que no la creía. Terminó de colocar la camisa en la bolsa de lona individual. Era poco después de la una de la madrugada. Ninguno de ellos había dormido mucho en los últimos dos días y estaban ayudándose de una lista para mantener sus mentes funcionando a través de una neblina de privación de sueño.

—¿Qué es lo siguiente? —preguntó Quincy.

—Artículos de tocador —anunció Kimberly; entró en el cuarto de baño y, un momento después, se oyó el estrépito del botiquín cuando empezó a arrojar cosas dentro de una bolsa impermeable.

—¿Te reuniste con el investigador privado? —preguntó Quincy a Rainie en voz baja, con la mirada fija en la puerta abierta del baño.

—Sí. No tenía nada. ¿Y tú?

—Todavía no han recibido noticias de la nota. Era una escena del crimen amplia; los técnicos tardarán varios días en procesarlo todo. Si tengo suerte, no se pondrán con la nota hasta el final.

—¿Cómo es posible que tenga tu caligrafía? Tú no la has escrito.

—No lo sé, pero es mi letra. Los bucles, la inclinación, los puntos sobre las íes… Está claro que ha estado practicando.

—¿No hay forma de saber que es una falsificación? ¿Marcas de vacilación, algo así?

—Depende de lo bueno que sea él y de lo bueno que sea el perito calígrafo. Para ser sincero, dudo que la falsificación sea perfecta, pero también dudo que eso me ayude al final. Todo lo que el sudes necesita es un informe inicial de que la letra parece ser mía. El Buró llevará a cabo un seguimiento, pero para entonces yo también habré sido detenido, desarmado y desacreditado. Este sudes no solo es inteligente, además es eficiente. Sabe hasta qué punto puede ser mediocre y aun así realizar el trabajo. De un modo perverso, lo admiro.

Kimberly volvió al dormitorio y metió la bolsa de plástico en la maleta.

—¿Qué es lo siguiente?

No les quedaba nada de la lista. Cerraron las cremalleras de la pequeña colección de bolsas y las apilaron junto a la puerta. En tres horas, los tres se irían, con Rainie al volante, al aeropuerto JFK, donde devolverían su coche de alquiler y embarcarían en el vuelo de las seis de la mañana a Portland. Fuera, la tormenta seguía rugiendo, y de vez en cuando Quincy miraba nervioso hacia la ventana. Rainie sabía que no le importaban ni los truenos ni los relámpagos, sin embargo, estaba muy preocupado por un posible retraso del vuelo.

Se apiñaron alrededor de la pequeña mesa de la cocina. Kimberly volvió a rellenar las tazas de café, aunque ya estaban nerviosos de tanta cafeína. Bobby, el compañero de piso, se había ido. Quincy había sugerido que quizá tampoco era seguro que él se quedara en el apartamento, y pudiendo elegir entre estar aterrorizado por cada sonido que oyera en la vivienda o disponer de sexo ilimitado en casa de su novia, Bobby decidió irse a casa de ella. Bobby era un chico listo.

Rainie bebió más café, rodeando con las manos la taza humeante. Se había quedado fría al andar por ahí con la ropa mojada, y ya con nada de lo que hacía lograba entrar en calor.

—¿Qué más te dijo el doctor Andrews? —preguntó por fin a Kimberly.

La joven se encogió de hombros. Rainie pensó que estaba aguantando muy bien. Estaba pálida y nerviosa, pero se mantenía funcional. Rainie supuso que todos habían llegado al límite en el que, o seguías moviéndote, o te derrumbabas por completo. Morir no era preferible a vivir, así que seguían adelante.

—Me… Me dijo que debía decirte algo —respondió Kimberly de pronto. Su mirada se desvió hacia su padre, antes de fijarse de nuevo en su taza de café—. Yo, bueno… Hace unos meses, empecé a tener lo que creía que eran ataques de ansiedad. Sentía como si alguien estuviera observándome. Se me ponía la carne de gallina, me costaba respirar, se me erizaba el vello de la nuca.

Quincy dejó su taza con fuerza sobre la vieja mesa. El café caliente se derramó por los bordes.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—En ese momento, pensé que estaba relacionado con el estrés, por lo ocurrido con Mandy, y que he estado soportando una pesada carga de cursos, más las prácticas… No importa. Lo principal es que te lo digo ahora y que quizá no estaba todo en mi cabeza, tal vez todo no fue todo causado por el estrés…

—Te ha estado espiando —afirmó Quincy de manera rotunda—. ¡Un hombre ha estado acosando a mi hija y ni siquiera me lo dijiste!

—¡Llevo gas pimienta! Presto atención a las personas que me rodean y hago contacto visual. No puedes cogerme de la mano, papá, y no siempre podrás protegerme…

—¡Y una mierda! Es mi trabajo y ¿para qué han servido todos estos años de formación si no puedo proteger a mi propia familia?

—Ningún padre puede proteger a su familia. Todos los hijos crecemos. Es lo que hacemos.

—Soy un profesional…

—Eres humano, como todos los demás padres.

—Deberías haberme contado…

—Bueno, soy humana, como todas las demás hijas.

—¡Maldita sea, estoy harto de esto! —rugió Quincy.

—¡Bien, yo también! —gritó su hija de vuelta—. Así que atrapemos a este hijo de puta para que pueda volver a mis clases y terminar mi carrera. Entonces me uniré a las fuerzas del orden, descuidaré a mi propia familia, ¡y el ciclo estará completo!

Quincy apretó los labios hasta formar una delgada línea. Abrió la boca y la cerró. Abrió la boca y la volvió a cerrar. Al final, cogió su taza de café y se quedó mirando la ventana salpicada por la lluvia.

—¿Sabéis? —intervino Rainie—, estos momentos familiares son muy conmovedores.

—Puede que tenga una pista —anunció Quincy treinta minutos después.

El reloj marcaba las dos. Por algún acuerdo tácito, parecía que ninguno de ellos iba a irse la cama. La 10 milímetros de Quincy estaba sobre la mesa de la cocina para tenerla al alcance. Habían bajado todas las persianas y atenuado las luces del techo para evitar que sus siluetas se reflejaran en las cortinas. La tormenta seguía arreciando. Habían mirado una vez el canal del tiempo, que les había informado de que todo se despejaría por la mañana. En su estado de ánimo actual, Rainie no estaba segura de que ninguno de ellos lo creyera.

—¿Qué has averiguado? —preguntó a Quincy.

Kimberly ya no mantenía contacto visual con su padre. Rainie consideró que a todos les vendría bien descansar.

—Un agente que trabaja en este caso, Albert Montgomery, tiene algo contra mí. Trabajó primero en el caso Sánchez, pero metió la pata y el FBI me pasó la misión a mí.

—¿Cuál fue el caso Sánchez? —preguntó Kimberly.

—Hace quince años, en California, Sánchez y su primo se dedicaban a asesinar a jóvenes prostitutas. A ocho. Algunas veces… retenían a las chicas durante un tiempo.

—¡Oh! —exclamó Kimberly—. Las cintas de casete.

—¿Las escuchaste?

Kimberly se encogió de hombros.

—Fue Mandy. Estaba obsesionada con tu trabajo. Cuando te ibas…

—¡Oh, por el amor de Dios…!

—Entonces —intervino Rainie, en su nuevo papel de pacificadora—, Montgomery está en el caso, pero no de tu parte.

Quincy se volvió hacia ella. Tenía la mirada ardiente y el rostro demacrado.

—En opinión de Montgomery, mi éxito con el caso Sánchez hizo que sus propios fallos fueran aún más evidentes. Digamos que, cuando por fin lleguen los informes de las supuestas «pruebas» de Filadelfia, yo no contaré con su apoyo. De hecho, estoy casi seguro de que será el primero en encabezar el linchamiento.

—No tenemos mucho tiempo —susurró Kimberly.

—No —coincidió Quincy sin rodeos—. Le doy tres días. Después llegará la primera oleada de informes de laboratorio y Everett me llamará. Es lo que hay.

—Bien —manifestó Rainie con energía—. Sigamos concentrados entonces. Yo también he conseguido avanzar hoy. Me reuní con el presidente del grupo local de Alcohólicos Anónimos de Mandy, William Zane. Me confirmó que se hizo amiga de alguien en las reuniones, pero el hombre no se parece en nada a lo que yo esperaba: lo describió como de metro setenta y algo, medio calvo, con sobrepeso y con tendencia a llevar trajes desaliñados.

—Creía que la vecina de mamá informó de sobre un tipo alto, bien vestido y atractivo —intervino Kimberly.

—En efecto, pero lo vieron con veinte meses de diferencia, lo que podría significar que el hombre tiene la capacidad de cambiar su apariencia de manera drástica.

—Ted Bundy era famoso por cambiar su aspecto —informó Quincy—. Muchas veces, su peso fluctuaba más de quince kilos, lo que cambiaba la impresión que se tenía de su rostro, y también de su estatura: las personas más pesadas suelen parecer más bajas. Luego tenemos a Jim Beckett, que persiguió a sus víctimas y eludió a la policía durante más de un año alterando de manera significativa su apariencia. Se metía relleno por el cuerpo y las mejillas, y cosas por el estilo, para cambiar los contornos de su constitución.

—Así que una conclusión sería que este tipo es un maestro del disfraz —agregó Rainie—. La segunda es que es paciente. Veinte meses de diferencia… no es alguien que comete un acto precipitado o aleatorio.

—Ha estado tramando esto durante bastante tiempo —coincidió él.

—Cuando lleguemos a Portland, os registro a los dos en una habitación de hotel bajo un alias, y luego pasamos al ataque. Tengo al agente Amity reabriendo la investigación del accidente de Mandy. El investigador Phil de Beers está siguiendo a Mary Olsen y debería tener noticias para nosotros en breve. Aunque no confiemos en Montgomery, Everett parece estar de tu lado, Quincy, y la agente especial Rodman parece saber lo que hace. Podría ayudar a conectar los puntos desde dentro.

—Nos sentamos —murmuró Kimberly—, esperamos y nos preguntamos dónde atacará la próxima vez.

—Ahora tenemos ventaja —rebatió Rainie con firmeza—. Él tenía ventaja con Mandy porque fue su primera víctima. Continuó su ventaja con Bethie, porque no éramos conscientes. Ahora lo sabemos. Y justo dentro de —miró su reloj— tres horas, estaremos fuera de la zona de combate. Por fin estaremos un paso por delante.

Kimberly y Quincy asintieron tensos. Rainie volvió a sus notas.

—Bueno, tengo otra persona a la que debemos perseguir. Según el presidente de Alcohólicos Anónimos, el padrino de Mandy en las reuniones era su jefe. Larry Tanz era el dueño del restaurante donde trabajaban ella y Mary. Ahora bien, no sé nada del señor Tanz, pero dado el extraño comportamiento de Mary y el hecho de que él conoce tanto a Mary como a Mandy…

—Vale la pena considerarlo —añadió Quincy.

*—Le dije a mi nuevo gran amigo Phil de Beers que lo investigara. ¿Sabes? —añadió con voz seria—, se toma el café con whisky Sour Mash. Creo que mi costumbre de colmar el mío con crema y azúcar ahora me parece bastante respetable.*

Quincy y Kimberly pusieron los ojos en blanco al mismo tiempo. Al hacerlo parecieron de verdad padre e hija. Era curioso.

Rainie pasó la página de su cuaderno.

—Por último, tengo los dos alias que el sudes ha utilizado hasta ahora. Utilizó el de Tristan Shandling en Filadelfia. Deberíamos buscarlo en una base de datos de nombres de tus casos anteriores, Quince, para ver si te suena de algo. Luego, hace veinte meses, en Virginia, utilizó el nombre de Ben Zikka para acercarse a Mandy en su reunión de Alcohólicos Anónimos.

—¡¿Qué?! —exclamó Quincy de repente.

—Ben Zikka —repitió ella—. El nombre de Ben Zik…

—¡No! Hijo de puta. ¡No, no, no!

Quincy se levantó de la mesa. Cogió el teléfono inalámbrico, lo manoseó un momento y luego lo agarró con fuerza. Tenía los nudillos blancos. Rainie ni siquiera reconocía su rostro. Algo malo

había ocurrido, pero ella no entendía qué era. Miró a Kimberly y vio que la cara de la chica se había puesto blanca como la pared.

—El abuelo —susurró Kimberly.

Rainie cerró los ojos. Ninguno de ellos había pensado siquiera en el padre de Quincy. Era un anciano enfermo, aquejado de alzhéimer, que estaba recluido en una residencia de ancianos.

—¡Oh, no…!

—¡Con la residencia de ancianos Shady Acres! —ladró Quincy al teléfono—. ¡Páseme! —Y un momento después—: Abraham Quincy, por favor. ¿Cómo que no está? Por supuesto que está ahí, requiere atención médica continua. ¿Que su hijo lo ha recogido? Su hijo, Pierce Quincy, ha ido a recogerlo esta tarde. Claro, le pidieron que mostrara su identificación. Claro, tenía carnet de conducir. Su hijo, Pierce Quincy…

Una horrible quietud se había apoderado del rostro de Quincy. Rainie se quedó inmóvil. «Ve hacia él —pensó—. Tócalo». Pero sabía que no podía, sabía que Kimberly no podía. Porque estaban contemplando a un hombre en la agonía de algo terrible y solo acababa de empezar.

Cortó la llamada y fue deslizando el auricular, acunándolo contra su cuello como si el receptor de plástico fuera algo especial.

—Ben Zikka era el mejor amigo de mi padre —murmuró Quincy—. Crecieron juntos, fueron juntos a la guerra. Él solía contar historias…

Kimberly y Rainie permanecieron en silencio.

—Es un anciano —susurró Quincy—. Tiene setenta y cinco años, y ni siquiera puede acordarse de orinar en un inodoro, ¡por el amor de Dios! Está enfermo, se asusta con facilidad. No reconoce su propio reflejo, no sabe que tiene un hijo. Ni siquiera recuerda el nombre de Pierce Quincy.

Kimberly y Rainie no decían ni una palabra.

—Trabajó duro toda su vida. Construyó una granja, crio a un hijo, me ayudó a pagar la universidad cuando el dinero escaseaba. Nunca quiso siquiera un gracias, lo hizo porque él era así. Setenta y cinco años, está en la etapa en la que merece morir con dignidad.

—Quincy…

—¡Ni siquiera sabe que tiene un hijo! ¿Cómo puede ese hombre matarlo? Ni siquiera recuerda que existo. ¡Maldita sea, maldita sea, maldita sea!

Tiró el auricular del teléfono al suelo. Se rompió en pedazos, pero no fue suficiente. Cogió una silla y la estrelló contra la estufa. Tiró la cafetera al fregadero. Volcó la mesa con un rugido.

—Papá…

—No puedo irme, tengo que quedarme. Podría estar vivo, nunca se sabe. No puedo dejarlo, es mi padre y ni siquiera sabe que tiene un hijo. Va a ser torturado y asesinado y, ¡oh, Dios!, ¿viste lo que ese monstruo le hizo a Bethie? Y él es solo un viejo enfermo que ni siquiera sabe que tiene un hijo. ¡Dios santo!, Rainie, ni siquiera sabe que tiene un hijo…

—Vienes a Portland.

—¡NO!

—Te vienes a Portland, Quincy. No dejaremos que te quedes. Es justo lo que este psicópata quiere.

—Mi padre…

—Quincy, está muerto. Lo siento mucho, pero está muerto. Sabes que está muerto. Lo siento mucho…

A Quincy se le doblaron las rodillas. Se dejó caer al suelo, rodeado de cristales y madera y trozos del plástico del teléfono. Se dejó caer al suelo y miró a Rainie con una expresión que ella esperaba no tener que volver a ver.

—Mi padre —susurró—. Mi padre…

—Papá, tengo miedo. Por favor, papá, te necesito.

Quincy se volvió hacia su hija. Kimberly había empezado a llorar. Transcurrió un segundo. Rainie no sabía en qué estaba pensando él. ¿Miraba a su hija y veía rastros de su pasado, que se desvanecía con rapidez? ¿O miraba a su niña asustada y afligida y veía un futuro que aún podría suceder?

Quincy abrió los brazos, y Kimberly voló a ellos.

—Todo va a salir bien, Kimmy —murmuró Quincy—. Te prometo que todo va a salir bien.

Luego cerró los ojos, y Rainie supo por qué. No quería que ninguna de ellas viera que acababa de decir una mentira.

# 24

**Aeropuerto Internacional JFK, Nueva York**

El viernes por la mañana, a las cinco y treinta y cinco, hora estándar de la costa este, embarcaron en el primer vuelo con destino a Portland, Oregón, orgullosos propietarios de tres billetes pagados en metálico el día anterior. Mostraron su identificación para recoger los billetes y Quincy utilizó el poder de sus credenciales del FBI para conseguir que la mujer del mostrador cambiara sus nombres por alias para que no quedara constancia de su vuelo. La empleada parecía secretamente entusiasmada por participar en una operación encubierta de las fuerzas del orden. Los tres se habían quedado pálidos y demacrados, tambaleándose de agotamiento.

Por fin habían remitido las tormentas, aunque el cielo seguía oscuro y la pista estaba resbaladiza por la lluvia. El personal de tierra, con cazadoras amarillas, corría alrededor del avión cargando bolsas. A bordo, Rainie los veía gritarse órdenes, pero no podía oír sus palabras.

Kimberly se sentó junto a la ventana. Se acomodó en su asiento y, casi de inmediato, se quedó dormida con la cabeza apoyada en el reposacabezas. Rainie estaba en el medio. Había traspasado el umbral en el que podía conciliar el sueño y estaba demasiado despierta, muy consciente del mundo que la rodeaba. Quincy iba sentado a su derecha. Su rostro se había convertido en una máscara. Ella le tocó el dorso de la mano una vez y él la retiró. Después no volvió a intentarlo.

—Cuando murió mi madre, odié a mi padre —confesó él.

—¿Qué causó su muerte?

—Un ataque al corazón. Solo tenía treinta y cuatro años. Nadie lo vio venir.

—No parece que fuera culpa de tu padre.

—Yo era un niño. Mi padre tenía el poder de hacer que todo fuera bien, por tanto, también era responsable de todo lo que iba mal. Solía preguntarle por qué había muerto, y siempre me daba la misma respuesta: «Porque sí».

—Esas cosas pasan —aseveró Rainie.

—Sí, era la versión de «esas cosas pasan» de los yanquis de campo. Me llevó años darme cuenta de que era la mejor respuesta que podía dar. A veces no existe un motivo por el cual suceden las cosas, así de simple. ¿Qué es el karma para un niño pequeño? ¿Qué es la sabiduría divina de Dios? ¿Qué es la irresponsabilidad del destino? ¿Por qué murió mi madre? Porque sí. A su manera, mi padre estaba enseñándome una lección muy importante.

Rainie no dijo nada.

—Mandy no merecía morir —añadió Quincy—. Bethie no merecía morir, y mi padre no merecía morir. Esas cosas no han pasado, lo ha hecho un hombre.

—Lo encontraremos, Quincy.

—Voy a matarlo, Rainie. Pasé cuatro años formándome para curar como psicólogo, y el pensamiento no me molesta. Voy a encontrarlo y a matarlo. ¿En qué me convierte eso?

Ella vaciló.

—En vengativo —respondió al final.

Él asintió con la cabeza mientras el avión por fin arrancaba y se preparaba para el despegue.

—Puedo vivir con eso.

# El próximo accidente

## Plan B

# 25

**Bakersville, Oregón**

El sheriff Luke Hayes estaba apoyado contra su coche patrulla delante del restaurante Martha›s Diner y aparentaba estar adormilado al calor del mediodía. Con una estatura de poco más de un metro setenta, pelo muy escaso y la figura esquelética de un peso pluma, no tenía el tipo de presencia física que infunde miedo de inmediato en el corazón de un sospechoso. Sin embargo, eso no suponía ningún problema. Por un lado, golpeaba más fuerte que la mayoría de los leñadores y, por otro, se movía tres veces más rápido. La voz solía correrse con bastante rapidez. «¿Ves a ese calvo? Pues no vayas tras él o te dará una paliza». ¡Eh!, que ya era bastante malo meterse en una pelea de bar, así que no digamos ser derribado en público por un tipo que pesaba casi la mitad que tú y que solo tenía una décima parte de tu pelo.

Con diferencia, el mejor rasgo de Luke eran sus ojos. Poseía un par de cautivadores ojos azules que calmaban a las enfurecidas amas de casa, tranquilizaban a los borrachos con rifles y apaciguaban a los niños chillones. Un sospechoso una vez lo acusó de ejercer un gran poder con su mirada. Luke no creía poseer ninguna magia especial. Era un tipo tranquilo por naturaleza, con un temperamento sólido y equilibrado. Era sorprendente ver a cuántas mujeres les atraía eso.

En ese instante, no se le veían los ojos. Los tenía cerrados ante el sol abrasador, con el rostro algo vuelto hacia arriba, como si buscara una brisa refrescante. Aunque ese día el aire de la costa era denso y no soplaba. Luke lanzó un profundo suspiro.

Bajó la cabeza, abrió los ojos y se encontró con Rainie, que estaba delante de él.

—Otro día ajetreado en Bakersville —manifestó ella en tono sarcástico.

—Se va a producir una pelea a las seis. Es posible que dos si continúa este calor.

—Tal vez deberías renunciar a las fuerzas del orden y ponerte a vender aparatos de aire acondicionado.

—No es mala idea. Podría empezar por venderme uno a mí mismo. Hola, Rainie. Me alegro de volver a verte.

Le tendió la mano. Ella lo abrazó con cariño y no lo soltó de inmediato. A Luke le pareció que se veía cansada. Sus mejillas tenían ese aspecto demacrado que solían lucir cuando se esforzaba demasiado. Era una mujer hermosa, siempre lo había sido, de una forma llamativa. Tenía pómulos anchos, labios carnosos y suaves ojos grises. Pero en ese momento su cuerpo estaba más delgado, espigado como el de un luchador. Y se había cortado todo su abundante cabello castaño, dándose un estilo urbano, de punta, cuando él podría haberle dicho que la mitad de los

hombres de Bakersville soñaban con ese largo y exuberante cabello, con sentirlo entre sus manos y contemplarlo extendido por sus almohadas. Era una fantasía, por supuesto, pero una agradable para los grises inviernos de Oregón.

—¡Que bien te sienta el uniforme de sheriff! —elogió Rainie.

Luke hinchó el pecho.

—Soy un semental.

—¿Todas las buenas señoras protestantes están haciendo cola con sus hijas solo por ti? —respondió ella entre risas.

—Es duro ser un héroe, pero alguien tiene que hacerlo.

—¡Dios!, cómo echo de menos este lugar.

—Sí, Rainie. Nosotros también te hemos echado de menos.

Entraron en el restaurante. Carl Mitz no aparecería hasta una hora después. De mutuo acuerdo, se sentaron en su antigua mesa y pidieron una comida tardía, o una cena temprana.

—¿Cómo está Chuckie? —preguntó Rainie después de pedir el especial del viernes: filete de pollo frito con salsa extra y puré de patatas al ajillo, y con garantía de añadir un par de centímetros a tu cintura, o te devolvían el dinero.

—Cunningham ha asentado la cabeza —respondió Luke—. Ahora ya tiene algo más de seguridad en sí mismo. Además, creo que hemos pasado todo un mes sin que apunte a ningún pobre civil cuyo único error fuera atreverse a pasar un semáforo en rojo durante el turno de Chuckie.

—¿Ha dejado de atacar a los contribuyentes? Eso es progreso. ¿Y el resto de la ciudad?

—El primer aniversario fue duro —reveló Luke en voz baja—. Todavía hay mucha paranoia, algo de mala sangre. Odio decirlo, pero tal vez sea bueno que Shep y Sandy se hayan mudado. Si no, no estoy seguro de que hubieran podido aguantarlo.

—Qué pena.

—Es la naturaleza humana, Rainie. Todos buscamos algo en lo que creer y alguien a quien culpar.

—Aun así…

—Estamos bien, Rainie. Esa es la alegría de los pueblos pequeños: aunque cambiemos, no cambiamos. Bueno, ¿tú qué tal?

Ella no respondió de inmediato, como Luke esperaba. Siempre había sido una persona reservada, incluso cuando solo estaban ella, él y Shep, un departamento del sheriff de tres componentes

unidos contra el mundo. Pero eso era lo que a él le gustaba de Rainie. Podía tener mal genio y un carácter horrible, pero sabías que hacía su trabajo. Siempre estaba ahí, cumplía, y cuando las cosas se ponían difíciles, Luke se sentía orgulloso de tenerla al mando.

Le entristeció… no, más bien le enfadó que los estrechos de miras del ayuntamiento le hubieran exigido Rainie que se fuera. Creyó que ella se resistiría más y, como mucha gente de Bakersville, le sorprendió, tal vez incluso le dolió, que no lo hiciera.

—Quincy tiene problemas —anunció de pronto.

—Me lo había imaginado.

—Son… graves, Luke. Muy graves.

—¿El accidente no fue un accidente?

Ella asintió con la cabeza.

—Amanda fue asesinada por alguien que va detrás de Quincy. Salvo que no acabó ahí. El hombre utilizó su muerte para atacar a la exmujer de Quincy. Se hizo amigo de ella, la conquistó y la asesinó de forma brutal. La descuartizó por completo. Cuando esa escena del crimen tenía apenas veinticuatro horas, secuestró al padre de Quincy.

Luke arqueó una ceja.

—El FBI tiene que estar implicado —comentó con firmeza. Le gustaba Quincy, parecía un buen tipo. Por lo menos, para ser federal.

—Sí, claro, el Buró está involucrado. Cualquier día de estos, creemos que arrestarán a Quincy.

—¡¿Qué?!

—Le han tendido una trampa con el asesinato de su exmujer. ¿Te lo había mencionado?

—Cuando los hombres del Gobierno se crean enemigos, lo hacen bien. —Luke frunció el ceño —. ¿Cómo lo lleva?

—No lo sé.

Luke frunció el ceño aún más.

—Creía que tú sabrías más que la mayoría. ¿O ha cambiado algo?

*—¡Por el amor de Dios, Luke!, andan persiguiendo a su familia. Estamos viviendo el libro Y no quedó ninguno de Agatha Christie. No es el mejor momento de sentarlo en un sofá y preguntarle: «Oye, Quince, dime cómo te sientes de verdad».*

—Eso es muy conveniente.

—¿Y qué demonios se supone que significa eso? —Rainie elevó la voz y el color tiñó sus mejillas. Se suponía que eso intimidaría a Luke, pero, en cambio, solo hizo que se sintiera mejor. Rainie necesitaba un poco de color en sus mejillas. Ojalá le hubiera llevado una caja de lápices del número dos para que ella los rompiera. Por los viejos tiempos.

—Solo he dicho que… —empezó él con voz suave.

—¡Oh!, he oído lo que has dicho. Ahora siento haber sacado el tema.

—Yo habría sacado el tema si no lo hubieras hecho tú —le aseguró él—. Para eso están los amigos.

—Hablando de eso, gracias por decirle a un policía de Virginia que me gusta un federal.

—¿Te gusta un federal?

—Luke Hayes…

Él estaba sonriendo y la visión de su diversión hizo que el temperamento de Rainie se encendiera. Pero entonces la sonrisa de Luke se desvaneció, y reconoció con un poco más de honestidad, un poco más de gentileza:

—Acéptalo, tú y Quincy tenéis un genuino encuentro de mentes. Eso es algo serio, Rainie. Puedes pasarte toda una vida sin encontrar a nadie que encaje así. Sé que a mí me ha pasado.

—¡Vaya! —exclamó Rainie. Frunció el ceño, pero Luke no se dejó engañar. Vio algo en aquellos grandes ojos grises, gratitud tal vez, o alivio. Alguien más pensaba que ella y Quincy podrían funcionar. Alguien más creía que la chica de pueblo era digna de un federal.

«Este pueblo te venía pequeño —quería decirle Luke—. Eras demasiado inteligente para pasarte la carrera patrullando partidos de fútbol los viernes por la noche. ¡Joder!, estoy orgulloso de ti». Pero no dijo esas palabras porque comprendió que ella no sabría cómo tomárselas.

La camarera llegó con dos Coca-Colas. Luke aceptó la suya con una sonrisa. Rainie dejó la suya sobre la mesa y la hizo girar de forma distraída entre sus manos.

—Es… es una locura —murmuró—. Hay alguien ahí fuera, Luke. No sabemos su nombre ni tenemos una descripción clara. Ni siquiera sabemos qué relación tiene con Quincy. Solo sabemos que es inteligente, metódico y que va al menos doce pasos por delante de nosotros.

—¿Plan de ataque? —preguntó Luke en voz baja.

—Ataque es una palabra fuerte. Tenemos un plan de retirada. Hemos venido huyendo hasta aquí con la hija superviviente de Quincy, Kimberly. El hombre sabe demasiado sobre sus vidas en la costa este.

—¿Necesitas refuerzos?

Rainie sacudió la cabeza. Luego pasó una mano por su pelo corto.

—Es difícil de explicar. Este hombre… su sistema. No llega, actúa y se da a la fuga. Este tipo no quiere solo matar, quiere jugar. Sabemos que todavía está de camino y sabemos que nos seguirá hasta aquí, pero no atacará de la nada. De alguna manera, convencerá a uno de nosotros para que abra la puerta.

—Carl Mitz —completó Luke.

—Tienes que admitir que el momento es sospechoso.

—Entiendo lo que quieres decir. —Luke suspiró y extendió las manos sobre la mesa—. Bueno, no sé qué decirte, Rainie. Mitz empezó a llamar hace cuatro días. He consultado con el bufete de abogados Avery & Abbott de Portland y me han confirmado que está en plantilla. También está en el registro del Colegio de Abogados del Estado de Oregón. Tampoco me da buena espina el momento, pero en este punto…

—Mitz parece estar en orden.

—Mitz parece ser una auténtica alimaña, perdón…, abogado.

—¿Y su cliente?

Luke frunció el ceño.

—¿Su cliente?

Rainie asintió y se inclinó hacia delante.

—Este tipo, llamémoslo Tristan Shandling, a falta de un nombre mejor, ha estado utilizando a cada miembro de la familia para conseguir información sobre los otros miembros. Mandy le habló de Bethie, quien le habló de Kimberly. Shandling juega su juego y recopila información a la vez. Pero Amanda, Elizabeth y Kimberly no sabían nada de mí.

Luke comprendió.

—Así que asumiendo que se ha enterado de que Quincy tiene una amiga en Portland…

—No hace falta mucha suposición. Parece saberlo todo sobre la vida de Quincy; además, ha usurpado su identidad. Para comprobar la factura telefónica de cualquiera, todo lo que necesitas es un nombre y un número de Seguridad Social.

—Entonces, Shandling necesita una fuente de información sobre ti.

—No puede venir él mismo —pensó Rainie en voz alta—. Ha estado demasiado ocupado con Bethie en Filadelfia.

—Así que contrata a alguien.

—Alguien de buena reputación. Por si acaso sospechamos e investigamos a la persona.

Luke asintió pensativo.

—Tienes razón, es inteligente y metódico. Entonces, ¿cómo quieres jugar?

—Creo que nos ceñiremos a lo básico. Yo me siento en la mesa que está detrás de esta con un periódico delante de la cara para que Mitz no me vea cuando entre. Tú lo saludas, lo pones cómodo y finges estar dispuesto a cooperar.

—El poli bueno —completó Luke con sequedad.

—En efecto. Yo espero aquí, escucho a escondidas, y dejo que despliegues tus encantos. Luego, cuando esté bien atrincherado en su discurso de «no damos información sobre nuestros clientes», me abalanzo y lo hago pedazos.

—El poli malo.

—Eso es —respondió con una sonrisa depredadora.

—¡Joder!, Rainie, qué bien tenerte en casa —reconoció Luke después de sacudir la cabeza.

Justo a las cinco de la tarde, Carl Mitz cruzó las puertas de Martha›s Diner. Entre multitud de camisas de franela a cuadros y vaqueros con manchas del campo, él destacaba de manera notable con su traje de lino color canela y un enorme maletín marrón. Identificó a Luke con bastante facilidad —quizá la estrella de sheriff lo delataba—, y fue directo a la mesa.

Rainie abrió el periódico y se agachó contra el asiento de vinilo rojo. El periódico ocultaba bien su rostro, pero seguía sintiéndose vulnerable. Aunque no era que tuviese mucho que temer. Su primera impresión de Mitz fue la de un contable de gran tamaño con mal gusto para las gafas. Llevaba el pelo alborotado, el traje mal ajustado y tenía rasgos pálidos y tensos. Fuera la que fuera la rama del Derecho a la que se dedicase, no podía ser penal porque no había un jurado en el mundo que tomara en serio esa cara. Tal vez trabajaba con impuestos o transacciones empresariales, con algo que implicaba enormes hojas de cálculo.

Luke estrechó la mano del hombre. Mitz hizo una mueca de dolor.

«¡Oh!, vaya —pensó Rainie—. Parece que mi acosador se preocupa lo suficiente como para enviar lo mejor de lo mejor…».

Mitz se sentó y deslizó su maletín hasta el asiento de al lado. Ocupaba la mitad del sitio, pero parecía decidido a no soltarlo.

—Gracias por recibirme —le manifestó a Luke con sequedad.

—No hay de qué —respondió Luke, con voz pausada y, por arte de magia, dos octavas más baja y ocho tiempos más lenta—. Parecía usted un tipo serio y pensé que sería más fácil vernos en persona, estrecharle la mano y responder a todas sus preguntas de una vez.

—Pues sí, claro. Cara a cara siempre es más agradable. Es solo que odio entrometerme…

—¡Ah!, ya sabe cómo son las ciudades pequeñas. Tenemos mucho tiempo y siempre estamos encantados de conocer gente nueva.

Rainie puso los ojos en blanco. Pensó que el estilo cálido y campechano resultaba algo exagerado, pero Mitz pareció relajarse un poco más, de hecho, se había recostado en el respaldo del sofá.

—En realidad, es un asunto sencillo —reveló Mitz de manera enérgica—. Estoy haciendo una comprobación rutinaria de los antecedentes de alguien que solía vivir en esta ciudad, Lorraine Conner. Tengo entendido que era agente de policía aquí.

—Sí, señor. Creo que sí.

—¿Vivía aquí?

—Sí, señor, eso creo.

—¿Durante cuánto tiempo?

—¡Oh!… Durante mucho tiempo, años. Sí, desde luego muchos años.

—Mmm, bien. ¿Y su madre era Molly Conner?

—Sí, señor, creo que es correcto.

—¿Sabe cuántos años tiene Lorraine?

—Oh, no, señor. Soy demasiado listo para preguntarle la edad a una mujer.

—Aunque deben tenerlo en los archivos. En los registros de personal o algo parecido.

—Tal vez, pero ella se fue a la vez que nuestro sheriff anterior, Shep O›Grady. Tendría que preguntárselo a él. Ya no está aquí, por supuesto. Ahora vive en otra parte.

—Shep O›Grady. —Mitz tomó nota.

—¿De qué va todo esto, señor? —preguntó Luke—. No solemos recibir abogados que pregunten por nuestros antiguos agentes.

—Es una comprobación rutinaria de antecedentes.

—¿Ha solicitado un trabajo?

—Eh… no.

—¿Ha solicitado una tarjeta de crédito?

—Soy abogado, sheriff. Le aseguro que no me involucro con solicitudes de tarjetas de crédito.

—Por supuesto, perdón. Entonces, ¿con qué se involucra?

—Eso es confidencial. Algo que compartiré con la señorita Conner cuando surja la ocasión.

—Me parece justo. Nunca le pediría a un hombre que comprometiera sus principios. Dígame, solo por curiosidad, ¿cuál es su especialidad?

Pero Mitz no era tonto.

—Eso también sería algo que compartiré con ella cuando se presente la ocasión Entonces, durante cuántos años sirvió Lorraine Conner como agente de policía?

—Varios —concedió Luke.

—Tengo entendido que dimitió el año pasado.

—Sí, señor.

—¿Tras un escándalo o algo así? ¿Por un incidente de hace quince años?

Luke se encogió de hombros.

—La oficial Conner renunció en buenos términos, señor Mitz. Todos estamos muy orgullosos de ella.

—Bien —pronunció Mitz con energía—. Me alegro de oírlo. Por supuesto, mientras esté en la ciudad, ¿no se ofenderá si hago las mismas preguntas a otros?

—Pregunte —respondió Luke con gentileza.

—Sí, bueno. ¿Y el resto de su familia?

—¿Qué les pasa?

—¿Tiene otra familia? —Mitz pareció sorprendido. Por primera vez, Luke vaciló al haberle pillado desprevenido.

—Que yo sepa, no —se apresuró a decir, abandonando el tono pausado—. Pero usted ha hecho la pregunta.

—¿Así que no tiene exmarido, medio hermanos, hijos…?

—No que yo sepa. ¿Por qué lo pregunta?

—Es un renglón del formulario —contesto Mitz en tono cortante. Empezó a tomar nota de nuevo, pero Luke le agarró la mano. La calidez había desaparecido. El rostro de Luke se tornó duro y su voz, severa.

—Son preguntas muy personales para una comprobación rutinaria de antecedentes, señor, y aunque Rainie ya no viva aquí, es una buena amiga mía. Ahora le pregunto una vez más, ¿de qué va todo esto?

—Y yo le digo por última vez —replicó Mitz con rigidez—: no tengo la libertad de decirlo.

Rainie decidió que había llegado el momento. La conversación no iba a ninguna parte, además, el poli bueno estaba a punto de sacar de quicio al señor Mitz, lo que dificultaría el papel que le tocaba desempeñar a ella a continuación. Se dio la vuelta en el sofá y le dedicó una amplia sonrisa al abogado.

—¡Hola, Mitz! —saludó—. ¡Sorpresa!

Luego se deslizó a su mesa y atrapó de manera efectiva al hombre entre ella y Luke.

—¿Qué… qué está pasando? —Mitz había empezado a tartamudear. La transpiración le salpicaba la parte superior de la frente y Rainie calculó que en los últimos diez segundos el sudor había traspasado hasta el traje de lino color canela. Rainie se acercó un poco más, dejó caer la mano sobre el preciado maletín y acarició el cuero casi con cariño.

—Se ha esforzado mucho por conocerme, señor Mitz —añadió.

—Bueno, sí. Le dejé varios mensajes en Virginia. No sabía… ¿Cuándo ha vuelto a la ciudad?

—¿Le incomoda?

—Bien, sí. Pero, pero ¡tampoco me viene mal! —El abogado se animó—. Quiero decir, que ojalá hubiera llamado antes. Habría traído todo el expediente, habría estado mejor preparado. Pero ahora está aquí y yo quería hablar con usted.

—Sobre mi pasado —añadió Rainie a sabiendas.

—¡Ah!, para serle sincero, conocemos todos los detalles de su pasado. Incluso el, bueno, «incidente». Le aseguro que a él eso no le preocupa. No le molesta ni lo más mínimo.

—¿Qué? —Ahora le tocaba a Rainie sentirse confundida. Dirigió su mirada a Luke, que sacudía ligeramente la cabeza, igual de desconcertado. ¡Mierda!

—Ha hablado con él, ¿verdad? —cuestionó Mitz en un apresurado tono alegre—. Le facilité su número de Virginia y prometió llamar. Después de todo, me pareció más apropiado que él le diera la noticia en persona.

«Las llamadas sin mensaje», pensó Rainie. Dos días de llamadas sin mensaje, que, ingenua, supuso que eran de Mitz. «¿Qué es lo malo de suponer? Que nos deja en ridículo a ti y a mí».

—¿Qué noticias? —se oyó a sí misma preguntar.

—La propiedad, señorita Conner. El testamento, a eso me dedico, ¿sabe? A gestión patrimonial. Soy el abogado de él.

—¿El abogado de quién?

—¡Oooh, cielooos! —Mitz se detuvo en seco y parpadeó sorprendido detrás de sus gafas—. No la llamó, ¿verdad? Dijo que lo haría, pero no lo hizo. Es el comodín, ¿sabe? La gestión patrimonial es una experiencia intensa y personal. Nunca se sabe cómo va a reaccionar el cliente.

—Señor Mitz, empiece a explicar ahora o le juro que voy a romperle cada hueso de ese cuerpo bien educado.

El señor Mitz agachó la cabeza. Volvió a parpadear sorprendido y dijo en voz baja:

—Trabajo para Ronald Dawson. Ronnie cree, o ambos creemos, que es su padre. Lo que la convertiría a usted, señorita Conner, en su única heredera viva.

# 26

*Portland, Oregón*

—¿Tienes un padre?

—¡Ni por puto asomo!

—No parece que te alegre mucho.

—¿Alegrarme? ¡Alegrarme!

*Cuatro horas más tarde, Rainie estaba de pie en medio de la lujosa suite de un dormitorio en un hotel del centro de Portland y se volvió hacia Kimberly Quincy como si la chica no tuviera cerebro. Había hecho las dos horas de viaje de vuelta a la ciudad en una hora y treinta minutos. Cortó el paso a dos camiones, dio las luces a media docena de vehículos y casi golpeó por detrás a un coche patrulla. Solo el hecho de que el policía estatal fuera amigo personal de Luke la salvó de una multa por exceso de velocidad o algo peor. A partir de ese momento debía haber respirado hondo, pero no lo hizo.*

Ahora había empezado a pasearse por el salón de la suite, donde Quincy y su hija estaban registrados como Larry y Barbara Jones. Quincy estaba echando una siesta muy necesaria en el dormitorio y Kimberly estaba mirando, sin ver, la programación de la tarde del viernes de alguna cadena de televisión antes de que Rainie irrumpiera por la puerta. Lejos de desconfiar del malhumor de Rainie, la aspirante a estudiante de Psicología pareció agradecer la distracción. Rainie comprendió en ese momento cómo se sentían las cobayas. Si Kimberly volvía a dirigirle esa profunda y penetrante mirada, Rainie empezaría a apretar botones de brillantes colores para recibir recompensas. Luego haría rebotar esas recompensas en la cabeza rubia de Kimberly.

Rainie levantó la mano.

—Primero —enumeró con brusquedad—. Consideremos al futuro padre, Ronald Dawson, alias Ronnie. Es un matón. Mejor aún, un matón convicto. El hombre ha pasado los últimos treinta años en prisión por asesinato con agravantes. Salió en libertad condicional el año pasado porque, a sus sesenta y ocho años, tiene demasiada artrosis como para ser considerado una amenaza para la sociedad. A los treinta años, sin embargo, destripó a dos hombres en una pelea de bar con un cuchillo de caza. ¡Oh!, espera, lo siento. Según su abogado, Carl Mitz, hubo circunstancias atenuantes. El bueno de Ronnie estaba tan borracho que no sabía lo que hacía. ¡Holaaaa, papá!

—Aun así, ha contratado a un abogado para encontrarte —rebatió Kimberly con suavidad.

Rainie la miró con el ceño fruncido.

*—Segundo —continuó Rainie—. Ronnie dice estar buscando un heredero para su patrimonio, pero no es que haya hecho nada para ganárselo. Su padre tenía una granja de cuarenta hectáreas en Beaverton. Ronnie no ayudaba en la granja. Bebía, destrozaba cosas y luego acababa en la cárcel. Su padre trabajó en la granja, su padre levantó la granja, y cuando el boom inmobiliario llegó a Beaverton a principios de los noventa, vendió la granja a un promotor inmobiliario por diez millones de dólares. Alabado sea el abuelo Dawson. Ronnie todavía apesta.*

Kimberly sonrió con dulzura.

—Como suele decirse, no puedes elegir a tu familia.

—¡Al diablo con Tristan Shandling! —soltó Rainie con gesto serio—. Sigue hablando, chica, y yo misma te mataré.

—Vamos, Rainie. Es una noticia emocionante. Tu madre está muerta, no tienes tíos, hermanos ni hermanas, pero piénsalo, ¡podrías tener un padre! Un padre de verdad, vivo y ansioso por conocerte.

—No hay pruebas de que sea mi padre —espetó Rainie—. Que se acostó con mi madre hace treinta y dos años… ¿Y quién no lo hizo?

—Pero te harás el análisis ¿verdad?

—No lo sé.

—Rainie…

—¡No lo sé! —Rainie alzó las manos—. ¿Quieres saber la verdad? No me gusta. Simplemente no me gusta.

—Porque es un convicto.

—Por supuesto que es un convicto. Mi madre no se juntaba con futuros astrofísicos. ¡Diablos!, no me sorprende que mi posible padre estuviera en la cárcel. Lo que me sorprende es que haya salido en libertad condicional.

—Entonces… ¿es el dinero lo que no te gusta? —preguntó Kimberly frunciendo el ceño—. ¿Ser heredera de diez millones de dólares? Tienes razón, eso es duro.

—Kimberly, piénsalo un momento. ¿Qué hacen todos los niños que no tienen padres? Sueñan con sus padres desaparecidos, ¿verdad? Se inventan historias exóticas. «Mi mamá y mi papá pertenecen en secreto a la realeza de Europa del Este, obligados a esconderse para huir de los comunistas. Cuando sea seguro, volverán a buscarme». O «Mi padre era un científico ganador del premio Nobel que unos malvados agentes del Gobierno asesinaron porque querían detener su inminente descubrimiento de la paz mundial». Los niños se inventan fábulas, caricaturas de la vida real. Un padre ausente nunca es un matón ni un borracho de clase baja que no quiere asumir su responsabilidad. Siempre es guapo, elegante y muy rico.

Kimberly tardó un momento en entenderlo.

—Crees que todo esto es falso. Es demasiado bonito para ser verdad.

Rainie por fin se quedó quieta. Miró a Kimberly y le preguntó sin rodeos:

—¿Qué hace Tristan Shandling? Identifica quién es la persona a la que la víctima quiere más que a nada en el mundo. Y entonces se convierte en esa persona. Llevo quince años sin familia, Kimberly. Como bien has dicho, sin tías, tíos, hermanos ni hermanas. Hay una soledad que no creo que otras personas puedan entender.

—Rainie, no sabes seguro si es una artimaña.

—Piensa en el momento.

—Que no te gusten las coincidencias no significa que no ocurran.

—Y solo porque camine como un pato y hable como un pato, no significa que no sea Tristan Shandling disfrazado.

Rainie se dejó caer en el sofá y luego golpeó un cojín con fuerza.

—Tienes miedo —observó Kimberly con suavidad.

—No me psicoanalices.

—No es mi intención, es solo que… tienes miedo.

—Estaba segura de que optaría por hacerse pasar por alguien de las fuerzas del orden —murmuró Rainie—. O tal vez un colega investigador privado. Incluso sabiendo cómo trabaja, no vi venir esto. ¡Dios mío!, es muy bueno. Ahora estoy sentada aquí y una mitad de mí está advirtiéndome: «No caigas en la trampa, eres demasiado inteligente para esto». Y la otra mitad… Santo cielo, la otra mitad de mí ya está eligiendo tarjetas de felicitación para el Día del Padre.

Kimberly se sentó a su lado en el sofá. Llevaba su largo cabello rubio recogido en una coleta con una goma. Había dormido durante el largo viaje en avión y su aspecto era mejor del que había tenido en días. Estaba descansada y más compuesta. A Rainie le resultaba interesante que, a medida que su situación se volvía más desesperada, Kimberly parecía hacerse más fuerte. Joven, pero a la altura del desafío. Inexperta, pero sin duda resuelta.

—Pensemos en ello —sugirió Kimberly—. ¿Cuál es el siguiente paso?

—Análisis de sangre. Mitz me dio el nombre de un laboratorio. Me tomarán una muestra de sangre y parece que buscarán una coincidencia de ADN con Ronald Dawson.

—Eso suena razonable.

Rainie sonrió con aspereza.

—¿Sabes cuánto tardan las pruebas de ADN? Hablamos de al menos cuatro semanas, o es más posible que unos meses. Si todo es una estafa, estarán listas mucho antes.

—Podemos hacer algunas comprobaciones primero —rebatió Kimberly con firmeza—. Has dicho que el padre de Dawson vendió una granja en Beaverton. Las transacciones inmobiliarias son datos públicos. También podemos buscar el registro de arresto de Ronald Dawson.

—Un paso por delante de ti… Luke ya sacó los antecedentes penales de Dawson. Eso está comprobado. Ahora está trabajando en los registros de bienes inmuebles.

—¡Bien, ahí lo tienes! —Kimberly aplaudió. Parecía emocionada de veras.

Rainie sacudió la cabeza. Le habría gustado poder compartir el entusiasmo de la chica. Sin embargo, percibía un entumecimiento en su interior, una sensación de miedo que no podía quitarse de encima. O tal vez era solo la asombrosa constatación de que se sentía más vulnerable de lo que nunca había imaginado. Y aunque se decía a sí misma que sabía lo que debía hacer, algo nuevo y suave crecía en sus adentros. No era entumecimiento, sino esperanza.

Tenía treinta y dos años. Los últimos quince los había pasado sin planes para las festividades de Acción de Gracias, Navidad y Pascua. Siempre trabajaba en los turnos de vacaciones porque ¿qué otra cosa iba a hacer? Siempre veía a otras personas volver a casa con sus familias al final del día, quejándose de sus suegros, quejándose de las exigencias de otra reunión familiar, bromeando sobre los malos regalos del Día del Padre. A veces, todo el concepto de familia le parecía como un club exclusivo. Otros eran miembros, pero ella era la eterna marginada, la huésped que recibía la invitación por lástima, pero que en realidad nunca encajaba en la mesa.

Deseaba que Quincy estuviera despierto. Deseaba… Quería hablar con él en ese mismo instante. Tal vez, incluso le habría gustado apoyar la cabeza en su hombro y que él le dijera que todo saldría bien.

—Tienes que tener fe —le había dicho con anterioridad. Ojalá fuera tan sencillo.

—Hace ocho meses —le contó Rainie a Kimberly en voz baja—, un hombre empezó a llamar por Bakersville, tratando de encontrar a mi madre. Luke me lo contó unos meses después, pero nunca me dio el nombre del tipo porque no le pareció importante. El hombre era Ronald Dawson. Luke aún tenía el nombre en sus notas. Unas semanas después de la primera llamada de Ronnie, el ayudante del fiscal retiró los cargos penales contra mí. En ese momento, pensé que Quincy había intervenido. De hecho, me enfadé mucho con él por eso. Pero llamé al fiscal auxiliar del distrito después de reunirme con Mitz esta tarde. Quincy nunca habló con él. El propio fiscal del distrito fue quien pidió que se retiraran los cargos. Está a punto de volver a presentarse a las elecciones y, según el fiscal auxiliar, su campaña ha recibido hace poco una saludable donación de un ciudadano local, también conocido como Ronald Dawson.

—Bueno, ahí lo tienes, Rainie. La sincronización no es casual en absoluto. Ronald Dawson empezó a buscarte hace casi un año, y tienes pruebas.

—Tristan Shandling lleva activo durante al menos veinte meses. Todavía podría formar parte de esto.

—Pero por entonces estaba centrado en Mandy, y después de eso, en mi madre. No puede estar en ambos lados del país a la vez.

—Claro que puede. Es la magia del teléfono, Internet, el cable. Además, solo son ocho horas de avión. Puedes visitar la costa oeste en un solo día. No es divertido, pero es factible.

—Hay formas más baratas y sencillas de perseguirte que pagar a un fiscal —replicó Kimberly—, por no hablar de inmiscuirse en un caso penal.

—No creo que lo barato o lo sencillo sean preocupaciones particulares del señor Shandling ahora mismo. Está en pie de guerra. ¿Y qué si tira de la vieja Visa?

Kimberly frunció el ceño.

—¿Quieres o no quieres que este hombre sea tu padre?

—No lo sé. Yo solo… no lo sé.

Kimberly permaneció callada un instante, y luego añadió:

—Rainie, no sabía que fueras tan pesimista.

—¡Oh, Dios!, tenemos que llevarte de vuelta a la universidad.

—¡Eso es verdad! Puede que estés a punto de conseguir algo maravilloso, pero prefieres prepararte para lo malo a inspirarte con lo bueno. ¡Ah…! —Kimberly parpadeó sorprendida—. Mi padre y tú, ya lo entiendo.

—¡Ah, no! No vayas por ahí ahora. En serio, no lo necesito en este momento.

Fue como si no hubiera dicho nada.

—Estaba segura de que mi padre era el obstáculo en vuestra relación —declaró Kimberly—. Quiero decir, dada su relación distante con su propio padre, su reserva con sus hijas, sus miedos a la intimidad con mi madre. Pero esta vez no es papá, ¿verdad? Eres tú. Tú eres la que no confía en la relación.

—¿Por qué insistís en hablar de confianza como si la vida fuera una película de Disney? Kimberly, mi madre me pegaba por pasatiempo. En líneas generales, mi padre fue un donante de esperma que se folló a la puta del pueblo y siguió adelante. Diecisiete años después, el novio de mi madre de entonces decidió que ella no era lo bastante buena y se fijó en mí. ¿Me cuesta confiar en la gente? Claro que sí, me cuesta confiar en la gente. Mi madre era una borracha de mal carácter. Y aun así la quería. Eso no es Disney, es un mundo complicado.

—Mi padre no bebe.

—Dale unos días —contestó Rainie con amargura—. Tampoco decía palabrotas ni tramaba venganzas hasta hace tres días, y ahora está haciéndolo muy bien.

—Él nunca te haría daño —afirmó Kimberly con seriedad.

Rainie soltó un gemido.

—Dios me salve de los psicólogos. Kimberly, mira… Sé que tu padre es un buen tipo, sé que es diferente a los demás, pero saber no siempre es saber, si eso tiene algún sentido. Una cosa es comprender algo de manera intelectual, decirme que Quincy es diferente, que es bueno y que no me hará daño. Pero otra muy diferente es cambiar una forma de pensar de toda la vida, creer con las emociones, de verdad… sentir una seguridad genuina.

—Me digo a mí misma con lógica que mi madre está muerta —añadió Kimberly de repente—. Pero, emocionalmente, aún no me lo creo.

Rainie asintió con lentitud, suavizando la voz.

—Sí, es algo así.

—Me digo a mí misma que no es culpa de mi madre ni de Mandy ni de mi padre —manifestó Kimberly—. Pero estoy enfadada con todos ellos. Me abandonaron. Soy la fuerte y se supone que tengo que aguantarlo, pero no quiero ser tan fuerte. Estoy enfadada con ellos por eso.

—Sigo teniendo un sueño —contó Rainie—, dos o tres veces por semana, siempre el mismo sueño. Hay un bebé elefante que corre por el desierto. Su madre ha muerto y él está solo y desesperado por conseguir agua. Entonces llegan los otros elefantes, pero, en lugar de prestarle ayuda, lo machacan porque es una amenaza para su propia supervivencia. Pero se levanta, lucha por vivir y, tambaleándose, los sigue. Por fin encuentran agua. Me relajo y, en mi sueño, creo que la cría va a estar bien. Su lucha ha dado sus frutos, vivirá feliz para siempre. Entonces vienen los chacales y lo descuartizan. Y me despierto con los gritos de la cría aún resonando en mi cabeza. No sé por qué no puedo dejar de soñar con eso.

—El año pasado leímos un estudio —relató Kimberly—, sobre cómo los niños pasan por fases en las que quieren oír el mismo cuento una y otra vez. Según los científicos, hay una cuestión o un tema en el relato con el que los pequeños se identifican. Cuando hayan resuelto el asunto, ya no necesitarán volver a escucharlo. Pero hasta entonces, noche tras noche, pedirán que les cuentes la misma historia.

—¿Soy un niño de cuatro años?

—Hay algo con lo que te identificas en tu sueño. Tal vez con el bebé elefante.

—La cría de elefante muere.

—Pero lucha por vivir.

—Nadie lo ayuda. Está desesperado por unirse a la manada. Habría estado mejor solo.

—Está siguiendo su instinto. El instinto de todos es formar parte de algo. En términos evolutivos, somos más fuertes juntos que solos.

—Pero no en mi historia. En ella, el deseo de la cría de estar con otros elefantes lo mata.

—No, Rainie. En tu historia, el deseo de compañía del bebé elefante lo mantiene vivo. ¿Por qué corre por el desierto? ¿Por qué se levanta siempre? No lucha por vivir, no solo por vivir. Es un animal de rebaño. Lucha por unirse a los demás elefantes, vive de la esperanza de que, si continúa luchando, conseguirá pertenecer a ellos. La sequía terminará y lo aceptarán, o demostrará su valía y lo aceptarán. De cualquier forma, acabará con su rebaño. Tú hiciste lo mismo, Rainie. Tu madre te pegaba, pero tú seguías creyendo que mejoraría. De lo contrario, ya habrías sucumbido al alcoholismo, o incluso te habrías suicidado, pero no lo hiciste. ¿Por qué no lo hiciste?

—Soy testaruda —murmuró Rainie—. Y estúpida.

Kimberly sonrió.

—Pero a tu manera, también tienes esperanza. Lo que pasa es que no te sientes cómoda con esa parte de ti, y lo comprendo. Yo albergo la esperanza de matar a Tristan Shandling. Tampoco me siento cómoda al respecto, pero supongo que aún tengo unos días.

—Kimberly —manifestó Rainie con suavidad—. Un consejo: no vayas allí. Tristan Shandling es un pedazo de mierda. Si juegas con sus reglas, nunca te recuperarás. Él habrá moldeado el inicio de tu carrera, y nunca llegarás a saber en qué tipo de oficial o agente te habrías convertido. Solo serás lo que él hizo de ti.

—Eso no lo sabes.

—Sí, lo sé. Soy una asesina, Kimberly. Gracias a Ronnie Dawson, estoy libre a ojos de la ley, pero hace años maté a alguien. Soy una asesina, y nunca sabré qué más podría haber sido. Sí, eso me repugna. Pero, al final, la otra persona está muerta. Eso también apesta.

—Yo no… No lo sabía.

Rainie se encogió de hombros.

—La vida es bagaje. Piensa dos veces antes de colgarte una roca al cuello.

—Pero va a seguir acercándose —insistió Kimberly—. Sabes que Shandling va a seguir viniendo una y otra vez hasta que él, o nosotros, acabemos muertos. El tiburón está en el agua, Rainie. Ahora necesitamos un barco más grande.

Treinta minutos después, Kimberly estaba dormida en el sofá, con su largo cabello rubio esparcido a su alrededor. El sol empezaba a declinar y las blancas paredes de la habitación del hotel se teñían de tonos grises. Fuera el aire era sin duda sofocante. Dentro hacía fresco y durante un rato Rainie se limitó a apoyarse en el alféizar de la ventana, a seis pisos de altura, sin mirar a nada en particular. El desfase horario les estaba afectando. Seguro que Kimberly dormiría ya toda la noche, y del cuarto de Quincy no provenía ningún sonido.

La estancia se encontraba en silencio. Rainie no se había dado cuenta hasta ese momento de lo mucho que ansiaba y aborrecía el silencio.

Tal vez tenía un padre, pero le costaba imaginárselo. Su madre le dijo una vez, con la asombrosa indiferencia de Molly, que su padre podía ser cualquiera de entre más de una docena de tipos, y que ella ya había olvidado todos sus nombres.

—Los hombres vienen y los hombres van —le contó Molly—. No seas tan tonta de esperar algo más.

Treinta y dos años después, el padre de Rainie seguía siendo un perfecto espacio en blanco en su mente. No tenía color de ojos ni peinado ni rasgos distintivos. Era una silueta negra, como esa persona misteriosa con un signo de interrogación blanco en el medio que salía en las revistas. «Te di la vida. ¿Sabes quién soy?».

No, ella no lo sabía.

Tal vez tenía un padre, o tal vez era mentira y todo era obra de Tristan Shandling. Debía tener fe. Había más probabilidades de que el cinismo la mantuviera viva.

Rainie se apartó del alféizar, cruzó la habitación y abrió la puerta del dormitorio. Las persianas estaban bajadas. La habitación estaba envuelta en un negro entrecruzado por débiles rayos de luz evanescentes. Quincy estaba despatarrado en el medio de la cama, con el brazo izquierdo extendido sobre la oscura colcha de flores y el brazo derecho doblado sobre la cabeza. Se había quitado los zapatos y la corbata. Su arma de fuego y su pistolera de hombro estaban colocadas al alcance de la mano en la mesilla de noche. Si no, se habría dormido vestido del todo.

Rainie entró en la habitación y cerró la puerta tras de sí. Al final, con toda la ropa puesta, se arrastró hasta la cama. Quincy no discutió.

Tenía el cuello de su camisa blanca desabrochado, y Rainie podía distinguir los primeros mechones de vello oscuro y rizado en su pecho. En una ocasión había pasado los dedos por aquella ligera mata de pelo, había presionado la palma de la mano sobre su pecho y sentido el fuerte latido de su corazón.

—Quincy —murmuró, para que no se despertara sobresaltado e intentara dispararle—, soy yo.

Él soltó un profundo suspiro mientras dormía y luego giró sobre su costado derecho, alejándose de ella.

Rainie se sentó a su lado. Inhaló la tenue fragancia jabonosa de su colonia. Un año después seguía sin saber cómo se llamaba y pensó en por qué nunca se lo había preguntado. En la época en la que intentaron salir, ella volvía a casa y el aroma persistía en sus fosas nasales. Se quedaba dormida oliendo a Quincy y se metía entre las sábanas como un gato contento. Cuando se despertaba a la mañana siguiente, sola, sin fragancia, siempre sentía una punzada de decepción.

Alargó la mano y le tocó el hombro con delicadeza. Bajo sus dedos, sentía suave su camisa de algodón, y su brazo cálido. Él no se apartó de un tirón.

Rainie se tumbó a su lado. Seguía esperando algo. Miedo, malestar, campos de flores amarillas y arroyos de corrientes tranquilas. Los lugares a los que había aprendido a escapar en su cabeza. Sobre todo, era consciente del calor del cuerpo de Quincy, presionado contra su costado. Y en ese instante recordó lo que sintió aquella última noche con él: deseo, deseo real y sincero. No sabía que era capaz de sentir algo así.

«Quincy nunca te haría daño», le había dicho Kimberly. Rainie lo sabía. Tal vez incluso lo sabía de verdad. Quizá era a ella misma a quien aún no comprendía.

La gente podía hacerte daño, podía darte puñetazos y podía hacer algo peor; podía morir y dejarte solo sin esperanza de arreglar nunca las cosas. Y la gente podía atacarte, podía infligir grandes daños físicos y emocionales. Y tú podías contraatacar e incluso podías matarlos, infligiéndoles su propio tipo de enorme daño físico y emocional.

Y podías castigarte después, porque tu madre estaba muerta y alguien tenía que hacer el papel de maltratador. Por lo que podías castigarte día tras día, creando el mismo estilo de vida que te metió en ese caos, porque no conocías otra forma de vivir.

Podías hacer todo eso o podías intentar cambiar. Podías dejar de beber, podías dejar de acostarte con cualquiera, podías intentar tratarte mejor, incluso respetarte. Salvo que, tarde o temprano, también había que intentar creer en uno mismo, y quizá a ella no se le daba muy bien eso todavía. Siempre había pensado que era mejor ser hostil y beligerante primero, así nadie podría acusarla de ocultar su verdadera personalidad. La imagen publicitaria, esa era su política.

Morir en el desierto, luchando por sobrevivir, desesperada por pertenecer a un grupo, pero sin saber cómo vivir.

Se dio la vuelta en la cama y presionó la mejilla contra la curva de la espalda de Quincy. Ahí también podía oír los latidos de su corazón. Sonaba lento, firme y fuerte. Le rodeó la cintura con el brazo. Él murmuró en sueños, y entonces subió la mano y cogió la de Rainie.

Esperó a que llegara el miedo. Imágenes de campos de flores amarillas y arroyos de corrientes tranquilas. No sintió nada.

Inhaló su colonia, percibió el calor de su mano y pensó… Pensó que eso de acurrucarse era muy agradable.

Rainie cerró los ojos, abrazó a Quincy y por fin se quedó dormida.

# 27

**Casa de Quincy, Virginia**

—¿Dónde ha estado?

Poco después de las seis y media de la mañana del sábado, Glenda Rodman estaba de pie con los ojos nublados en el vestíbulo de Quincy, viendo cómo el agente especial Albert Montgomery entraba por fin por la puerta principal. Habían pasado cuarenta y ocho horas desde la última vez que había visto a su compañero. Tenía el traje gris muy arrugado, de maldormir en la silla del escritorio de Quincy, y su rostro parecía muerto en vida. Varios días escuchando una llamada amenazadora tras otra hacían mella en una persona.

Y ya habían comenzado los regalos. El día anterior, por la mañana, apareció un cachorro destripado en el buzón de Quincy. El día anterior, por la tarde, habían soltado cuatro serpientes de cascabel delante de la puerta. Dos alcanzaron la propiedad de Quincy y las otras dos se fueron con los vecinos, donde llamaron la atención de un gato y un niño de dos años. Por fortuna, la madre del niño lo agarró y llamó a control de animales antes de que nadie resultara herido. Por la noche, Glenda llegó a escuchar una voz que cacareaba con regocijo en el contestador automático, diciéndole a Quincy que, cuando las serpientes de cascabel acabaran con él, vendría en persona a despellejar al agente y lo convertiría en un cinturón.

Cuando Glenda dormía, no tenía sueños agradables.

En ese instante estaba mirando a Montgomery, que había conseguido ducharse y cambiarse desde la última vez que lo había visto. Su resentimiento se parecía mucho al de una esposa agraviada.

—He estado en Filadelfia, por supuesto.

Montgomery frunció el ceño, entró por la puerta y la cerró de una patada tras de sí. Se encogió de hombros y se quitó el abrigo manchado.

—Su misión era ayudarme a vigilar la casa de Quincy.

—Sí, pero eso era antes de que convirtiera a su exmujer en un pincho moruno. ¿Cree que los paletos locales saben cómo manejar una escena así? ¡Dios!, tuve que enseñarles a analizar los fragmentos de vidrio yo mismo. De verdad pensaban que la ventana estaba rota desde fuera. Imbéciles.

—Agente, su misión…

—¡Oiga!, a la mierda con la misión. La acción ya no está aquí, Rodman. Está en Filadelfia. Si queremos saber qué pasa, debemos centrar nuestra atención allí.

—¡Aquí siguen pasando cosas!

—¡¿Qué?! ¿Un montón de llamadas acosadoras? ¿Mascotas muertas? ¡Ah!, tiene razón, hemos aprendido mucho estando aquí los últimos tres días. —Montgomery le dirigió una mirada dudosa.

Glenda se movió incómoda.

Ahí no había sucedido gran cosa. La pobre Bethie había sido atacada y maltratada en Filadelfia. El día anterior, Everett informó a Glenda de que el padre enfermo de Quincy había sido secuestrado en una residencia de ancianos de Rhode Island. Se asignó de inmediato a tres agentes para que buscasen a Abraham Quincy; sin embargo, después de ver lo que le había ocurrido a la exmujer de Pierce, nadie tenía esperanzas.

Así que sí, había acción, pero nada de eso ocurría ahí. Glenda se limitaba a estar sentada, escuchaba horribles amenazas telefónicas y sentía que sus nervios iban crispándose centímetro a centímetro, hora a hora. Aun así, esa era su labor. Creía en su misión. Y le molestaba que Montgomery no hubiera tenido la decencia de siquiera consultarlo con ella, aunque al parecer sabía tanto como ella de lo que ocurría en la casa de Quincy.

—Es importante conocer el origen de la fuga de información —notificó a Montgomery—. Y la persona aún podría aparecer. No podemos descartarlo.

—¿Qué persona? ¿El acosador fantasma de Quincy? Vamos, no me diga que todavía sigue tragándose su cuentito de hadas.

—¿Qué quiere decir?

*—Mire, le haré un favor. Como agente que ha pasado las últimas cuarenta y ocho horas en Filadelfia, se lo diré sin rodeos. Eso no fue un allanamiento, no fue un crimen de extraño a extraño. Todo el puto asunto está tan montado que podría estrenarse como espectáculo en Broadway. Mire la ventana del baño, el supuesto modo de entrada. Estaba rota de dentro hacia fuera y movieron los trozos de cristal para disfrazar el hecho. Luego tenemos el sistema de seguridad doméstico de última generación, desactivado con el código adecuado poco después de las diez de la noche, la misma hora en que la vecina jura que vio a Elizabeth Quincy entrar en la casa con un hombre que coincidía con la descripción de Quincy. Incluso la escena del crimen: fue un ataque rápido y brutal, sin violación ni tortura. La colocación del cuerpo, la mutilación post mortem, todo planificado para el espectáculo. Todo hecho para que pareciera un sádico depredador sexual.*

—Cree que Quincy lo hizo.

—Sé que Quincy lo hizo. Pero bueno, ya no tengo futuro profesional en el Buró, así que puedo permitirme mirar con sinceridad al afamado chico de oro. Por otro lado, estoy seguro de que la mera idea la hace sentir muy incómoda. Quiero decir, tener que enfrentarse al mejor de los

mejores y todo eso…

—¡Cállese! —Glenda se alejó de él hacia la cocina.

Montgomery, sin embargo, siguió.

—Sé que a usted no le caigo bien —insistió—. Sé que me visto mal, sé que no me desenvuelvo bien en política ni participo en todos esos jueguecitos de poder. Soy un vago gordo y arrugado, pero eso no significa que sea idiota.

—Cierto, que se vista así no quiere decir que sea un incompetente, su conducta en el caso Sánchez sí.

—¡Oh! —Se detuvo en seco, con las manos entrelazadas frente a él—. Imaginé que era cuestión de tiempo que se enterara.

Glenda ya se sentía mejor, como si estuviera ganando la partida. Sabía que había problemas con la escena del crimen de Society Hill. Quincy casi le había dado a entender que acabaría siendo el principal sospechoso. Seguía resultando difícil escuchar sus propias dudas brotando de los labios de Montgomery. En su lugar, pasó a la ofensiva.

—Metió la pata en el caso Sánchez…

—Cometí un error.

—Quincy salvó la situación.

—Nunca dije que fuera un mal perfilador.

—Vamos, todo el mundo sabe que le echa la culpa a él. Ya es bastante malo hundirse y mucho peor que venga otro agente, lo haga bien y se lleve todo el mérito. ¿Cuántas veces lo repite en su cabeza por la noche, Albert? ¿Cuántas veces revisa cada pequeño matiz de ese caso y siente que su odio por Quincy crece un poco más? —Miró a Montgomery a los ojos.

El agente bajó la cabeza.

—Esto es lo que quería, ¿verdad? —añadió ella, desafiante—. La oportunidad perfecta para entrar y torpedear la carrera de Quincy.

—No.

—¡Sí!

—¡No! ¡Maldita sea! —Montgomery frunció el ceño. Parecía atrapado y acorralado, girando sobre su pesado volumen hasta que por fin pareció darse cuenta de que ya no había lugar al que huir. Luego plantó los pies—. ¿Quiere saber la verdad? —le espetó—. Bien, le diré la verdad. No es que vaya a creerme, no es que nadie vaya a creerme, pero cogí este maldito caso para salvar el trasero de Quincy. Lo cogí porque pensé que si no podía ser el héroe, podía salvar al héroe. Eso tiene que valer para algo.

—¡¿Qué?!

—¿Tengo que poner esto en una tarjeta de felicitación? Pensé que podría ayudar a Quincy. Y sí, pensé que eso podría impulsar mi carrera. Altruista no soy, pero tampoco soy un completo imbécil. Mi carrera se escapa por el fregadero, pero si hago una buena acción, podría librarme de que desapareciera por el desagüe para siempre. Tengo cincuenta y dos años, Glenda. Mi exmujer me odia y mis hijos también. Tengo novecientos dólares en el banco. ¿Qué coño voy a hacer si ya no soy agente?

Glenda frunció el ceño, queriendo refutar el argumento de Montgomery, pero sin conseguir nada. Ya no sabía qué pensar. No le caía bien Montgomery. Su aspecto mal cuidado la molestaba, y también su acto de desaparición. Pero tenía razón: en el patriótico mundo del FBI, no había mayor moneda de cambio que salvarle el pellejo a un compañero. Si encontraba al acosador de Quincy, la carrera de Montgomery tendría una segunda oportunidad. Tal vez sería su única oportunidad.

—Pero ahora cree que Quincy asesinó a su exmujer —argumentó ella.

—Claro que sí.

—¿Porque la escena está montada?

Montgomery se encogió de hombros.

—Por muchas cosas. A decir verdad, las llamadas telefónicas me preocupan. Si usted fuera a por alguien y tuviera su número de teléfono privado, ¿le gastaría bromas telefónicas o iría directa a matarlo? Quiero decir, estamos diciendo que este tipo tiene alguna conexión con la carrera de Quincy, así que estamos hablando de un psicópata. Bien, ¿qué clase de psicópata quiere hablar de matar a un agente, cuando puede atacar al agente?

—Ya hemos discutido esto. Es una artimaña, una forma de disfrazar la verdadera identidad del sudes creando cientos de otros sospechosos con oportunidad y motivo.

—Pero también alerta a la víctima —contraatacó Montgomery—. Me parece un gran inconveniente. Sobre todo si tenemos en cuenta que, en estos tiempos, al sudes no le cuesta nada encontrar artículos en Internet sobre cómo ocultar pruebas. Tiene el elemento sorpresa, y luego dispone de toda la noche para cubrir sus huellas.

—Tal vez el sudes no quería un asesinato fácil. Asumiendo que la venganza es el motivo, tal vez quería asegurarse de que Quincy sufriera primero.

—Es posible. O quizá estemos complicando demasiado las cosas. Mire, desde mi punto de vista, hay otra teoría plausible para todo lo que ha sucedido: Quincy se ha inventado todo esto. Publicó él mismo el anuncio en los boletines de la prisión y luego se presentó en el despacho de Everett con el típico «¡El cielo se me viene encima, el cielo se me viene encima!», sabiendo que Everett seguiría el protocolo y reuniría un equipo para el caso. Quincy tiene ya a cuatro agentes federales jurando ante la policía de Filadelfia que alguien está acechándolo, y que es muy probable que esa misteriosa persona asesinara a su exmujer y secuestrara a su padre. Pero ¿está alguien

acechándolo? ¿O fue todo una tapadera para poder matar a su ex?

—Escúchese, Albert. Está diciendo que Pierce estaba dispuesto a engañar al FBI y hacerle daño a su propio padre, solo para encubrir un ataque a su esposa.

—No sabemos si Quincy le ha hecho daño a su padre.

—Abraham Quincy es un enfermo de alzhéimer postrado en una cama. Lleva desaparecido de la residencia más de veinticuatro horas. Eso no es bueno.

—A «Papá Quincy» lo fue a buscar Pierce Quincy, mostrando la identificación apropiada.

—Cualquiera puede conseguir un permiso de conducir falso.

—Sí, y cualquiera puede usar uno de verdad. Glenda, no tenemos cuerpo. Por lo que sabemos, Abraham está escondido en algún bonito y lujoso resort, cortesía de su hijo. Cuando la policía se crea la historia de Quincy sobre el acosador fantasma, Abraham reaparecerá de repente, habiendo escapado como por arte de magia de su malvado captor. O tal vez Quincy llame por teléfono con una denuncia anónima y los agentes de búsqueda puedan rescatar a su padre. En cualquier caso, no hay daño, no hay falta, y la historia de Quincy es cada vez mejor.

—¡Es demasiado inverosímil! —protestó Glenda—. Hay tres razones más: primera, vio a Pierce en Filadelfia y no tenía ni una marca.

—Un asesinato rápido. Además, la policía ha encontrado sangre en los desagües. El asesino limpió la escena.

—Segunda, aún no hay motivo. Quincy y su mujer se divorciaron hace años. Está hablando de una larga y complicada trama que lleva a un asesinato con especial violencia. ¿Por qué? Su matrimonio es asunto pasado.

—Desconozco esa parte —admitió Montgomery—. Pero aún es pronto. Tal vez ella nunca lo sacó de su seguro de vida. Tal vez él la culpa por la muerte de la hija. Deme tiempo. Trabajaré en ello.

—¡Ajá! —anunció Glenda, triunfante—. Tercera, la muerte de la hija… Quincy tiene pruebas de que no fue un accidente. Fue asesinada. Fue tal vez la primera víctima del acosador.

—¡¿Qué?! —Eso detuvo en seco a Montgomery—. Creía que la hija había muerto en un accidente de tráfico al conducir ebria. ¿Cómo se ha convertido una conducción bajo los efectos del alcohol en asesinato?

—Alguien manipuló el cinturón de seguridad del conductor, inutilizándolo. Y hay pruebas de que había otra persona sentada en el asiento del copiloto. La policía estatal de Virginia está investigándolo ahora.

—Tal vez la hija manipuló el cinturón de seguridad. Tal vez fue un suicidio.

—¿Por qué iba a manipular el cinturón de seguridad? —preguntó Glenda con sequedad—. ¿Por qué no limitarse a no ponérselo?

—Eh… —Montgomery estaba desconcertado. Giró en torno a sí mismo e hizo una mueca—. No lo sé —reconoció al fin—. Tengo que pensarlo.

—Es un caso complicado —añadió Glenda en voz baja—. Dos familiares de un compañero agente han muerto y uno ha desaparecido. No deberíamos apresurarnos a sacar conclusiones sobre Quincy ni sobre nadie.

—Eso no es lo que dijo Everett.

—¿Ya le ha presentado esto a Everett? —La voz de Glenda subió de tono.

—Claro, lo llamé anoche. Si Quincy es de verdad nuestro asesino, el FBI va a quedar un poco en ridículo.

—No debería haber hecho eso. ¡Maldita sea!

—¿No puedo hablar con Everett? ¡Dios!, usted me aborrece de veras. —Montgomery se acercó al frigorífico.

Glenda permaneció inmóvil en medio de la cocina. Tenía las manos cerradas en puños a los costados. Su corazón latía muy rápido. Estaba más enfadada de lo que nunca había estado, más enfadada de lo que tal vez debería haber estado. Salvo que… Salvo que Everett ahora volvería a llamar a Quincy y el agente especial a cargo no tendría elección. Traería a Quincy de vuelta y si de verdad alguien quería atraparlo…

«Imbécil de Montgomery. ¿Por qué no podía esperar? ¿Qué es una tarde más, un día más de diligencia debida? Estúpido hijo de puta».

Sonó el teléfono y el contestador se activó. Glenda levantó una mano y empezó a frotarse las sienes de forma lenta y metódica. No le aliviaba el dolor. Ya no sabía qué creer. Montgomery planteaba puntos interesantes, y si Quincy había cometido el asesinato, entonces era su trabajo seguirle la pista.

Pero si no lo había hecho, si decía la verdad… Entonces estaban haciendo justo lo que quería el sudes. Tres agentes federales muy cualificados bailaban al son de un asesino. Y Quincy, ¿qué podía hacer si Everett le ordenaba volver? En cuanto cruzara las puertas del Buró, se vería obligado a entregar sus credenciales y su pistola. Entonces no sería de mucha ayuda para su hija. Pero ¿cuál era su otra opción? ¿Convertirse en un fugitivo para proteger a Kimberly? Nunca funcionaría. El Buró tenía los brazos largos, sobre todo cuando se enfrentaba a situaciones embarazosas como vigilar a los suyos.

Dos escenarios y ninguno muy prometedor. «¡Dios mío!», pensó. Quincy era, o el criminal más brillante al que se había enfrentado el FBI, o un hijo de puta con muy mala suerte.

La línea de fax sonó en el despacho. Un momento después, se oyó un débil zumbido cuando la

máquina se puso en marcha. Glenda fue a recoger el mensaje, dejando a Montgomery solo en la cocina.

*El informe preliminar sobre la copia impresa del anuncio que había aparecido en el Boletín del Proyecto Penitenciario Nacional estaba entrando. Tenía cuatro páginas, y Glenda hojeaba cada página a medida que llegaba.*

*Se habían encontrado cinco huellas dactilares latentes en el anuncio tipografiado, y todas coincidían con las de varios miembros del personal del Boletín del Proyecto Penitenciario Nacional. En serología no hallaron pelos ni fibras, pero sí algunos residuos de polvo que, de nuevo, rastrearon hasta el Boletín del Proyecto Penitenciario Nacional. Para completar el triplete sin pruebas, la unidad de ADN tampoco había podido recuperar ninguna muestra del papel ni del sobre.*

Al menos, la Unidad de Análisis de Documentos se había divertido. Sus conclusiones ocupaban las tres últimas páginas del informe y representaban un cambio positivo respecto a N/A, N/A, inconcluso… La tinta del papel se rastreó hasta dar con un cartucho de impresión láser negro estándar utilizado de forma habitual en impresoras HP. Eso lo reducía a millones de posibles impresoras. Pero no había que temer, habían podido rastrear la fuente y los gráficos del anuncio tipografiado. El sudes había utilizado PowerPoint. ¡Oh!, la magia de la autoedición con ordenador.

Glenda suspiró. Investigar crímenes era mucho más fácil cuando la gente no tenía más remedio que escribir las notas a mano. ¿Cómo demonios ibas a analizar una fuente de ordenador? ¿Dónde estaban las marcas de vacilación o las T inclinadas con rabia en una petición de rescate mecanografiada? ¿Y cómo demonios podía reducirse el campo cuando incluso los asesinos en serie utilizaban Microsoft Office?

En la última página, por fin encontró noticias. El papel era distinto. No se trataba de papel blanco barato, sino de papel crema resistente, hecho a mano con una marca de agua. Según la Unidad de Examen de Documentos, el papel procedía de Gran Bretaña, donde se vendía de manera exclusiva en una pequeña tienda de Old Bond Street. Cada año se vendían en todo el mundo unas dos mil cajas, y se vendía a casi cien dólares las veinticinco hojas.

Glenda dejó el informe. Así que tenían un sudes que tenía acceso a un ordenador, conocimientos de PowerPoint y un gusto bien caro en papelería. ¿Quién demonios enviaba un anuncio a un boletín penitenciario en papel de cien dólares? Tal vez venía en algún tipo de caja de regalo de lujo con flores prensadas y cintas de seda atadas alrededor de la tapa. O quizá había sido un obsequio, algo con lo que una mujer podría agasajar a su marido o un jefe a un colega o una hija a un padre.

Glenda miró el escritorio de Quincy. Su hermoso escritorio, de elegante acabado, con un fax de última generación y una silla de cuero fino. Todo conjuntado a la perfección, como lo que una mujer bien educada elegiría para su marido adicto al trabajo cuando aún estaban casados…

Agarró el primer cajón del escritorio y lo abrió. Había bolígrafos, lápices, un portacheques de Louis Vuitton… Probó con el cajón de debajo, luego el siguiente y, por último, en el cajón de abajo, el de un hombre que no escribía mucho, tres cajas de papel de carta, todas apenas tocadas.

Se había equivocado con lo de las flores secas y las cintas de seda. Los artículos de papelería venían en una preciosa caja de madera de sándalo, atada con una correa de cuero. De la papelería de Geppetto, importada de Italia, hermosa de contemplar, y ya reducida a diecinueve hojas.

—¡Oh!, Quincy —susurró Glenda, con la caja en la mano—. ¡Oh!, Quincy, ¿cómo ha podido hacerlo?

# 28

*Portland, Oregón*

Cuando Rainie despertó, Quincy no estaba. Echó un vistazo al despertador rojo que había junto a la cama. Eran las siete de la mañana, lo que hacía las diez de la hora estándar del este. Seguro que Quincy y Kimberly ya llevaban horas despiertos. Se pasó una mano por el pelo, se vio reflejada en el espejo de encima de la cómoda e hizo una mueca de horror. Parecía que había metido los dedos en un enchufe. Por otra parte, su boca sabía a calcetines viejos.

¡Ah!, otra hermosa mañana de sábado.

Se levantó de la cama y entró en el cuarto de baño contiguo. La pasta de dientes ayudó, y también una ducha rápida. Se puso sus vaqueros de tres días y su camiseta blanca, arrugó la nariz con desagrado y salió con valentía del dormitorio.

Quincy y su hija se encontraban sentados en la mesa redonda marrón de la pequeña cocina que ocupaba la mitad delantera del salón. Quincy estaba encorvado sobre su ordenador portátil y Kimberly se apoyaba en su hombro para ver mejor la pantalla. Tenían en la mano una taza de café de Starbucks y discutían con energía. Rainie identificó una tercera taza de café, sin duda la suya, y la cogió mientras intentaba enterarse de la trifulca que tenían.

Parecían estar trabajando en la base de datos. Kimberly quería centrarse más en Miguel Sánchez, Quincy pensaba que era un callejón sin salida: el hombre no podía hacer gran cosa desde los confines de San Quintín.

—Bueno, ¿y la familia? —argumentó Kimberly.

—¿Qué familia? —contraatacó Quincy—. El único pariente vivo de Sánchez era una madre de setenta años oxígeno-dependiente que difícilmente sería la candidata a psicópata de la semana.

—Touché —murmuró Rainie.

Por fin hicieron una pausa y Quincy levantó la vista del ordenador. Algo pasó por su rostro, una expresión que ella no pudo interpretar. Luego dijo con tono inexpresivo:

*—Buenos días, Rainie. Hay croissants en la bolsa si quieres.*

Ella negó con la cabeza.

—¿Lleváis mucho tiempo levantados?

—Unas horas.

Quincy evitaba su mirada, pero no importaba, ella tampoco podía mirarlo a los ojos. ¿Le habría sorprendido despertarse y encontrarla aferrada a él en la cama? ¿Le habría gustado? ¿O habría pensado que había sido solo una cuestión práctica al haber ocupado Kimberly ya el sofá? Rainie memorizó con detalle el logotipo de Starbucks de su taza de café.

—¿Con qué estáis ahora? —preguntó.

—Trabajando en la base de datos.

—Creo que tenemos que reexaminar el caso Sánchez —intervino Kimberly—. Miguel es el que se puso en contacto con papá por teléfono. Además, el trato que le dio a su primo, Richie Millos, demuestra que le gusta la venganza. Luego está el factor Montgomery, quien también trabajó en ese caso y resulta que odia a papá por ello.

—Que yo mismo atendiera la llamada de Sánchez fue un hecho fortuito —protestó Quincy—. Había mensajes de otros cincuenta y seis convictos en el contestador, cuyas llamadas podría haber cogido en persona con la misma facilidad. Y, aunque el «factor Montgomery» es interesante, una casualidad no equivale a conspiración. Conclusión: Miguel está seguro entre rejas en California. No tiene ninguna posibilidad y, a decir verdad, no creo que sea tan listo.

—¿Y el primo? —cuestionó Rainie.

—¿Millos? ¿Qué pasa con él?

Rainie tomó asiento. A salvo en el reconfortante tema de los homicidas maníacos, podía volver a mirar a Quincy a los ojos.

—Piénsalo de este modo: tu evaluación de la asociación entre Richie y Miguel llevó a la policía a centrarse en Richie. Y al centrarse en Richie, la policía provocó su muerte a manos de Miguel. Es decir, alguien podría argumentar que tú fuiste el responsable de la muerte de Richie.

—Es decir, que yo maté a Richie —murmuró Quincy—. No está mal.

—¿Richie tiene familia viva? —preguntó Kimberly.

—No lo sé. Coge el archivo del caso.

Kimberly empezó a rebuscar en la caja junto a los pies de Quincy. Por lo visto, ya habían hecho ese ejercicio varias veces, porque ella sacó la carpeta de cartulina en cuatro segundos.

—Millos, Richie. Veamos qué clase de tarados cuelgan del árbol genealógico. —La abrió de un tirón, pasó tres páginas y empezó a escanear con energía el informe de antecedentes—. Bien, tenemos una madre de cincuenta y nueve años que figura como ama de casa. Tenemos un padre de sesenta y tres, antiguo conserje, ahora con discapacidad. ¡Ah!, se indica que padece artritis reumatoide. Sin lugar a duda, eso lo descarta.

—¿Algún hermano? —preguntó Quincy.

—Dos hermanos y una hermana, todos menores que él. José tiene treinta y cinco años y sus propios antecedentes penales. Un tipo de allanamiento de morada, pero ahora no se encuentra en prisión. Es otro punto más para reflexionar. Mitchell «Mickie» Millos tiene treinta y tres años y, mira, no tiene antecedentes penales. De hecho, es ingeniero licenciado por la Universidad de Texas, en Austin. Así que parece que uno de los hombres de la familia ha hecho algo bien. Por último está Rosa Millos, la hija pequeña, que tiene veintiocho años. No tenemos información sobre ella, ¿por qué será?

—Machismo —respondió Rainie—. Los federales suelen subestimar a las mujeres.

—No voy a comentar eso —murmuró Quincy—, teniendo en cuenta que en esta habitación me superáis en número y en armas. Ahora, por nada en concreto, cuéntame más sobre Mickie.

Kimberly volvió a hojear el informe de antecedentes.

—No tengo nada más sobre Mickie. Parece que el agente investigador perdió el interés al ver que no tenía antecedentes penales.

—Me lo imaginaba. —Quincy frunció el ceño, dándole vueltas a algo en la cabeza. Luego levantó la mirada para encontrarse con la de Rainie. Ella se había quedado mirándole el cuello, admirando su polo azul oscuro y preguntándose por qué no había hecho que se quitase el traje más a menudo. La suave tela de algodón le cubría bien el pecho, acentuando los duros planos de su cuerpo de corredor y el profundo color de sus penetrantes ojos.

¿Por qué no la había despertado por la mañana? Podría haberse tomado al menos un instante para rozarle la mejilla y decirle… cualquier cosa.

Después se dio cuenta de que él estaba mirándola. Un nuevo torrente de color le subió a las mejillas. Apartó la mirada deprisa, sin sentirse del todo ella misma.

—¿Rainie? —preguntó en tono suave.

—Mmm, el hermano menor. Sí, veámoslo mejor.

Kimberly frunció el ceño.

—¿Por qué Mickie? Ni siquiera tiene la edad adecuada. Nuestro tipo es mucho mayor.

—La edad puede falsificarse —respondió Quincy, con la mirada fija en Rainie—. Además, a la gente se le da fatal calcular la edad. Si pones a un hombre en camiseta y vaqueros, la gente dirá que tiene poco más de veinte años. Si pones al mismo hombre con un traje oscuro, la gente dirá que tiene algo más de treinta. Aunque los testimonios de los testigos oculares siguen siendo la forma número uno de atrapar a los sospechosos, son muy fáciles de manipular, sobre todo por alguien que haya leído algo sobre el tema.

—Pero Mickie es ingeniero —protestó Kimberly—, con estudios y sin historial delictivo.

—Exactamente —declaró Rainie—. El sudes que buscamos es sofisticado. Tiene un plan complejo, un don para la manipulación, confianza para acercarse tanto a una hermosa joven, tu hermana, como a una sofisticada mujer mayor, tu madre. Lo más probable es que sea educado, con bastante mundo y con un don para resolver problemas.

—Y tiene dinero —añadió Quincy—. Al ritmo actual de desarrollo, lo más probable es que nuestro sudes se dedique a ello a tiempo completo. Así que debe tener un colchón financiero del que vivir. También ha estado viajando, y eso exige recursos adicionales. Luego está este nuevo avance contigo, Rainie. Kimberly me ha contado lo de tu reunión con Carl Mitz. Si, como sospechas, tu «padre» es de verdad Tristan Shandling, entonces nuestro sudes ha pagado a un fiscal y contratado a un abogado como parte de su plan; ambas acciones requieren importantes recursos financieros.

*«Ahora bien, ¿tiene un ingeniero de treinta y tres años como Mickie esa cantidad de dinero? En general, diría que no. Pero en esta época de millonarios del software y multimillonarios de las puntocom, ¿quién sabe? Mickie podría ser un joven muy rico.*

—No había pensado en eso —reconoció Kimberly, asintiendo con lentitud—. Bien, entonces hacemos una comprobación completa de los antecedentes del hermano menor de los Millos, incluyendo sus activos financieros. Un nombre menos. —Miró la caja de archivos y suspiró—. Quedan cincuenta más.

—Con el debido respeto —intervino Rainie—, no creo que este proyecto de base de datos nos lleve a ninguna parte. —Quincy frunció el ceño de inmediato. Él y su hija se giraron para mirarla, y Rainie se encogió de hombros—. Piénsalo, Quincy. ¿Está el nombre de este tipo en alguna parte de esa caja, en esta base de datos o en los archivos del FBI? Es posible. ¿Va a ayudarnos? No. ¿Por qué no? Porque sabe que su nombre también está ahí.

Se inclinó hacia delante, hablando con convicción.

—¿Cuál es la mayor vulnerabilidad del sudes? Proceso de eliminación. Es un caso personal, no de extraño a extraño, por lo que, si se le da tiempo y tiene recursos suficientes, sabe que podrás identificarlo. ¿Cuál es su estrategia entonces? Al principio, es secreto. Elige a Mandy, el miembro de la familia que menos contacto tiene con el resto. Disfraza su apariencia, utiliza un alias y oculta su asesinato como un accidente. Y, al principio, eso funciona. Sin embargo, comprende que no puede ocultar sus actos para siempre. En cuanto ataque a Bethie, empezarás a atar cabos, empezarás a buscarlo. Y también se prepara para eso.

«Catorce meses después del accidente de Mandy, inicia una nueva oleada de maniobras. Primera táctica: desvío. Difunde tu dirección y número de teléfono a todos los psicópatas de la zona continental de Estados Unidos. Siguiente táctica: confusión. Te roba la identidad, consigue tener tu aspecto y empieza a colocar pruebas falsas que harán que tus compañeros agentes se aparten de su rastro y se centren en ti. Y la táctica final: velocidad.

—Ahora todo ocurre a la vez —agregó Quincy.

—Miércoles, mamá es asesinada —susurró Kimberly—; jueves, el abuelo es secuestrado; viernes, todos estamos huyendo y a Rainie la aborda un abogado por la cuestión de su padre. Ya

no va a dejarnos tiempo para pensar. No va a dejarnos a ninguno de nosotros tiempo para pararnos a pensar y analizar, porque en cuanto lo hagamos, sabrá que tiene problemas.

—Este tipo… es como un agujero negro, Quincy —añadió Rainie, con la vista puesta en él—. No sabemos quién, por qué, cómo ni cuándo. No está aportándote ninguna información, no comete el error de subestimarte. ¿Por qué?

—Porque, sin lugar a duda, lo conozco.

Ella esbozó una sonrisa.

—Porque, sin lugar a duda, él te conoce. Te encantan la información, los rompecabezas y los juegos. Es toda tu vida. Así que el primer paso ha sido conservar ocultas sus acciones el mayor tiempo posible. Y el segundo paso es tenerte en movimiento en lugar de pensar. Mientras estés reaccionando a él, no podrás avanzar. Mantenerte reaccionando es mantenerte vulnerable. Tenemos que romper ese ciclo, Quince. Necesitamos un plan de juego activo, una forma de pasar a la ofensiva, y esconderse en Portland jugando con bases de datos no lo es. Nos encontrará aquí, tal vez mucho antes de lo que crees.

Quincy guardó silencio. Entonces su mirada se elevó despacio para encontrarse con la de ella.

—¿Qué opinas de la afirmación de Carl Mitz de que ahora tienes un padre? —preguntó él.

—No sé.

—Solo porque sea una coincidencia, no significa…

*—¡Eso ya lo sé! —Rainie inspiró hondo y luego soltó el aire—. Solo… debo tener cuidado. Mitz parece de fiar y hay aspectos de los antecedentes de Ronald Dawson que también parecen auténticos. Ha estado en la cárcel durante la mayor parte de mi vida, es posible que encontremos registros públicos del negocio inmobiliario que hizo millonario a su padre. Por otro lado… El modus operandi de Tristan Shandling es disfrazarse de la persona a la que más desea su víctima. Y sí, estoy interesada en Ronald Dawson, estoy muy interesada en Ronald Dawson, y para serte sincera, eso me aterroriza.*

—¿Y si Mitz pudiera organizar un encuentro con el señor Dawson en persona?

—De ninguna manera. —Sacudió la cabeza con firmeza.

Los ojos de Quincy volvían a tener esa mirada intencionada, y no esa lenta mirada sexi, sino la mirada profesional de quien todo lo sabe.

—Plan de juego activo —murmuró.

Rainie cerró los ojos, sabía lo que él quería. Le dolía, la destrozaba, pero no cambiaba el hecho de que, una vez más, él tenía razón.

—¡Bien! Me reuniré con Ronnie. Pondré mi pobre corazón en riesgo. Nunca digas que no hice

nada por ti.

—Pero no puedes reunirte con él —soltó Kimberly—. Si es el sudes, podría atacarte, secuestrarte o algo peor.

—No creo que tu padre tenga la intención de que me reúna a solas con Ronnie —replicó Rainie en tono seco—. Aunque no es que se oponga precisamente a ofrecerme como jugoso cebo.

—Yo nunca…

—¡Ah!, cállate, Quince. Por el amor de Dios, yo soy la que acaba de decir que tenemos que ser proactivos. Si Dawson es nuestro acosador favorito, démosle la vuelta a la tortilla. Me pondré en contacto con Mitz y concertaré una cita para comer, con Luke y los chicos de acompañamiento. Puedo machacar a Ronnie para que me proporcione información adicional sobre su demanda de paternidad. Al menos, puedo conseguir otra descripción para añadir a nuestros archivos. Tristan Shandling, el hombre de las muchas caras.

—¿Y si intenta algo? —protestó Kimberly.

—No lo hará —contestó Rainie.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

*—Porque es su modus operandi —manifestó Rainie con rotundidad—. Si Ronald Dawson es Tristan Shandling, no va a salir por la puerta grande. ¡Ah, no! Todo lo contrario. Se sentará frente a mí y me dirá lo mucho que siempre quiso tener una hija. Va a deslumbrarme con historias de lo que yo podría hacer con una herencia de diez millones de dólares. Me dirá que encontrarme es lo mejor que le ha pasado nunca. —Se le quebró la voz, pero la corrigió—. Y voy a llegar a dudar de cada palabra que me diga. Voy a estar ahí sentada pensando que ese hombre es, o el padre perdido más perfecto del mundo, o alguien que me quiere muerta. ¡Eh!, todo en una jornada de trabajo.*

—Rainie…

—Voy a hacerlo, Quincy.

—He cambiado de opinión, no quiero que lo hagas. Estaba equivocado.

—Tenías razón —espetó ella, tajante—. No te vuelvas sensible ahora.

Se quedó callado, y ella también. Sus ojos se clavaron en los de ella. El momento se prolongó, se hizo largo.

—Esto resulta muy duro —declaró al final Kimberly.

—Esto resulta muy duro —coincidió Quincy asintiendo con la cabeza sin apartar la mirada de Rainie.

—Quiero decir que ni siquiera sabemos quién es este hombre, y mira lo que está haciéndote.

Mamá ya no está, y Mandy ya no está, y ahora tienes que temer por Rainie y por mí.

—Siempre he temido por la gente que me importa.

—Pero no así. No este tipo de preocupación activa, inmediata y horrible.

—Siempre me preocupo —expresó Quincy en voz baja—. Es la naturaleza de mi trabajo. Sé lo que puede pasar, y pienso en ello por las noches.

—No nos sucederá nada —afirmó Kimberly con fiereza—. Ahora sabemos lo que ocurre, ¡y la información es poder! No nos pasará nada.

—Ahondaremos más en Mitchell Millos —indicó Quincy en voz baja—. Intentaré hacer una lista de otros cinco o diez nombres. Luego hablaré con Everett, a ver si tiene novedades. Tal vez, mi padre… —Su voz se tornó muy melancólica. Se contuvo y dijo con más firmeza—: Y seguiremos con Ronald Dawson. De un modo u otro, vamos a descubrirlo.

—Tenemos un último as en la manga —intervino Rainie—. Phil de Beers, en Virginia. Todavía está vigilando a Mary Olsen. Pensad en ello: está sola, ha traicionado a su mejor amiga y no tiene autoestima. De otra manera nunca se habría metido en este lío, para empezar. Tal vez ya esté acercándose al tipo. Y, a medida que pasen los días, Mary se volverá más insistente en conocerlo en persona. Cuando lo haga…

—Quiero fotos —transmitió Quincy de inmediato—. Con la mejor calidad que el señor De Beers pueda conseguir. Es hora de que desarrollemos una mejor descripción física.

—Pero utiliza muchos disfraces —protestó Kimberly—. Tenemos dos descripciones y no coinciden. ¿Cómo va a ayudarnos una tercera?

—Solo parece que se le da bien disfrazarse porque nos fiamos de relatos de personas normales —señaló Rainie—. La gente se fija en el color de los ojos, el peinado, el vello facial, la ropa… en elementos fáciles de modificar. En lo que deberían poner su atención es en rasgos estándar como el espacio entre los ojos, la situación de las orejas en la cabeza o la forma de la mandíbula. Esos rasgos no pueden cambiarse, son únicos. Si conseguimos una foto, un forense podría analizarla en busca de esos elementos y entonces tendríamos por fin algo con lo que trabajar.

—¿Vas a contactar con De Beers? —preguntó Quincy.

—Ahora mismo lo llamo —prometió Rainie, y esbozó una leve sonrisa—. Y luego llamaré a Mitz para concertar un almuerzo con «papi». Tenemos que movernos… Han transcurrido treinta y seis horas desde el último golpe de Míster Psicópata; dudo que nos quede mucho tiempo.

# 29

**Residencia de los Olsen, Virginia**

Acurrucada en el rincón más recóndito de su vestidor, Mary Olsen se acercó el teléfono inalámbrico al oído. Llevaba su oscuro cabello alborotado y el rímel se le había corrido por el rostro. En el hombro izquierdo tenía un moretón reciente del que no quería hablar. Su bata de seda de color azul glaciar ocultaba las huellas de muchos más. Su marido había vuelto a casa esa mañana tras una operación de urgencia que no había salido bien. Diez minutos después de que él saliera del garaje en su Jaguar descapotable, ella cogió el teléfono.

—Sé que no debo llamar —manifestó, apurada—, pero ya no aguanto más. No entiendes lo mal que han ido las cosas. Necesito verte. Por favor, cariño, por favor…

—Shhh, respira hondo. Todo saldrá bien.

—No, no saldrá bien. ¡No saldrá bien! —Su voz alcanzó un tono frenético y luego se disolvió en un torrente de lágrimas. Le dolían las costillas. Iban a salirle moretones entre los muslos. ¿Quién hubiera pensado que un hombre de aspecto tan blando podía pegar tan fuerte?—. Me siento sola —sollozó—. Han sido semanas de tormento sin parar, y ahora ni siquiera te tengo a ti para esperar. ¡No puedo seguir viviendo así!

—Lo sé, cariño. Sé que ha sido duro.

En contraste con su agudo dolor, él sonaba calmado, gentil, amable. Dejó que las palabras inundaran sus pensamientos heridos y sus emociones tensas. Se acercó el teléfono a la mejilla manchada de rímel.

Siempre le había gustado el sonido de su voz. En una ocasión, Mandy le hizo un comentario sobre sus ojos, le dijo que era el poder de su mirada lo que la atraía de él. Para Mary, sin embargo, que no podía verlo mucho, siempre había sido el sonido de su voz, y la manera en que podía parecer que conocía su angustia a cientos de kilómetros de distancia. La manera en la que podía susurrarle al oído a través de las líneas telefónicas y prestarle su fuerza en mitad de la noche, cuando su marido por fin se había dormido, pero ella sabía que era cuestión de horas que se despertara y todo volviera a empezar.

—Me dice lo que tengo que decir, lo que tengo que hacer, lo que tengo que ponerme —susurró con voz entrecortada—. No sabía que sería así. ¿Por qué quería casarse conmigo si me odia tanto?

—Eres una mujer preciosa, Mary. No todos los hombres pueden gestionar eso.

—¡Pero si nunca le he dado motivos para preocuparse! —gritó—. Quiero decir… Bueno, ya sabes, hasta ahora no. ¡Dios, estoy cansada! Te echo de menos. Te necesito. Daría cualquier cosa solo… solo por cogerte la mano, ver tu sonrisa. Hacerme sentir guapa otra vez.

—Ojalá pudiera, cielo —contestó disculpándose—. De verdad.

—¿Por qué no? Han pasado varios días desde que esa tal Conner apareció. Seguro que ya no hay problema. Podemos reunirnos donde quieras. Tomaré las precauciones que me dijiste. Por favor, todo irá bien.

—Pero, amor, sí que un hay problema . ¿No lo sabes? Están vigilándote.

—¡¿Qué?! —respondió azorada, con verdadera sorpresa.

—Intenté hacerte llegar una nota hace dos días —explicó—. Pero entonces vi un pequeño utilitario plateado escondido entre los arbustos con una visión clara de cualquiera que entrara o saliera de vuestra propiedad. Observé el coche durante horas, y no se movió. Lo siento, cariño, pero creo que tu marido está haciendo que te sigan.

—¡No! Ese maldito imbécil celoso. Nunca le he dado ninguna razón… Quiero decir, hasta ahora. ¡Oh, que se vaya a la mierda! ¿Qué vamos a hacer?

—¿Qué podemos hacer? Si consigue una sola foto de nosotros juntos… Sé que no quieres que eso suceda. No después de todo lo que has pasado.

—¡No le daré esa satisfacción! —juró Mary—. Por Dios, cuando deje a ese hijo de puta, va a pagarme hasta el último centavo que vale. Debería dejarlo hoy, en este mismo instante. Simplemente… ¡Simplemente lo haré!

—Cuanto más breve sea el matrimonio, menos probabilidades tendrás de recibir la mitad de sus bienes —añadió él con suavidad.

Ella empezó a llorar de nuevo.

—¿Qué voy a hacer? Te echo de menos. ¡Estoy volviéndome loca!

Él no dijo nada de inmediato. Tal vez no había nada que decir y ella lo sabía, aunque no quisiera admitirlo. Era una mujer casada. Necesitaba el dinero de su marido. ¡Ay, Dios! Le dolía el hombro y también las costillas. Algunas mañanas no estaba segura de cómo lograba levantarse de la cama. Cuanto más le pegaba su marido, más enfadado parecía estar. ¿Se odiaba a sí mismo por golpearla, o a ella por no decir nunca que no?

«¿Cómo ha llegado mi vida a esto? No lo sé, no lo sé, no lo sé…».

—Tengo una idea —anunció su amante.

—Sí, lo que sea. Por favor.

—Esta tarde te llegará una caja de bombones. Godiva, creo. La marca no importa. ¿Estás

escuchándome?

—Sí. —Su voz era jadeante.

Quiero que cojas la caja y bajes la calle hasta que veas el coche plateado. Verás a un hombre negro sentado al volante.

—¡Oh, Dios mío!

—No va a hacerte daño, cariño. Es un investigador privado, sin duda, el mejor que el dinero de tu marido puede comprar. Da unos golpecitos en la ventana. Sonríe con encanto. Entonces, dile que sabes lo que está haciendo. Estará abochornado, avergonzado por haber sido descubierto. Te pones aún más encantadora. Dile que quieres unirte a él, que solo quieres hablar. Después, desahógate por tu perverso marido, y de paso, ofrécele un bombón. Si se niega, coge uno tú misma. Cómetelo delante de él y vuelve a ofrecerle uno. Asegúrate de que se coma dos o tres. Con eso bastará.

—¿Están envenenados? —preguntó. Un escalofrío le recorrió la espalda.

—¿Crees que te pediría que comieras bombones envenenados? ¿Qué te ha hecho tu marido?

—Lo siento, es que…

—Los dulces están adulterados, amor. Es un laxante con sabor a chocolate, eso es todo, fundido e inyectado con una jeringuilla. Una trufa tendrá un efecto mínimo en tu cuerpo. Dos o tres, sin embargo, digamos que deberían dar al investigador privado cosas más urgentes que hacer con su tiempo que vigilarte. Cuando se vaya en busca de las instalaciones adecuadas, podrás escapar.

—¡Para verte!

—Yo también te he echado de menos, amor.

—Dime que soy guapa.

La voz de él sonó generosa.

—Tu belleza es incomparable, sobre todo cuando llevas encaje negro.

—Me pondré las ligas —respondió sin aliento.

—Perfecto. Yo no me pondré nada.

—¡Oh, Dios! ¡Me muero de ganas de verte!

—Una caja de bombones después, estaré a tu lado.

Ella sonrió por primera vez en toda la mañana. Pero entonces recordó el aspecto que tenía y dudó.

—Estoy algo… magullada —le advirtió con suavidad.

Él lo comprendió al instante.

—Entonces, cuando te vea, nena, te quitaré todos los dolores a besos.

Empezó a llorar de nuevo, esta vez en silencio, de verdad. Él la haría sentir mejor. Siempre lo hacía. La primera vez que ella llegó con las costillas negras y azules, le dijo que se había caído por las escaleras. Pero él lo supo de inmediato y, en lugar de apartarse, en lugar de mirarla con disgusto, la cogió entre sus brazos y la estrechó con ternura.

—Pobre —le dijo—. Eres demasiado valiosa para esto.

Esa noche lloró durante horas. Todo el tiempo, él se limitó a abrazarla y a acariciarle el pelo. En toda su vida, nadie la había tocado con tanta delicadeza como él. En toda su vida, nadie la había hecho sentir tan especial.

Brevemente, por un instante, pensó en Amanda. Amanda, que nunca le hizo daño. Amanda, que fue una buena amiga. Amanda, que se emocionó tanto al presentarle a su nuevo novio…

«Pero seguiste bebiendo, Mandy —pensó ella—. Tenías al galán más perfecto del mundo, y aun así le dabas a la botella. Después de eso, te merecías lo que pasó. Además, siempre tuviste muchos hombres. Y yo… Yo lo necesitaba».

Dejó el teléfono en su sitio y se limpió con la manga de la bata las manchas de rímel y las lágrimas.

«Una caja de bombones después, volveré a estar con él —pensó—. Una caja de bombones después». Esperaba que llegaran rápido.

# 30

**Barrio de Pearl District, Portland**

Poco después de las once de la mañana, Quincy acompañó a Rainie a su loft del centro. Ella encendió las lámparas por costumbre, aunque la luz del día entraba por las ventanas delanteras y el espacio era luminoso. El aire desprendía el olor a humedad de una casa que había estado vacía mucho tiempo. Quincy conocía esa fragancia: así le daba siempre la bienvenida su propia residencia.

—Debería comprobar algunas cosas —indicó Rainie nerviosa.

Él asintió y entró en la sala de estar mientras ella revoloteaba por el espacio abierto. Llevaba así toda la mañana. Rara vez lo miraba a los ojos y se alejaba si él se acercaba demasiado. Estaba suave y tranquila un momento, casi frenética al siguiente. Él creyó saber lo que estaba sucediendo. Por otra parte, sus instintos no estaban en el mejor momento esos días.

Poco después de la conversación que habían tenido por la mañana, Rainie dejó un mensaje en el móvil de Carl Mitz. No podía proporcionarle el número del móvil de Quincy sin revelar que estaba con ella, y no podía dar el número de teléfono de la habitación del hotel sin comprometer su ubicación, así que dio el número que Mitz ya conocía, el de su loft en el barrio de Pearl District. Kimberly optó por quedarse en la habitación del hotel, donde, utilizando el número de licencia de investigadora privada de Rainie, accedía a varias bases de datos de las fuerzas del orden en busca de informes de antecedentes. Quincy y Rainie esperarían la respuesta de Mitz en la casa de ella. La distribución de tareas tenía un evidente sentido práctico. Si había otros motivos, nadie los mencionaba.

Quincy daba vueltas alrededor del sofá, deteniéndose en varios rayos de sol. Le gustaba la sensación de luz y calor que le bañaba el rostro. Cerró los ojos y sintió cómo sus tensos músculos se distendían. Respiró hondo y se recordó a sí mismo que eso también se acabaría. En el presente se aferraba con fuerza a ese pensamiento.

Había llamado a Everett para preguntar por su padre. Aún no había noticias, y Quincy sabía mejor que nadie lo que eso significaba. Cada hora que pasaba sin que encontrasen a Abraham reducía la probabilidad de verlo con vida. Ya habían pasado treinta y seis horas. Un momento, Abraham se encontraba durmiendo plácido en su cama con olor a antiséptico, y al siguiente había desaparecido, secuestrado por un extraño que se había hecho pasar por su hijo, sin que Abraham supiera la diferencia. Un conserje informó de que había visto que metían al padre de Quincy en un pequeño coche deportivo rojo, probablemente el mismo Audi TT que el sudes utilizó para recoger a Bethie.

Desde entonces no habían encontrado ni rastro del coche ni de Abraham. No conseguían grandes

avances en el caso que aliviasen el dolor que iba acumulándose poco a poco en el interior de Quincy. El secuestro de su padre era el fracaso definitivo, peor en cierto modo que los asesinatos de Amanda y Elizabeth, porque ellas eran adultas independientes. Su padre, en cambio, era vulnerable y estaba del todo indefenso. En una época fue un hombre orgulloso que criaba a su hijo él solo; en ese momento era una persona dependiente. Quincy debía haber hecho más para mantenerlo a salvo.

Darse cuenta de ello lo dejaba en un estado emocional extraño: al mismo tiempo desolado, pero muy enfurecido; vacío de toda emoción, pero desesperado por sentirse vivo; derrotado pero determinado; enfadado sobremanera, con una insoportable tristeza. El académico buscaba una razón, aunque el hombre era consciente de que no existía tal cosa.

«¿Por qué ha desaparecido mi padre? Porque sí. El aislamiento no es protección. Ninguna distancia adormece el dolor».

Y entonces a Quincy le asaltó un extraño recuerdo, un momento en el que no había pensado en años. La pequeña Kimmy acababa de volver a casa de su cuarta clase de ballet, entró en el salón donde estaba reunida la familia y, con los pies plantados y los puños en la cintura, anunció, alzando la voz todo lo que pudo: «¡A la mierda el ballet!».

Quincy recordó el grito ahogado de Bethie, la expresión de asombro de Mandy y su propio intento desesperado de reprimir una sonrisa. A la mierda el ballet. Qué carácter tenía, qué confianza y qué intrepidez. Él se sintió muy orgulloso.

¿Le había contado alguna vez esa historia a su padre? A Abraham le habría gustado. No habría dicho nada, pero habría sonreído. Y también se habría sentido orgulloso. Cada generación daba un paso adelante. Desde un estoico yanqui de campo hasta un reservado agente federal, pasando por una descarada aspirante a criminóloga que, sin lugar a duda, sabía lo que se hacía.

El aislamiento no era protección. Había perdido a su padre, pero quizá, solo quizá, tenía la oportunidad de redescubrir a Kimberly.

—Voy a coger algo de ropa —gritó Rainie desde el vestidor—. Si suena el teléfono, déjame contestar.

—No estoy aquí —le prometió Quincy.

—¿Crees que Kimberly necesitará algo?

Él esbozó una leve sonrisa.

—Creo que eso lo sabrías mejor tú que yo.

—Eso no es verdad. Tu síndrome del sabio no está tan acentuado.

—Viniendo de ti, me lo tomo como un cumplido.

Rainie salió del armario. Quincy se dio cuenta de que estaba contenta de estar en casa, porque

caminaba con más jovialidad, con una chispa de energía que antes no tenía. Se había cambiado la camiseta por una camisa azul de cambray. Mientras ella iba hacia la cocina, él se encontró estudiando cómo el suave y desgastado algodón fluía sobre la curva de sus caderas.

«Es preciosa», pensó, y entonces se quedó atónito al darse cuenta de ello. No era solo guapa, atractiva o sexi: era preciosa. Preciosa vistiendo unos vaqueros y una camisa de algodón. Preciosa por la forma en que había irrumpido entre dos detectives de Homicidios en la escena de un crimen en Filadelfia, solo porque sabía que él la necesitaba. Preciosa por la forma en que se enfrentaba a sus compañeros agentes del FBI, aunque se sintiera incómoda e inferior. Preciosa por la forma en que ella seguía a su lado, cuando Dios sabía que su vida estaba desintegrándose con rapidez y sería mucho más fácil alejarse.

Ella le dijo una vez que no sabía nada de relaciones ni de compromisos, pero era la persona más leal y digna de confianza que conocía.

—Rainie —pronunció en voz baja—, metí la pata esta mañana.

Eso llamó su atención, y se quedó paralizada con un pie en la cocina y el otro en el dormitorio.

—No sé a qué te refieres —respondió.

—Estaba soñando con algo genial, tal vez el primer buen sueño que he tenido en meses. Estábamos juntos, en una playa, acurrucados sobre la cálida arena blanca. Recuerdo que jugaba con tu pelo. No decíamos nada, solo éramos… felices.

—Eso tuvo que ser un sueño.

—Entonces me desperté y estabas de verdad a mi lado.

—¿Estaba roncando?

—No estabas roncando.

—¡Uf! —Hizo un movimiento exagerado con la mano, como si se secara el sudor de la frente—. Seguro que estaba roncando tan fuerte que tuviste que salir corriendo.

—Tenías la cabeza apoyada en mi hombro —comentó con suavidad—, el brazo alrededor de mi cintura y la pierna… la tenías curvada sobre mi muslo.

—Tengo frío cuando duermo.

—Ha sido… Ha sido una de las cosas más encantadoras que alguien ha hecho por mí.

—¡Ah!, vete a la mierda tú también, Quince.

Parpadeó sorprendido, y Rainie se dirigió hacia él con paso decidido. Tenía las mejillas sonrojadas y el dedo hacía peligrosos movimientos punzantes en el aire. En algún momento, el breve discurso de Quincy había tocado la tecla errónea, porque ella estaba sin duda cabreada. «Corre», pensó de inmediato. Pero ¿hacia dónde? Ese lugar no tenía paredes.

—¡Yo no soy encantadora! —espetó—. ¿Podemos aclarar esto? Yo nunca soy encantadora.

Él observaba su dedo con cautela.

—Vale.

—No me metí en tu cama para ser encantadora. No me acurruqué a tu lado para ser encantadora. Y no me dormí para ser encantadora. ¿Entendido?

—No quería decir…

—Sí querías. Te tendí la mano. Di un gran paso adelante para mí. Y tú no solo huiste como un cobarde esta mañana, sino que estás huyendo como un cobarde ahora, reduciendo mi acto de cariño a un acto de lástima.

—¿Vas a apuñalarme con esa cosa?

—¿Con qué?

—¡Con tu dedo!

—¡Quincy! —gritó, elevando ambas manos al aire—. Deja de hacerte el listillo. Por el amor de Dios, ¡estás actuando como yo! ¡Despierta!

Se quedó callado, y al cabo de un instante, ella también.

—Puede que esta mañana me haya entrado el pánico —admitió.

—Ahí lo tienes.

—Podrías ser condescendiente con ello.

—No, no podría. Sigue hablando.

—Es posible que volviera a caer en viejos hábitos —continuó él en voz baja—. Me desperté, te vi, me gustó tenerte ahí y… Rainie, ahora no es el mejor momento para que seas alguien que me importa. La gente que me importa tiene una vida notoriamente corta.

—Quincy, los novios se disculpan, los psiquiatras analizan. ¿Cuál de los dos eres tú?

—Maldita sea, estás volviéndote muy buena en esto —señaló después de parpadear sorprendido.

—Vamos. Mitz podría llamar en cualquier momento y tendremos que irnos, así que discúlpate y hazlo rápido.

—Perdóname —respondió, obediente.

Ella sacudió los dedos.

—¿Por…?

—Por escabullirme de la cama como un ladrón en la noche, por no despertarte primero, por pretender que no sucedió, cuando pasar la noche conmigo fue un paso monumental para ti y aprecio tu esfuerzo…

—De acuerdo —manifestó, levantando una mano—. Déjalo mientras estás a tiempo. En cualquier momento, van a darte un programa de televisión propio.

—Rainie, me gustó despertarme contigo a mi lado.

Ella bajó por fin las manos, lo miró de soslayo y reconoció:

—A mí… A mí también me gustó.

—¿No ronqué?

Quincy no pudo evitarlo y dio un paso adelante. Ella no retrocedió.

—No roncaste —respondió Rainie.

—¿No di vueltas en la cama, robándote las sábanas sin dejarte dormir en toda la noche? —Siguió acercándose y ella continuó sin moverse.

—A decir verdad, estabas bastante adorable… para ser un federal.

Ya estaba solo a un centímetro de ella y sus terminaciones nerviosas habían cobrado vida. Podía oler el leve aroma de su jabón, la fragancia a manzana de su champú. Podía ver todos los matices de su rostro, la línea directa de su mirada, la firme resolución de sus labios, la forma en que levantaba la barbilla como si se preparara para luchar. No era el momento, se recordó a sí mismo. Carl Mitz podría llamar en cualquier instante. El mundo podría acabarse.

Tenía tantas ganas de tocarla que le ardían las yemas de los dedos. Ella lo desafió, lo empujó, y más que eso… Le había hecho soñar con cálidas arenas blancas cuando durante tanto tiempo había sido solo el caparazón de un hombre, analizando de forma metódica a la humanidad y sacrificando a los suyos en algún punto del camino.

—No quiero hacerte daño —susurró.

—Las cosas malas ocurren, Quince. Alguien a quien respeto me lo explicó una vez. No podemos detener todo lo negativo que hay en el mundo. Podemos limitarnos a intentar disfrutar de lo bueno.

—Si te perdiera…

—Seguirías con tu vida —replicó ella sin rodeos—. Yo también lo haría. Somos gente práctica, Quincy. Y somos fuertes, y vamos a salir de esta. Ahora deja de hablar, deja de pensar, deja de analizar, ¡maldita sea!, y bésame.

Quincy obedeció.

Su primer toque fue suave. A pesar de las atrevidas palabras de Rainie, él sabía que estaba nerviosa. Pudo notar la tensión en su columna cuando su mano se posó en la parte baja de su espalda. Pudo sentir su finita vacilación cuando inclinó la cabeza hacia atrás y le ofreció sus labios. Ella esperaba que se lanzara de cabeza y se preparó para el ataque. Sin embargo, no le interesaba una estoica o una mártir. Comprendía su historia. El sexo para Rainie había sido dolor y castigo. Aunque ella pensara que así sería más fácil, él no iba a precipitarse.

Le rozó la comisura de la boca con los labios, levantó la mano izquierda y le apartó el cabello hacia atrás. Rainie tenía los ojos cerrados. Le pasó la yema del pulgar por las sedosas pestañas.

—Eso hace cosquillas —murmuró.

—Abre los ojos, Rainie —pidió él sonriendo—. Mírame. Confía en mí, no te haré daño.

Ella abrió los ojos, grises y profundos, y translúcidos. Nunca había visto unos ojos como los suyos, del color de un cielo ahumado de medianoche. Se agachó, con la mirada fija en la de ella, y le besó el pómulo izquierdo.

—¿Te he dicho alguna vez lo mucho que me gusta tu perfil? —murmuró—. Con tu obstinada mandíbula y luego estos pómulos dramáticos…

—Parezco un cuadro de Picasso —apuntó ella.

—Rainie, eres la mujer más hermosa que conozco.

Sus labios bajaron y encontraron la boca de ella. Esta vez su jadeo fue inconfundible. Su columna cedió, sus manos se curvaron alrededor de la cabeza de él y sus caderas chocaron con las de él.

Tenía unos labios carnosos, que él apreció ya la primera vez que la vio. Y le impresionó la dicotomía de su rostro de huesos duros junto con una boca innegablemente tentadora. Los hombres soñaban con labios como esos. Los hombres pagaban dinero, escribían sonetos y vendían sus almas por labios como esos. «Rainie no debería haber pasado treinta y dos años sin apreciar su propia sexualidad», pensó él. Y se sintió honrado de que en ese momento se la confiara a él.

Se movía inquieta. El sentía el leve giro de su cuerpo a través de la mano que tenía en la cintura de ella. Tomó eso como una señal para bajar, sus labios rozaron la mandíbula de ella y luego bajaron por la larga y suave columna de su cuello. La respiración de Rainie se aceleró. Quincy sintió el pulso de ella palpitar bajo la punta de su lengua.

—Cuéntame alguna historia —susurró él mientras hundía la cabeza en el escote de su suave camisa de cambray e inhalaba la fragancia de su piel.

—No puedo… hablar.

—No quiero que recuerdes, Rainie. Te quiero conmigo en este momento. —Él le cogió la mano izquierda y le puso la palma sobre su pecho, donde sabía que su corazón se aceleraba—. Háblame de lo que quieras. Tú hablas y yo toco. —Sus labios volvieron al cuello de ella.

—Mmmmm, cuando era pequeña —su voz sonaba áspera—, quería ser… quería ser… gimnasta. Atleta olímpica. Mmmm, mmmm…

—Tienes cuerpo de atleta.

Le pasó la mano por el costado, apreciando el tacto tenso de su figura. Era una corredora, igual que él. De repente, le vino una imagen de sus largos miembros desnudos entrelazados sobre sábanas de algodón blanco y tuvo que contenerse. «Respira hondo. Tómatelo con calma».

—¿Recibiste clases? —le preguntó en voz baja, a la vez que sus dedos encontraron el primer botón de su camisa y lo soltaron.

—¿Clases?

—De gimnasia.

—Mmmmm…

Le besó la base del cuello.

—No…

—¿Veías competiciones?

Sus labios susurraron sobre su clavícula mientras deslizaba la pierna entre las de ella, soportando su peso y haciéndola jadear al mismo tiempo.

—Veía… las Olimpiadas.…

—Las Olimpiadas son buenas —afirmó, le desabrochó el último botón de la camisa y los lados se abrieron.

Ella se estremeció al sentir el aire frío en la piel, pero no protestó.

—Nadia Comaneci es mi favorita —comentó despreocupado, deslizando las manos dentro de la camisa de Rainie. Su piel era cálida y sedosa, tensa sobre el abdomen, firme en la cintura. Le acarició los costados y ella se movió inquieta contra él.

—¿Tu qué favorita? —murmuró ella.

—Gimnasta.

—Ah, sí… eso. Mmmmm.

No le quitó la camisa. En su lugar, reanudó el beso en su boca, que se abría en ese instante,

correspondiendo al avance de él y comenzando a contraatacar. Siguió besándola a lo largo de la mandíbula y luego le acarició la curva de la oreja. Ella giró la cabeza y lo acercó de nuevo a sus labios, moviendo las caderas más rápido contra su pierna, y envolviendo al final la lengua de Quincy con la suya de forma tentativa.

Las manos de él le acariciaban la espalda y encontraron el broche de su sencillo sujetador blanco. Lo soltó y la ropa interior se descolgó hacia delante.

—Creía que eso se hacía con una mano —susurró Rainie contra sus labios.

—Me falta práctica. Recuérdamelo la próxima vez y me luciré.

—¿Quincy? —pronunció en voz baja—. Tal vez… tal vez deberíamos pasar a la cama.

Sin necesidad de una segunda invitación, la cogió en brazos y se dirigió a la cama de matrimonio. En el último momento, tropezó con los zapatos de ella. Cayeron en una maraña de miembros, pero consiguieron aterrizar en el lecho cubierto de plumas. El edredón se hinchó y las almohadas se desinflaron. Rainie se reía sin aliento, y él posó su rostro entre los pechos medio cubiertos de ella. Tuvo que besar primero uno y luego el otro. Después, su boca se detuvo en el pezón, y lejos de apartar a Quincy, las manos de Rainie lo acercaron más.

—Gimnasia —murmuró ella—. En este momento… Gimnasia, rutinas de suelo, barras de equilibrio. Quincy…

El suspiro de Rainie volvió a desatarlo. Él quería piel desnuda contra piel desnuda, gemido contra gemido. Sin prisas, con calma. Si no se quitaba la camisa ahora, iba a morir.

Se la quitó, y le quitó a ella la blusa suelta y el sujetador que colgaba y, de algún modo, él acabó de espaldas y ella encima de él, con sus pechos blancos y pálidos apretados contra la extensión bronceada de su pecho.

—Ya no pienso en las Olimpiadas —susurró.

—¿Qué? —murmuró él con voz espesa.

—Eso es. —Ella encontró la cicatriz de su hombro izquierdo. La besó. Luego la pequeña arruga del brazo y la otra por encima de la clavícula—. ¿Quién te hizo esto?

—Jim Beckett.

—¿Lo mataste?

—Lo hizo su exmujer.

—Me cae bien.

La cabeza de Rainie se deslizó hacia abajo, colmando de pequeños besos la caja torácica de él, hasta el abdomen, y él contuvo el aliento de pronto. Su pelo le hacía cosquillas, cosquillas de las agradables. Cielo santo, estaba matándolo.

—Quincy —expresó ella de manera solemne—, no quiero ser como mi madre.

—No eres como tu madre.

—Noche tras noche, un tío tras otro.

—Si hay un tío nuevo mañana por la noche, le dispararé.

—De acuerdo entonces.

—Rainie…

Ella le puso un dedo sobre los labios.

—No lo digas —murmuró—. Guarda algo para después.

Se quitó los vaqueros y lo ayudó a él a quitarse los pantalones. Después ella estaba tumbada de espaldas y él encima de ella. Sus piernas se abrieron y sus caderas se levantaron. Él no podía apartar los ojos de su rostro, lleno de delicada esperanza y de sombría resolución.

—Rainie —susurró—. Está bien disfrutar de la vida.

—No sé hacerlo.

—Yo tampoco, así que aprenderemos juntos.

Sus piernas rodearon las de él. Apretó los dientes y se acercó despacio. Intentó ser suave, pero, de inmediato, el cuerpo de ella se puso rígido y un espasmo recorrió sus facciones. Él se quedó quieto, deseando con fuerza hacerlo bien para ella, esforzándose mucho para que fuera bueno para ella. «Respira hondo. No tengas prisa». Y un latido después, la expresión de ella cambió, su cuerpo se relajó, se adaptó. El asombro iluminó su rostro. Ella se removió debajo de él. Y luego otra vez, y otra vez.

—Despacio…

—Por favor… Ahora. ¡Por favor!

Él inclinó la cabeza y se entregó a Rainie y a la sensación de las manos de ella instando a su cuerpo. Se acabó el control. Ya no quedaban más pensamientos en su cabeza, solo los gritos de Rainie, el cuerpo de Rainie, la mirada confiada de Rainie…

Ella gritó sorprendida y extasiada. Él se tomó un instante para disfrutar de la expresión de su cara, hasta que ya fue demasiado y se unió a ella en el oscuro y estremecedor abismo.

Después, Rainie se durmió primero. Quincy creyó que también daría una cabezada, pero se encontró despierto por completo. Tenían el edredón blanco de plumas enredado en torno a ellos. El sol entraba a raudales por las ventanas. Se tumbó bocarriba con la cabeza de Rainie apoyada

en su hombro y el brazo sobre su vientre. De vez en cuando, deslizaba los dedos por la curva desnuda del hombro de ella y disfrutaba sintiéndola acurrucada cerca de él.

Se maravilló al verla dormir. Su cabello caoba oscuro estaba revuelto alrededor de su pálido rostro. Sus largas pestañas parecían manchas oscuras contra las mejillas. Sus labios de color rosa estaban algo entreabiertos mientras emitían pequeñas y susurrantes respiraciones. Era mitad mujer, mitad niña, y toda suya.

Los dedos de él volvieron a rozarle el brazo. Ella murmuró algo en voz baja mientras dormía.

—Nunca te haré daño, Rainie —prometió Quincy en voz baja.

Luego su mirada se dirigió al teléfono, que sabía que no tardaría en sonar. Iría de vuelta a la caza, de vuelta al juego de matar de un psicópata.

Pensó en su hija, joven y orgullosa, sentada ahora mismo en una habitación de hotel, escudriñando con diligencia los informes financieros. Pensó en Rainie, en la inclinación de su barbilla, en el modo en que encendía una habitación con solo cruzar la puerta. Pensó en sí mismo, más viejo, más sabio y decidido a aprender de sus errores.

Llegó a la conclusión de que era hora de dejar de lamentarse por las cosas que había perdido. Era hora de empezar a luchar por lo que le quedaba.

# 31

**Residencia de los Olsen, Virginia**

Los bombones llegaron poco después de las tres de la tarde, marcados como envío especial el sábado y entregados en la puerta por un mensajero de UPS con un traje marrón y unos preciosos ojos color avellana. Mary firmó la recepción, le guiñó un ojo al hombre y se sintió aún mejor cuando él se sonrojó. Entró con el sencillo paquete y lo abrió con impaciencia. En un mar de papel de aluminio dorado había una cajita verde oscuro. No era Godiva; no reconoció la marca de la etiqueta.

Abrió la caja interior y, de inmediato, el aroma amargo y dulce a chocolate y a almendras la golpeó. Vio que había doce trufas, en cuatro filas de tres. Cada una estaba cubierta de cacao en polvo y coronada con una nuez confitada. Era una bonita caja, llena de bonitas trufas. Se preguntaba si los investigadores privados tendrían antojos.

Volvió a taparla mientras comprobaba su reflejo en el espejo. Las sombras oscuras que tenía bajo los ojos estaban ya cubiertas por una gruesa capa de maquillaje. Una rebeca de seda rosa le cubría los brazos magullados. Los rulos calientes habían hecho maravillas con su cabello y tenía buen aspecto, más que bueno, en realidad. Estaba encantadora, la perfecta esposa de un médico, envuelta en capas de rosa chicle.

—Aquí no ha pasado nada —le dijo a su propio reflejo. Luego cogió la caja de bombones y salió por la puerta.

Como bien le había indicado su amante, encontró un utilitario plateado dos entradas más abajo, con un hombre negro bien vestido sentado delante. Parecía estar estudiando un mapa de carreteras. Sin embargo, en cuanto estableció contacto visual con Mary, su mirada se desplazó nerviosa de un lado a otro. Ella se acercó al lado del conductor y golpeó la ventanilla.

—Hola, querida —saludó él de inmediato, bajando el cristal—. Esperaba que se acercase alguien como usted. No tengo ni idea de dónde estoy y me vendría bien un poco de ayuda. —Levantó el mapa arrugado y esbozó una sonrisa de impotencia. Sin embargo, ella se dio cuenta de que su pie izquierdo golpeaba con frenesí algo que había bajo el asiento del conductor. Tal vez su cámara de vigilancia.

—Sé que es investigador privado —puntualizó ella.

—Le digo, señora, que uno se mete en estas carreteras secundarias con viento y de repente todas parecen iguales.

—Sobre todo cuando se ve la misma carretera por segundo día consecutivo. ¿Puedo? —Señaló el

asiento vacío del copiloto.

Él se puso lívido.

—Bueno, querida, si pudiera indicarme el camino más rápido a la I-95…

—Vale, se lo mostraré en el mapa. —Dio la vuelta por delante y subió al coche antes de que él pudiera protestar.

Dentro, el aire era sofocante. El asiento forrado de tela le oprimía el vestido con incomodidad contra la piel y el salpicadero estaba caliente al tacto. Luego se dio cuenta de que debería haber llevado té helado o limonada. Solo Dios sabía quién iba a querer dulces en medio de semejante calor. «Vive y aprende», pensó, y levantó con decisión la caja envuelta en papel verde.

—Pensé que querría un tentempié —manifestó—, así que le he traído algo.

—Señora…

—No soy idiota. Por favor, no me trate como tal. Y, por el amor de Dios, es solo una caja de bombones.

—¿Bombones? —La voz del investigador se alzó a pesar suyo. Le lanzó otra mirada cautelosa y le cogió la caja de las manos. Sin embargo, en cuanto la abrió, el olor a chocolate y a almendras inundó el pequeño espacio. Demasiado dulce, demasiado fuerte para ese tipo de calor. Cerró la caja de inmediato. Incluso ella estaba agradecida.

—Gracias, señora —respondió con cortesía—. Confieso que soy un poco goloso, pero tal vez pase por ahora. He comido mucho.

Colocó la caja envuelta en papel verde sobre el salpicadero y ambos se quedaron mirándola.

—Soy Mary Olsen —precisó ella al fin, tendiéndole la mano—, pero eso ya debe saberlo.

El hombre parecía no estar seguro de qué hacer.

—Phil de Beers.

—Trabaja para mi marido.

—Querida, solo soy un hombre que tiene un mal día. —Suspiró hondo.

—A mi marido no le gusto mucho —agregó Mary—. Cuando nos conocimos, yo era una humilde camarera, y vaya si me sentí halagada al salir con él. Es un neurocirujano de renombre mundial. Salva vidas y ayuda a niños pequeños. Estoy muy orgullosa de su trabajo.

Phil de Beers asintió con gesto desdichado.

—Cuando me pidió que me casara con él, pensé que era la chica más afortunada del mundo. Entonces no entendía qué era lo que quería. No me percaté de que no le gustara mi forma de

vestir, de hablar o de actuar. Supongo que fui un poco ingenua, señor De Beers. Creí que mi marido me había pedido que me casara con él porque me amaba.

—Estoy muy perdido —confesó De Beers, y esa vez puede que dijera la verdad.

—Cree que estoy engañándole con otro, ¿verdad? —preguntó Mary. Se giró en su asiento y miró al hombre a los ojos—. Cree que salgo a escondidas y me veo con otros hombres a sus espaldas. ¿Por qué? ¿Porque me deja sola todo el tiempo? ¿Porque me ha aislado de mi familia y amigos? No tengo trabajo, señor. Sin vida, sin aficiones, sin nada que hacer salvo revolotear por una vieja casa vacía esperando a que mi viejo marido médico vuelva a casa. ¿O se lo ha contado todo?

Dejó que la rebeca de seda rosa se deslizara por su hombro. La mirada de De Beers se posó enseguida en el moretón que iba oscureciéndose. Sus labios se tensaron, un músculo se crispó en su mandíbula. Seguro que ya le daba pena. Podrían ser aliados, y ella, no su marido, ganaría. Pero De Beers no dijo nada. El silencio se prolongó y luego se hizo insoportable. Mary se dio la vuelta, sintiéndose de pronto desolada y sobreexpuesta. Se subió la rebeca y se la abrochó alrededor del cuello.

—Quizá… quizá me tome uno de esos bombones ahora —manifestó ella en voz baja.

Él le pasó la caja y ella la cogió sin mirarlo. Y entonces supo que ya lo tenía en el bote.

—Usted también debería tomarse uno —apuntó de forma enérgica—. No me sentiré tan culpable si comparto la caja con usted. —Le dio una trufa, cogió una para ella y volvió a dejar la caja sobre el salpicadero. Él no podía echarse atrás ahora. Bienvenido a la cortesía sureña. Ella levantó su trufa y él no tuvo más remedio que hacer lo mismo. —¡Salud! —le dijo, y se metió el bombón en la boca.

Un momento después, Phil de Beers siguió su ejemplo a regañadientes.

Ella se preparó para el sabor de los productos químicos o algo relacionado con el laxante, pero no notó nada. El chocolate, agradable, suave y recién hecho, se derretía sobre la lengua. Estaba sin duda aromatizado, algún tipo de licor tal vez, mezclado con chocolate negro y almendras. No estaba mal. Se tragó el dulce, sintiéndose animada.

De Beers también se había comido el suyo, pero ahora fruncía el ceño.

—¿Quién fabrica esto?

—Están buenos, ¿verdad? ¿Quiere otro?

—Es… fuerte.

Ella asintió con la cabeza y volvió a coger la caja cuando notó un ligero ardor en la lengua. Se le triplicaron los latidos y las mejillas se sonrojaron. De repente, el coche dio un giro espantoso y ella se agarró al salpicadero para mantener el equilibrio.

Frente a ella, Phil De Beers empezó a jadear. Mientras ella lo observaba, el sudor comenzó a

brotar de sus poros. Sus ojos oscuros se dilataron y se hicieron enormes.

—¡Jesús!, mujer, ¿qué hay en estas cosas?

Ella intentó responder, pero le ardía la garganta y notaba que la humedad le salpicaba el rostro. ¡Oh, Dios!, estaba echando espuma por la boca. ¿Por qué? ¿Cómo? Se sentía mareada, y nada bien, nada bien.

—Me quema —susurró ella—. Quema…

Ella buscó a tientas el tirador de la puerta del coche. La abrió y él estaba allí, de pie.

—¡No! —gritó, pero la palabra permaneció en su cabeza en lugar de salir de sus labios cubiertos de saliva. Intentó señalar con la mano que se fuera—. No debes estar aquí. Te verá y ya he conseguido que se coma un bombón. Una hora más y estaremos juntos. Me quitarás a besos todos los moretones y me harás sentir guapa. Por favor…

Sin embargo, su amante no se movió. La miraba con extrañeza. Como si nunca la hubiera visto antes. Como si nunca la hubiera tenido en sus brazos o susurrado dulces palabras de aliento. Sus labios tenían dibujada una gélida sonrisa. ¿Qué le había pasado a su espesa melena oscura?

Intentó hablar de nuevo, pero no podía recuperar el aliento.

—¡Ayuda! —intentó después—. ¡Ayuda! —Extendió la mano hacia él.

Su amante se apartó. Ella siguió despacio la dirección de los ojos de él, que volvían a mirar hacia el coche, donde Phil de Beers, yacía jadeando sobre el volante y miraba horrorizado al hombre, mientras su mano derecha buscaba a tientas debajo del asiento.

—Al… —murmuró el investigador privado—. Estúpido cabrón… Almendras… Tengo que…

Su mano reapareció y su brazo temblaba de forma convulsiva. Y entonces Mary vio… una pistola. Llevaba una pistola.

«¡No! —intentó Mary gritar a su amante, pero no pudo—. Muévete, corre, aléjate».

La advertencia nunca salió de su boca. Su garganta ardía, ardía y ardía, el coche giraba, giraba y giraba. ¡Dios!, nunca había sentido tanto dolor. «Ayúdame, ayúdame».

Se envolvió el estómago con los brazos. «Lo siento, lo siento, lo siento».

Phil de Beers levantó el brazo tembloroso. Su dedo tanteó el seguro. No podía quitarlo. No conseguía quitarlo. Su brazo comenzó a caer…

Mary lo miró fijamente, y en ese coche girando, agitándose y ardiendo, sus miradas por fin se cruzaron. Resultaba curioso que pareciera tan arrepentido, como si la hubiera defraudado. Un extraño gorgoteo le salió de la garganta y se le pusieron los ojos en blanco. De Beers se desplomó sobre el volante, y su pistola cayó al suelo mientras una oleada de espuma blanca brotaba de su boca.

Mary se quedó mirando la pistola. Miró la pistola y…

El coche… giraba. «¡Que calor! No puedo respirar. Mi corazón va demasiado rápido. —Se apretaba el estómago con las manos—. Almendras, almendras, ¿por qué almendras? ¡Qué calor! El maquillaje se derrite. No me mires. No me…». Iba desvaneciéndose en el asiento.

Su mirada se dirigió al rostro de su amante. Se quedó mirándolo, con su extraño pelo corto, viendo como permanecía de pie sin hacer ningún movimiento para ayudar.

—Pronto terminará —señaló, y consultó el reloj—. Otros sesenta segundos, diría yo. Para serte sincero, me sorprende que hayas durado tanto. Por otra parte, todo el mundo reacciona un poco diferente.

«Almendras, almendras, almendras…».

—¡Ah!, ¿olvidé mencionarlo por teléfono? Cambié de opinión sobre el laxante. En su lugar, inyecté ciento cincuenta miligramos de ácido cianhídrico en el centro de cada bombón. El olor es un poco exagerado, pero vaya si es rápido.

Ella movió los labios y él se inclinó más para oír.

—¿Estás rezando? ¿Rezando? ¿Por qué, Mary Margaret Olsen, lo has olvidado? Traicionaste a tu mejor amiga. Dios no va a querer saber nada de ti.

Se enderezó, con la luz del sol brillando tras él y convirtiéndolo de un hombre glorioso en un ángel vengativo aún más glorioso.

«Yo te quería», pensó ella mientras se le helaban los pulmones. Y un latido después: «Debería haberlo sabido. ¿Qué otro tipo de hombre me habría amado?».

Una última reflexión. El único pensamiento que le quedaba mientras su cuerpo empezaba a convulsionar y sus pulmones luchaban por respirar.

—Tuyo —susurró—. T… t… tuyo.

Él frunció el ceño y luego observó el espasmo de las manos de ella agarrándose el vientre y sus ojos se abrieron de par en par, sorprendidos.

—¡No! No. No, no…

—Es tuyo —susurró Mary Olsen por última vez. Y entonces se le pusieron los ojos en blanco.

El hombre saltó hacia delante. La arrastró fuera del coche. Abajo, sobre el asfalto caliente, le sacudió los hombros y le abofeteó la cara.

—¡Despierta! ¡Maldita sea, despierta! ¡No me hagas esto!

Los brazos de Mary cayeron sin fuerza a los lados. Su pulso había desaparecido, su corazón enmudecía en su pecho. El cianuro inducía una muerte horrible, pero, como él había prometido,

era rápida. El hombre se quedó mirando el pequeño montículo de su vientre. Algo que ella le habría contado aquella tarde, cuando por fin hubieran vuelto a estar juntos. Ella lo habría mirado con seriedad, tan mansa y desesperada por que la tranquilizara. Y él se habría sentido…

Después de todo ese tiempo, de años de soledad y décadas sin familia.

—Hijo de puta —susurró. Y luego más guturalmente—: ¡Pierce Quincy, maldito hijo de puta! ¡Mira lo que me has obligado a hacer! ¡Me las pagarás! Me las pagarás… Ahora. ahora, ¡AHORA!

# 32

**Portland, Oregón**

Kimberly releyó el expediente de Miguel Sánchez por cuarta vez en dos horas. Los mechones de pelo rubio se soltaban de la coleta que se había hecho a toda prisa y le caían sobre los ojos. Con impaciencia, se apartó los mechones con la mano izquierda. Debía ducharse y cambiarse en ese momento, aprovechando que tenía la habitación de hotel para ella sola. Siguió leyendo el expediente. Había algo ahí. Comprendía el punto de vista de su padre de que su conversación personal con Sánchez fue puramente aleatoria. Comprendía que lo más seguro era que la asignación del agente especial Albert Montgomery al caso hubiera sido una coincidencia. Pero había algo ahí, tenía sus propios instintos, y le gritaban que volviera a revisar a Miguel Sánchez.

Oyó un sonido extraño que provenía del pasillo de fuera, unas ruedas lentas y chirriantes que rodaban de forma laboriosa al otro lado de la puerta. Sin duda, era algún carro de metal oxidado. Kimberly frunció el ceño y siguió leyendo el expediente.

Como condenado a muerte en San Quintín, en ese momento, Sánchez ocupaba en solitario una celda de dos por tres. Eso descartaba la posibilidad de que tuviera un compañero que hubiera quedado libre y emprendido gestiones en su nombre. Por otra parte, algunos condenados pasaban hasta cuatro horas al día en el patio de recreo con otros sesenta reclusos, levantando pesas, tirando a canasta y haciendo Dios sabía qué.

Kimberly profundizó en el expediente de Sánchez. Según los funcionarios de prisiones de San Quintín, los presos se clasificaban en dos tipos: grado A o grado B. El grado A incluía a los reclusos que se habían adaptado bien a la vida en prisión, cumplían las normas, no molestaban a los guardias y se les consideraba «programados» de manera satisfactoria. Esos reclusos tenían derecho a privilegios, como el recreo diario con sus degenerados compañeros.

Los reclusos de grado B, en cambio, eran hombres que no se habían acostumbrado a sus celdas como las gallinas a un gallinero. Amenazaban a funcionarios de prisiones, se provocaban entre ellos, se infligían daños físicos. Esos hombres pasaban mucho tiempo en confinamiento solitario, según el personal, o en el agujero, según los reclusos. Miguel Sánchez conocía bien el agujero. De acuerdo con su expediente, empezó como recluso de grado B, consiguió calmarse hasta alcanzar el grado A durante unos seis meses en 1997, y luego volvió a sus andadas de grado B. En otras palabras, Miguel no pudo haber tenido la oportunidad de hacer muchos amigos en San Quintín. Por otra parte, Richard Millos acabó muerto mientras Sánchez se encontraba en aislamiento, lo que parecía indicar que ni el tipo más severo de encarcelamiento había dejado impotente a Sánchez.

Ese maldito chirrido estaba volviéndola loca. El servicio de habitaciones tenía que engrasar las

ruedas de sus carros o hacer algo. ¡Puf!

La buena noticia era que había encontrado un montón de prensa sobre el asesino en serie condenado. Las asociaciones entre psicópatas eran inusuales y Sánchez había logrado hacerse un hueco bastante destacado como conejillo de indias profesional para criminólogos que escribían estudios de casos sobre famosos dúos homicidas. Tal vez las entrevistas ayudaban a Sánchez a mitigar el aburrimiento de su ya tediosa existencia. También le permitirían regodearse, reviviendo la gloria de la matanza bajo la apariencia de un ejercicio académico.

Según supo Kimberly, había habido un par de parejas de asesinos sexuales sádicos, hombre y mujer, pero en esos casos, la mujer era completamente servil, más una víctima que una compañera de vida. La mayoría de los psicópatas eran solitarios sin verdadera capacidad para relacionarse con los demás y, por tanto, con poca necesidad de ningún tipo de relación. En el caso de Miguel y Richie, los expertos teorizaron que la asociación se basaba en el interés de Miguel por tener una audiencia para sus acciones y la total disposición de Richie a hacer lo que se le dijera. Además, Richie Millos temía de verdad a su primo. Lo más probable era que Miguel se hubiera alimentado de ello y quizá hubiera encontrado ese elemento incluso más atractivo que un par de manos adicionales.

Un criminólogo había escrito que Richie representaba los deseos homosexuales latentes de Miguel. Cuando aquel criminólogo intentó volver a entrevistar a Miguel, el asesino convicto esperó a que lo encerraran en la sala de visitas y le quitaran los grilletes para lanzarse sobre el investigador por encima de la mesa e intentar estrangularlo con sus propias manos. Cuatro guardias de la prisión tuvieron que sacar a Miguel a la fuerza de la estancia. Al parecer, no le hizo ninguna gracia que lo tacharan de homosexual latente.

Una cosa estaba clara: Miguel Sánchez no era un hombre agradable. Kimberly encontró una foto suya en Internet. Lucía un cabello oscuro y rebelde que solo a Charles Manson le gustaría. Tenía los ojos hundidos en la frente y los pómulos escarpados. Sus hombros estaban plagados de tatuajes y, según un informe, continuó aumentando su arte corporal mientras estaba encarcelado con la ayuda de una aguja y un bolígrafo. A sus víctimas les decía ser un monumento andante. Kimberly había contemplado su foto tres veces antes de darse cuenta de lo que decía el elaborado e intrincado diseño de su hombro. Luego se quedó helada.

¡Amanda!

Tenía el nombre de Amanda grabado de forma permanente en el cuerpo. Kimberly tuvo que esforzarse por reducir de nuevo su ritmo cardíaco. Conocía a la Amanda de Miguel Sánchez. Hacía mucho tiempo, ella y Mandy habían escuchado la cinta. Sin embargo, era un enlace más, un vínculo más entre un psicópata gélido como el hielo y la familia de Kimberly, desintegrándose con rapidez.

El chirrido se acercaba cada vez más. ¡Joder!, no podía pensar.

Se levantó de la silla, frunciendo el ceño hacia la puerta y hacia el ruido que en ese instante sonaba justo al otro lado de ella. No necesitaba ese tipo de distracción, tenía una tarea que hacer. Y, mientras se mantuviera concentrada y decidida, volvería a sentirse como antes, capaz, fuerte y segura de sí misma.

Era curioso cómo la muerte de Mandy la había dejado a la deriva, llena de demasiadas emociones contradictorias de rabia, dolor y miedo. Y era irónico cómo el asesinato de su madre la había anclado de nuevo, utilizando todas esas mismas emociones y dándoles un propósito. Iba a encontrar a ese cabrón. Y no le importaba lo que Rainie dijera: iba a matarlo. A decir verdad, si se parecía en algo a Miguel Sánchez, Kimberly tampoco se sentiría mal por ello.

«Darwinismo —pensó—. La supervivencia del más fuerte. Si te enfrentas a mí y a mi familia, será mejor que estés preparado para las consecuencias. Porque he estado entrenando para este día desde que tenía doce años, hijo de puta. No caeré con facilidad».

Llamaron a la puerta. Kimberly se quedó paralizada a un metro de la pequeña cocina. Y, así de rápido, su confianza la abandonó. Le desapareció el color del rostro, el corazón se le aceleró a ciento cincuenta pulsaciones por minuto y el sudor le brotó por los poros.

—Servicio de habitaciones —gritó una voz masculina aguda y chillona.

Lo del servicio de habitaciones era el truco más antiguo del mundo. Kimberly corrió al dormitorio. Rebuscó en su bolso, sacó su Glock y corrió hacia la sala de estar, donde apuntó con la semiautomática a la puerta de madera barata.

—Se ha equivocado de habitación, colega —gritó—. ¡Aléjese de mi puerta!

Hubo una pausa. Le temblaban tanto las manos que no podía apuntar con el arma, y pensaba: «Miércoles, mamá; jueves, el abuelo; viernes, salimos todos huyendo; ¿y hoy? ¡Yo no! ¡No caeré con facilidad!».

—Mmm, tengo un pedido para su habitación…

—¡Que se aleje de mi puerta, joder!

—Bueno, vale. Ya me voy. Si quiere champán y fresas, puede bajar usted misma, señora. ¡Puf!

Kimberly volvió a oír los chirridos y, un instante después, la misma voz aguda murmuró:

—Tiene que haber luna llena o algo así. ¡Puf!

Bajó despacio el arma. Su cuerpo seguía temblando, el sudor le había pegado la camiseta a la piel y el corazón le latía tan deprisa como si hubiera corrido una maratón.

Respiró hondo una vez, luego otra y otra más.

Y entonces, sin quedarse tranquila, se arrodilló y miró por debajo de la puerta. No veía ninguna sombra oscura de pies de pie delante de su puerta. Se sentó en la alfombra con la Glock en el regazo.

—¡Oh, sí! —murmuró con voz oscura en la habitación vacía—, estoy haciéndolo muy bien.

—Nada de apodos vomitivos y empalagosos. Las frases que salen en los culebrones nocturnos no me van. Además, si se ha utilizado en una tarjeta de felicitación de Hallmark, no creo que me describa. No soy del tipo de chica de Hallmark. Aunque, que conste, tal vez podrían llegar a gustarme las flores de vez en cuando. Las rosas de color rosa o de ese color champán. Sí, estoy bastante segura de que me gustarían. Por supuesto, esto plantea la cuestión de los bombones y dulces de esos que se envían en ocasiones especiales. Voy a decir sí a los bombones, no a la caja con forma de corazón. Las cosas que implican terciopelo rojo tampoco me van. ¿Qué te parece?

Rainie estaba tendida junto a Quincy en la mullida comodidad de su cama. Aún no se habían molestado en vestirse. Eran poco más de las doce, el sol estaba alto en el cielo y en cualquier momento sonaría su teléfono. ¡A la mierda!

*Tenía la cabeza apoyada en el hombro de él y garabateaba pequeños dibujos en su pecho con el dedo índice. Le gustaba el tacto del vello, rizado pero sedoso. Le gustaba cómo olía, a aftershave mezclado con sexo. Le gustaba su aspecto, su amplio y bien tonificado pecho como una vasta planicie bajo su mano. Pensaba que pronto estaría lista para volver a hablar de medallas olímpicas.*

—Luz verde a las flores y a las cajas de bombones cuadradas —repitió Quincy obediente—. Luz roja para apodos vomitivos y empalagosos. —Su mano acariciaba el pelo de Rainie; era evidente que él tampoco tenía prisa por levantarse. Inclinó la cabeza hacia abajo para verla mejor—. Por esclarecer el tema, ¿qué consideras apodos vomitivos y empalagosos? Odiaría pensar que estoy siendo tierno y encantador, solo para que termines matándome.

—Caramelito, bizcochito, bollito, bombón… —recitó ella de un golpe—. Pastelito, fresita… Ya sabes, ese tipo de apodos que, cuando oyes que otras personas los usan, te entran ganas de administrarles una enorme dosis de insulina… o un manotazo en la cabeza.

—Nada de términos cariñosos que deban su origen a la familia de la glucosa, ¿verdad?

—Esa es mi postura. Tú no me llamas mofletitos dulces y yo no te llamaré bombón semental.

—No sé —respondió Quincy—. No me disgusta lo de bombón semental…

Ella lo golpeó en el pecho y él fingió estar herido de muerte. Rainie estaba a punto de inclinarse para darle el beso que lo devolviera a la vida cuando sonó el teléfono. Lanzó un gruñido.

—Carl Mitz —murmuró Quincy.

—¡Gimnasia! —rebatió ella.

—Más tarde, me temo.

—¡Aguafiestas! —Rainie se acercó y cogió el teléfono inalámbrico de su mesilla de noche—. ¿Dígame? —declaró malhumorada.

—Lorraine Conner. Qué gusto hablar contigo.

Rainie frunció el ceño. No reconoció la voz en absoluto.

—¿Quién es?

—Ya sabes quién soy. Quiero hablar con Pierce.

Rainie miró a Quincy con gesto inquisitivo. Si la persona que llamaba preguntaba por él, eso descartaba a Carl Mitz o a su padre perdido. Pero casi nadie llamaba a Quincy Pierce. Entonces, ¿quién…?

¡Mierda! Se incorporó como un rayo y se le resbalaron las sábanas mientras el corazón empezaba a latir con fuerza. Sabía quién era.

—¿Cómo demonios has conseguido este número?

—En el servicio de información telefónica, por supuesto. Pásale el teléfono a Pierce.

—Vete a la mierda, gilipollas. No voy a hacer nada de lo que me pidas.

—Qué maravillosamente infantil. Pásale el teléfono a Pierce.

—Oye, si llamas a mi número, con quien hablas es conmigo. Así que, si tienes algo que decir, te sugiero que empieces o cuelgo.

Sus palabras terminaron en un chillido; Quincy le había arrebatado el teléfono de las manos. Estaba dispuesta a luchar contra él, pero entonces vio una mirada acerada en sus ojos.

Él se acercó el auricular al oído.

—¡Hola! —saludó con voz fría—. ¿Quién es?

—Pierce Quincy, claro. ¿Te gustaría ver mi carnet de conducir? ¿O quizá una muestra de mi caligrafía?

—Trastorno delirante, del subtipo grandioso —puntualizó Quincy.

El hombre se rio.

—Como si ser Pierce Quincy fuera algo tan grandioso. Tu hija está muerta, tu mujer está muerta y tu padre ha desaparecido. No me pareces tan poderoso.

—No tengo mujer —replicó Quincy.

—Exmujer, entonces —concedió el hombre con amabilidad—. Sigues degradándola incluso después de que se haya ido. Eres un tipo frío.

—¿Qué quieres? —Quincy se pasó el teléfono a la otra oreja. Captó la mirada de Rainie e hizo un movimiento circular con la mano. Ella asintió de inmediato y se deslizó desnuda fuera de la cama en busca de una grabadora.

—No se trata de qué quiero, Pierce, es a quién quiero. Pero todo a su tiempo. ¿Te gustaría hablar con tu padre?

—Ambos sabemos que está muerto.

—No lo sabes. Asumes que está muerto para no sentirte culpable. Tengo entendido que te crio él solo, hizo de madre y de padre. Y, sin embargo, qué rápido lo dejaste ir. «¿Se han llevado a mi padre de la residencia? ¡Dios mío, deja que vaya corriendo a esconderme!». Esperaba más de ti.

—Lo dudo.

Rainie llegó con la grabadora. Quincy extendió el teléfono para que se oyera mejor mientras jugueteaba con los botones y empezó a grabar.

—Está vivo —anunció el hombre—. Bien escondido de esos esbirros federales y bastante quejica, pero muy vivo.

Quincy no respondió.

—Tal vez podamos organizar un intercambio. Puedes intercambiar a tu hija por tu padre. Ella es más joven, pero en su estado actual él es más niño.

Quincy no dijo nada.

—O tal vez deberíamos sumar a la encantadora Lorraine a la ecuación. Puedes cambiar a tu amante por tu padre. Claro que tiene un buen culo, pero los dos sabemos que las mujeres no permanecen a tu alrededor por mucho tiempo. ¿Gime para ti, Pierce? Tu mujer gemía para mí. También tu hija.

—¿Cómo está el tiempo en Texas? —preguntó Quincy.

Rainie lo miró confusa. Después se acordó de que Mickie Millos vivía en Texas. Quincy estaba tanteando.

—¿Texas? No vas por buen camino.

—¿Y qué camino sería ese? ¿En el que arruiné tu carrera, destruí tu vida? Es interesante que haya podido influir tanto en tu vida y no te recuerde en absoluto. Supongo que fue todo en un solo día de trabajo. He conocido a tantos criminales incompetentes a lo largo de los años… —La voz de Quincy sonaba ligera e incitante.

En contraste, la voz del hombre adquirió un tono desagradable.

—No me jodas, Pierce. Queda mucha gente en tu vida a la que matar, y puedo hacer que les vaya mejor, o peor.

Quincy fingió un bostezo.

—Ya estás aburriéndome.

—¿Seré aburrido cuando toque a tu hija? ¿Seré aburrido cuando le arranque la camiseta y pase mis manos por sus pechos de marimacho? Estoy mucho más cerca de lo que crees.

—No tocarás a mi hija.

—¿Vas a protegerla, orgulloso papá?

—No tendré que hacerlo. Acércate a menos de un metro y ella te subirá las pelotas hasta la garganta de una patada.

El hombre se rio.

—Qué curioso —replicó—. Eso no es lo que Bethie o Mandy hicieron.

Por primera vez, Quincy apretó con fuerza el teléfono.

—Pierce —prosiguió el hombre—, el intermedio ha terminado. Si no vuelves a casa a buscar a tu padre, tendré que encontrar a otro a quien matar. Tienes una hora para subirte a un avión rumbo a Virginia.

—No lo creo.

—Entonces, haré que su muerte sea muy larga e insoportablemente dolorosa.

—No puedes tocar a mi hija…

—No es a Kimberly a quien voy a castigar. Vete al aeropuerto, agente especial de supervisión Quincy, no te quedan muchos amigos. Ah, y, por favor, dile a la señorita Conner que la próxima vez que contrate a un investigador privado, busque a uno al que no le guste el chocolate.

La llamada se cortó. Quincy se quedó mirando a Rainie. En su expresión se percibía una ferocidad que ella solo había visto una vez: la noche en que Henry Hawkins intentó matarla.

—Viene a por ti —afirmó él.

Ella negó con la cabeza.

—No, no soy yo. Piensa en sus palabras, Quincy. Quiere que vuelvas a casa. Está claro que ya ha llegado hasta De Beers. Eso significa la costa este. Todavía está en algún lugar alrededor de Virginia.

—Pero ¿quién…?

Los dos se dieron cuenta a la vez.

—¡Glenda!

Quincy lanzó una palabrota.

—Tenemos una hora.

Quincy cogió el teléfono y marcó de forma frenética.

# 33

*Casa de Quincy, Virginia*

—Sal de la casa.

—¿Pierce? No creo que…

—Glenda, escúchame —pidió él ya tuteándola—. El sudes acaba de llamar. Quiere que vuelva a la costa este y está dispuesto a matar a alguien para obligarme a volver. Eres es el objetivo. Estoy casi seguro de ello. Ahora, por favor, sal de la casa.

Glenda agarró con fuerza el teléfono. Sola, en medio del despacho de Quincy, se quedó mirando la caja de papelería incriminatoria, de la que ya había enviado una hoja a la sección de documentos del laboratorio de criminalística científica, y deseó… Deseó no haber aceptado nunca ese maldito caso.

—No creo que deba hablar contigo —reveló en voz baja.

—¿Está Montgomery ahí?

—No es asunto tuyo.

—Estás sola, ¿verdad? Maldita sea, ¿cómo pudo siquiera llegar a ser agente? Glenda, el sudes sabe dónde vivo. Entiende el protocolo del FBI, así que sabe que hay alguien vigilando mi residencia. Diablos, por lo que sé, también tiene conocimiento de la disposición de mi casa, la mejor manera de escalar la valla, de acceder a los terrenos… No puedes subestimarlo.

—Tu acosador fantasma —rebatió.

Quincy guardó silencio.

«Bien —pensó ella—, sorpréndete. Llevo tres días viviendo en esta casa sin escuchar nada más que odio y ahora tengo que preguntarme si no habrá sido todo un horrible y retorcido juego. ¿Eres el cazador o el cazado, Pierce? Ya no lo sé, ¡y estoy cansada!».

—¿Qué ocurre, Glenda? —preguntó Quincy. Sonó receloso e inseguro, y eso la enorgulleció.

—No existe el crimen perfecto, Quincy. Deberías saberlo mejor que la mayoría. Por cada pequeño detalle que se tiene en cuenta, siempre hay uno o dos más que se cuelan por las grietas.

—Ha llegado el informe policial de Filadelfia, ¿no? Saben que la nota encontrada en la escena

coincide con mi letra.

—¡¿Qué?!

Él volvió a guardar silencio. Ella casi podía sentir la confusión de Quincy a través de la línea telefónica. Sin embargo, no era nada comparado con la súbita aceleración de su propio corazón. Todavía mantenía algún pequeño resquicio de duda sobre la culpabilidad de Quincy. Pero en ese momento… Esa nota, esa espantosa nota metida en la cavidad abdominal de Elizabeth Quincy, empapada en sangre. La había escrito él. Pierce Quincy, un colega agente, el mejor de los mejores. «¡Oh, madre de Dios…!».

—¡Eres un monstruo! —espetó—. Montgomery tiene razón. ¡Eres un monstruo!

—Glenda…

Ella cerró el móvil con un chasquido. Lo dejó caer al suelo, donde lo miró como si fuera una serpiente enroscada. Unos escalofríos empezaron a recorrerle los brazos de arriba abajo. Había pasado noches sin dormir y en ese momento sintió que todo se le venía encima. Tenía frío, estaba horrorizada. Había confiado en ese hombre. ¡Oh, Dios!, no volvería a sentirse limpia.

En el suelo, su teléfono móvil empezó a sonar, pero no respondió. No iba a dejar que la manipulara así. El timbre musical se prolongó durante diez segundos, luego el contestador tomó el relevo y el ruido cesó. Acababa de comenzar a relajarse cuando empezó a sonar de nuevo. Y siguió y siguió y siguió.

¡Maldita sea! Volvió a coger el teléfono.

—¡No te creo! —gritó ella—. Estás inventándotelo. Y estoy armada, Quincy, así que mantente alejado de mí.

—Estoy en Oregón. No puedo hacerte daño —respondió.

—¡Eso no lo sé!

—Escúchame. No tenemos mucho tiempo, Glenda. Yo no escribí esa nota. Sé que pinta mal, pero yo no escribí esa nota.

—Por supuesto que sí. Acabas de decirlo.

—¡Conozco mi propia letra! Por el amor de Dios, la reconocí en cuanto el ayudante del forense llevó la nota a la habitación. Pero yo no la escribí, Glenda. Este hombre consiguió copias de mi letra, la estudió e hizo una impresión soberbia. No sé bien cómo lo hizo. Pero lo hizo él, no yo.

—Escúchate, Quincy. «Es mi letra, pero yo no lo hice». Todo se desmorona y ya ni siquiera mientes muy bien.

—Glenda, ¿por qué iba a usar mi propia letra? Soy un profesional. He recibido clases sobre cómo analizar la caligrafía. Si soy tan listo, ¿por qué iba a ser tan tonto?

—Tal vez no eres tonto. Tal vez eres arrogante. Además, no es solo esa nota. También hemos rastreado el anuncio original del boletín. Sabemos que fue enviado en tu papel de carta.

—El cajón de abajo —murmuró—. ¡Dios! Es de hace años… —Y añadió—: ¡Maldita sea!, entonces ha estado en mi casa, sin duda. Glenda, te lo ruego, sal de ahí.

—No voy a escucharte. —Su voz se elevó de forma histérica. A pesar suyo, su mirada se dirigió a las ventanas descubiertas. De repente, se sintió vulnerable, una mujer sola en una pecera. ¿Y si Quincy ya estaba ahí fuera? ¿O el acosador fantasma o quizá había más serpientes de cascabel? Solo Dios sabía. Estaba cansada, estaba muy cansada. ¿Dónde se encontraba Montgomery? No era ella misma.

—Piensa, Glenda —pidió Quincy con voz implacable—. Eres una agente brillante. Y yo también. Entonces, ¿por qué iba a crear una historia de acoso tan elaborada y luego utilizar mi propio papel de carta para enviar los anuncios al boletín? ¿Por qué escenificaría un asesinato tan brutal en Filadelfia y luego usaría mi propia letra? ¿Por qué iba a cometer esos crímenes? ¿Qué tendría que ganar?

—Por lucirte o porque te has vuelto loco. Tal vez el trabajo ha terminado afectándote.

—Hace años que no estoy en operaciones de campo.

—Tal vez eso te molesta.

—¿Y entonces descuarticé a mi propia familia? Quince minutos, Glenda. Por favor, sal de la casa. Te lo ruego, sal de la casa.

—No lo haré —susurró.

—¿Por qué no?

—Creo… Creo que ya puede haber alguien ahí fuera.

—¡Oh! Glenda…

Ella oyó su respiración entrecortada. Estaba murmurando con alguien al otro lado de la línea. Captó el tono de una respuesta femenina. Era Lorraine Conner. Entonces, estaban juntos en eso.

Por primera vez, Glenda frunció el ceño. ¿Estaban juntos en eso? ¿Qué era lo que hacían juntos? ¿Asesinar a su familia? ¿Amenazar a una compañera? No tenía mucho sentido. ¿Y quién envía un anuncio en papel de cien dólares? ¿Un genio criminal que cometía actos de estupidez de manera evidente y deliberada?

Con el teléfono en la mano, Glenda salió del despacho y se dirigió a la cocina, donde tenía una mejor vista de la entrada y estaba enmarcada por menos ventanas. Se desabrochó la pistolera del hombro. Luego se llevó la mano al tobillo y comprobó su arma de repuesto. Quincy volvió a la llamada.

—Todo va a ir bien, Glenda —manifestó con firmeza—. Voy a sacarte de esto. Primero, voy a ponerte una cinta. Rainie la grabó hace apenas veinte minutos, sentada a mi lado en su loft de Portland. Este es el sudes, Glenda. Si todavía no me crees, escucha por ti misma lo que tiene que decir.

Glenda oyó un clic. Entonces una grabación difusa llegó a su oído. Necesitó unos tres minutos de la conversación. En el momento en que el hombre dijo: «Entonces, haré que su muerte sea muy larga e insoportablemente dolorosa», ya tuvo bastante. Quincy tenía razón, las pruebas contra él eran demasiado perfectas y aún no habían descubierto ninguna buena razón para que un agente federal muy respetado empezara de repente a descuartizar a toda su familia.

Lo que significaba que el acosador existía. Era un hombre que no tenía ningún reparo en matar a la hija de un agente; un hombre que había asesinado de manera cruel a la exmujer del agente; y un hombre que lo había rematado todo secuestrando, y tal vez asesinando, al padre enfermo de alzhéimer del agente. ¡Oh, Dios!

—Vale —dijo ella con calma—. ¿Qué hacemos?

—¿Tienes el coche fuera?

—No en el camino de entrada, está en la calle.

—¿A qué distancia?

—De tres a cuatro minutos.

—Puedes hacerlo, Glenda. Piensa en ello como un ejercicio de entrenamiento de la academia Hogan›s Alley. Saca tu Smith & Wesson y corre como el demonio. Lo conseguirás.

—No.

—Glenda…

—Ahí no tengo escondite, Quincy. Podría estar en cualquier parte: detrás del arbusto de un vecino, subido a un árbol. Tu terreno no ofrece ningún resguardo. En cuanto salga por la puerta principal, me tendrá. No, estoy más segura aquí que ahí fuera.

—Glenda, él conoce la casa. Dentro estás atrapada. Fuera tienes opciones.

—Fuera puede atraparme. Dentro al menos puedo verlo venir. Además, cambiamos el sistema de seguridad de tu casa. Ahora necesita entrar con una huella dactilar y un código de acceso. Eso lo retrasará, me dará algo de tiempo. —Tenía la vista fija en la ventana de la cocina. Buscó su 10 milímetros. Le sudaban mucho las manos. Tanteó el arma.

—Tendrá un plan para el sistema de seguridad. Ha tenido un plan para todo hasta ahora.

Glenda al final agarró su pistola con firmeza en la mano. Se obligó a respirar hondo y a templar los nervios.

*—Recuerdo su modus operandi —aseveró con energía a Quincy—. El sudes confía en su don para manipular a la gente. Bueno, al sistema informático le importa poco, no tiene secretos oscuros que explotar y no aceptará un dedo cortado.*

—Pide refuerzos. —Quincy mantenía el tono urgente.

—Está bien.

—¿Cuánto tardarán en llegar?

—De cinco a diez minutos. No más.

—Si él llega primero… Recuerda sus puntos fuertes y no lo dejes hablar. Dispara primero, pregunta después. Prométemelo, Glenda.

Glenda asintió al teléfono mientras cogía la radio para llamar a sus compañeros. Sin embargo, cuando estaba a punto de encenderla, el teléfono de la casa de Quincy empezó a sonar. «Otro admirador», pensó. Justo lo que sus nervios necesitaban en un momento así. Pero entonces saltó el contestador, y la voz que se oyó no era la de un extraño, era Albert Montgomery y no sonaba como él mismo en absoluto.

—¡Santo cielo, Glenda! —gimió—. Coja el maldito teléfono. He estado intentando localizarla en su móvil… Me equivoqué. No es un acosador fantasma. Está aquí, está aquí, está aquí. ¡Oh, Dios, tiene un cuchillo!

Glenda oyó que Quincy le gritaba algo al oído, pero ya no le prestó atención. Dejó caer el móvil sobre la encimera de mármol. Estiró el brazo derecho, agarró el teléfono inalámbrico blanco y…

El dolor fue instantáneo e intenso. Un calor profundo y abrasador, como si alguien le hubiera marcado la mano con un hierro candente. Gritó y dejó caer el teléfono inalámbrico al suelo. Y al momento siguiente, oyó el bip-bip de alguien desactivando el sistema de seguridad, seguido de un clic cuando se abrió la puerta principal.

Miró su 10 milímetros, que tenía al alcance de la mano. Se miró la mano derecha, abrasada por algún tipo de ácido, ahora llena de ampollas, con los dedos imposibles de mover.

—Lo siento, Quincy —murmuró.

Entonces vio al agente especial Albert Montgomery entrar en la cocina con el móvil en una mano y su 10 milímetros en la otra.

—¡Sorpresa, nena! ¡Soy yo!

El último sonido que Quincy oyó fueron disparos. Y luego nada más que su propia voz desesperada:

—¡Glenda, Glenda! Háblame. ¡Háblame!

Quincy agachó la cabeza. Respiraba con entrecortados jadeos. El teléfono desconectado se le había caído de las manos y ahora estaba sobre la cama de Rainie. «Él tiene que mantener el control —pensó—. Ahora más que nunca…». Los brazos de Rainie le rodeaban el hombro. Ella no había hablado, pero tenía lágrimas en las mejillas.

—Debería llamar a Everett —murmuró—. Enviar agentes allí. Tal vez…

Rainie no dijo nada. Al igual que él, no creía en realidad que Glenda siguiera viva.

Quincy respiró hondo y cogió el teléfono justo cuando empezaba a sonar. Lo cogió despacio, pensando que ya sabía de quién se trataba y preparándose para el tono burlón del hombre.

—He disparado al agente especial Montgomery —informó Glenda Rodman sin preámbulos.

—¿Glenda? ¡Oh, gracias a Dios!

—Puso… algo en el teléfono. La última vez que estuvo aquí, supongo. Pensó que eso me incapacitaría. Estúpido cabrón. Debería haber leído mi expediente con más detenimiento. Mi padre era policía y creía con firmeza que había que ser capaz de disparar con ambas manos. Nunca sabes qué mano quedará libre bajo el fuego.

—¿Estás bien?

—Las habilidades de tiro de Albert son iguales al resto de él —respondió con sequedad—. Mi mano derecha necesita atención médica inmediata. Aparte de eso, viviré.

—¿Y el agente especial Montgomery?

—Tenía intención de matarlo.

—Glenda…

—Pero en su lugar le disparé a la rótula y a la mano derecha, y lo incapacité. Sé que necesitas respuestas. Quincy, él dice que solo hablará contigo, dice que sabe dónde está tu padre. Tienes que volver aquí lo antes posible. Al menos, antes de que cambie de opinión y empiece a disparar de nuevo.

—Glenda… —intentó otra vez.

—No hay de qué —contestó, y colgó el teléfono.

# 34

**Portland, Oregón**

De vuelta en el hotel, Quincy metía a toda prisa su ropa en la bolsa de viaje. Rainie estaba en el salón, hablando por teléfono con el policía estatal de Virginia Vince Amity. Kimberly, por su parte, se quedó mirando a su padre desde la puerta, con los hombros encorvados como si se preparara para un golpe. Había tenido un encontronazo con el servicio de habitaciones mientras él y Rainie no estaban. Al parecer, un botones sobrecargado de trabajo había cambiado dos números e intentado entregar la sorpresa del aniversario de otra persona en la habitación de Kimberly. El botones esperaba una buena propina, pero en su lugar, se encontró con una mujer gritando que, por fortuna sin saberlo él, blandía una semiautomática cargada.

El hotel explicó la confusión a Quincy a su regreso y él le contó la historia a Kimberly. Ella sonrió en un intento de encontrarle sentido del humor a la situación, pero Quincy se dio cuenta de que el incidente la había dejado conmocionada, y la noticia del ataque de Glenda no había hecho más que crispar aún más sus nervios.

—¿Así que la agente especial Rodman está bien? —preguntó Kimberly por tercera vez. Su voz había adquirido el tono ansioso que él recordaba de hacía dos días. Nada de lo que él le había contado en los últimos diez minutos parecía cambiarlo.

—La agente especial Rodman es una mujer muy capaz —comentó Quincy, probando una nueva táctica mientras recogía sus calcetines—. Se tomó muy en serio su formación, y cuando llegó el momento, ese entrenamiento dio sus frutos. No solo hizo frente a la amenaza, sino que derribó a Montgomery con dos disparos certeros.

—Debe ser una excelente tiradora.

—Creo que ha ganado algunas medallas.

—Yo tengo buena puntería —añadió Kimberly—. Practico tres veces por semana.

Quincy levantó la cabeza y se encontró con los ojos de su hija.

—Todo va a salir bien —expresó con firmeza—. Rainie se queda aquí contigo, y eres una joven capaz. Estarás a salvo.

La mirada de Kimberly se posó en el suelo. Estaba mordiéndose el labio inferior. No sabía si la había convencido o no.

—¿Y la mano de la agente especial Rodman? —preguntó.

—No lo sé. Montgomery confesó que roció el teléfono con teflón para proteger el plástico y luego aplicó ácido fluorhídrico, que es un producto químico muy corrosivo. El ácido reaccionó con la humedad de la mano de Glenda, quemándole los dedos y parte de la palma. No estoy seguro del pronóstico a largo plazo.

—Es su mano derecha. Ha podido sufrir daño permanente o le quedarán cicatrices.

—Está recibiendo la mejor atención médica posible. Estoy seguro de que se recuperará.

—Pero no lo sabes…

—¡Kimberly! —pronunció con brusquedad—. Albert iba a matarla. Tú lo sabes, yo lo sé, ella lo sabe. En lugar de eso, ella controló su miedo y su dolor e incapacitó a su agresor. Eso es un triunfo. Es una lección sobre el valor del trabajo duro y la formación adecuada. No regales esta victoria. No te desmoralices así.

—No quiero que te vayas —susurró.

Quincy cerró los ojos. La irritación desapareció de su cuerpo, en cambio, se sintió desgraciado.

—Lo sé —admitió en voz baja.

—Es que… Entonces tenéis a Albert bajo custodia. Así que fue tras Glenda. Todavía hay algo extraño…, algo más pasa. Si Albert tiene el aspecto que dices, no me imagino que se acercase siquiera a mamá. Además, está la cuestión de la capacidad intelectual. Si Albert fuera tan listo, no habría tenido problemas en el FBI. ¿No crees?

—Encaja con la descripción del hombre del grupo de Alcohólicos Anónimos de Mandy —replicó Quincy, aunque sabía que esa no era de verdad una respuesta.

Su hija también lo sabía. Ella lo miró con gesto desdichado. Estaba claro que necesitaba más de lo que él le daba. Le habría gustado saber qué hacer en momentos así. Le habría gustado saber qué hacer para que su hija se sintiera segura, confiada y fuerte. Y entonces sí que echó de menos a su exmujer, porque Bethie siempre fue mejor que él en esos momentos. Él era doctor en Psicología, Bethie, en cambio, había sido madre.

—Te quiero, Kimberly —exteriorizó.

—Papá…

—No quiero irme, aunque a veces parezca que sí. Tal vez ambos confundimos mi sentido del deber con el deseo, pero es deber. Montgomery tiene información sobre el abuelo que necesito saber y afirma que solo me la dará a mí. Han pasado cuarenta y ocho horas, Kimberly. Si no encontramos al abuelo pronto… —Su voz se entrecortó.

Su hija había recibido formación en seguridad pública; sabía que ella comprendía tan bien como él cómo la probabilidad de encontrar a Abraham con vida disminuía con cada hora que pasase. El sudes había afirmado que Abraham se encontraba a buen recaudo. Quincy, sin embargo, se

enteró con posterioridad de un nuevo detalle. Llamó a Everett después de colgar el teléfono con Glenda. La policía estatal de Virginia había hallado el Audi TT descapotable rojo a las cuatro de la madrugada. Lo habían dejado aparcado en el lugar exacto donde Mandy chocó contra el poste telefónico catorce meses atrás. Los técnicos forenses encontraron restos de orina en el asiento del copiloto, sin duda de Abraham. Enviaron personal adicional para rastrear los bosques circundantes, y también utilizaron perros…, perros detectores de cadáveres.

—Es muy probable que Montgomery haya planeado todo esto —reveló Quincy después, con voz bien firme—. Me odiaba por el caso Sánchez, planeaba vengarse. Si ese es el caso, entonces se acabó, Kimberly. Ahora estás a salvo. Todo saldrá bien.

—Entonces, ¿por qué no nos dejas ir contigo? —protestó.

—¡Porque no estoy convencido al cien por cien, y no voy a arriesgarte sin estar del todo convencido! Hasta que lo sepamos todo, estás más segura aquí que allí.

—Pero ¿y tú qué? Vuelves a la costa este, donde hay algún hombre que sabe todo sobre ti.

—También he recibido mucha formación.

—¡Mamá se ha ido! —exclamó Kimberly—. ¡Mandy se ha ido! ¡El abuelo se ha ido! Y ahora te vas tú, y… y… y…

Quincy lo entendió al final. Su hija no buscaba tranquilidad por su propia seguridad. Estaba aterrorizada por él. Ya había perdido a la mayor parte de su familia y ahora su querido padre volvía a salir por la puerta para enfrentarse al peligro. ¡Dios!, a veces era un idiota con las cosas más básicas.

Quincy rodeó la cama, tomó a Kimberly entre sus brazos y, por una vez, su testaruda e independiente hija no protestó.

—No voy a dejar que me pase nada —le susurró contra la coronilla—. Te lo prometo.

—No puedes hacer esa promesa.

—Soy el mejor de los mejores de Quantico. Yo también puedo hacerlo.

—Papá…

—Escúchame, Kimberly. —Se apartó lo suficiente para mirarla a los ojos, para que viera lo en serio que hablaba—. Soy un buen agente. Me tomo en serio mi formación; no subestimo a mi oponente. Esto es un juego, pero es un juego donde las apuestas son de vida o muerte. Nunca lo olvido. Y, como nunca lo olvido, soy mejor en esto que la mayoría.

Los azules ojos de Kimberly seguían acuosos. Él se dio cuenta de que estaba a punto de llorar, pero ella contuvo las lágrimas.

—¿No bajarás la guardia? —insistió—. ¿No te dejarás engañar por nada de lo que diga ese tal

Albert?

—Voy a mantenerme a salvo para poder volver a casa con mi hija. Y tú vas a cuidar bien de ti y de Rainie, para que yo pueda volver a casa contigo.

—Nos cuidaremos mutuamente.

—Kimberly, gracias.

Desde la puerta, Rainie se aclaró la garganta. Quincy levantó la vista y, por la expresión de su rostro, supo al instante que tenía malas noticias. Respiró hondo y luego, despacio, a regañadientes, soltó a su hija.

—Tengo una actualización desde Virginia —anunció Rainie al mismo tiempo que Quincy y Kimberly se volvían hacia ella.

Quincy asintió con la cabeza.

—Adelante.

—Phil de Beers y Mary Olsen están muertos. La policía encontró sus cuerpos hace una hora en un coche justo al final de la carretera de la casa de Mary. El coche estaba registrado a nombre de Phil. Necesitaremos el informe del forense para estar seguros, pero la policía cree que ha sido por envenenamiento. Los cuerpos tienen espuma blanca alrededor de la boca. Hay un fuerte olor a almendras…

—Cianuro —dedujo Quincy.

Ella asintió con gesto adusto.

—En el coche encontraron una caja de bombones a la que le faltaban dos. El resto tienen el mismo aroma a almendra amarga. Según el mayordomo, Mary aceptó una entrega poco antes de abandonar la casa. Encontró la caja del envío vacía en el vestíbulo, sin remitente.

—¿Así que alguien envió a Mary una caja de bombones envenenados y ella se los llevó a De Beers? Pero ¿por qué se comió ella uno también? Eso no tiene ningún sentido —Kimberly parecía desconcertada.

—Por esclarecer el tema —expuso Quincy con lentitud—, supongamos que Montgomery descubrió a De Beers vigilando a Mary. Mary conocía sin duda a Montgomery a través de Amanda, así que entonces Albert tiene dos cabos sueltos. Una cómplice que puede relacionarlo con los asesinatos y un investigador privado que vigila a la cómplice. No tiene mucho tiempo, pero debe hacer algo.

—Envenena la caja de bombones —murmuró Rainie—, se los envía a Mary y se inventa una historia para convencerla de que los comparta con De Beers. No está mal. Elimina a dos personas sin perder mucho tiempo ni recursos. Tienes razón, Quincy, este tipo es un fanático de la eficiencia.

—Muerte por mensajería —añadió Kimberly, dejando caer los hombros.

Rainie la miró.

—Oye, Kimberly, si Montgomery es tan bueno, ¿por qué es el quien está bajo custodia del FBI? Él podrá ser eficiente, pero nosotros somos los que hemos ganado la guerra.

—Eso díselo a Phil de Beers.

Rainie apretó los labios, giró sobre sus talones y regresó al salón. Un segundo después, Quincy oyó el ruido de la madera al partirse. Había encontrado por fin la reserva de lápices del número dos que él guardaba en el maletín del ordenador. A partir de ahí, al parecer, tendría que tomar notas con bolígrafo.

—Supongo que no debería haber dicho eso —murmuró Kimberly al cabo de un rato.

—No, no debiste.

—Lo siento…

—No es a mí a quien deberías pedir disculpas. —Su voz sonó demasiado áspera. Al instante, Kimberly pareció afligida. Quincy reprimió un suspiro. No estaba acostumbrado a que su hija fuera tan sensible. Por otra parte, nunca había vivido bajo la amenaza de una muerte inmediata.

—Kimberly —expuso con más paciencia—, Rainie contrató a Phil de Beers. Se reunió con él y le asignó una misión importante, lo que significa que confiaba en él y le caía bien. No va a echarse a llorar en este momento porque sabe que la situación sigue siendo crítica y no puede permitirse ese lujo. Pero no creas que no tiene sentimientos. Y no arremetas contra ella solo porque te sientes impotente.

—Lo siento. Es que… Ya no me conozco. —La voz de Kimberly se elevó y toda la fuerza de su ansiedad emergió en ese instante a la superficie. Se apartó de él, frotándose los brazos de forma compulsiva y sacudiendo la cabeza—. Estoy tensa, de mal humor. En un momento me siento fuerte y creo que tengo el control, que puedo afrontar este reto, ¡puedo con este hombre! Al momento siguiente estoy temblando de miedo, apuntando con mi arma al del servicio de habitaciones y desconfiando de cada ruido que oigo. No soporto este nivel de incertidumbre. Odio dudar de mí misma, odio preocuparme por lo que va a pasar después. Se supone que no debo derrumbarme así, papá. ¡Se supone que debo ser fuerte!

—¿Vuelves a tener ataques de pánico? —preguntó Quincy de inmediato—. ¿Te sientes como si estuvieran observándote?

Rainie se paró en seco.

—No —respondió con lentitud—. De hecho, no he tenido esa sensación espinosa desde que llegamos aquí.

—Bien. —Quincy comenzó a respirar de nuevo—. Eres fuerte, Kimberly —alabó con firmeza—.

Estás haciéndolo muy bien para todo lo que has pasado.

—¿Tú sientes que estás desmoronándote? —preguntó ella—. ¿Te devora la ansiedad, te sobresaltas ante las sombras, tienes la tentación de abrir fuego contra los camareros del servicio de habitaciones?

—No, pero llevo más de quince años haciendo este tipo de trabajo.

—Papá, ¿te asusta?

—¿El qué?

—Sentirte tan cómodo ante tanta muerte.

Él se inclinó y le besó la mejilla.

—Sí, Kimberly. A veces me aterroriza. —Volvió a su bolsa de lona—. Ayúdame a preparar la bolsa, cariño. La única forma de salir de esto es seguir avanzando. Así que sigamos avanzando, un paso a la vez y luego otro más.

Kimberly asintió, descruzó los brazos, respiró hondo y cogió una de sus camisas. Y pareció tan decidida que hizo que a Quincy volviera a dolerle el corazón. Bajó la cabeza para que ella no pudiera verle los ojos.

Había mentido a su hija. No creía que Albert Montgomery hubiera ideado ese elaborado plan. No creía que fuera seguro volver al este. En cambio, estaba bien seguro de que una vez más estaba siendo manipulado, pero no sabía qué más podía hacer. Estaba jodido tanto si lo hacía como si no. Quince años siendo el mejor de los mejores y ahora jugaban con él como si fuera una marioneta.

Tenía que haber otra opción. Siempre había otra opción…

—No he podido descubrir nada interesante sobre Millos —mencionó Kimberly—. Ni siquiera tiene mucho dinero en el banco. La mayoría de las búsquedas que he hecho proporcionan resultados relacionados con Miguel Sánchez. Este hombre ha generado incluso más estudios de caso que Bundy.

—Su asociación era inusual —añadió Quincy.

—Quizá ya no —murmuró Kimberly.

Él no se hizo el desentendido. Su bolsa estaba llena. Cerró la cremallera y su mirada se cruzó con la de su hija al final.

—Quizá podrías hacerme un favor —pidió en tono despreocupado—. Tienes buena memoria. Tal vez podrías hacer una lista de todo el mundo que recuerdas de tu infancia, amigos tuyos, amigos de la familia. Ya sabes, la gente que conocíamos cuando tu madre y yo aún estábamos casados.

Kimberly lo miró. No la había engañado. Al cabo de un momento, asintió sin decir palabra.

—¡Eh!, Kimberly —pronunció con suavidad—. A la mierda el ballet.

Su mirada permaneció sombría, pero por fin, con lentitud, esbozó una sonrisa.

Minutos después, Rainie y Quincy bajaron en ascensor hasta el vestíbulo para parar un taxi para ir al aeropuerto. Kimberly había accedido con tacto a quedarse arriba en la habitación, pareciendo comprender que tal vez quisieran un momento a solas. Quincy creía que debía decirle a Rainie algo profundo, pero en lo único en lo que podía pensar era en no usar apodos vomitivos y empalagosos.

En el vestíbulo, Rainie echó un vistazo al reloj.

—Dos horas —puntualizó—, no una.

—A pesar de todo, regreso a casa.

—Se acabó el intermedio —coincidió ella.

—Rainie…

—No dejaré que le pase nada a Kimberly —interrumpió en voz baja—. Tienes mi palabra.

Él asintió con la cabeza. Se percató de que Rainie también se había dado cuenta de que la posibilidad de que Montgomery trabajase en solitario era remota.

«Di algo. Haz algo. Aprende de tus errores».

—Cuídate —se oyó Quincy a sí mismo murmurar débilmente.

—No soy yo quien se mete en la boca del lobo.

Rainie señaló con la cabeza hacia un taxi que acababa de aparecer en la calle. Quincy lo detuvo con la mano, y antes de que estuviera preparado de veras, el conductor ya estaba fuera del coche y cogió su bolsa.

—Te llamaré —afirmó.

—A mi loft, no aquí. Solo para estar seguros.

—De acuerdo.

El taxista tenía la puerta trasera abierta y miraba a Quincy con impaciencia. Sin embargo, él seguía contemplando a Rainie. Sentía una opresión en el pecho. Sabía lo que tenía que decir, pero se dio cuenta de que no podía pronunciar las palabras. Harían que el momento fuera demasiado definitivo. Revelarían demasiado de su miedo.

Rainie pareció entenderlo. Se inclinó hacia delante y, antes de que él pudiera reaccionar, le dio un rápido y fuerte beso en la boca.

—¡Eh!, Quince, hasta pronto.

Volvió a entrar en el hotel y un instante después, Quincy subió al taxi.

—Al aeropuerto —pidió al conductor.

Entonces, solo, en el asiento trasero…

—¡Eh!, Rainie —susurró—, yo también te quiero.

A las tres de la tarde, Rainie recibió por fin una respuesta de Carl Mitz en el contestador automático de su casa. La escuchó desde la habitación del hotel cuando llamó para comprobar sus mensajes. Kimberly estaba sentada en la mesa de la pequeña cocina, encorvada sobre el portátil de Quincy y releyendo algún informe sobre Miguel Sánchez que la hacía fruncir el ceño. Rainie ocupaba el sofá del salón contiguo, inquieta desde la marcha de Quincy, sin reconocerse a sí misma en absoluto.

Mitz informó a su contestador de que acababa de recibir su mensaje en el móvil. Estaría disponible durante las próximas horas si quería volver a llamar. Rainie colgó y miró a Kimberly.

—¿Qué te parecería si organizara una reunión con Ronald Dawson para mañana? —preguntó en voz baja.

Kimberly levantó la vista del ordenador.

—Creo que el agente especial Albert Montgomery es un idiota —respondió.

—Yo también.

—Creo que no podría haberse acercado a mi madre ni con un palo de tres metros, lo que significa que, aunque pueda o no ser indio, está claro que no es jefe.

—Estoy de acuerdo.

—Y creo… Creo que si Ronald Dawson es el gran jefe, bueno, si lo invitas a que venga, entonces no estará allí en Virginia.

—Pienso exactamente lo mismo.

—Concierta una cita para comer —sugirió Kimberly con firmeza—. Después llama a tu amigo el sheriff y prepara tu pistola.

Rainie sonrió.

—Chica, me gusta tu estilo —elogió.

A las tres y media de la tarde, Rainie contactó a Carl Mitz. A las tres y cuarenta, Quincy llegó al Aeropuerto Internacional de Portland. A las tres y cuarenta y cinco, el sheriff Luke Hayes recibió una llamada. Habló durante unos quince minutos, colgó el teléfono, le dijo a Cunningham que le dejaba al cargo y se subió a su coche.

No era perfecto, pero era un plan.

# 35

**Virginia**

—Esto es lo que tienes que saber, Quincy.

Glenda abrió una carpeta, se puso un bolígrafo detrás de la oreja y volvió a recorrer los dos metros de la estrecha sala de conferencias. Él observaba sus inquietos movimientos sin hacer ningún comentario. Eran casi las tres de la tarde del domingo. Casi veinticuatro horas desde el ataque de Montgomery, y aún se les negaba el acceso al disgustado agente. Primero, Montgomery afirmó que necesitaba atención médica inmediata. Dado el estado de su rótula y de su mano derecha, era difícil discutirlo. Tras el viaje a urgencias, le operaron para reparar los daños sufridos en la pierna. Entonces los médicos dijeron que necesitaba tiempo para recuperarse de la anestesia. Sin embargo, a la anestesia la siguieron grandes dosis de morfina solicitadas por el mismo Montgomery. Afirmaba que sufría muchos dolores. Necesitaba drogas, necesitaba asistencia médica y necesitaba descansar.

No podía interrogársele de forma adecuada bajo los efectos de los medicamentos y todos lo sabían. Aunque forzaran la situación, el primer juez que escuchara el caso desestimaría sus comentarios.

Albert Montgomery tenía talento después de todo. Podía retrasar las cosas como nadie. Y, a medida que pasaba cada hora, iban poniéndose cada vez más nerviosos. Algo grande estaba gestándose. Podían notarlo.

—¡Estate quieto! —exigió Glenda.

Él bajó la vista, se encontró retorciendo de forma metódica el botón superior de la chaqueta de su traje y apartó la mano al instante. Se había reunido con Glenda a primera hora de la mañana, ya con ropa limpia. Por regla general, llevar un traje bien confeccionado le hacía sentirse elegante, más controlado. Pero ese día no, y a medida que pasaban las horas, habría jurado que la corbata estaba conspirando para estrangularlo.

Se preguntó cómo estaría Rainie. Deseaba que fuera seguro llamar.

Glenda había vuelto a centrar su atención en la carpeta de cartulina. Tenía la mano derecha muy vendada. A última hora la noche anterior, la trataron por quemaduras de tercer grado y luego le dieron el alta. Aún no podía mover los dedos y los médicos le habían advertido de que el ácido que le había penetrado con profundidad podría haberle causado daños permanentes en los nervios. El tiempo lo diría y, a esas alturas del juego, no parecía querer hablar de ello.

—Albert se cruzó por primera vez contigo hace quince años en el caso Sánchez —afirmó con

voz enérgica—. Para que conste, ya había recibido una crítica poco estelar por su trabajo anterior, pero fue su inepto perfil de Sánchez lo que destruyó de manera oficial su carrera. Se peleó con los policías locales, clasificó a Sánchez como pistolero solitario y luego perdió toda credibilidad cuando tú te uniste, identificaste el trabajo como obra de un equipo de asesinos y resolviste el caso. La mujer de Albert lo dejó tres semanas después, llevándose a los dos niños. Parece que a ellos tampoco les entusiasmaban las visitas de fin de semana.

—Encaja en el perfil —afianzó con voz ronca.

—Las circunstancias encajan en el perfil —añadió Glenda—. Ahora, analicemos al hombre. Según el archivo de Albert, su coeficiente intelectual es de un respetable ciento treinta. El problema parece estar en la ejecución. ¿Cómo se llama eso hoy en día? ¿Por qué un idiota puede montar un negocio de éxito, mientras que un genio no encuentra ni sus calcetines?

—EQ, inteligencia emocional. —Su voz seguía siendo áspera.

—¡Inteligencia emocional! —Glenda puso los ojos en blanco—. Eso es. Albert no tiene ninguna. Según cuatro revisiones de casos diferentes, carece de concentración, diligencia y habilidades organizativas básicas. En sus veinte años de carrera en el FBI, lo han expedientado seis veces. En cada uno de los casos, ha escrito un dictamen contrario en el que afirma que no es que sea incompetente, después de todo, sino que el supervisor Fulano de Tal quiere perjudicarlo.

—Albert Montgomery, un anuncio ambulante de los recortes del Gobierno.

Glenda sonrió por fin.

—Si consigues que hagan una pegatina para el parachoques con eso, la pondré en su coche. —Su expresión se volvió sobria—. Antes de descartar por completo a Albert, hay que tener en cuenta otro factor: aunque puede que no sea el más listo del lugar, ha tenido mucho tiempo libre. La hora estimada de la muerte de Elizabeth fue a las diez y media de la noche del miércoles. Albert no tiene coartada para ese momento. Además, afirma que pasó el jueves y el viernes en Filadelfia ayudando a los detectives locales. No es cierto, lo comprobé con los detectives, y solo lo vieron el viernes por la mañana. El resto de su tiempo, es decir, de miércoles por la tarde a sábado por la mañana, es una incógnita. Lo que significa que podría haber visitado a Mary Olsen en Virginia o haberse presentado en una residencia de ancianos de Rhode Island, o haber volado a la costa oeste para tener un encuentro en Portland. Simplemente no lo sabemos.

—¿Hay registros de viajes, billetes de avión, estancias en hoteles?

—Hemos comprobado sus tarjetas de crédito… No hay nada. Hemos verificado con el aeropuerto local, y nada. Por supuesto, hay una media docena de aeropuertos a tres horas en coche de aquí. Podría haber salido de cualquiera de ellos, pagando en efectivo y usando un nombre falso. —Glenda sonrió—. Bienvenidos a la comodidad de la zona este.

—E incluso si le falta concentración, setenta y dos horas dan tiempo de sobra para cometer fechorías. —Quincy hizo una mueca, luego se contuvo y preguntó con más contundencia—: ¿Y los recursos financieros?

—En este momento, Albert es el orgulloso propietario de novecientos dólares en su cuenta bancaria, así que aunque haya tenido tiempo de recorrer el país, en sentido financiero no sé muy bien cómo ha podido conseguirlo. Por otro lado, si ha estado viajando, ha debido pagar en efectivo, así que es posible que una segunda persona haya financiado su aventura con un maletín de dinero. Sin acceso a las cuentas de la segunda persona, es imposible saberlo.

—Inteligente, aunque vago. Es pobre, pero puede que lo estén financiando desde Vengativos Degenerados Sociedad Anónima. ¡Genial!

—Como mínimo —añadió Glenda—, sabemos que Albert ha participado de forma activa en posicionarte como sospechoso. Llamó a Everett el viernes por la noche para decirle que está convencido de que habías matado a tu exmujer. Luego se empeñó en visitarme a primera hora de la mañana del sábado para hacerme saber todas sus dudas sobre la escena del crimen de Filadelfia.

—Envenenando el pozo.

—Se comportó de manera muy persuasiva —apuntó Glenda con calma—. Everett consideró de veras pedir que te presentaras. De hecho, la única razón por la que no lo hizo es porque la credibilidad de Albert es cuestionable. Aunque eso no habría tenido importancia durante mucho más tiempo. Albert me hizo sospechar, que es lo que pretendía. Encontré el papel de carta en tu escritorio, envié una hoja al laboratorio… En cualquier momento debería llegar el informe que confirmará que el anuncio original se envió en tu papel. Una vez que llegara el informe, Everett no tendría más remedio que pedirte que te entregaras. Además, la acusación de Albert y el posterior hallazgo del papel me hicieron dudar mucho de ti, lo que preparó todo para el segundo acto.

—Tú apareces muerta.

—En tu casa, protegida por un sistema de seguridad de última generación al que tú tienes acceso. Y, por si fuera poco, los casquillos de los dos disparos de Albert tienen tus huellas. Parece que Albert hizo acopio de tu munición durante una de sus visitas a la casa.

—¡¿Qué?! —Se sobresaltó tanto que se olvidó por un instante de sí mismo y exclamó—: ¡Hijo de puta!

Glenda frunció el ceño.

—No puedes decir eso —manifestó con severidad.

—Perdón —respondió él de inmediato.

—Estate quieto.

El botón estaba afectándole de nuevo. Apartó la mano, se vio reflejado en el largo espejo de la habitación y se sintió aún más desanimado. Parecía tenso e incómodo, nada que ver con un agente federal de competencia implacable. Cuando recibió la noticia de que por fin podría interrogar a Montgomery, se dio cuenta de que tendría que entrar en la sala con apariencia de

calma y control totales. «Te has metido con nosotros, Montgomery, ahora deja que yo me meta contigo».

No parecía tranquilo ni bajo control. Tenía el aspecto de alguien que no había dormido. Tenía el aspecto de alguien muy preocupado. Tenía el aspecto de alguien que, por primera vez en su vida, no daba la talla.

«Albert Montgomery no es nadie», se recordó a sí mismo con firmeza. Ni siquiera es quien manda en realidad, es solo un mandado.

—Quiere hablar —anunció Glenda en voz baja, como si le leyera el pensamiento—. No olvides que a Albert le mueve la necesidad de demostrar que es más listo que tú. Todo lo que tienes que hacer es parecer escéptico, y él te dará las llaves de la ciudad solo para demostrar que puede. Lo odias, quieres inclinarte sobre la mesa y matarlo, pero aparte de eso, Quincy, este interrogatorio no debería resultar muy difícil.

Él asintió con la cabeza y volvió a mirar el reloj. Eran las tres y treinta y dos de la tarde. Habían pasado veinticuatro horas y media desde el ataque a Glenda… Tiempo suficiente para que alguien cruzase el país. Tiempo suficiente para que alguien adoptase cualquier tipo de disfraz. Deseó una vez más poder hablar con Rainie. ¡Maldita sea, tenía que dejar ese botón en paz!

La puerta se abrió. Un joven agente asomó la cabeza en la sala.

—Están escoltando al agente especial Montgomery a la sala de interrogatorios —informó.

Glenda asintió y el agente cerró la puerta.

Quincy respiró hondo, luego, cuadró los hombros y se pasó una mano por la chaqueta.

—Bien, ¿qué tal estoy? —preguntó.

## Portland, Oregón

*A las doce y dieciocho del mediodía, hora estándar del Pacífico, Rainie y Kimberly se encontraban sentadas una al lado de la otra en el pequeño sofá. Desde esa posición podían ver el dormitorio contiguo situado a su derecha y toda la zona de cocina hasta la puerta principal de la pequeña suite situada a su izquierda. No hacían nada, no decían nada, ambas se limitaban a mirar al teléfono.*

—¿Por qué no llama? —preguntó Kimberly.

—No tendrá nada que decir.

—¡Pensé que a esta hora ya habría sucedido algo!

Rainie miró hacia la puerta de la habitación de hotel.

—Y yo —murmuró—. Y yo.

## Virginia

Sentado en la poco iluminada sala de interrogatorios, el agente especial Albert Montgomery tenía muy buen aspecto para ser un hombre al que habían disparado. Llevaba un uniforme quirúrgico azul claro en lugar de su habitual traje arrugado. Tenía el pelo alborotado y la cara recién lavada, algo menos ictérica. Su mano derecha, muy vendada, descansaba sobre la mesa. Su pierna izquierda, con la rótula recién recompuesta, estaba escayolada y apoyada en una silla. En general, parecía estar bastante cómodo y a gusto.

Se miraron fijamente durante los primeros treinta segundos, sin que ninguno de los dos quisiera pestañear primero.

—Tienes un aspecto horrible —criticó Montgomery tuteándolo.

—Gracias, he estado trabajando en esto toda la noche.

Quincy se acercó a la mesa, pero no se sentó. Desde esa posición ventajosa, podía mirar por encima del hombro a Albert Montgomery. Podía cruzar los brazos sobre el pecho y contemplar a ese hombre como si fuera la forma más baja de vida del planeta. Albert se limitó a sonreírle. También había asistido a clases de interrogatorio y conocía los trucos.

—Además, suenas fatal —agregó Albert—. ¿Te resfriaste en el avión, Quince? Esas cosas no son más que placas de cultivo con alas. Y has tenido mucho tiempo para incubar. Costa este, costa oeste, costa este… Dime, Quincy, ¿qué se siente al ser una marioneta?

Sus manos se apretaron. Estuvo a punto de morder el anzuelo, pero recordó lo que le había dicho Glenda. No podía permitirse matar a Albert. Demasiadas cosas dependían de lo que el hombre tuviera que decir.

Acercó una silla y tomó asiento.

—Me querías aquí y aquí estoy. Ahora, habla.

—Sigues siendo bien arrogante, ¿eh, Quincy? Me pregunto cuán soberbio serás cuando los detectives de Filadelfia acaben contigo. ¿Has visto ya su sistema penitenciario? Quizá puedas visitar tu futuro hogar.

—No me preocupa la Policía de Filadelfia.

Albert se quedó mirándolo y él le devolvió la mirada. Albert rompió el silencio primero.

—Hijo de puta —soltó.

—¿Cómo se llama, Albert?

Albert no contestó de inmediato. Su mirada se desvió hacia el reloj de pared.

—No sé de qué estás hablando.

—¿Actuaste solo?

—Claro que sí. ¿No crees que te odiaba lo suficiente? Jodiste mi carrera, Quincy. Te llevaste a mi familia, arruinaste mi vida. Pues, oye, adivina quién ríe el último. ¿Dónde está tu preciosa hija, Quince? ¿Dónde está la madre de tus hijas? ¿Dónde está tu querido padre, que dependía de ti de forma desesperada? Y no me importa lo que digas: cuando llegue ese informe de Filadelfia, ¿dónde estará tu preciosa puta carrera? Cuanto más grandes son, más duro caen.

—Tú no has hecho todo esto.

—¡Ya lo creo!

—No te da la cabeza.

El rostro de Albert se puso rojo.

—Te crees muy listo, Quincy. Considera esto: venganza. Quince largos años deseando venganza de manera desesperada. Podía intentar conseguir el mismo caso que tú y tenderte una trampa para que fracasases, pero sería arriesgado. Podía intentar meterme en el mismo caso que tú y dispararte por la espalda, pero eso no sería divertido. Así que una noche se me ocurrió…

—¡Se te ocurrió!

—Se me ocurrió. ¿Por qué optar por el ataque directo? En el trabajo es donde estás en tu salsa, donde las cosas se te dan bien. Pero no lo haces todo bien, Quincy. Claro que no, no eres perfecto. De hecho, cuando se trata de ser marido, padre e hijo, eres un desastre. Una vez que me di cuenta de esto, supe que te tenía.

—Te acercaste a Mandy en sus reuniones de Alcohólicos Anónimos.

—Empecé a buscar a tu padre, a tu exmujer y a tus hijas. No me llevó mucho tiempo descubrir que Mandy era el eslabón débil. Mierda, debes haberle comido bien el tarro a esa chica, Quincy. Era una borracha, era promiscua, era la perfecta insegura, hecha un desastre. ¿Sobre qué decías que habías hecho el doctorado?

Él apretó los labios. Montgomery sonrió, feliz de sentir que tenía la sartén por el mango y, como predijo Glenda, ya muy elocuente.

—Sí, me acerqué a Mandy, fingí ser el hijo de un viejo conocido de tu padre, Ben Zikka Junior. Eso es lo bueno de las reuniones de Alcohólicos Anónimos, crean un sentimiento de camaradería, permiten que incluso perfectos desconocidos estrechen lazos. Tres reuniones

después, ya la tenía en el bote.

—Tú se la presentaste.

—La tenía.

—Mandy tenía estándares. Ni siquiera la cogerías de la mano.

Albert frunció el ceño, así que había tocado una fibra sensible. Pero el disgustado agente se apresuró a recuperar el terreno perdido.

—Tu hija era una chica muy simpática, Quince. Comidas, cenas, desayunos… No tardé nada en saberlo todo sobre el resto de la familia. Y tantos detalles fascinantes sobre ti, Pierce. Sus hábitos, el sistema de seguridad de tu casa, tus patéticas cartas intentando mantener el contacto con tu hija mayor para entablar algún tipo de relación.

—Esas eran las muestras de caligrafía —dedujo—. Material para copiar mientras el sudes preparaba la nota para Filadelfia. Por cierto, también el papel de carta.

Albert se limitó a sonreír. Su mirada se dirigió de nuevo al reloj de pared.

—Estaba en casa de Mandy una noche cuando llamaste —reveló Albert—. Pude escuchar una conversación muy forzada, eso seguro. En realidad, Quince, nunca entendiste a tu propia hija. Debería darte vergüenza.

—Él le sonsacó la información a ella —manifestó Quincy en voz baja—. Y luego la mató.

—Se me ocurrió la idea de emborracharla y ponerla al volante del coche. Era algo arriesgado, porque tal vez no moriría de inmediato. Tal vez recuperaría la conciencia. Al final, ¿a quién le importaba? Estaba tan sumamente borracha que nunca recordaría lo que pasó de veras, y siempre podíamos preparar un pequeño accidente en el hospital.

—¿Podíamos?

—Podía —se apresuró a decir Albert—. Podía preparar un pequeño accidente. Consideré su asesinato como una primera prueba, Quince. ¿Te darías cuenta? ¿Hasta qué punto era tan bueno el mejor de los mejores de Quantico? Pero, fiel a tu costumbre, cuando se trata de tu familia, tus instintos son un completo cero. ¡Joder!, ni siquiera permaneciste junto a su lecho. Te limitaste a hacer acto de presencia y aceptaste desconectarla. Ayudaste a matar a tu hija, Quince. No es que me importe, pero ¿cómo te sientes al respecto?

—La usasteis para acercaros a Bethie —afirmó, ignorando la pregunta.

—Claro. Mandy nos contó… ¡me contó! todo sobre su madre. Restaurantes favoritos, música favorita, comida favorita. Después de eso no hacía falta ser un genio. Y tengo mis encantos.

—Bethie odia el encanto. Él se acercó a ella como receptor de órganos. Se disfrazó como parte de Mandy.

Los ojos de Albert se abrieron de par en par. Estaba claro que no era consciente de que supieran tanto. Su mirada se dirigió al reloj. El tiempo parecía calmarlo. Respiró hondo y miró a su interrogador con más recelo.

—Cuando soy brillante, Quincy, soy brillante —intentó Albert.

Quincy se limitó a negar con la cabeza.

—Tuvo que esperar más de un año para que Mandy muriera. ¿Eso lo inquietó? No pudo haber formado parte de su plan.

—La paciencia es una virtud —declaró Albert.

—No, se puso nervioso. Necesitaba mi atención para que el juego fuera interesante. Así que utilizó a Mary Olsen para levantar mis sospechas.

—No quería que me resultase demasiado fácil destruirte —rebatió Albert—. Después de quince años de planificación, uno tiene que divertirse un poco.

—Mary Olsen está muerta.

Eso le sorprendió. Albert volvió a abrir los ojos asombrado, con una palidez obvia.

—Mmm, sí.

—¿Cómo la mataste, Albert?

—Yo… eh…

—¿Pistola, cuchillo?

—¡Le disparé!

—¡La has envenenado, gilipollas! —Sintió una chispa de rabia, pero se controló y dijo con más severidad—: Recibió un paquete por correo de su amante, bombones con cianuro. Una forma horrible de morir.

—Estúpida zorra —murmuró Albert. Sin duda, ya estaba incómodo. Sus dedos tamborileaban sobre la mesa.

—¿Cómo crees que te matará?

—¡Cállate! —Sus ojos se dispararon hacia el reloj.

—¿Veneno? ¿O algo más personal? Eres un lastre, Albert. Un lastre grande y gordo que, gracias a Glenda, no está en condiciones de correr a esconderse.

—¡Cállate, cállate, cállate!

—¿O lo olvidaste del caso Sánchez? Los psicópatas pueden tener socios, pero los socios nunca están en igualdad de condiciones. Miguel Sánchez vivió. Su compañero, Richie, murió en el suelo de una prisión con las pelotas metidas en la garganta.

Albert se levantó de la silla. El movimiento sacudió la silla de debajo de su pierna herida y la escayola cayó con pesadez al suelo, haciéndolo chillar. Albert se agarró al borde de la mesa para no caerse y lo miró con el rostro moteado de rabia.

—¡Acabas de cagarla! —rugió—. Iba a decirte dónde está tu padre. Iba a apiadarme de ese viejo patético. Pero ya no. Ahora puede pudrirse donde está, atado, hambriento, cagándose en los pantalones y llenándose de escaras por su pis. ¿Qué te parece eso, gilipollas arrogante?

—Mi padre ha muerto —replicó en voz baja, aunque en realidad no lo sabía y su corazón había empezado a latirle con fuerza en el pecho.

Ese era el gran riesgo, la apuesta a vida o muerte. Si se equivocaba… «Lo siento. Señor, ten piedad, porque yo no puedo».

—Mi padre ha muerto —repitió con más fuerza—. Ya hemos encontrado su cuerpo.

—¡Imposible!

—¿Te gustaría ir a la morgue a verlo?

—Pero no debería haber subido a la superficie durante días, no con todas las pesas que le pusimos. —Albert escuchó de repente sus propias palabras. Se paró en seco y estalló—: Me has engañado. ¡Maldita sea, hijo de puta sin sentimientos, abandonaste a tu propio padre!

—Todo en un solo día de trabajo —murmuró, aunque en ese instante sentía un nudo en la garganta y le dolía el pecho. Montgomery era un monstruo, el sudes era un monstruo. ¡Dios!, estaba harto de todo eso.

—Se acabó, Albert —añadió con voz ronca—. Ahora no eres más que un lastre. O hablas con nosotros, o mueres por él.

—¡No sabes una mierda!

—Díselo a Mary Olsen.

—Maldita sea, yo soy quien manda aquí.

—¡Pues demuéstralo! Dinos algo que no sepamos. ¡Deslúmbrame!

Albert se quedó helado. De repente, sonrió y se irguió. Su mirada volvió a clavarse en el reloj de pared, pero entonces no intentó ocultarlo.

—¡Eh!, Quincy —pronunció—. Te voy a contar algo interesante. Mandy no era el primer objetivo. Mandy no renunció a su familia, fue Kimberly la que lo hizo.

—¿Qué?

—¡Oh!, mira la hora. Las cuatro y catorce de la tarde. ¿Por qué no llamas a la habitación de hotel de tu hija, Quincy? Llama y reprende a Kimberly, que está hospedada justo donde Everett me dijo que estaría. ¡Ah!, espera, lo siento, ya no podrás contactar con tu hija. Son las cuatro y cuarto. Se acabó el tiempo, agente. Y su hija está muerta.

# 36

**Portland, Oregón**

Cuando por fin sonó el teléfono de la mesita, Rainie casi dio un respingo.

—¡Mierda! —espetó, y luego miró a Kimberly de forma precipitada.

—¡Mierda! —coincidió ella. Era la una de la tarde. Mucho más tarde de lo que habían pensado, y ambas estaban ahora demasiado tensas. Rainie cogió el teléfono antes de que volviera a sonar.

—¿Diga?

—¿Rainie? Soy Luke. Tengo un problema.

—¿Qué problema? —preguntó sin pensar. Entonces los ojos de ella se abrieron de par en par e hizo un gesto frenético a Kimberly. La chica captó la indirecta y corrió a buscar su Glock.

—No estoy convencido de que la reunión de esta tarde sea lo correcto, Rainie —opinó el hombre —. Puede que sea demasiado arriesgado. ¿Podemos reunirnos antes y hablar de ello?

—Dios mío, eres un imitador perfecto —murmuró Rainie—. Si no lo supiera…

—¿A qué te refieres? —Sonaba amistoso y tan parecido a Luke Hayes que, incluso sabiéndolo, una parte de ella seguía creyendo que era él. Pero no lo era, era solo una persona con una aptitud magnífica para la imitación y un sentido del humor muy cruel.

—¿Cómo has conseguido este número? —preguntó.

—Busqué el hotel.

—Nunca te he dicho dónde nos hospedábamos, Luke.

—Claro que sí. Cuando nos reunimos con Mitz.

—No, no lo hice. Y Luke sabía que no debía preguntar dónde iba a estar. Buena tentativa, superfriki. ¿Quieres volver a intentarlo?

La voz cambió al instante, pasando de una impresión casi exacta de Luke Hayes a la suave y sedosa voz que Rainie recordaba de la llamada del día anterior.

—¿Por qué, Conner? No confías en tus propios amigos. Qué interesante. ¿Sabes?, Bethie también me sorprendió. De hecho, solicitó una verificación de antecedentes sobre mí. ¿Qué crees

que significa que todas las mujeres de la vida de Quincy sean tan suspicaces?

—Que él valora el sentido común. ¿Dónde estás?

—Ahora sí, Rainie —recriminó la persona que llamaba—. Después de todo este tiempo, no me quitarías esta diversión, ¿verdad? Me merezco un sobresaliente por el esfuerzo.

—Sí que te merecías un sobresaliente por el esfuerzo, pero Glenda Rodman sobrevivió, y yo te tengo fichado.

—Glenda Rodman debía vivir.

—¿Qué?, ¿es que sientes debilidad por los trajes grises austeros?

—Vamos —respondió riéndose—, ambos sabemos que Albert Montgomery es un incompetente. Has sido agente de policía, Rainie, sabes la importancia de entender las fortalezas y debilidades de tus compañeros. Dejé que Albert se quedara con Glenda. Siente de veras una rabia muy profunda por cualquier persona que pertenezca a las fuerzas del orden. Creo que se remonta a su padre, un guardia de seguridad fracasado. Era demasiado estricto, el padre de Albert. Crio a un hijo que necesitaba demostrar con desesperación que era mejor que su propio padre y que, sin embargo, se despreciaba a sí mismo aún más por seguir los mismos pasos. Pero eso no viene al caso. Albert es conflictivo, Albert es incompetente, por lo tanto, era lógico que Albert fracasase.

—Apostaste contra tu propio peón —afirmó Rainie.

—Por supuesto, aunque daba igual. Si Albert lo conseguía, Pierce sería acusado del asesinato de Glenda y tendría que volver a Virginia. Si Albert fallaba, Pierce tendría que interrogar a Albert y tendría que volver a Virginia para eso. De cualquier manera, yo gano el juego.

—Engañaste a Quincy para que volviera a casa y poder matarlo.

—No, engañé a Quincy para alejarlo y así poder matarte a ti.

—¡Uy!, lo siento, pero ahora que lo pienso, no tengo ganas de morir hoy.

Rainie le hizo otro gesto a Kimberly. La chica asintió y fue derecha a cada ventana, subió las guillotinas con cautela e inspeccionó la escalera de incendios exterior. Kimberly miró arriba y abajo. Cuando terminó, dejó las ventanas abiertas como habían planeado, le indicó a Rainie con la cabeza que la escalera de incendios estaba despejada y se dirigió al dormitorio para hacer lo mismo con las ventanas de allí.

—¿Te da miedo el infierno, Rainie? —preguntó el hombre.

Rainie empezó a oír ruido estático de fondo. Sin duda llamaba desde un móvil, lo que significaba que podía estar en cualquier parte, subiendo por el ascensor o arrastrándose por el pasillo. Pensaría que al entretenerla hablando la mantendría distraída. Pronto se daría cuenta de que hablar era su error.

—No tengo miedo del infierno —respondió—. Me imagino que para eso está la vida.

—¿Sufrir aquí, en la tierra? Vamos, seguro que tienes alguna noción de la recompensa y el castigo espirituales. Con todo lo que has hecho, debes preguntarte dónde pasarás el final de tus días.

—Mira quién fue a hablar. Toda tu vida se centra en castigar a Quincy. ¿Cuánta gente has matado para conseguirlo? Por lo tanto, es lógico que no seas muy creyente —se burló—, ya que tu castigo eterno va a ser una larga sesión de bronceado.

Kimberly volvió del dormitorio sacudiendo la cabeza. Hasta el momento, no había nada en la escalera de incendios. Se dirigió hacia la puerta, pero Rainie se apresuró a hacerle una señal para que se apartara. Había leído que disparaban a la gente que miraba por la mirilla. No sabía si eso podía ocurrir de verdad, y no quería averiguarlo. Señaló la moqueta. Kimberly captó la indirecta y miró por debajo de la puerta. No había señales de vida.

—¿Vas a matarme, Rainie? —preguntó el hombre.

—Estoy pensándomelo.

—¡Oh!, pensar no es suficiente. Tienes que comprometerte con el plan, Rainie. Visualiza la meta, imagínate como la vencedora.

—Maravilloso, estoy recibiendo consejos de un asesino en serie. Por una vez, me gustaría ser atacada por un mudo.

Kimberly miraba a Rainie en busca de nuevas instrucciones. Estaba sin duda nerviosa. A pesar de su tono arrogante, Rainie también lo estaba cada vez más. Él estaba cerca, ansiaba intimidad con sus víctimas. Le gustaba estar allí para matar.

—¿Está Kimberly contigo? —preguntó el hombre.

—¿Por qué? ¿No soy lo bastante buena para ti?

Rainie miró con desesperación alrededor de la estancia. La escalera de incendios estaba despejada, la puerta de la habitación del hotel también. ¿De dónde más podría venir? ¿Qué habían pasado por alto?

Y entonces se dio cuenta. Al mismo tiempo, Kimberly y ella levantaron la vista. ¡Dios santo!, había una punta de una broca atravesando su techo. ¿Cómo demonios lo había conseguido?

—¡Vamos! —gritó Rainie.

Kimberly corrió hacia la puerta principal justo cuando el hombre expresó:

—Gracias, Rainie. Me encantaría entrar.

Ella se dio cuenta de su error demasiado tarde. Si hubiera estado perforando de forma activa, lo habrían oído, así que tuvo que haber sido algo antes. Y mirar por debajo de la puerta nunca era

infalible. Todo lo que la persona tenía que hacer era ponerse a un lado. Rainie se levantó de golpe.

Pero Kimberly ya había abierto la puerta y su pistola ya le apuntaba al pecho.

—Carl Mitz —gruñó Rainie.

—¡Dios mío!, doctor Andrews —susurró Kimberly, temblorosa.

—Dadme vuestras armas, por favor —anunció el doctor Andrews, que entró en la habitación del hotel y cerró la puerta de una patada. Ese día iba vestido con sencillez, con unos chinos color canela y camisa de cuello blanco. Tenía el aspecto de cualquiera que pasease por la calle, salvo que, además de una gran bolsa de lona negra colgada del hombro izquierdo, llevaba una semiautomática de 9 milímetros. En ese instante, el cañón estaba a diez centímetros del corazón de Kimberly. La chica no podía apartar los ojos de él. Su cara se había puesto blanca como la tiza.

—No entregas tu arma así como así —espetó Kimberly con un tono de voz poco natural—. ¡Una agente nunca debe entregar su arma!

—Dale el arma, Kimberly —ordenó Rainie de forma escueta—. ¡Por el amor de Dios, esto no es el examen final de la academia de policía y no eres antibalas!

—Una de nosotras vivirá —insistió Kimberly en el mismo tono de voz—. Disparará, pero no podrá matarnos a las dos.

—Kimberly…

—Todo es culpa mía. Míralo. ¿No lo entiendes? ¡Todo es culpa mía!

El doctor Andrews sonrió. Dejó que la gran bolsa de lona se deslizara de su hombro. Aterrizó con fuerza en el suelo.

—Muy bien, Kimberly. Me preguntaba cuándo ibas a darte cuenta. Después de todo, te dije que no sería un extraño.

—Pero mis ataques de ansiedad…

—Te seguí. Solo porque estuviera dispuesto a confesar que conocerías a tu propio asesino no significaba que quisiera que supieras que ya lo habías conocido. En serio, ¿nunca se te ocurrió pensar que apenas me viste después del funeral de tu hermana? Creíste que estaba dejándote tiempo libre para recuperarte, pero en realidad estaba ganando tiempo para destruir a tu familia. Todos tenemos nuestras prioridades. —Señaló sus pantalones planchados y su camisa de lino blanco—. Por cierto, ¿qué te parece mi nuevo look? La peluca adecuada, ropa bien confeccionada, lentes de contacto… No siempre fui un desastre como profesor, ¿sabes? Solo pensé que me encontrarías más reconfortante en tweed. Así que, con los años, me volví cada vez

más desaliñado, y tú, cada vez más confiada. Es interesante que para tu madre y Mandy tuviera que invertir el proceso. Ahora suelta tu arma y empújala hacia mí despacio de una patada.

—¡Pensé que era mi amigo! ¡Mi mentor! Le he hablado mucho de mi familia, de mi padre, mi madre, mi hermana… Y todo este tiempo… Todo este tiempo… —El cuerpo de Kimberly convulsionó. Parecía que iba a ponerse físicamente enferma, pero aun así no bajó su Glock.

—¡Kimberly! —gruñó Rainie. Sudaba mucho, se resistía a soltar su pistola y sentía que la situación se le escapaba de las manos de forma peligrosa.

Andrews la miró. Kimberly notó el cambio en su mirada y vio que su vista se dirigía a Rainie.

—¡No! —empezó a gritar Rainie, pero era ya demasiado tarde. En el instante en que la atención de Kimberly abandonó a Andrews, él le dio un brusco golpe con la mano izquierda en el antebrazo derecho. La chica gritó y el arma se le escurrió de los dedos al suelo. Rainie levantó su propia pistola, pero se encontró con el arma de Andrews ya apuntando a su cuerpo.

—Confío en que serás más razonable —manifestó, retorciendo el brazo de Kimberly a su espalda y colocándola como escudo humano.

Rainie asintió y, despacio, bajó el arma al suelo y su mirada se posó en la bolsa de lona negra. ¿Por qué una bolsa tan grande? ¿Qué llevaría consigo?

—Ahora, dale una patada a la pistola hacia mí.

Rainie cumplió, golpeando su Glock del 40 con la punta del pie, pero sin poner mucho esfuerzo en ello. La pesada pistola se detuvo a un metro de distancia, bajo la mesita de cristal. Hizo ademán de encogerse de hombros, impotente, y esperó a ver si Andrews insistía. La miró con el ceño fruncido, pero, como ya estaba ocupado con una hembra, pareció contentarse con dejarlo pasar.

Rainie respiró hondo. «Mantén la calma», se ordenó a sí misma, aunque habían empezado a temblarle las manos y el corazón le martilleaba en el pecho. Lo había mantenido al teléfono durante un intervalo decente. Si ella y Kimberly pudieran entretenerlo solo un minuto o dos más… Las ventanas estaban abiertas, y la escalera de incendios sin vigilancia y con fácil acceso a su habitación. Vamos, refuerzos…

¿Qué había en esa bolsa?

Kimberly estaba llorando. Atrapada contra Andrews, tenía los hombros caídos y la columna arqueada. No parecían quedarle muchas fuerzas.

—Perfecto —declaró Andrews—. Ahora que todo el mundo está más colaborativo, tenemos mucho trabajo por delante, señoritas. Hay bombas que construir, dispositivos detonadores que conectar a teléfonos… Tu padre va a llamar exactamente a la una y cuarto, Kimberly. No quiero perderme la oportunidad de que haga volar en minúsculos pedazos a su propia hija y a su amorcito.

¡Oh!, mierda, eso era lo que había en la bolsa. Rainie cerró los ojos, Andrews había traído todos los ingredientes para fabricar una bomba casera. Dios sabía que no hacía falta mucho para volar una habitación de ese tamaño y ¿a quién le importaría si Andrews se llevaba por delante una buena parte del hotel y a otros huéspedes desprevenidos? Sería el triunfo definitivo para él. Contendría a Kimberly y Rainie, y luego colocaría una bomba en el teléfono, de modo que la primera señal de llamada desencadenase la explosión. Quincy no solo perdería a la única familia que le quedaba, sino que, cuando llegara el primer informe forense, se enteraría de que, en esencia, él había apretado el gatillo. Había matado a su propia hija y había asesinado a Rainie. ¡Oh, Quincy! ¡Oh!, pobre, pobre Quincy.

Rainie abrió los ojos. Sentía en la cara la brisa de la ventana abierta, pero ya no sabía si tenían tiempo suficiente para esperar. Ella y Kimberly no podían dejar que Andrews construyera esa bomba. De ninguna manera podían dejar que Andrews se cargara medio hotel solo para fastidiar a Quincy.

Rainie miró a Kimberly, intentando captar la mirada de la chica. Necesitaban algún tipo de plan. Tal vez Kimberly podría hacer que el profesor hablara, mantenerlo concentrado en intercambiar banalidades con su exalumna para que Rainie pudiera acercase con sigilo a su Glock. Estaba a un metro. Eso no era mucho, ¿verdad?

Kimberly, sin embargo, tenía la cabeza gacha. Su esbelta figura parecía abatida. Después de todo, era muy joven y se encontraba bajo un estrés terrible.

—Culpaba a mi padre —susurró Kimberly, quizá para sí misma, quizá para Andrews—. Todo el tiempo culpaba a mi padre, pero en realidad fui yo quien traicionó a mi familia. —Otro pensamiento pareció asaltarla. Levantó la cabeza de golpe y abrió mucho los ojos—. ¡Dios mío!, el caso Sánchez. He estado dándole vueltas y más vueltas, pensando que había más de una conexión. Claro, el trabajo de investigación del doctor Andrews en San Quintín. —Se giró hacia Andrews, esforzándose por verle la cara—. ¡Conocía a Sánchez! ¡Usted es la conexión! ¿Cómo he podido estar tan ciega? ¡Maldita sea!

—No hiciste la pregunta correcta desde el principio —comentó Andrews con naturalidad, tirando del brazo de Kimberly con más brusquedad para sofocar sus movimientos.

Rainie vio su oportunidad. Avanzó unos centímetros.

—Si se trataba de una venganza, ¿por qué ahora? —planteó Andrews a su antigua alumna—. Podrías teorizar que era obra de un delincuente que había salido por fin de la cárcel, pero confío en que ya hayas explorado esa opción y hayas visto que es un callejón sin salida. Entonces podrías examinar a la familia de los delincuentes, pero de nuevo, ¿por qué después de todo este tiempo? Lo interesante es que creo que Quincy ya estaba acercándose al camino correcto, que no tenía nada que ver con un caso pasado del FBI en absoluto. Así que si era de sus días anteriores al Buró, entonces, de verdad, ¿por qué ahora?

—¡Porque me encontró! —escupió Kimberly a su captor.

—¡Porque caíste en mi puto regazo! —rugió Andrews—. ¡Casi veinte años después de que ese hombre me arrebatara a mis propias hijas, y aquí estás! Hermosa, inteligente, preparada para

convertirte en todo lo que un padre podría desear para su hija. ¿Por qué iba a tener él tanta suerte? ¿Por qué él debe tener todo lo que yo merezco? ¡Maldito loquero entrometido!

Su mirada se dirigió de repente a Rainie. Ella se quedó inmóvil, dos pasos más cerca de su arma, queriendo que eso fuera un progreso, pero sabiendo que no era suficiente. Andrews la miraba con el ceño fruncido. ¿Se habría dado cuenta de que ella había acortado distancias con su pistola abandonada? Él la estudió con detenimiento.

—Eras uno de los pacientes de Quincy —lanzó Rainie con rapidez, tratando de distraerlo de nuevo y manteniéndose muy quieta en ese instante en que él volvía a fijarse en ella.

—¡No es cierto! —replicó Andrews, indignado—. Era mi estúpida exmujer. Acudió a él en busca de ayuda con todo tipo de historias extravagantes de que yo era un padre inadecuado y que mis hijas me tenían pavor.

—¿Abusaste de tus hijas?

«Tu turno, Kimberly —pensó ella de forma frenética—. Yo lo mantendré hablando, tú piensa en algo brillante».

—No lo hice, no lo hice, no lo hice. ¡Eran mis niñas! Las quería, quería lo mejor para ellas. Fue su madre quien no supo apreciar su potencial. Quería mimarlas, darles tiempo para jugar, darles tiempo para crecer. Por el amor de Dios, no se llega a ninguna parte en la vida jugando.

—Quincy testificó en tu contra en la vista para la custodia, ¿no? —persistió Rainie—. Su opinión ayudó a influir en el juez.

«Vamos, Kimberly. Tenemos que hacer algo aquí. Rápido».

—¡Le dijo al juez que yo sufría un grave trastorno de la personalidad! Decía a la gente que, en su opinión profesional, yo era manipulador, egocéntrico y carecía por completo de una auténtica capacidad de empatía. En resumen, que mostraba tendencias psicopáticas, utilizaba a mis hijas como peones para conseguir lo que quería y que, si alguna vez intentaban ejercer su propia personalidad, él no podría responder por la seguridad de ellas. Y nunca volví a ver a mis hijas. ¿Se da cuenta de lo que eso le hace a cualquiera? Un día, soy un padre de familia muy respetado, y al siguiente, ¡soy el nombre que aparece en una orden de alejamiento! Si hubiera dicho cualquier cosa, me habrían quitado la licencia. Me habría arruinado por completo.

—No te ha ido tan mal desde entonces. —Rainie se encogió de hombros con desdén, esforzándose por prolongar la diatriba de Andrews.

—Después de mudarme de California a Nueva York y empezar de nuevo —replicó Andrews—. Solo por completo, sin nadie, sin tener nada. ¿Sabes?, podría haber tenido una segunda oportunidad con Mary Olsen. Estaba embarazada de mi hijo, tal vez podríamos haber sido felices, pero Pierce me jodió hasta eso. Me obligó a matarla antes de que yo lo hubiera sabido. —La voz de Andrews cambió—. ¡Hijo de puta! Todo lo que siempre he querido, él me lo ha quitado. ¡Se acabó! Yo soy el que manda, el que tiene el control. ¿Quiere la opinión de un experto? Se la daré. La de un experto en explosivos. ¡Maldita sea, es la hora!

De repente, tiró del brazo derecho de Kimberly. La chica acababa de levantar el pie para pisarle el empeine. En ese instante, cuando él la desequilibró de un tirón, su pie cayó al suelo de manera inofensiva. Ella hizo una mueca y se dejó caer desalentada contra él. Rainie hizo una mueca a la vez, su mirada se dirigió con anhelo a su Glock, tan visible bajo la mesa de cristal, y sin embargo todavía lejos de su alcance.

Tenían que hacer algo. No quedaba tiempo. «Piensa, piensa. Vamos, vamos…».

—¡Oh, gracias a Dios! ¡Luke!

De forma repentina, Rainie desvió la mirada hacia el espacio que había detrás de Andrews. Fue un acto desesperado, una apuesta estúpida. Andrews se giró de repente, sintiendo la brisa por primera vez y pensando que se había expuesto a un ataque por el flanco. No había tiempo para coger el arma de debajo de la mesita. Rainie corrió hacia la izquierda y agarró la mejor arma que pudo encontrar: una de las sillas metálicas de la cocina.

—Pero ¿qué co…?

—¡Kimberly, ahora!

La chica clavó el codo en el costado expuesto de Andrews y arremetió con el pie. Torcido y desequilibrado, Andrews la soltó de forma instintiva, luchando por levantar su arma y rodearla. Rainie lanzó la silla metálica hacia el cuello y el hombro de Andrews. Él aulló cuando su pistola y la silla salieron volando y se dio cuenta demasiado tarde de que había sido engañado con el truco más viejo del mundo.

—¡Puta! —rugió.

—¡Kimberly! —volvió a gritar Rainie—. ¡El arma, ahora! —Necesitaban encontrar un arma. Ya, ya, ya.

Su Glock seguía debajo de la mesa de centro. Rainie se acercó a cuatro patas. Andrews vio su movimiento y la frenó con una brutal patada en la barbilla. Le crujió la mandíbula. Se desplomó de espaldas, viendo las estrellas. Con vaguedad, fue consciente de que Kimberly se lanzaba al otro lado de la habitación para coger la pistola de Andrews que se había caído. Andrews la vio. Cogió la silla, la levantó sobre su cabeza, alzándose sobre Kimberly, y la silla cayó. Kimberly emitió un sonido pesado y húmedo que Rainie nunca había oído antes.

Andrews sonrió triunfante. Luego tiró la silla y se agachó para coger la 9 milímetros que Rainie pudo ver en ese instante en el suelo, a escasos centímetros del cuerpo de Kimberly. La chica había estado tan cerca…

Una última oportunidad. Rainie dio la vuelta, mirando, mirando y mirando. La Glock seguía ahí, contra la pata de latón de la mesa. «Vamos, Rainie. Morir no es preferible a vivir. Morir no es preferible a vivir». ¡Maldita sea!, al final sería optimista. «¡Agárrala!».

Se oyó el sorprendente sonido de un cartucho al ser introducido en la recámara de un arma. El sonido de la muerte.

—¡Adiós, Rainie! —profirió Andrews.

—¡Eh, Andrews! —pronunció Quincy—, aparta tus malditas manos de mi hija.

## Virginia

Albert Montgomery aún se sentía tranquilo y controlado quince minutos más tarde, cuando Quincy regresó a la sala de interrogatorios poco iluminada. Eran las cuatro y treinta y uno de la tarde. Lo más probable era que el agente acabase de confirmar la muerte de su hija. Albert se preguntó si llegaría a verlo llorar. Eso le gustaría.

Su interrogador se detuvo frente a él.

—¿Qué tal, Albert? —saludó el hombre con una voz cristalina que Albert no había oído nunca —. Es mi turno de decirte algunas cosas que tú no sabes. Primero, estoy seguro de que Kimberly está bien. Y segundo, no soy Pierce Quincy.

El hombre levantó la mano y se arrancó la peluca canosa que Glenda y un experto en maquillaje del FBI habían tardado dos horas en colocarle. Luego se quitó unos zapatos especiales con alzas de cinco centímetros y se quitó la chaqueta azul marino, hecha a medida para reflejar la estatura y los hombros anchos de Quincy.

—Mi nombre es Luke Hayes —reveló el extraño con calma—, y soy un amigo de Rainie.

## Portland

El rostro de Andrews palideció. Se giró de golpe hacia la puerta del dormitorio, con la pistola en la mano derecha bajando hacia la alfombra, pero con la izquierda aún en el hombro de Kimberly.

—¿Quién? ¿Cómo? ¡Pero si estás en Virginia!

Quincy entró en el salón desde el dormitorio contiguo. Había sacado su 10 milímetros, pero la mantenía en el costado. Su mirada estaba fija en Andrews. Había perdido quince minutos buscando sin descanso en el vestíbulo a un hombre que hablaba por el móvil antes de darse cuenta de su error. El hombre ya estaba arriba. El hombre ya estaba en la habitación de su hija. El plan B siempre había sido la escalera de incendios. Subiendo seis pisos, peldaño tras peldaño. Quincy debía estar cansado, debía estar agotado.

Se quedó mirando a aquel hombre armado hasta los dientes y agazapado junto a su hija, y se sintió increíblemente tranquilo. El tiempo se había ralentizado. Todo era manejable. El sudes por fin tenía rostro. Y, como tantos asesinos antes, el rostro ni siquiera impresionaba mucho. Al fin y

al cabo, no era más que un hombre de estatura, peso y edad medios.

—Tú mataste a Mandy —manifestó Quincy.

Siguió acercándose. Andrews aún no había vuelto a sacar su arma. No había disparado a ninguna de sus otras víctimas. Lo más probable era que no se sintiese demasiado cómodo con las armas, dedujo Quincy. Una emboscada era una cosa, pero un auténtico cara a cara era otra historia.

—Fue una presa fácil —gruñó Andrews. Pero le temblaba la voz.

Detrás de él, Rainie volvía a extender despacio el brazo, intentando alcanzar una pistola que Quincy apenas podía distinguir bajo la mesa de cristal. Quincy apartó la mirada con rapidez, no quería que Andrews siguiera su línea de visión. En cambio, centró su mirada en Kimberly, que empezaba a gemir a los pies de Andrews.

—Tú mataste a Bethie —prosiguió Quincy.

—Más presas fáciles. —Andrews se movió de repente, rodeando el cuello de Kimberly con el brazo y arrastrándola contra él. Los ojos de Kimberly se abrieron de golpe. Parecía desorientada, desconcertada. Entonces su mirada se encontró con la de su padre y simplemente pareció desconsolada.

—No pasa nada —declaró Quincy al instante.

Quería consolar a su hija, borrar el dolor de su mirada. Mantenía las manos a los lados. Kimberly era fuerte. Confiaría en su fuerza para salir adelante, igual que esperaba que ella confiara en la suya en ese momento. «Cree en mí —le pidió en su interior a su hija—. Siempre cuidaré de ti».

Andrews sonrió y tiró de Kimberly para acercársela más.

—De pie, Bella Durmiente. Hora de decirle adiós a papá.

Andrews se levantó con brusquedad tirando a la vez de Kimberly. Quincy no hizo ningún movimiento para detenerlos.

Por el rabillo del ojo, distinguió otro movimiento al fondo, pero una vez más resistió la tentación de mirar. Se enfocó en Andrews, concentrándose en estrechar el universo del hombre. Solo estaban Andrews, Kimberly y Quincy. Solo un depredador despiadado, una hija y un padre decidido a mantenerla a salvo. Si solo tenía ojos para Andrews, Andrews solo tendría ojos para él. Rainie… El resto debía ser un acto de fe.

—¿Qué se siente, Quincy? —preguntó Andrews, retorciendo el brazo de Kimberly, acercándola aún más contra él—. ¡Qué se siente al perderlo todo y no entender nunca por qué!

—No eres una persona de verdad —respondió en tono de conversación, moviéndose un poco hacia la izquierda, alejándose de la sala de estar, y atrayendo la mirada de Andrews hacia él—. Eres un caparazón de hombre, carente de sentimientos genuinos, conexiones, compasión. Te has pasado la vida actuando como si fueras un ser humano, amoldándote a la imagen de los demás

porque, de lo contrario, no sabes cómo ser. No sabes quién ser. La mayor justicia de esta vida fue que tus niñas no tuvieran que volver a verte.

Andrews levantó su pistola y apuntó a la cabeza de Quincy.

—¡Vete a la mierda! —gritó, haciendo que Kimberly se estremeciera—. ¡Voy a matarte! ¡Voy a volarte los malditos sesos!

—No puedes —refutó Quincy, con una voz tan calmada como enfadada sonaba la de Andrews. Miró a su hija, deseando que se mantuviera fuerte, deseando que estuviera bien.

—¡Sí puedo!

—No puedes. Sin mí, tu vida no tiene sentido. Cuando me haya ido, ¿quién serás tú, Andrews? ¿Qué vas a hacer? ¿Con qué soñarás por la noche? Por mucho que me odies, me necesitas aún más. Sin mí, el juego termina.

El rostro de Andrews se encendió. Sus ojos iban de un lado a otro. La rabia crecía en su interior, la implosión era inminente, de un acto racional a una reacción loca. Eso era lo que Quincy necesitaba para que Andrews perdiera por fin el control, para que desatara al monstruo que guardaba dentro.

El dedo de Andrews rodeó el gatillo. Quincy mantenía la mirada fija en Kimberly. Intentó decirle a su hija lo mucho que la quería, e intentó disculparse por lo que tendría que ver a continuación. Rainie… Kimberly… Rainie… Que Dios les diera fuerzas a ambas.

Un movimiento por el rabillo del ojo…

—Kimberly —murmuró Quincy—. A la mierda el ballet.

En el momento justo, ella se dejó caer con fuerza en los brazos de su captor. Andrews aulló de sorpresa y apretó el gatillo, pero el inesperado movimiento le había hecho perder el equilibrio. Los disparos salieron escupidos a través de la pared. Quincy corrió hacia la izquierda. Sacó su 10 milímetros para devolver los disparos, pero Andrews y Kimberly estaban demasiado enredados. No tenía ninguna posibilidad. No tenía ninguna posibilidad.

—¡Kimberly! —gritó, aunque no sabía por qué.

—¡Papi!

—¡Eh, Andrews! —llamó Rainie—. Mira aquí.

El hombre se dio la vuelta. Kimberly se soltó y se tiró al suelo justo cuando Rainie volvía a disparar su Glock.

—¡No! —aulló Andrews. Apuntó a Rainie con su arma…

Y Quincy, con mucha calma y gran frialdad, disparó al hombre a quemarropa en el pecho. Andrews cayó al suelo. No volvió a moverse.

—¿Se acabó? —preguntó Kimberly cuando el eco del disparo se desvaneció. Intentaba levantarse del suelo. Su brazo izquierdo no soportaba su peso. La sangre se deslizaba por su largo cabello fino.

Quincy se acercó a ella. Cogió a su hija herida en brazos, sintiendo los temblores que sacudían su esbelto cuerpo. La acunó contra su pecho, abrazándola con tanta delicadeza como cuando era recién nacida. ¡Oh, Dios!, ella era infinitamente preciosa para él. La había salvado, pero también la había herido, y sabía que ambos tardarían años en resolver la diferencia entre ambas cosas. Lo único que podía hacer era intentarlo. El aislamiento no era protección. Ninguna distancia te mantenía a salvo al final.

Su mirada se dirigió a Rainie, que en ese instante se encontraba inclinada sobre Andrews.

—Está muerto —señaló Rainie en voz baja.

Kimberly se aferró a sus hombros con más fuerza, y entonces empezó a llorar. Quincy meció a su hija contra él. Le acarició el pelo salpicado de sangre.

—Se acabó —les dijo a Kimberly y a Rainie. Y luego, con más firmeza, a todos ellos—: Se acabó el juego.

Se oyó un fuerte golpe en la puerta.

—Seguridad del hotel —ladró una voz.

Y empezaron los efectos posteriores.

# Epílogo

**Barrio de Pearl District, Portland**

Seis semanas después, Rainie Conner estaba sentada encorvada sobre su escritorio en su loft del centro de la ciudad, al parecer intentando hacer que su presupuesto se ajustara a ella, pero en realidad estaba vigilando el teléfono. Esa maldita cosa no sonaba en absoluto. No lo había hecho en días. Estaba empezando a odiarlo.

Levantó el auricular.

—Bueno, ¿qué tienes que decir, tono de llamada?

Colgó el auricular. Volvió a estudiar su archivo Quicken. Eso no sirvió en absoluto para mejorar su estado de ánimo.

Quincy le había pagado. Ella gritó, chilló y montó un escándalo. Cuando ambos consideraron que ya había hecho suficiente ruido, ella aceptó su cheque. Una chica tenía que comer, y todos esos billetes de avión a través del país acababan de aparecer en su tarjeta de crédito. Investigaciones Conner debía tener un beneficio. Pasaron unos siete días, luego volvió a volar a Virginia. Se decía a sí misma que todo era por una buena razón.

Primero, tuvo que reunirse con Quincy para terminar de escarbar en el cerebro de Albert Montgomery. El agente admitió por fin que el estimado doctor Marcus Andrews se le había acercado hacía dos años y medio. Andrews quería vengarse de Quincy. Su mujer, Emily, contrató a Quincy como perito en la amarga vista para la custodia de las niñas entre ella y su exmarido. El testimonio de Quincy fue fundamental en la decisión del juez de denegar a Andrews el derecho permanente de visitar a sus hijas. Aunque el caso fue importante en su momento, Quincy no había pensado en él desde hacía años y el nombre de Andrews era demasiado común como para que Quincy hubiese reaccionado cuando Kimberly empezó a hablar de su muy respetado profesor.

Era curioso cómo Bethie siempre pensó que era su carrera en el FBI lo que pondría en peligro a la familia de Quincy. Ninguno de ellos consideró que los profesionales de la salud mental también se enfrentaban a peligros en forma de pacientes desequilibrados y familias descontentas.

Andrews entrevistó a Miguel Sánchez como parte de su estudio de investigación penitenciaria. Al familiarizarse con la matanza y con los agentes implicados en la investigación de Sánchez, identificó el papel de Montgomery y se dio cuenta de que había alguien más que sin duda odiaba a Quincy tanto como él mismo. El doctor Andrews localizó a Montgomery en Virginia, le presentó su causa durante una cena y, unas cervezas más tarde, lo había reclutado en una búsqueda conjunta de venganza.

Desde entonces, Montgomery estuvo actuando como infiltrado. Primero ayudó a Andrews a entender cómo funcionaba el Buró. ¿Qué pasaba si un agente parecía estar en peligro? ¿Y si la familia de un agente se encontraba en peligro? ¿Con qué rapidez podría el FBI revisar los expedientes de casos anteriores? ¿Y si un agente era sospechoso de un delito? A partir de ahí, Montgomery se limitó a hundirse todavía más. Desde presentar a Mandy a Andrews hasta confiscar el papel de carta de Quincy y atacar a Glenda porque su odio se había enconado y había aumentado hasta la locura.

Nueve meses atrás, Montgomery buscó en los bancos de datos del departamento penitenciario de Oregón un buen candidato para ser el padre de Rainie. Sí, Ronnie Dawson existía. Fue a la cárcel en el momento oportuno y salió en libertad condicional en el momento oportuno. Y, tras una investigación personal, resultó ser un pelirrojo de un metro sesenta, envejecido, que nunca había oído hablar de Molly Conner y estaba tan sorprendido como cualquiera al enterarse de que se había realizado una gran donación a un fiscal de condado en su nombre.

Lo que fácil llegaba, fácil se iba. Rainie dedicó tres días a sentirse algo extraña. Luego se sorprendió a sí misma superándolo. Era difícil echar de menos algo que nunca se había tenido, y ella no había perdido su sueño de verdad. Tenía un padre, y estaba en alguna parte. Nunca se sabía.

El abogado Carl Mitz también existía. Era un buen abogado, y según Rainie pudo ver durante aquel almuerzo, un tipo genuinamente agradable. Era solo una persona más que tenía las credenciales adecuadas, así que Montgomery consiguió su número de la Seguridad Social, el apellido de soltera de su madre y su fecha de nacimiento. Andrews tomó el relevo a partir de ahí.

Rainie ya no se sentía tan cómoda con la era electrónica. Hacía unos días pidió una copia de su informe crediticio y se encontró a sí misma revisándolo de forma compulsiva.

El agente especial Albert Montgomery no se enfrentaría a ningún tribunal. Al parecer, Andrews le dejó un último regalo: cianuro en su medicación para la presión sanguínea, que algún amable agente recogió de su casa. Poco después del último interrogatorio de Quincy con él, Albert abrió la botella. Tanto él como su guardia percibieron de inmediato el olor a almendras amargas. El guardia se lanzó hacia delante. Albert se había tomado la mitad de la botella. Sesenta segundos después, ya no tuvo que preocuparse por cómo iba a vivir consigo mismo.

Para Quincy y Kimberly no fue tan fácil. Kimberly pasó cuarenta y ocho horas en el hospital con un brazo roto y una grave conmoción cerebral. Por fortuna, era joven y fuerte, y se recuperó rápido de sus heridas. Es decir, las físicas. Quincy intentó que volviera con él a Virginia, pero ella insistió en ir a Nueva York. Quería recuperar su apartamento, sus clases, su rutina, su vida… Rainie y Quincy la llamaban todos los días durante la primera semana. A Kimberly le agradaba tanto que descolgó el teléfono. Era una chica independiente y, como Rainie sabía por experiencia propia, necesitaba resolver las cosas a su manera, a su tiempo.

Dos semanas después de que Albert se suicidara, la policía de Filadelfia recibió el análisis caligráfico del laboratorio e intentó detener a Quincy por el brutal asesinato de su exmujer. Desde luego que Rainie tuvo que volver a Virginia para eso. Les gritó a los detectives, le gritó al fiscal del distrito y se convirtió en una molestia constante. Glenda, por su parte, logró convencer

por fin al fiscal para que enviara la nota incriminatoria al laboratorio del FBI, que no tardó en verificar la presencia de numerosas marcas de vacilación, un signo clásico de falsificación. Quincy agradeció a Rainie que fuera. Glenda consiguió un ascenso.

Rainie regresó de nuevo a Portland. Ella tenía sus asuntos, Quincy tenía el caso por cerrar y una hija de la que preocuparse. Por supuesto, hablaban por teléfono. Rainie le dijo que comprendía que tenía muchas cosas que hacer. Practicaba una actitud comprensiva, solidaria y, en general, poco exigente. Él no podía estar ahí para ella, pero ella podía estar ahí para él. Así eran las relaciones, las relaciones reales, adultas y maduras. Si seguía adaptándose tan bien, iba a tener que pegar a alguien.

Dos semanas antes, un pesquero de la costa de Maryland recogió en sus redes el cadáver de Abraham Quincy. Montgomery ya había revelado que Andrews ordenó que se cargase mucho peso al cuerpo y se arrojara en aguas tan profundas que nunca se encontrase. Quería que Quincy nunca supiera qué le había pasado a Abraham, que siempre tuviera que preguntarse si su padre seguía ahí fuera, quizá vivo, quizá esperando a su hijo… Ni siquiera Andrews podía controlar el destino. De casualidad, un buque pesquero faenaba en la zona. Resultó que los peces se habían comido las cuerdas que aferraban las pesas, y Abraham Quincy fue encontrado.

Rainie se enteró de la noticia por Kimberly, que la llamó con voz tranquila y demasiado madura. Iban a celebrar una pequeña ceremonia familiar por Abraham a finales de semana. ¿Quizá Rainie podría asistir?

Compró un tercer billete a Virginia. Luego esperó a tener noticias de Quincy, esperó a tener noticias de Quincy y siguió esperando a tener noticias de Quincy. Al final, Rainie cogió el teléfono, pero él no le devolvió la llamada.

Rainie ya había tenido suficiente. Condujo hasta el aeropuerto, enseñó un billete que no era válido hasta dentro de dos días, les dijo que tenía una emergencia familiar y subió al avión. Ocho horas después, llamó a la puerta de Quincy, que abrió, con gesto tenso, luego de sorpresa y después de auténtico agradecimiento. Ella se lanzó sobre Quincy antes de que él consiguiera llegar siquiera a la cama. Rainie se dio cuenta de que estaba volviéndose bastante buena en eso del sexo.

Más tarde, fueron a Arlington y se limitaron a sentarse junto a las tumbas de Mandy y Bethie. No hablaron ni hicieron nada. Solo permanecieron sentados hasta que el sol se ocultó y el aire se enfrió. Cuando iban de vuelta al coche, Quincy la cogió de la mano. Era curioso, tenía treinta y dos años y nunca había caminado cogida de la mano con alguien. Después él le abrió la puerta, y para cuando llegó al lado del conductor, ella sentía un extraño dolor en el pecho. Quería acariciarle la mano, quería tenerlo dentro de ella, rodearle los costados con las piernas y sujetarlo con fuerza.

En cambio, cuando estuvieron de vuelta en su casa, ella llevó el agotado cuerpo de Quincy a la cama. Luego se quedó despierta durante mucho tiempo, acariciando las arrugas de su cara, las que no desaparecían ni siquiera cuando dormía. Le tocó los mechones plateados de su cabello oscuro y las cicatrices del pecho. Y por fin lo entendió todo, la trascendencia de ello. Por qué las personas se buscaban mutuamente y formaban familias. Por qué las crías de elefante caminaban

sin descanso por desiertos asolados por la sequía. Por qué la gente luchaba, reía, se enfurecía y amaba. Por qué la gente, al final del todo, se quedaba.

Porque incluso cuando sufría, se sentía mejor al sufrir con él, y cuando estaba enfadada era mejor estar enfadada con él, y si estaba triste, era mucho mucho mejor estar con él. Y, ¡mierda!, no quería volver a subirse a ese avión. Qué tontería, eran dos adultos, tenían vidas independientes y trabajos exigentes, y no es que no existiera el teléfono, y, ¡mierda!, no quería volver a subirse a ese avión.

Se quedó durante el funeral. Cogió la mano de Quincy y acarició el hombro de Kimberly mientras la joven lloraba. Conoció a la familia política y se portó bien con todo el mundo. Luego volvió a casa de Quincy, donde se fundieron como si nunca se hubieran tocado antes y nunca se fueran a volver a tocar.

El lunes por la mañana, él la llevó al aeropuerto. Volvía a tener esa sensación de opresión en el pecho. Cuando intentó hablar, no le salió nada.

—Te llamaré —comentó Quincy. Ella asintió con la cabeza—. Pronto —añadió él. Ella asintió con la cabeza—. Lo siento, Rainie —manifestó. Y ella asintió, aunque no estaba muy segura de por qué se disculpaba.

Volvió a Portland. De eso hacía cinco días, seis horas y treinta y dos minutos. Su teléfono sonaba, pero, cuando contestaba, nunca era Quincy.

—No puedo seguir así de bien adaptada para siempre —le advirtió a la pantalla de su ordenador —. Sabes que este no es mi estilo. ¿Se supone que las mujeres tienen que cambiarlo todo por los hombres? Antes yo era hostil, insegura y testaruda, y él quería conocerme mejor. Ahora intento de veras ser un miembro maduro y productivo de la sociedad, y no he vuelto a saber nada de él. Por un lado, el hombre está soportando muchísimo estrés, pero, por otro, eso es una clara falta de respeto.

La pantalla de su ordenador no respondió y ella frunció el ceño.

—¿Crees que ha sido por lo de los apodos vomitivos y empalagosos? Tal vez si lo hubiera llamado bombón semental…

Su timbre sonó. Levantó la cabeza y dirigió la mirada a la pantalla del videoportero. Había un hombre esperando frente al portal. Llevaba ropa corriente, pero ella habría reconocido ese cabello salpicado de gris en cualquier parte.

—¡Mierda! —gritó Rainie—. ¡Por qué nunca me da la oportunidad de ducharme!

«Que le den a la ducha». Le abrió, corrió al fregadero de la cocina y se echó agua a toda prisa en la cara. Se olisqueó dos veces. ¡Eh!, al menos en esa ocasión se había puesto desodorante. Él llamó al timbre de su loft justo cuando ella estaba poniéndose una camisa blanca limpia. Una última pasada con la mano por el pelo y estaba en la puerta.

—Hola, Rainie —saludó.

Ella se quedó allí de pie. Tenía buen aspecto, a su estilo Quincy. Algo tenso, muy inteligente y como si gran parte del peso del mundo descansase sobre sus hombros. Pero llevaba unos pantalones caqui finos con una camisa azul marino con el cuello abierto; era la primera vez en semanas que no llevaba traje.

—¡Hola! —dijo ella, abriendo la puerta un poco más.

—¿Puedo pasar?

—He abierto la puerta, ¿no?

Ella lo dejó entrar. El AES tenía algo en mente. Caminó hasta la sala de estar, donde se paseó de un lado a otro mientras ella se mordía el labio inferior. Hacía seis días estaban muy cerca. ¿Por qué de repente parecían extraños?

—He estado pensando en llamarte —confesó él.

—Ah, ya.

—Pero no lo he hecho. Lo siento —añadió vacilando—. No sabía qué decir.

—»Hola» es siempre un buen comienzo. A algunas personas les gusta seguir con «¿Y cómo estás?». Creo que funciona mejor que «Muérete» —manifestó ella con una sonrisa.

—Estás loca —respondió él con una mueca.

—Voy progresando.

—Has sido muy comprensiva.

—¡Oh, Dios! ¿Estás rompiendo conmigo?

Quincy por fin dejó de pasearse y pareció sorprendido de veras.

—No pensaba hacerlo.

—¿No pensabas hacerlo? ¿Qué significa eso? Te he preguntado si estabas rompiendo conmigo. Si no lo estás, por el amor De Dios, di que no, ¡con convicción!

—¡No, con autoridad! —expresó.

—¡Cinco días, seis horas y treinta y siete minutos!

—¿Qué es eso?

—El tiempo que ha transcurrido desde que prometiste llamar. No es que lleve la cuenta ni nada —declaró, levantando las manos con rapidez—. ¡Ay, Dios!, me he convertido en una de esas mujeres que se quedan esperando junto al teléfono. Juré que nunca sería una de esas pobres bobas que se quedan esperando junto al teléfono. Mira lo que me has hecho. Debería darte

vergüenza.

—Rainie, te juro que no he estado tratando de torturarte. Te juro que la semana pasada, cuando llegaste, nunca me había alegrado tanto de ver a alguien. Nunca… había necesitado a nadie como te necesitaba. Cuando te llevé al aeropuerto, lo único que podía pensar era en que no quería que te fueras. Entonces nos imaginé así, yendo y viniendo de los aeropuertos, el subidón de estar juntos, el bajón de separarnos, intentando ser una pareja, pero llevando vidas separadas y… Y, para serte sincero, entonces pensé que era demasiado mayor para esta mierda. Hay muy pocas cosas que me hacen feliz, Rainie, y me queda muy poco. Entonces, ¿por qué te llevé al aeropuerto?

—¿Porque me habían puesto una multa?

Él suspiró. Rainie pudo ver la tensión que rodeaba sus ojos. Él estaba demasiado lejos, la mitad del loft se interponía entre ellos, pero ella no se atrevía a acortar distancias. Quincy tenía más que decir. Ese era el problema. Había dicho lo bueno, así que si aún tenía más…

—Ya no soy agente del FBI —comunicó en voz baja—. Presenté mi dimisión al Buró hace dos días.

—No puede ser.

Ella se balanceó sobre sus talones; no se habría quedado más atónita si él hubiera anunciado de repente que podía volar.

—He decidido reinventar mi vida. Kimberly ha vuelto a la universidad y dice que está muy bien, así que sabemos que va a necesitar ayuda. Aunque sea demasiado testaruda para dejarme cogerla de la mano, creo que significaría mucho para ella saber que esta vez estoy de verdad a su lado. No sobre el terreno, donde podrían hacerme daño; no volver corriendo al trabajo como siempre he hecho, sino estar cerca. Digamos que en Nueva York, cerca de la Universidad, donde ella pudiera llegar a cenar si quisiera o solo pasarse a charlar. Estoy pensando en hacerme con un loft, montar un negocio y trabajar como consultor independiente para las fuerzas del orden.

—¿Perfilador de alquiler?

—Te sorprendería saber cuántos perfiladores se jubilan para convertirse en consultores —manifestó sonriendo—. Puedes elegir tus casos, tu horario y, lo mejor de todo, ignorar la política porque ya no es tu problema. Es una buena opción. Claro que hay un problema.

Rainie lo miró con recelo.

—Me pica la curiosidad. ¿Qué problema hay?

—Me gustaría tener una compañera.

—¿Has venido hasta aquí para decirme que le ofreces trabajo a Glenda?

Él puso los ojos en blanco.

—No, Rainie, he venido hasta aquí para ofrecerte un trabajo a ti. Con todos los beneficios, debo añadir.

—¡¿Qué?! —Lejos de calmarse, se indignó—. Cinco días, seis horas y treinta y siete minutos después, ¿esto es lo que me ofreces? ¿Un plan dental?

Al final, Quincy pareció inquietarse.

—Bueno, quizá no dental. La empresa es una start-up.

Rainie se dirigió hacia él con paso decidido. Sus ojos se habían entrecerrado hasta formar dos rendijas. Su dedo punzó el aire.

—¿Qué estás haciendo, Quincy?

—Al parecer, esquivando tu dedo una vez más.

—¿Vuelas por todo el país, vienes a mi casa y me ofreces empleo? ¿Parezco una mujer que necesite un jefe?

—Un jefe no —replicó de inmediato—. Ah, no, no soy tan tonto. He dicho compañera, y quería decir compañera.

—¡Es un acuerdo profesional! Cinco días, seis horas y treinta y siete minutos después, no quiero un acuerdo profesional. No he cruzado el país tres veces en seis semanas buscando un acuerdo profesional. No me lancé sobre ti la semana pasada buscando un acuerdo profesional. Que Dios me ayude, pero Quincy…

—Te quiero.

—¡¿Qué?! —Ella se detuvo en seco, con el dedo congelado en el aire.

—Rainie, te quiero. No sabes cuántas veces te lo he dicho ya porque siempre era después de que te hubieras dormido o hubieras salido de la habitación. No sabía si estabas preparada, o quizá no sabía si yo estaba preparado. Pero te quiero, Rainie. Y aunque necesito quedarme en la costa este por mi hija, no quiero llevarte más a los aeropuertos.

—¡Oh!

—Ahora sería un buen momento para que digas algo más que un ¡oh!

—Lo entiendo.

—Estás poniéndome nervioso.

—Tengo una mala racha. Y me has hecho esperar cinco días.

—Todos los casos que puedas manejar —ofreció en voz baja—. Nunca fáciles y nada aburridos. Ya sabes cómo es mi mundo. He esperado mucho tiempo para ser feliz, Rainie. He cometido

muchos errores. Quiero hacerlo mejor esta vez y quiero aprender a hacerlo mejor contigo.

Ella suspiró. Volvía a tener esa sensación de opresión en el pecho. Así que de eso se trataba. Así que de eso iba todo.

Se inclinó hacia delante y le rodeó el cuello con los brazos.

—Eh, Quince —murmuró—, yo también te quiero.